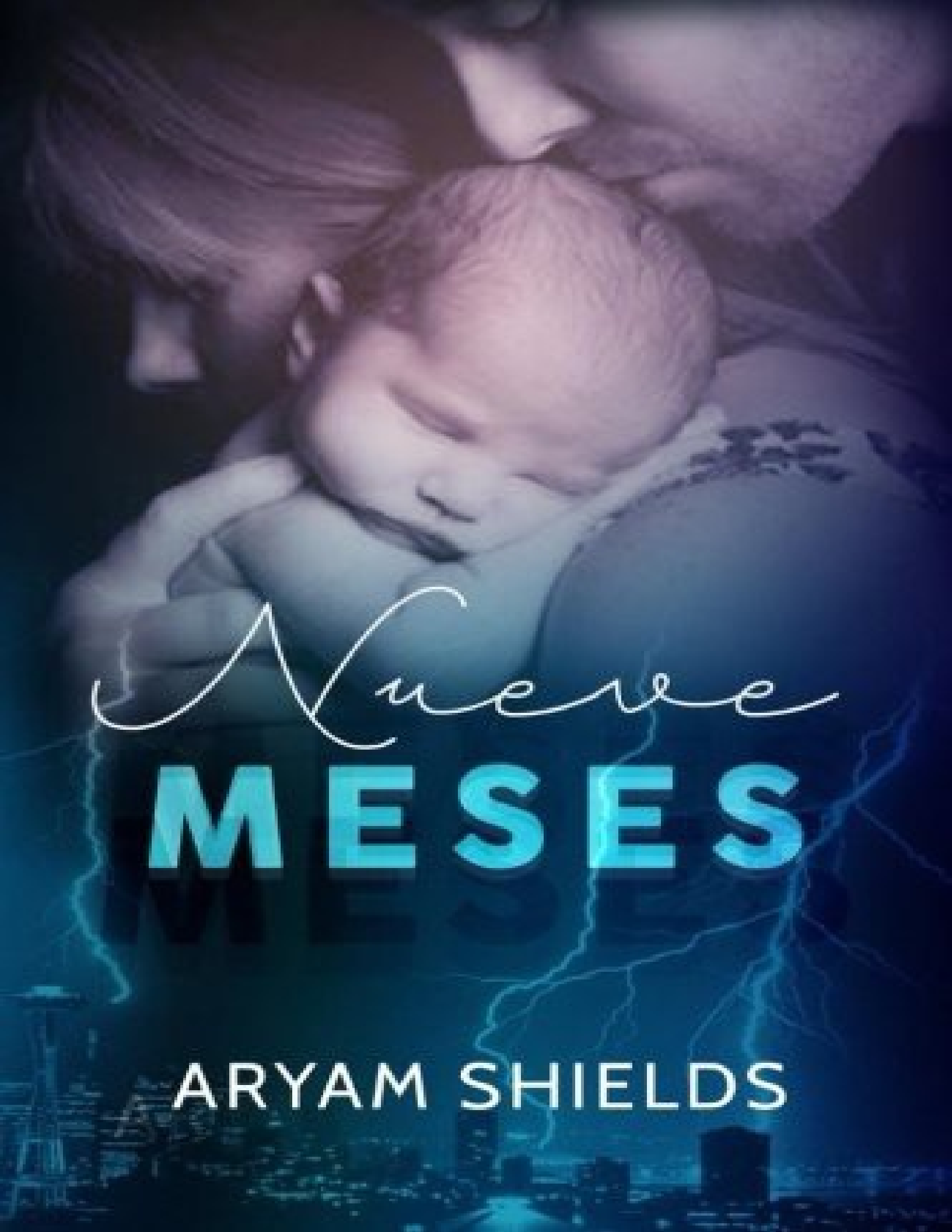
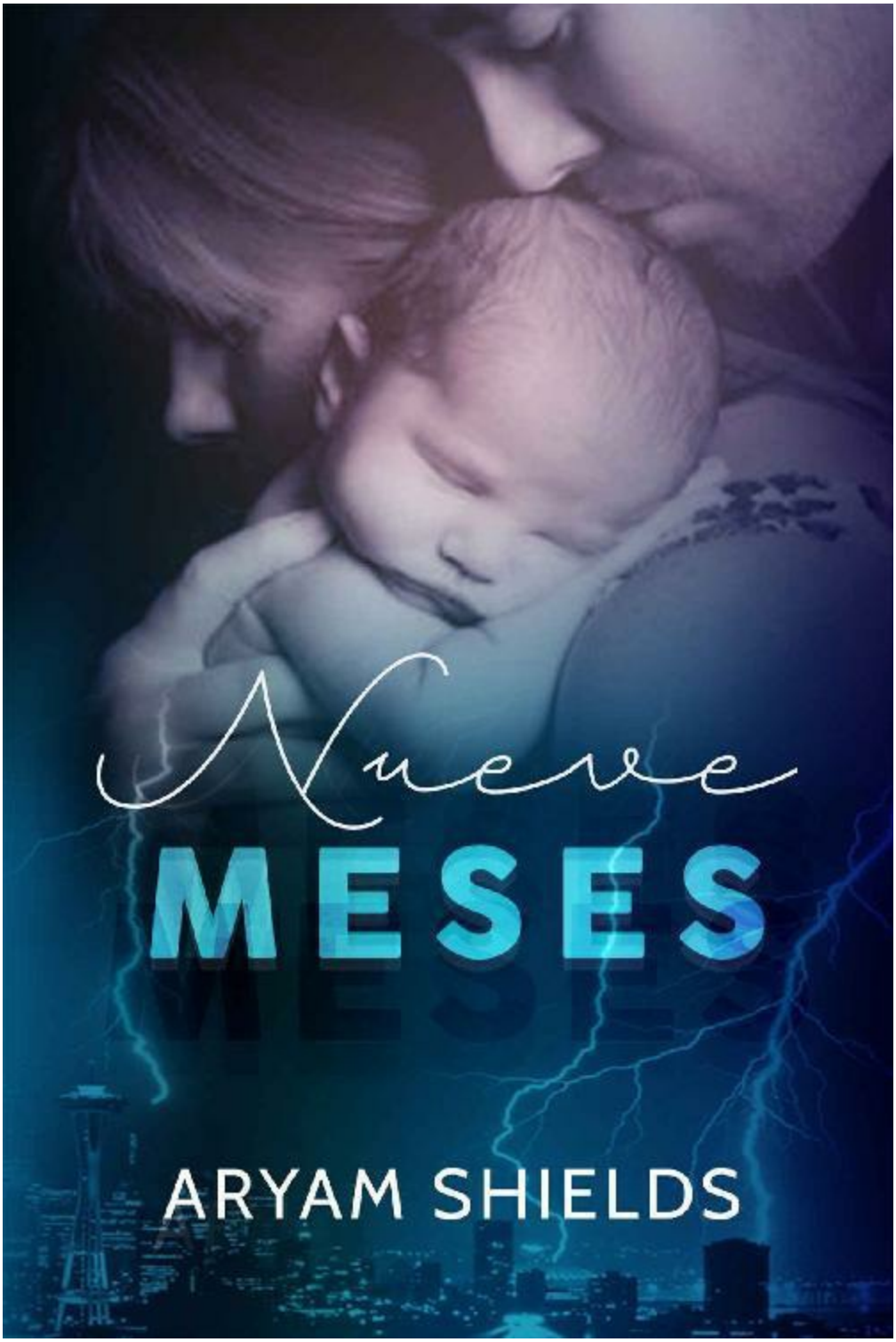

Nueve
MESES
ARYAM SHIELDS



ARYAM SHIELDS

Nueve MESES

¿Puede una noche de copas cambiar el rumbo de tu vida? ¿Puede envolverte,

atarte…?

Odette Miller pensó que esa solo sería una noche de viernes más, salir con sus

amigas, beber un par de tragos y bailar hasta que sus pies le pidieran clemencia,

lo que nunca imaginó fue que esa noche alguien llegaría a su vida como un

huracán furioso, enseñándole que, en ocasiones, amar duele y también destruye.

Nueve Meses

©Aryam Shields

Diseño de portada y dirección de arte: ©Isa Quintín

Edición y corrección de estilo: ©Sueños Ediciones Maquetación interior: ©Isa

Quintín

Primera edición: Abril 2017

ISBN-13: 978-1545494684

ISBN-10: 1545494681

©Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción producto de la imaginación de la autora.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Eres el miedo, no me importa

Porque nunca he estado tan feliz

Sígueme a la oscuridad

Déjame llevarte más allá de nuestros satélites

Puedes ver el mundo que has traído a la vida

Love Me Like You Do

ELLIE GOULDING/JAMES ELIOT

Memoria de ***Odi Salas Jaraba***.

Te fuiste muy pronto,

pero tu recuerdo vivirá por siempre en nuestros corazones.

Contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la Autora

Capítulo 1

La luz del sol me molestaba. Me giré en la cama buscando una mejor posición, pero,como fuese que me colocara, la claridad impactaba directamente en mi rostro. Dándome por vencida, entreabrí uno de mis ojos, todavía somnolienta, para mirar la hora en el reloj, ubicado sobre mi buró. Según su marca, estábamos casi a mediodía.

«¡Demonios!».

Era tardísimo. Intenté levantarme de la cama, pero mi cabeza palpitó fuertemente. Me recosté de nuevo y cerré los ojos, sintiendo mi cráneo partirse en dos.

¿Cuántos mojitos había bebido la noche anterior?

«¡Detengan el mundo que quiero bajarme!».

Conté hasta tres muy lentamente, antes de abrirlos una vez más y observar el hermoso techo en madera.

«¿Madera? ¡Mierda!».

Me senté en la cama, abriendo los ojos del todo. Justo en ese momento, me di cuenta de que estaba metida en un gran problema.

Me encontraba desnuda.

Había alguien en el baño, pues escuchaba el agua correr.Y esta no era mi casa.

Como por arte de magia, la pregunta llegó a mí: «¿qué diablos hice anoche?».

En ese mismo instante, escuché que el agua de la ducha dejaba de caer.

«Que no panda el cúnico[1]».

Traté de tranquilizarme, respirando varias veces. Necesitaba salir de aquí lo más rápido posible. Me levanté por completo, cubriendo mi cuerpo con una sábana, y di una rápida mirada a la habitación en la que me encontraba. No estaba en una habitación de hotel, ya que, aunque era bastante elegante, había detalles –como el vaso de agua a medio tomar que estaba sobre la mesa– que me

hacían pensar que estaba en un departamento.

«¡Diablos! Deja de psicoanalizar tanto y ¡empieza a moverte!».

Me regañé a mí misma, mientras escaneaba la habitación con la mirada en busca de mi ropa; estaba a punto de darme por vencida cuando mi visión periférica halló mi sostén *push-up* en el pomo de la puerta.

Obviando el rubor en mis mejillas, me enfoqué en colocármelo rápidamente.

Necesitaba mis bragas y el vestido que Allegra me había prestado la noche

anterior.

Volví a observar la habitación, detenidamente, hasta encontrar la pequeña pieza de encaje negro, a un lado de la gran cama. Corrí hacia ella, y no pude evitar dar un pequeño gritito cuando vi que estaba hecha pedazos.

—Despertaste. —Escuché una voz sensual detrás de mí.

«¡No voltees. No voltees!», gritó mi yo interno, pero como anoche, cuando me dijo que era mala idea salir con Allegra y Mía, no le presté atención. Me giré lentamente, para encontrarme con quien podía catalogar como un espécimen perfecto. Cabello negro como la noche, ojos azules como dos zafiros, pómulos perfectos, labios carnosos, piel canela, pecho musculoso –sin rayar en lo exagerado–, piernas tonificadas y, ¡diablos!, ¡qué armamento!

Sentí cómo la sangre se aglomeraba en mi cabeza.

—Umm —carraspeó—. ¿Está todo en el lugar correcto? —Si su físico era impresionante, su voz… ¡Joder!, su voz era dinamita en su mayor estado de pureza. Mi entrepierna se contrajo dolorosamente ante su extraño acento—. Porque a mí me gustaba más cuando no tenías ese sostén.

Fue entonces cuando la realidad me impactó como una gran bola para demoler. Aquí estaba yo, Odi Miller, veintitrés años, medio desnuda, frente a la encarnación de “el David” de *Miguel Ángel*, en una casa que no era la mía, y con

retazos de mis bragas negras de encaje en la mano.

—¡Oh! Las bragas son lindas, pero me temo que no sobrevivieron, tuve que romperlas… En mi defensa, puedo decir que tú me pedías a gritos que las arrancara —dijo con una sonrisa ladeada—. Puedes ser muy peligrosa si te lo propones —susurró.

Agarré las sábanas, cubriéndome rápidamente de su hambrienta mirada.

—¡Ehh…! Este… Verás… Yo…

¡Genial! No podía formar una frase coherente.

«Felicidades, señorita Miller, se ha ganado el premio a la idiota del mes».

Sí, sí. Yo y mi sarcasmo.

—Dimitri Malinov, mucho gusto —dijo, extendiéndome la mano, y por un momento, solo por un momento, me resistí. ¡Él era un extraño!

«Un extraño que me tocó más que la mano anoche, pero al final un extraño».

—Ode… —tartamudeé, tomando su mano.

—Odette Miller —indicó él, marcando su acento extranjero—, estudiante de último semestre de medicina, veintitrés años, asistente en práctica del doctor Derrick Tatcher en la Fundación GEA. —Abrí mis ojos, sorprendida. ¡El tipo era un acosador!—. Yo nunca meto a una extraña a mi cama, señorita Miller. —Guiñó

un ojo con coquetería.

Ahora sí era oficial, «¡qué cunda el pánico señores!».

Mi cara debió reflejar todo lo que pasaba por mi mente, porque él sonrió.

—No te haré daño, Odette. Quizás, si me lo permites, tal vez grites un poco, pero te aseguro que sólo será como anoche.

«¡Diantres, diantres, diantres! ¿Qué rayos pasó anoche?».

—Ya regreso, iré por tu vestido, debió quedar… —Fingió pensar, tomando su barbilla con sus dedos—, en algún lugar de la sala. —Su mirada se paseó por todo mi cuerpo como un perro ansiando un hueso, luego negó con su cabeza, como aclarando sus ideas—. Preparo unos waffles exquisitos ¿te quedas a probarlos?

Lo miré confundida por unos segundos, antes de aclarar mi cabeza y hablar:

—Necesito mi vestido.

—Ya lo traigo, preciosa.

Salió de la habitación, envuelto con la pequeña toalla. Una vez sola, me senté en la cama, tratando de recordar.

Su rostro se me hacía familiar; pero de algo estaba segura: ese chico no era de mi universidad, y nunca lo había visto en el hospital.

No habían pasado ni cinco minutos, cuando el extraño volvió con mi vestido en la mano.

—Gra…gracias —dije tomándolo.

Lo vi caminar hasta el clóset y tomar un par de paquetes.

—Es nuevo, ya que estropeé tus bragas, es lo mínimo que puedo hacer por ti.

Me dio una sonrisa de esas, que estaba segura, derretirían la Antártida con más rapidez que el calentamiento global , y luego salió de la habitación. Me coloqué el vestido rápidamente, y entré a su baño para quitar los restos de maquillaje y acomodar mi cabello, que gritaba que había tenido una noche de sexo a lo loco.

«¿Qué estaba pensando cuando me dejé convencer por Allegra y Mía?».

Cuando estuve presentable, salí, encontrándome al extraño en la cocina. Si tenía alguna duda de que esta era su casa, quedó disipada al verlo manipular las

diferentes sartenes en la estufa. Se había colocado un pantalón de chándal, que colgaba pecaminosamente de sus caderas; su espalda era amplia y musculosa, adornada con un par de pecas; su cintura era angosta, y su trasero…

«¡Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo!».

Carraspeé un poco antes de que él volteara y me viese mirándolo como una tonta.

—¡Mmm…! Creo que es hora de que me vaya, mi mamá… debe de estar preocupada —mentí.

—Vives sola —dijo sin mirarme—. Estoy preparando huevos con tocino y

waffles con arándanos. Ya te sirvo.

—Ehh, bueno, técnicamente no vivo con mi mamá, pero la llamo temprano todos los días y… —¡Joder, olía delicioso!

«¡Huye, Odette!»—. Debo irme, ¿has visto mis zapatos?

El extraño señaló con la espátula hacia el sofá, y luego la entrada de la puerta; en esos lugares se encontraban los costosos zapatos de Allegra.

Le di una mirada avergonzada, y fui hacia ellos para calzármelos, pero las piernas me temblaban; su mirada azul penetrante parecía taladrarme la cabeza, así que opté por abrir la puerta y huir de ahí, cuando el extraño caminó hacia mí.

Bajé las escaleras mientras lo escuchaba gritar mi nombre, sin embargo, no me siguió, y di gracias a Dios por ello, porque no hubiese podido soportar un minuto más dentro de ese departamento.

Una vez en la avenida, tomé el primer taxi que se detuvo, alejándome de lo que sea que había hecho anoche, pero sobre todo, alejándome del extraño de ojos azules.

Mientras recorría las calles de Nueva York, intenté acordarme de cómo me había liado con el extraño, pero fue inútil. Recordaba cuando Mía fue por mí al

departamento, incluso, cuando llegamos a la discoteca y decidimos saltar a la pista de baile. El resto era un lienzo en blanco.

Definitivamente, no volvería a beber en mi vida. Mi cuerpo dolía hasta en lugares que no tenía conocimiento del dolor.

Decidí dejar de pensar en lo que fuese que hubiera hecho la noche anterior, y subí la mirada, para encontrarme con un par de gemas negras, mirando descaradamente mis piernas por el espejo retrovisor; recordé que no tenía bragas, ya que no me había puesto los bóxers que el extraño me había ofrecido.

Le di una mirada furiosa al conductor mientras buscaba en mi cartera el dinero para cancelar el valor del servicio. Suspiré audiblemente al ver todos mis documentos y mi dinero en el monedero que papá me había dado antes de morir en ese asalto junto con mi madre, para mí era un tesoro.

Cuando el taxi aparcó fuera de mi edificio, pagué el valor del servicio y corrí hasta llegar a la entrada. Necesitaba desesperadamente un par de *Advil* y una siesta junto con Ferb.

Antes de llegar a mi departamento, toqué la puerta de Mía; ella por lo menos debía saber qué había sucedido la noche anterior. Me tomó tres golpes antes de escuchar la soñolienta voz de mi amiga.

— Odi… —Mía se veía completamente destruida, su rímel se había corrido, y podía jurar que un hilillo de saliva se escurría por una esquina de su boca. Se

acomodó el cabello y respiró—, ¿qué diablos haces tocando mi puerta como si

nos hubiesen declarado la guerra? —Se alejó de la entrada y la seguí dentro de su

departamento—. La cabeza se me va a reventar —dijo, tirándose al sofá.

Me senté frente a ella, viéndola masajearse la sien.

—¿Qué pasó anoche? —pregunté, al menos ella estaba en su casa.

—Stss, pasito, a ver… anoche… —Cerró los ojos—, fuimos a *Alcatraz,* con Alle,

pedimos una ronda de mojitos y. .

—¿Y? —pregunté esperanzada.

—Odi, princesa, tengo resaca. No puedo acordarme de más nada, creo que nos

bebimos hasta el agua de la fuente que estaba en la entrada. —Hizo un puchero

gracioso antes de reacomodarse sobre el cojín—. Espera. Había tres chicos en la

mesa que estaba en frente, eran guapísimos; uno tenía el cabello castaño, el otro

era rubio, y el último era de cabello negro. Nos invitaron a su mesa, bailamos con

ellos luego de que nos invitaron una ronda. Te vimos mientras bailábamos, pero

luego desapareciste…

—¿Sabes dónde está Allegra? —inquirí.

—Dormida en la habitación de huéspedes. —Su mirada recorrió todo mi

cuerpo mientras alzaba una de sus finas cejas—. Desapareciste —pronunció,

como si apenas cayese en cuenta—. ¿Dónde te metiste?

«¡Finge demencia, Odette!».

—Anoche me sentí mal, sabes que no estoy acostumbrada a beber grandes

cantidades de alcohol; las vi animadas disfrutando, así que no quise molestarlas.

Salí, tomé un taxi y me vine a casa.

—¿Y por eso estás vestida con la misma ropa de anoche?

—Me quedé dormida en el sofá; cuando desperté, quise saber si habían llegado

bien, entonces bajé a verlas. Eso me pasa por querer ser una buena amiga.

—Fingí indignación.

«A este paso me iba a licenciar en actuación».

Estaba a punto de irme, cuando Alle apareció por el pasillo, corriendo como si

fuese perseguida por fantasmas, encerrándose con un sonoro portazo en el baño.

Mía y yo nos miramos fijamente cuando la escuchamos vomitar, y apretamos

nuestros estómagos para no salir a hacer lo mismo.

Minutos después, un mechón de cabello negro se vio por la puerta del baño,

Allegra se veía pálida, más de lo normal, con su mano derecha agarraba la

cabeza, y con la izquierda su estómago. Caminó con lentitud hasta llegar al

sofá

junto a nosotras.

—Qué noche, ¿no? —dijo en voz baja—. No recuerdo muy bien qué pasó, pero el

cuerpo me dice que fue una noche bastante movida. Mi cabeza va a reventarse.

—Dejó caer su cuerpo al lado del de Mía.

—¡Tú tampoco te acuerdas de nada! —Mi voz salió mucho más alta de lo que

pretendía, tanto Mía como Allegra taparon sus oídos mientras me miraban mal.

—¡¿Qué es lo que te pasa?! —Gruñó Alle en mi dirección, poniendo mala cara—.

Recuerdo que estábamos bailando, que bebimos como locas, y después de la

botella de vodka todo se vuelve confuso, pero sé que tú te desapareciste.

—Me sentí mal y me vine a casa.

—Según ella —ironizó Mía—, estaba preocupada por nosotras, por eso vino a

vernos.

—¡Ajam! —El sarcasmo de Alle no me pasó desapercibido.

—Bueno, chicas, debo irme. Me da tranquilidad saber que están bien, tomen

un par de aspirinas para sus dolores de cabeza, y recuerden estudiar un poco la

última unidad de obstetricia. Mañana tendremos profesor nuevo, y estoy casi

segura que va a intentar medir nuestras capacidades.

Ambas se despidieron con un ademán y yo salí del lugar, antes de que la mentira sobre mi malestar fuese inútil, ante la curiosidad de mis amigas.

Mientras caminaba hacia mi departamento, no podía dejar de pensar en el extraño con el cual había compartido una cama, «y más que eso».

Abrí la puerta y Ferb me recibió con una suave caricia entre las piernas.

—Hola, amor mío —dije mirando mi hermoso gatito de pelaje gris corto, y ojos grandes amarillos. Me había enamorado de él cuando lo vi seguirme desde el supermercado de la esquina, hacía ya casi ocho meses; lo amaba con cada pequeño latido de mi corazón—. Siento haberte dejado solo anoche.

Me agaché, acariciando su cabeza un momento.

Fui a la cocina y revisé su comida y agua, antes de ir a mi habitación. Me sentía cansada, y sin duda necesitaba un baño. Comencé a desnudarme, y mis ojos se abrieron con sorpresa cuando encontré las marcas en mi cintura y pechos.

«¡Joder! ¿Qué hiciste, Odette?».

Me fui al espejo de cuerpo completo, ubicado en el baño, y jadeé al encontrar más marcas oscuras en mi abdomen y muslos.

¿Quién era ese hombre, y qué tanto había hecho con mi cuerpo? ¿Conmigo? ¿Y si me drogó? Esa podría ser la causa por la cual no recordaba nada, ¿y si tenía

alguna enfermedad de transmisión sexual?

Me dolía la cabeza y ya no era por la resaca.

Recordé la caja abierta de preservativos, que estaba justo al lado del reloj despertador. Automáticamente mi cuerpo se relajó.

Me di una ducha rápida, y me preparé una taza de cereal como desayuno, intentando no pensar más en lo que había hecho la noche anterior. Una vez duchada y alimentada, me recosté en la cama junto con Ferb, y le di la bienvenida al mundo de los sueños.

—¡Vamos a bailar! —Mía nos tomó de la mano para ir hacia la pista de baile, que era el escenario del

pub. Empezamos a movernos sensualmente entre las tres, hoy quería diversión, pero saltar y moverme

como lo estaba haciendo en los impresionantes zapatos de doce centímetros de tacón, que Mía me había

obligado a usar, era muy agotador y un verdadero peligro.

—Voy a sentarme un momento —le dije a Allegra al oído.

No habían pasado diez minutos cuando las chicas volvieron a nuestra mesa, miramos hacia la mesa de

enfrente, observando seductoramente a los tres ejemplares dignos de revista que estaban sentados allí;

sin duda alguna, había más alcohol que sangre en nuestras venas.

—Un ejemplar como ese es lo que necesito para mi próximo cumpleaños —dije riendo, mientras veía al

hombre de ojos azules levantar su copa y llevarla a sus labios.

—¿Quién diría que Odette también tiene fantasías oscuras?

Alle me dio un toquecito con el codo.

—Vale, y una vez que termines con él o te aburras, lo mandas a bajar los dos pisos que separan nuestro

apartamento.

Mía juntó sus manos, rogando con un puchero adorable.

—No, Mía, creo que nunca me cansaría de él.

—Pues yo me conformo con uno de los meseros del área.

Alle señaló al mesero que pasaba por nuestra mesa.

—¿Por qué carajo no nos tocó un mesero así? —farfullé.

—¿Por qué somos pobres? —ironizó Mía, encogiéndose de hombros.
—Pobres las pelotas del senador

—chilló Alle riendo.

Uno de los meseros «culo lindo» —como lo había apodado Allegra—, llegó hasta nuestra mesa

colocando una nueva botella de Vodka y varias picadas.

—¿Tú ordenaste esto, Alle? —Mía preguntó, antes de coger un mojito. Ella negó con la cabeza—. Oye,

bonito, creo que te equivocaste de mesa, no hemos pedido nada.

—El señor Bronw ha enviado esto para ustedes —dijo, señalando a alguien en la planta de arriba, pero

no podíamos ver bien.

—Dile al señor… como se llame, que tenemos suficiente alcohol en la mesa.

Alle alzó su mano mostrándole uno de los mojitos de tequila.

—Se lo haré saber, señoritas.

El mesero se retiró mientras nosotras tomábamos nuestras copas para brindar.

—Por ser jóvenes, bonitas y, seguramente, muy exitosas —dijo Allegra, chocando nuestras copas y

dejándolas sin contenido.

—¡Baile, baile, baile! —respondió Mía como niña pequeña, mientras nos volvía a tomar para lanzarnos

de cabeza a la pista.

Jlo y el rapero Pitbull, tenían a todos bailando al ritmo de On The Floor, mis caderas se movían al ritmo de la música, cuando sentí unas manos fuertes en ellas y un aliento cálido en mi cuello.

—Anda, bonita, sigue bailando así —dijo. Su voz era tremendamente sexy, y un baile no se le negaba a

nadie, ¿o sí?

El extraño empezó a moverse conmigo y vi cómo los chicos de la mesa de enfrente se acercaban a Mía

y a Alle.

La canción se terminó y una nueva se dejó escuchar, me giré para seguir bailando con el desconocido;

las luces me impedían detallarlo bien, pero era alto y olía delicioso. Pegué

todo mi cuerpo al suyo,

disfrutando de cómo se sentían lo músculos de su espalda debajo de su camisa.

—¡Oh!, eres peligrosa —gimió en mi oído mientras se movía al compás de mis caderas. Sentí su lengua

deslizarse por la piel de mi cuello, y mi cuerpo entero se calentó ante la caricia; sus manos se situaron en

mi trasero, atrayéndome más hacia su ingle.

Tenía que haberme separado, pero en cambio, lo dejé que me acercara cada vez más hasta que

nuestras caderas se movieron juntas.

Él se separó de mí, tomando mi mano, aproximó su rostro al mío y susurró con voz suave y lasciva:

—Acompáñame, preciosa… —Y yo lo acompañé.

Desperté completamente desorientada, con el corazón apretado contra mi

pecho mientras respiraba entrecortadamente.

¡Yo había acompañado al extraño sin poner objeciones!. . Me había

comportado como una cualquiera.

Respiré profundamente, la noche anterior hacía parte de mi pasado y no

podría cambiar nada de lo que había sucedido, solo esperaba no haber contraído

ningún tipo de enfermedad de trasmisión sexual y, si tenía suerte, nunca más

volver a ver al extraño hombre de ojos azules.

Pedí una pizza a domicilio y me dediqué el resto del día a estudiar; con el tiempo, esto solo sería un mal recuerdo.

La mañana siguiente, el reloj sonó para recordarme que era un nuevo día. Me levanté rápidamente y, luego de una ducha exprés, busqué el overol de cirujano de la universidad, bajé al sótano mientras sacaba las llaves de mi Audi, mi hermano Mike me lo había regalado cuando entré a la universidad… Según él, por seguridad.

Sabía que a mi hermanito le aterraba el hecho de que saliese de New Jersey y viniese sola a la gran ciudad. Desde la muerte de mis padres a manos de un asaltante cuando yo tenía ocho años, Mike se había portado como el hermano mayor que cualquier chica desearía tener. Era protector, amoroso, nadie pensaba que en esa masa de músculos se podía esconder el chico más cariñoso y tierno del mundo; y cuando se casó con Ashley, fue como si ella lo complementara. Mi hermano y mi cuñada se amaban tanto que solo verlos causaba un coma diabético, por lo empalagosos que eran… La campanilla del ascensor me sacó de mis pensamientos, caminé hasta mi auto mientras veía a las chicas esperándome.

—Hola, chicas, tienen mejor cara hoy.

Mía me tendió un vaso con café.

—¡No entendemos! —exclamó Mía.

—¿Qué no entienden?

Abrí la puerta del coche y quité los seguros para que ellas entraran.

—Tomaste la misma cantidad de licor que nosotras y ayer estabas como si no hubieses tomado ni una gota —dijo Alle.

«Pues no es fácil despertar en la cama de un completo extraño y seguir como si nada».

—Eso es cierto, Odi. ¿Cómo haces para no tener resaca?

—¿Mucha agua? —mentí—. Además, yo me vine antes, por lo que seguro bebí menos que ustedes. —Intenté escucharme casual mientras encendía el coche—. Chicas, ¿alguna de ustedes reconocería a los chicos que estaban en frente de nuestra mesa el sábado?

—Yo solo recuerdo que estaban buenísimos —dijo Mía desde la parte trasera del auto.

—¿Alguna consiguió sus datos: nombres, dirección, teléfono? —pregunté—. ¿Saben si al menos van a la universidad?

—Nunca los he visto, pero la universidad es enorme — respondió Allegra—. Y

no le pregunto los datos a cada pareja de baile que conozco en un pub.

—No es como si hubiésemos pasado mucho tiempo con

ellos, bailamos un par de canciones y luego se fueron, casualmente, tú también desapareciste. Eso de que viniste a casa… perdóname, pero no te creo —refutó

Mía.

—Pues fue lo que pasó, doctora Clayton.

«Síp, ya me veo ganando el Oscar a mejor actriz».

Llegamos a la universidad y nos encaminamos al auditorio donde sería nuestra clase de obstetricia con el nuevo profesor. Yo amaba al viejo doctor Strell, pero había llegado su tiempo de jubilarse y ahora debía descansar.

Mía y Alle ocuparon sus lugares. Y, mientras el profesor llegaba, me senté sobre la mesa de espaldas al pizarrón para repasar un poco lo último que habíamos dado. Por un momento, me había olvidado de mi noche loca del sábado y ahora solo me importaba no quedar como una tonta, si el nuevo maestro decidía hacernos un examen sorpresa.

Estaba tan sumida en mi lectura que no noté que el auditorio quedó en completo silencio, luego escuché su voz.

—Buenos días, señoras y señores. Soy Dimitri Malinov, su nuevo profesor de Obstetricia…

«¡TRÁGAME MUNDO!».

Capítulo 2

Me giré lentamente para encontrarme con ese par de ojos azules que me habían

acompañado todo el fin de semana. El extraño, que ahora era mi nuevo profesor

de obstetricia, me sonrió lentamente cuando su mirada se posó en mí; acomodó sus lentes y pasó una mano por su cabello, antes de volver a hablarles a mis compañeros.

—Me gustaría que cada uno de ustedes tomara su lugar para poder comenzar la clase.

Me bajé de la mesa para ubicarme en mi asiento. Hoy más que nunca odiaba que Allegra ocupara siempre los primeros lugares del salón. Lo vi dejar su maletín en la silla y sentarse en la esquina de su escritorio.

—Quisiera hablarles un poco de mí… —De nuevo, un extraño acento marcó el tono de su voz—, a pesar de mi acento, soy americano. Desde muy niño, fui llevado a Rusia donde pasé parte de mi adolescencia y estuve ahí hasta hace pocos años, esa es la razón de mi acento. —«Eso lo explicaba todo»—. Me gradué

con honores en Oxford; soy Ginecólogo-Obstetra especialista en fertilidad y tengo un Máster en Reproducción Humana. Espero que, más que un profesor, pueda llegar a ser su amigo y consejero. — Sonrió—. ¿Alguna pregunta?

Detrás de mí, Deborah Spinel susurró.

—Ese bonito pantalón se vería bien en mi habitación.

Dimitri solo sonrió, no podría decir si la escuchó o no.

—Yo jugaría con él a la basurita —le dijo su mejor amiga Sarah Hills.

—¿La basurita? —Deborah volvió a susurrar.

—Tú sabes: yo me tiro al suelo y él me recoge.

Ambas soltaron sonrisas estúpidas.

El parecía ajeno a la cantidad de feromonas revoloteando en el aire.

—Vamos, jóvenes, ya desayuné, así que no voy a comerme a nadie, si tienen alguna inquietud, este es el mejor momento para resolverla.

La audiencia femenina sonrió.

—Quien fuera estropajo… —Miré a Mía colocarse la punta del bolígrafo en la boca—, para tallarte del ombligo para abajo…

Le di un codazo en el costado y ella me devolvió una de sus miradas inocentes.

Él negó con su cabeza y caminó hasta el pizarrón, sacó un rotulador del bolsillo de su bata, ignorando los susurros del quórum.

—¿Alguien puede hablarme del embarazo ectópico? — El silencio reinó por todo el salón—. No soy muy dado a ser el profesor malo y no me gusta usar la dedocracia[2], sé que fue ese el tema tratado en la última clase con su antiguo profesor.

Preferí no seguir mirando y abrí mi libro fingiendo que leía; pero en mi memoria solo podía recordar el torso desnudo y húmedo en toalla esa mañana

en la que desperté en su cama.

—¡Vamos, muchachos, muchachas! —Trató de animar, pero en el auditorio no se escuchaba ni el volar de una mosca—. Yo intenté ser bueno. —Levanté la cabeza para verlo tomar la planilla nuevamente—. Miller… —Lo miré sobre mi libro y él me regaló una deslumbrante y sensual sonrisa—, hábleme sobre la concepción de embarazos ectópicos.

«¿Por qué pensé que no me molestaría?».

Suspiré.

—Este… los embarazos..

—De pie, doctora Miller —dijo suavemente.

Las piernas me temblaban levemente, aun así, acaté su orden y lo miré fijamente dándole a entender que no me afectaba que estuviese frente a mí.

—Es una complicación del embarazo en la que el óvulo fertilizado se desarrolla en los tejidos distintos de la pared uterina, ya sea en la Trompa de Falopio o en un ovario o en el canal cervical. Éste se produce por un trastorno en la fisiología de la reproducción humana que lleva a la muerte fetal, y es la principal causa de mortandad infantil y materna en el primer trimestre del embarazo.

Terminé orgullosa por recordar todo lo que había leído el día anterior.

—Muy bien, doctora Miller, pero para la próxima no memorice al pie de la

letra lo que dice el portal de *Wikipedia*. —Todos empezaron a reírse y sentí como

la sangre se aglomeraba en mi cabeza—. Puede sentarse. —Me senté

completamente avergonzada, mientras él se levantaba y caminaba hacia

nosotros—. Chicos, un embarazo ectópico ocurre cuando el embrión comienza a

desarrollarse por fuera de la matriz, por lo general se crean dentro de uno de los

conductos de las Trompas de Falopio…

Durante el resto de la clase me ignoró y yo intenté no mirarlo durante mucho

tiempo, su oratoria era magnifica y su voz…

¡Joder! Ese acento hacía que mis bragas temblaran, y apostaba mi vida a que

las mías no eran las únicas.

Estuve profundamente agradecida con Dios cuando él dio por concluida la

clase, tenía el tiempo justo para salir y presentarme ante el doctor Derrick

Tatcher.

Él era cardiólogo, considerado por la confederación de Medicina como una

eminencia en su campo, había realizado las intervenciones quirúrgicas más

riesgosas del país y todas habían sido un éxito. Era benefactor en la universidad

y el encargado del área cardiológica del hospital en el cual realizábamos nuestro

internado.

Todos los años, el Doctor Tatcher seleccionaba un par de estudiantes para

instruirlos en el área de cardiología; los tomaba bajo su tutoría, les enseñaba

técnicas, les permitía ser parte de sus intervenciones, reparándolos para ser casi

tan buenos como él. Pero yo no quería ser “casi tan bueno” yo quería ser la

mejor. Había trabajado muy duro para poder ser el pupilo elegido este año, así

que no quería llegar tarde y dar una impresión equivocada de mi deseo de

aprender.

Estaba terminando de guardar mis libros cuando su voz fuerte y profunda

pronunció mi nombre.

—Miller, Odette Miller… —Levanté mi mano suspirando fuertemente—,

necesito hablar con usted, por favor no se vaya aún —dijo lentamente,

quitándose los lentes y guardándolos en los bolsillos de su bata.

Esperó a que salieran todos los compañeros; por un momento, pensé que Mía

y Alle iban a quedarse conmigo. Pero no, ellas me desearon suerte y me dieron

palmaditas en el hombro antes de irse. «¿Con esas amigas, para qué enemigas?».

El doctor Malinov atendió a uno de los estudiantes de intercambio antes de

dirigirse a mí.

—Cierre la puerta, Miller.

Presionó el puente de su nariz y yo hice lo que él me solicitó. No había terminado de colocar el pestillo, cuando su mano tomó mi brazo haciéndome girar.

—¿Me puedes explicar por qué no me llamaste?

—No sé de qué me habla, doctor Malinov. —Traté de hacerme la idiota, aunque

¿qué caso tenía?

—Respóndeme.

Su agarre en mi brazo se apretó, parecía molesto, cuando hacía un momento estaba tranquilo.

—Me está lastimando.

Me soltó como si lo estuviese quemando y se alejó un par de pasos, alborotándose el cabello con su mano izquierda.

—¿A qué demonios juegas, Odette?

—¿Yo?

—¡No me contestes con otra maldita pregunta! —murmuró entre dientes—. Responde de una vez: ¿por qué no me llamaste?

Alcé la barbilla con prepotencia.

—No sabía que era una obligación llamar al polvo de la noche. Pensé que

éramos las chicas quienes esperábamos la llamada al día siguiente.

Él rio, fue una risa sarcástica, me hizo sentir como una estúpida.

—Dejé una nota en tu bolsa, mi número telefónico estaba ahí. Tenías que

llamarme.

—¿Por qué tenía que llamarlo? —Me alejé de él—. Doctor Malinov, somos dos

adultos que se pasaron de tragos, bailaron, coquetearon y luego tuvieron una

aventura.

—¿Una aventura?

—Exactamente, no tenemos que ser amigos, ni conocidos. Usted es mi profesor

y yo soy su alumna, lo que sucedió no va a volver a pasar.

—¿Te arrepientes?

—¡Ni siquiera recuerdo qué hicimos esa noche! —Exploté, encarándolo

finalmente—. Lo único que de verdad espero es que usted esté limpio, o al menos

hayamos tenido algo de cordura y usáramos protección.

Su sonrisa se curvó a un lado de su rostro. Esta vez, más que un rictus sexy,

me pareció cruel, como si supiera algo que yo no sabía.

—Soy lo suficientemente maduro para saber lo que quiero y créeme, Odette,

no soy de los que va por ahí follando chiquillas en una discoteca. Yo te elegí a ti…

entre todas ellas.

—¿Debería estar agradecida entonces?

—Oh, dulce sarcasmo, mi segunda lengua. —Eliminó nuestra distancia en un par de zancadas—. Ahora, si lo de acordarse representa algún problema para ti

—Acarició mi cuello con su mano—, yo no tengo ningún problema en recordártelo.

Estrelló sus labios contra los míos. De manera apremiante, sus manos descendieron por mi espalda, atrayéndome aún más a su cuerpo, hasta que no quedó ninguna distancia.

Yo hubiese podido alejarme.

Yo hubiese podido golpearlo.

Pero no lo hice.

Gemí, lloriqueé y terminé deslizando mis manos por su cuello, abriendo mi boca en busca de más, dándole acceso total.

Sus besos eran como el fuego que lo consume todo. Recordé entonces por qué había accedido a ir a su casa. Recordé cómo, el simple roce de sus labios, hacía que mi piel ardiera, parecía tener una necesidad de tener su boca sobre la mía…

Yo me dejé llevar como el barquito de papel que va con la corriente.

Su lengua se unió a la mía, sometiendo, exigiendo, haciendo que mi cuerpo entero fuese una masa gelatinosa que solo respondía según sus designios.

—¡Joder! —gemí audiblemente, sintiendo sus manos deslizarse entre mi ropa, acariciando la piel bajo mi ombligo, rozando mis caderas hasta abarcar mi trasero. Atrajo mi cuerpo al suyo, dejando que la protuberancia, entre sus pantalones, hiciera contacto con mi ingle.

Jadeé guturalmente cuando, llevada por su beso, embestí mis caderas contra las suyas buscando un poco de fricción. Sus manos, fuertes y suaves al tiempo, tomaron mis glúteos suspendiéndome hasta dejarme sobre una superficie dura.

No quería mirar, ni respirar… Quería más, más de lo que me

estaba haciendo sentir

«¿Dónde demonios estaba mi conciencia, mi moral… mi…? ¡Mierda!».

Besó mi cuello, dejando que su lengua lamiera mi piel. Gemí ante el toque eléctrico que se deslizó desde mi clavícula hasta mi entrepierna.

—¿Está mojada para mí, doctora Miller? —murmuró mientras su mano se deslizaba entre mi pantalón y mis bragas—. No son de encaje. ¡Qué lástima!

—Acarició mi clítoris circularmente y gemí su nombre en un suspiro—. ¡Ohm!, me

estás volviendo loco, preciosa. Desde que te vi entrar a *Alcatr* az, ni siquiera sabía

quién diablos eras, simplemente te vi y supe que eras para mí ¡Mía! —susurró

cerca de mi oído. Lamió el lóbulo, mordiéndolo, torturándome.

Me removí inquieta cuando dos de sus dedos exploraron mi entrada. Estaba a punto de abandonarme en su caricia, cuando un grito en el pasillo me trajo a la realidad.

«¡ *Detente!* »

«¡Ahí estás!»

—¡Dimitri, no! —dije separándolo de mi boca—. No aquí… no ahora —susurré

entrecortadamente debido a los movimientos de sus dedos.

Él se detuvo ante mi llamado. Sus ojos azules, como dos piedras ardientes, se encontraron con los míos; la intensidad de su lujuria bailando en el iris azulado.

Le tomó unos segundos controlarse, respiró profundamente y sacó sus dedos de

mi ropa interior.

Lo siguiente no lo vi venir, Dimitri lamió sus dedos, deslizando su lengua entre ellos; su gemido fue bajo, ronco y recorrió cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo, haciéndome apretar las piernas. Sonrió ladinamente y me besó. Esta vez fue suave, degustó mis labios con parsimonia y se retiró rápidamente.

—Eres condenadamente exquisita, Odette, podría quedarme

todo el día bebiendo de tu coño. —Acomodó un mechón de mi cabello detrás de mí oreja—. Te espero esta noche en mi departamento a las nueve, me debes una cena. —Se alejó caminando hacia la puerta—. No me hagas esperar.

Iba a irse, y yo… ¡diablos!

—Dimitri —lo llamé—, necesito saber. —Rasqué mi cabello, completamente nerviosa—. ¿Tuvimos algún tipo de precaución esa noche?

Él arqueó una ceja.

—¿Precauciones?

—Sí, tú sabes… ¿Usamos preservativos?… digo, vi una caja sobre la mesa… por supuesto que usamos. —Me respondí a mí misma, desvariando, pero fui interrumpida por una sonrisa sarcástica, que dio paso a una sonrisa burlona—. Deberías contarme el chiste, quizá yo también pueda reírme.

Lo vi abrir la puerta y negar con la cabeza ¿El muy cabrón pensaba irse así, sin más?

—Odio el látex, doctora Miller. —Y sin más, se fue.

Odio el látex

Odio el látex

¡ *Odio el látex!*

«¿A qué diablos se refería?».

La palabra se repetía en mi mente como un disco rayado. Esperé unos

minutos luego de que él saliera del auditorio antes de hacerlo yo. Caminé hacia el

auto de manera automática. Si alguien me hubiera llamado, estaba segura de que

no le hubiese escuchado, era como si hubiese entrado a otra dimensión.

Todo lo ocurrido con el doctor Malinov –desde su beso hasta su estúpida

frase– me tenía descolocada.

—¡Odette! —El grito de Mía me hizo centrarme en el ahora, ella chasqueó sus

dedos frente a mí un par de veces antes de volver a llamarme—. Llevamos más

de quince minutos esperándote. No sé cómo será el doctor Tatcher, pero la

doctora Moore odia que lleguemos tarde.

—Yo… lo siento, yo.

¡Genial! Ahora no podía armar una frase coherente.

—¿Te sientes bien? —Alle colocó la palma de su mano sobre mi frente—. Estás

pálida como si hubieses visto un fantasma.

—Sí, no es nada. —Quité la alarma del auto.

—¿Qué quería el profesor Malinov? —preguntó Mía subiéndose al auto. Si de

algo había que tener miedo, era de uno de los interrogatorios de Mía Johnson.

—Este… —tartamudeé metiendo la llave en el contacto… fracasando

estrepitosamente.

—Este… —imitó Mía, y con sus manos me alentó a seguir.

«Piensa rápido… ¡Di lo que sea!».

—Quiere que sea su monitora. —Mentí descaradamente.

—¡Ohm! ¡Dulce Jesús! imagino que le dijiste que sí.

Se recostó a la silla trasera mientras Alle –que siempre era mi copiloto–, abrochaba su cinturón.

—Ese doctor Malinov está como el bombón ruso que hace rato me quiero comer —continuó.

—¡Mía! —Alle se giró dándole una de sus miradas siniestras—.

Puede ser tu padre.

—De hecho, es bastante joven —murmuré mientras nos sacaba del estacionamiento del campus.

—Pues no lo parece.

—En fin, ¿qué le dijiste?

—Que tenía que pensarlo. —Resté importancia.

—Estás loca…

—Con la universidad y las tutorías, no creo tener tiempo, Mía —repliqué y ella

resopló.

El resto del camino, Mía dormitó, Alle se colocó sus auriculares y empezó a

limarse las uñas y yo… Yo me limité a rememorar el beso que Dimitri Malinov

me había dado en el salón de clases

Un mes completo transcurrió. Evitaba al doctor Malinov lo más que podía, era

la primera en salir cuando la clase se acababa y siempre estaba con Mía o Allegra

para que él no se acercara. Sobra decir que no había ido a la cita que él me había

impuesto. Pasaba mis días en el hospital, aprendiendo todo lo que podía del

doctor Tatcher; aún no me invitaba a una de sus cirugías, pero cada día me

esforzaba más, estaba casi segura que pronto llegaría mi oportunidad.

Para mi infortunio, la historia era distinta cuando llegaba a casa. Me recostaba

en la cama y cerraba los ojos cuando mi mente era atacada por los recuerdos de

aquel beso compartido en el salón de clase, la manera en que mi cuerpo

correspondía a sus caricias, su pasión desbordaba en cada roce y sus manos

acariciando mi piel, hacían que al final acabara con el señor brillante entre las

piernas.

No ayudaba mucho que Mía fuera la fan número uno de Dimitri y pasara todo

su tiempo libre googleándolo como si fuese *Adam Levine.*

Volví a la realidad cuando los chasquidos de Allegra se escucharon cerca de

mis oídos.

—¡¿Me estás escuchando?! —exclamó molesta.

—Lo siento, Alle, ¿me decías?

—¿Tienes problemas económicos? ¿Has seguido enferma? —Me había sentido

mal los últimos días, mi estómago estaba tan sensible que apenas podía soportar

el té que estaba tomando en ese momento—. Deberías dejar de comer pizza, ¿has

visto tus caderas?

Rodé mis ojos, mis caderas estaban perfectas.

—No tengo problemas económicos, simplemente pensaba en algo que me dijo

mi hermano. En cuanto a la pizza… bueno, sabes que es mi debilidad, pero me

contabas sobre la última gran idea de tu padre.

—No hablemos de él, ¿sí? Y debes alimentarte mejor, no por vanidad sino por

salud. —Lo decía quien estaba tomando una malteada de Oreo y chocolate.

—¿Has visto a Mía? —pregunté cambiando el tema.

—Está en un casting, ya sabes cómo es ella, adora todo el rollo de la fama y los

flashes, no sé qué hace estudiando medicina.

—Supongo que lo mismo que tú.

—Lo mío es diferente, yo quiero ayudar a las personas.

—Además de llevarle la contraria al senador.

—Y vuelve el senador a la conversación. ¿Qué parte de «odio a mi padre» no has entendido?

—Deberías agradecer que tu padre aún está vivo.

—Mi padre nunca será como el tuyo, Odi. ¿Por qué mejor no hablamos de otra cosa, por ejemplo, las ojeras de panda que luces esta mañana?

—No he dormido muy bien, y estos últimos días he estado con malestar estomacal, nada que un laxante no solucione —contesté, dándole un sorbo a mi té haciendo que mi estómago se agitara.

—Debes cuidarte más. —Buscó su celular en el bolso, que sonaba bajo los acordes de *Uptown Funk* de *Bruno Mars*. Yo prefería a Maroon 5—. Hola, Gus. Sí, estaré ahí —colgó—. Gustavo acaba de llamarme. —Rodé los ojos por lo obvio—. Mi papá insiste con que tengo que ir a esa cena de hoy. Estoy harta. No puedo vivir un segundo sin la sombra del senador Harris —bufó—. ¿Estás segura de que estás bien?, te veo un poco pálida.

Tomó mi mano entre las suyas, Allegra era la hija del senador Preston Harris; a pesar del abolengo de su apellido, ella era amable, tranquila y una excelente amiga.

—Sí, Alle, estoy bien. Está a punto de llegar mi período y tengo las defensas

bajas. Pescaré un resfriado. Además, no soy una niña pequeña que necesita niñeras —dije irritada, mi sentido del humor también había cambiado, a veces lloraba mientras veía a mi hermano desde mi sesión de Skype.

—Eso es lo que gano por preocuparme por ti.

Se levantó furiosa de la silla.

—Alle… —¡Diablos! Ella solo se estaba preocupando por mí y yo…—, es solo

que… —No sabía que decirle—, te quiero, Alle, ojalá puedas escapar pronto del

senador.

Sus ojos se tornaron cristalinos.

—Sí, sí, tengo un As bajo la manga, no te pongas sentimental.

Me dio un abrazo y un beso apretado; la puerta de la cafetería se abrió y Gustavo entró con su impecable uniforme negro. Más que el chofer de Alle, Gustavo era algo así como un agente de la CIA, siempre estaba cerca, aunque nunca lo notáramos.

Pude ver la resignación en el rostro de mi amiga. Parecía que nunca iba a librarse del yugo al que su padre la había sometido luego de la muerte de su mamá.

Estuve en la cafetería del hospital por casi veinte minutos más, mientras pensaba en el viaje a casa de Mike por Acción de Gracias.

Escuché mi nombre por el altavoz trayéndome nuevamente a la realidad, tiré el sobrante de mi té en la papelera y me dirigí a recepción.

Saludé a Maggie, la recepcionista, antes de pedir la historia de mi nuevo paciente a la jefa de enfermeras

—Es bueno verla, Doctora Miller.

Me giré cual niña del exorcista cuando escuché el fuerte acento ruso; lo ignoré y tomé la carpeta que Magg me tendía. Iba caminando hacia la camilla de mi paciente, cuando fui tomada fuertemente por el brazo.

—Tenemos que hablar —murmuró entre dientes.

«Piensa, Odette. No te veas frágil por su presencia».

—No tengo nada que hablar con usted, doctor Malinov. — Tiré de mi brazo, encarándolo enojada.

—¿Por qué no fuiste a mi departamento? ¿Por qué huyes de mí? —preguntó, acercándose peligrosamente.

—Doctor Malinov, no sabía que usted también trabajaba aquí, en cuanto A su pregunta. ¿Por qué cree que estoy huyendo de usted? —¿Trabajar? No, Odette, no

trabajo aquí.

—Entonces no sé qué diablos hace en este lugar. Si me disculpa, tengo que ir a hacer… —revisé la carpeta—. Un tacto rectal.

Odiaba los tactos rectales.

—Solo quiero saber por qué me evitas. Te entregaste tanto como yo esa noche, pensé que quizá…

—Pues pensó mal. —Intenté pasar a su lado y su mano volvió a cerrarse fuertemente sobre mi brazo.

—Doctor Malinov, de verdad estoy… maravillada de que usted tenga tantos deseos de repetir nuestra noche, pero en estos momentos no estoy interesada en ningún tipo de relación oficial, mucho menos en el tonto juego de los amantes.

—No juegues conmigo, Odette. —Su tono de voz fue amenazante—. Para mí fue más que una noche de sexo, yo te vi entrar y…

—Y se excitó, no tenemos que adornar las cosas. Soy alta, rubia y mis ojos son verdes. Soy el prototipo de mujer que cuando se pone un vestido causa erecciones, doctor Malinov; es una estupidez, un estereotipo inventado por hombres machistas: rubia y bruta; pero la verdad es que tengo cerebro y un futuro brillante, como le dije, una relación no está entre mis planes del momento, así que suéltame y déjame en paz. —Tiré de mi brazo—. Acepte que solo fue un polvo.

—Calla, maldita sea. Cállate, cállate y escúchame, no creo que seas estúpida, de

hecho, eres muy inteligente y una maldita bruja, no es cuestión de erecciones… Yo no me impresiono tan fácil, linda. Es cuestión de química, de la manera en cómo te movías entorno a mi cuerpo. Yo lo sentí diferente. Yo…

—Lamento haber confundido o dado la impresión que quería algo más de usted que una aventura. Ahora, si me disculpa, mi paciente me espera. —Pasé a su lado, alejándome rápidamente y deseando que escenas como la que acababa de suceder entre nosotros no se repitieran.

Capítulo 3

El resto de la semana, me comporté como si fuese una fugitiva: miraba a ambos lados antes de pasar un pasillo Solitario en el hospital, hacía todo lo que el doctor Tatcher sugería –por lo general era traerle café, buscar su diario y acompañarlo en sus rondas–; hablé con Michael por Skype y volvió a recordarme el viaje, y, sobre todo, evité a Dimitri Malinov.

Pedí una hamburguesa, papas fritas y un refresco tamaño familiar en el puesto de comidas rápidas que estaba cerca de casa. Era viernes, mi quinto viernes desde esa noche.

Caminé con paso lento mientras cantaba *Love Somebody* bajo la sensual voz de Adam Levine. Estaba famélica así que tenía un plan trazado: llegaría a casa,

comería mi cena llena de grasas trans y azúcar, me daría un baño y buscaría una

película en *Netflix*. Subí las escaleras de dos en dos e ignoré la puerta de Mía,

siguiendo derecho hasta mi departamento.

Una vez dentro de mi hogar, coloqué comida y agua en los platos de Ferb y

desenvolví mi cena colocándola en un plato. Rellené un gran vaso con refresco

antes de ir a la habitación, encendí la televisión y me acosté sobre la cama. Mi

comida se veía fabulosa. Tomé una patata frita y la bañé con salsa de tomate

antes de comerla, y me supo a gloria, pero no pude decir lo mismo cuando le di el

primer mordisco a mi hamburguesa, mi estómago se contrajo y tuve la imperiosa

necesidad de correr al baño para devolver todo lo que había comido en el día.

Me aferré a la taza del toilette hasta que mi estómago quedó vacío, respiré un

par de veces antes de levantarme y cepillar mis dientes. Estaba ligeramente

mareada y me sentía sucia.

Aún con la cabeza dándome vueltas, me quité toda la ropa y me di una ducha

rápida; tomé un camisón rosa de la cómoda y me senté sobre la cama cuando me

sentí humana nuevamente.

La cabeza me daba vueltas y el olor de la hamburguesa perpetuaba mi

malestar. Había perdido el apetito y mi fabulosa comida no se veía tan genial

ahora, por lo que la llevé al refrigerador. Estaba a punto de cancelar la película e

irme directo a la cama cuando escuché que tocaban la puerta.

«Mía…».

Si no la atendía, iba a insistir durante mucho tiempo. No me apetecía salir y

tampoco estaba en óptimas condiciones, lo mejor era abrir y dejar que ella

notara el estado de mi miseria.

—Mía… —Abrí la puerta y me alejé—. No me interesa salir esta noche, he

pescado un virus y no me siento bien, yo que tú… —Me giré para encontrar a la

persona que menos esperaba en mi puerta.

—¿Usted? —La mirada de Dimitri recorrió mi cuerpo como si hubiese estado

desnuda. Caminó dos pasos y cerró la puerta tras él—. ¿Quién le dio mi

dirección? ¿Me siguió? ¿Quién le ha dicho que podía entrar? —Lo bombardeé a

preguntas.

Él me obsequió una sonrisa burlona y pasó a mi lado para sentarse en el sofá.

Cruzó su pierna izquierda a la altura de su rodilla derecha y desabrochó su saco

con elegancia.

—Claro, póngase cómodo —satiricé al ver su postura relajada—. Creo que fui lo

bastante clara cuando hablé con usted por última vez. —A pesar de quedarme detrás del otro sofá, podía sentir cómo mi piel se erizaba con su cercanía.

—Pareces hablar mucho, Odette, aunque tu cuerpo entiende lo contrario… Lo digo por tus pezones, ¿o es que hace mucho frío? —Su postura de «te tengo en mis manos», me fastidiaba—. Igual que en el salón de clases o en mi departamento esa noche cuando…

—Lo del salón… —Corté su diatriba antes que lograra envolverme con su acento sexy y su carita de niño bueno—, fue algo que no debió ocurrir, un momento de debilidad y nada más. En cuanto a su departamento, creo que ya parezco un disco rayado diciéndole lo mismo.

—Sí, aún no recuerdas lo que ocurrió ahí. Yo puedo refrescarte la memoria, linda. —En un rápido movimiento, se colocó frente a mí, separados únicamente

por el respaldo del sofá. Acarició mi mejilla con sus dedos antes de volver a hablar—. No tiene que ver con la tensión sexual que es clara entre nosotros, nena, eres tú. Yo estaba ahí en el bar, bebiendo mi escocés cuando tú entraste a la pista, tus movimientos, tu vestido y estos tacones que clavaste en mi espalda mientras me deslizaba en tu interior… —Cada vez se acercaba más a mi rostro.

Su voz era una melodía hechizante, me tenía completamente a su merced—. Y cuando bailaste conmigo y moviste tus caderas entorno a mi ingle yo…

¡Demonios, Odi!, yo me perdí en tu piel, en tu rostro, en el inigualable aroma de

tu cuerpo… Soy un jodido adicto, y he encontrado y probado la mejor heroína de

toda mi vida, la de mejor calidad. ¿Y quieres que la deje? —Con su dedo acarició

mis labios—. No, Odette. Soy un cazador y tú ahora eres mía.

Tomó mi rostro sin prisa y sus labios estuvieron conectados con los míos en

un par de segundos, fuerte y posesivo, su lengua demandaba sumisión ante él.

Por más que me resistí, que intenté alejarme, su agarre en

mi rostro no me lo permitió, su beso logró debilitar mi voluntad y gemí

vergonzosamente para su deleite. Perdí, me entregué a él como en el salón de

clases, como en su departamento.

Mi centro se contrajo deseando ser acariciado, mis pechos se volvieron

pesados, mis pezones se clavaron contra la tela de mi pijama y su aroma inundó

cada una de mis terminaciones nerviosas, justo cuando los recuerdos de una

noche de alcohol volvieron a mí como una vieja película cinematográfica…

« *La manera en cómo me fui tras él, en cómo me dio un primer orgasmo en su coche, cómo nos*

besamos como adolecentes en el elevador; el grito que di cuando le supliqué que rompiera mis bragas;

los jadeos, los gemidos y la manera furiosa en la que él castigó y dio placer

a mi cuerpo mientras yo me

sumergía en un océano de inigualable placer».

Los labios de Dimitri descendieron por mi cuello. Sus manos masajearon mis

pechos con maestría. Bajó el tirante de mi pijama y besó la piel de mi clavícula,

cada una. Mamó de mi pecho como un niño hambriento, mientras sus manos

acariciaban mi pubis.

—Te deseo… no sabes cómo, ni cuánto, pero jamás había deseado a alguien así.

Quiero morderte, lamerte. Quiero poseerte, Odette. Hundir mi nariz en tu

pequeño y húmedo coño, hundirme en tu piel, sentir cómo palpitas a mi

alrededor… Quiero ser el dueño de tus días y tus noches. —Sus dedos se

colaron en la fina tela de mis bragas—. ¿Qué no ves cómo me afectas, pequeña

diabla? Paso las veinticuatro horas del día pensando en ti, duro por ti. —Acarició

mi piel húmeda y sensible, e introdujo uno de sus dedos en mi interior, haciendo

que mi cuerpo se sacudiera en respuesta a su caricia—. Me tienes al borde de la

locura y solo quiero llevarte a la cama y hacerte el amor una y otra vez.

Esto no podía seguir, no podía volver a suceder. Así que, juntando todo el

autocontrol que pude reunir en ese momento, tomé su mano y lo alejé de mi

sexo. Luego, una sonora bofetada rebotó por todas las paredes de mi

apartamento.

—¡Fuera! —dije jadeante—. ¡Quiero que te vayas de mi casa! ¡Quiero que me

dejes en paz! —grité, presa del miedo por las sensaciones que este hombre me

hacía sentir… miedo porque anulaba mi voluntad—. Si vuelves a cruzarte en mi

camino, le diré a mi hermano que un loco acosador no me deja en paz. No quiero

volver a verte, no quiero saber más de ti. ¡Vete de mi casa ahora!

Mi corazón latía furioso, tenía la respiración entrecortada y él… él parecía casi

tan agitado como yo.

—¿Estás segura, preciosa?

«Vamos hazlo. Tú puedes».

—Váyase por favor. Váyase.

Mi voz se quebró, mis ojos se anegaron en lágrimas y mis brazos arroparon mi

cuerpo. Dimitri respiró fuertemente antes de alejarse, abrochó su saco y caminó

hacia la puerta.

—Tú vendrás a mí, Odette, yo lo sé. Sientes lo mismo que yo cuando estamos

cerca. Ardemos, mi pequeña niña, y eso no puedes negarlo. Vendrás a mí y yo te

estaré esperando, preciosa.

Abrió la puerta y se fue.

—Eso no sucederá —murmuré para mí misma—. Nunca volveré a acostarme con él.

Entré a mi habitación desnudándome y me metí bajo la ducha, intentando calmar el latido frenético de mi corazón y el ardor que Dimitri había dejado en mis partes íntimas. Una vez que estuve completamente calmada, fui a mi cama y traté de dormir.

Desperté completamente desorientada, mi estómago ardía y la cabeza me daba vueltas. Decidí quedarme unos minutos más en la cama y reportarme enferma ante el doctor Tatcher, pero lo reconsideré minutos después y me levanté para comenzar el día. Solo fue colocar el pie en el suelo para sentir cómo la bilis subía por mi garganta.

Después de devolver hasta el agua que había tomado, me sentía débil; parecía que iba a tener un resfriado. Lavé mis dientes, y traté de aliviar el ardor estomacal con una dosis de *Peptobismol*, pero me quedé completamente petrificada al ver mi caja de tapones completamente cerrada

«¡Dios no…!».

Empecé hacer cuentas mentales desde mi último ciclo; había sido durante

última semana en rotación de ginecología antes de…

«Alcatraz».

¡Joder!

Conté con los dedos, y aun cuando no conseguí quedar del todo convencida,

busqué entre mis cuadernos la libretita de mis apuntes personales.

Tenía que haber un error.

Leí:

Último Ciclo: 02 *de octubre.*

Próximo Ciclo: entre el 01 y 04 de noviembre.

El calendario en la parte de atrás de la libreta.

20 de noviembre.

¡Diablos!, los vómitos, los cambios de humor, el asco hacia ciertos alimentos

"*Odio el látex, Odette"* su voz sonaba clara en mi cabeza.

No. No. No. Yo tomaba la píldora, nunca dejaba mi protección en manos de un

hombre. Busqué mi cajita milagrosa y conté las pastillas, no había faltado ni un

día, traté de recordar algo que hubiese podido afectar mi ciclo, me estaba

sintiendo un poco mal y había tomado ¡Diablos!, pasé la mano por mi cabello,

con el cambio de clima había pescado un resfriado, de hecho, lo había usado de

excusa para no ir a *Alcatraz* esa noche. El doctor Ross me había enviado

antibióticos, Vitamina C y suplementos minerales, ya que había tenido varios refriados. No podía ser. Yo no podía estar embarazada ¡No! Me vestí rápidamente y bajé las escaleras de dos en dos. Salí a la calle sin mirar a nadie y prácticamente corrí hasta la farmacia más cercana.

Busqué las pruebas caseras, tomando la que me parecía más confiable.

Compré dos por las dudas.

Volví a casa de manera mecánica, subí a mi departamento y miré las dos aterradoras pruebas.

Ferb, sintiendo mi estado anímico, acarició mis piernas, enfundándome valor.

Entré al baño, abrí las dos cajas, sacando las pruebas, y las coloqué sobre la tapa del wáter. Solo tenía que orinar en la parte indicada y esperar cinco minutos.

Inhalé profundamente antes de hacer la prueba y puse ambos palitos sobre el lavamanos.

Ahora solo quedaba esperar.

Cinco minutos que dividirían en dos mi vida, trescientos segundos que marcarían un antes y un después. Yo no podía estar embarazada, no era tan estúpida. ¿Qué iba a hacer yo con un bebé?

La alarma de mi celular sonó haciéndome saber que habían pasado los cinco

minutos más largos de toda mi existencia, suspiré audiblemente mientras tomaba la primera prueba.

La coloqué frente a mí con los ojos cerrados.

Cobarde… Sí, mucho.

Una, dos…dos y media ¡Joder, tres!

Dos rayas rosadas, no había que ser un genio para saber que dos rayas rosadas era positivo, pero aun así tomé la otra prueba, esta era digital, suspiré fuertemente y…

Embarazada 3-4

«Esto es lo que sucede cuando fornicas antes de casarte».

Embarazo. ¡Cristo! ¡Un bebé!

Un bebé de Dimitri Malinov, por el que media planta del hospital babeaba, y ni qué decir del campus universitario.

Esto no podía estarme pasando a mí. Estas pruebas no eran del todo seguras ¿No? Iría al hospital y me haría una prueba de sangre y seguro esa sí daba negativo.

Necesitaba que diera negativo.

Traté de calmarme un poco, respirando como mamá me había enseñado de niña cuando despertaba después de una pesadilla. Volví al baño y revisé la fecha

de vencimiento de cada una de las cajas. Estaban perfectas.

Decidí reportarme enferma al hospital mientras pensaba qué hacer con mi vida y con esta noticia.

Pensé infinitas posibilidades:

Abortar…

Esconderme de Mike nueve meses y dejar el bebé en un centro para madres solteras…Decirle a Dimitri Malinov la verdad.

Cada idea era peor que la otra.

Mía y Alle llegaron cuando ya anochecía y aunque traté de distraerme con ellas fue en vano. Durante todo el día no pude dejar de pensar que yo, Odette Miller, iba a ser mamá.

Salí de mi residencia temprano, no sin antes dejar una nota pegada a la puerta del departamento de Mía donde le indicaba que necesitaba hacerle unas diligencias a Mike. Fui al hospital y me practiqué una analítica que recogería cuando viniese a mi turno, y luego me fui a la universidad. Intenté prestar

atención, y agradecí cuando Dimitri canceló la clase que tenía programada, alegando un problema personal.

Sin embargo, cuando llegué al hospital para recoger los resultados, el corazón me latía hasta en los oídos; las manos me temblaban y sentía el pecho

comprimido. Todos los síntomas de un posible ataque de pánico. Saludé a la chica del mostrador y ella me entregó mis examenes.

Me debatí en abrirlos, pero no podía, los guardé en mi mochila y luego fui a los casilleros a guardar mis cosas y prepararme para un turno que esperaba fuera tranquilo.

El doctor Tatcher tampoco se presentó a trabajar, por lo que cubrí mi turno en urgencias y me fui a casa.

El resultado pesaba como un yunque en mi bolso, pero lo ignoré durante todo el camino. Y cuando llegué a casa, hice mi acostumbrada llamada con Mike para que mi hermanito sobreprotector no se preocupara, y preparé macarrones con queso para la cena.

Cuando llegó el momento de ir a la cama, supe que no podía esperar más.

Tomé el sobre y lo rasgué, con el corazón latiéndome furiosamente.

HGG SUB-BETA EN SANGRE: **POSITIVO.**

Mi pecho se comprimió, no estaba preparada para un hijo, tenía muchas cosas para hacer antes de pensar en la posibilidad de convertirme en madre… Sentí una lágrima descender por mi mejilla y la quité de un manotazo. Seguiría con todos mis planes, solo los retrasaría un poco. Este era mi bebé y lo amaría, ya lidiaría después con Mike.

—No te preocupes, bebé… estaremos bien.

La mañana siguiente, desperté con la sensación que todo iba a salir bien, sería difícil para Mike, y aún más para Ashley. Ellos eran mis padres, a efectos ténicos, se habían casado dos años después de la muerte de mis padres cuando Mike cumplió veintidós, y yo diez. Llevaban años intentando tener hijos; lamentablemente, Ashley sufría de *ovarios poliquísticos* y eso había provocado que abortara en tres ocasiones.

Para Mike había sido muy duro todo el proceso y, aunque llevaban dos años con un nuevo tratamiento, mi hermano seguía escéptico a la probabilidad de ser padre.

No vi a Dimitri en la universidad, sabía que tenía que hablar con él, pero no tenía idea de cómo decirle.

En el hospital, mi primer paciente fue un bebé resfriado que remití a pediatría, la madre era una chica de veintidós años, completamente frustrada. Mientras el pediatra atendía al bebé, intenté consolarla; ella me contó cómo su familia la había abandonado al enterarse del embarazo. No me importaría si Mike retiraba su apoyo económico hacia mí, pero no sabía si podía vivir sin él. Una parte de mí

necesitaba la presencia de mi hermano en mi vida.

En mi hora de descanso, fui hasta la cafetería, me apetecía algo dulce, aunque estaba segura que terminaría depositándolo en el toilette. Una adolecente, acompañada por un chico, estaba en una de las mesas. Ella lloraba mientras él le infundía valor.

Fui a la máquina expendedora, saqué una bolsa de M&M y me senté en la mesa continua a los chicos. Pasados unos minutos, una mujer vestida de traje llegó; representaba a la organización de ayuda a las madres adolescentes. Ofrecían hacerse cargo del embarazo, chequeos médicos, medicinas y demás. Al final, cuando el niño naciera, se encargaban de buscar una pareja para que lo llenaran de amor.

Dijeron mi nombre un par de veces por el altavoz, pero lo ignoré. Cuando los jóvenes se fueron, no pude evitar acercarme a la mujer.

Se presentó como Rina ÒConnor y me dejó su tarjeta por si conocía a alguna mujer que quisiera dar a su bebé en adopción.

Adopción… Dejar que otros cuiden a tu bebé.

¿Podría entregar yo a mi bebé?

La pregunta estuvo en mi mente todo el día. Pasé un par de horas con el doctor Tatcher, por primera vez me invitó a su oficina y compartió varios de

sus

casos más complicados. Sin embargo, no podía dejar de pensar que dentro de mí

crecía una vida.

No sabía qué tanto afectaría a mi tutoría el que estuviese embarazada, pero no

iba a pensar en eso ahora.

Cuando estaba a punto de irme a casa, vi a Dimitri y al doctor Tatcher

discutiendo, parecían cercanos, como si se conocieran hacía mucho tiempo. O

más bien, como si se odiaran hacía mucho tiempo. Dimitri estaba enfadado,

podía verlo en su postura, en la forma cómo hablaba entre dientes y en la vena

en su cuello, que parecía querer explotar. Por su parte, mi tutor no estaba de

mejor ánimo, tomó a Dimitri por la solapa de su bata, mientras él sonreía

socarronamente. Al final, el doctor Tatcher negó con su cabeza y soltó a Malinov,

no sin antes darle un empujón.

Dimitri entró enojado a su consultorio. Saqué de mi bolsillo la tarjeta de Rina.

Era decirle a Malinov o hablar con Mike y quedarme en Jersey hasta que el bebé

naciera y lo diera en adopción.

Pero sabía que mi hermano no permitiría eso, y no estaba muy segura de que

yo quisiera renunciar a una vida que estuvo nueve meses en mi interior. Respiré

profundamente, enfundándome de valor para lo que venía. Sin tocar, empujé la puerta para encontrarlo sin la bata mientras apretaba el puente de su nariz. Pude notar que había barrido con su escritorio enviando todo al suelo.

—Miller.

Parecía como si me hubiese estado esperando. Todo deje de enojo abandonó su rostro. Me observó de arriba abajo, detallándome; se detuvo en mis pechos un par de segundos y curvó su boca con la sonrisa burlona que empezaba a detestar.

—¿Estás bien? Te ves mucho más delgada y pálida que hace unos días. Debes cuidarte, comes muy mal, Miller. Tu alacena solo tiene macarrones con queso y a veces comes esa fea y grasienta pizza que venden frente a tu casa.

Todas mis alarmas se encendieron. ¿Cómo sabía él que mi alacena contenía macarrones con queso?

—¡Me estás siguiendo! —exclamé indignada.

Soltó una gran carcajada.

Ese hombre me daba miedo.

—No, simplemente cuido mis intereses… ¿A qué debo tu agradable visita? —Se acercó a mí peligrosamente, como el cazador que era. Pero yo no sería su presa.

¡No señor!—. ¿Al fin te decidiste y quieres que te haga recordar esa noche en Alcatraz?

Levanté mi barbilla con valentía, aunque toda yo era un manojo de nervios.

—He estado mal del estómago, tengo un parásito. —Me alejé de él.

—No soy gastroenterólogo, solo soy ginecólogo-obstetra. Es una lástima que no te pueda ayudar con tu problema. —Marcó su acento en cada palabra.

—Mi problema es que va a durar varios meses en mi interior, tendré que hacerme revisiones mensualmente. Y cuando todo termine, he escuchado que duele mucho, tanto que quieres matar al idiota que te puso en ese lugar.

—Eso es lo que sucede cuando las personas viven comiéndose lo que se les atraviese enfrente… —Su entrecejo se frunció completamente—, si no tienes más nada que decir, desearía que me dejaras solo porque yo…

—Estás en lo cierto, pero parece que uno no se fija en lo que se come cuando está en estado de embriaguez. —Su actitud cambió, y nuevamente me miró como si supiera todo sobre mi vida—. Tengo algo que decirle.

—Soy todo oídos, Miller. —Se sentó en su sillón de cuero y tomó su bolígrafo.

—Estoy embarazada, tengo cuatro semanas —dije tirando el sobre blanco en su escritorio—. Y me temo que tú eres el padre.

Dimitri me observó y luego tomó el sobre, leyendo el resultado. En un primer lugar, pensé que se negaría; nos habíamos conocido en un pub cuando en mis venas corría más alcohol que sangre, pero él solo sonrió.

Las sonrisas de Dimitri Malinov me daban escalofríos, había aprendido a interpretar cada una de ellas, siempre había algo cruel en su sonrisa.

—¿Cuánto tiempo dijiste que tenías? —Su mirada no me decía nada.

—Cuatro semanas… Y no te atrevas siquiera a insinuarme que no eres el padre

porque te juro que…

Él negó con la cabeza, su boca se curvó en una sonrisa de victoria que hizo que

mi sangre hirviera.

—¿Esto te divierte, no?

Se levantó de su silla y rodeó el escritorio, colocándose frente a mí.

—Mucho, aunque esto… —Señaló el sobre—, ya lo sabía, lo supe desde el día

que fui a tu departamento. Solo rocé tus pechos, Odette, y ya estabas gimiendo mi nombre.

No lo pensé, últimamente pensaba muy poco. Mi mano derecha se estrelló contra su mejilla tan fuerte que su rostro se fue hacia un lado.

—¡Eres un idiota! —Quité el sobre de sus manos y salí del consultorio.

No me detuve hasta llegar a mi auto. Me subí en él y manejé

sin rumbo.

Detuve el auto cerca de *Bryant Park,* sabía que había conducido mucho, pero

mi cabeza era un túnel que no me transportaba a ningún lado. Mi celular había

repicado al menos tres veces desde que abandoné la consulta de Malinov, sabía

quién era pero me aterraba contestar. Antes de que todo esto ocurriera, había

pedido un permiso especial a mi jefe inmediato para pasar Acción de Gracias con

mi hermano y su esposa en Jersey. Serían cuatro días alejada de Malinov, y

esperaba que me sirvieran para pensar. La melodía de *Last Friday Night* empezó

a escucharse, y ese era el tono de Ashley. No sabía qué iba a decirles, pero si algo

tenía seguro era que tendría que contarles los cambios que ocurrirían en mi

vida.

Respiré profundamente y tomé mi celular.

—Ashley…

— *No muñequita, soy Mike. ¿Ya tienes todo listo para venir?*

—Casi…

—¿Por qué no contestabas tu celular? Estaba a punto de tomar el auto y cruzar

el puente.

—Eso sería exagerado hasta para ti. Estaba con un paciente, no podía dejar de atenderlo para contestar tu llamada.

«A este paso, sería la ganadora a mentirosa del año».

—¿Te sientes bien, Odi? Te escucho extraña.

—Estoy bien, Mike. Solo he pescado un resfriado. —Sorbí mi nariz.

—¿Otra vez?

—Estaré bien para cuando llegue a casa. —La línea se quedó en silencio—. Mike…

—¿Sí, Odette?

—Te extraño.

Mis ojos se anegaron en lágrimas. Y, aunque lo intenté, no pude evitar derramarlas.

—Oh, yo también te extraño, Odi. Tengo muchas cosas planeadas para cuando llegues, reservaré para mis chicas el fin de semana. —Escuché su risa.

—Tengo que regresar el domingo.

—Lo sé, no arruines la diversión, muñeca. Siento que hace una eternidad que no estás aquí.

Pude escuchar a Ashley gritarle a mi hermano que era un exagerado.

—Te quiero mucho, pequeña.

—¿Y si algún día te llego a fallar?

Hice la pregunta que más me atemorizaba.

—Aun así, te querer. Descansa, nos vemos en dos días.

Colgué la llamada, encendí el coche y conduje a casa. Me sentí completamente aliviada cuando no vi ningún auto extraño cerca del departamento. En el fondo de mi ser, estaba completamente segura que encontraría a Dimitri Malinov fuera del edificio. Afortunadamente, él no se acercó a mí esa noche, ni durante los dos días siguientes.

Viajar a Jersey siempre era refrescante, estar de nuevo en casa, en mi antigua habitación…

El primer día, pasé todo el tiempo en mi habitación, alegando que estaba cansada, que ser la alumna bajo el mando del doctor Tatcher era extenuante, cuando lo cierto era que pocas veces había visto al doctor en esta última semana.

La mañana siguiente, tuve mi cita matutina con el baño. Para mi desgracia, cuando mi estómago estuvo completamente vacío, me encontré con Mike observándome con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? —asentí.

—¿Seguro? Te ves pálida y ojerosa. —Me señaló con la espátula que tenía en la

mano; el olor a huevos con tocino hizo que mi estómago se agitara. Tomó todo de mí no vomitar de nuevo—.

Ahora estás más verde que *el Grinch*.

—No he estado comiendo bien, es todo.

—El desayuno está listo, hice hot cakes con chispas de chocolate como te gustan.

Dios, iba a morir.

Algo vio Mike en mi cara que lo hizo pensar que era momento de alejarse.

—Bueno, te dejo sola. Parece que fueses a vomitarme encima. Y no, gracias…

—Cerró la puerta del baño mientras lo escuchaba murmurar un «mala alimentación». Sus fuertes pasos resonaron en los escalones de madera de nuestra vieja casa.

Cuando bajé al comedor, Ashley y Mike habían terminado su desayuno. Frente a mi silla habitual, había una torre de Hot cakes con chispitas de chocolates, cubierto de sirope de fresas.

—Te lo dije —dijo Ashley antes de llevar su taza con lo que parecía café a sus labios.

—Tu cara me dice que no los vas a comer. —Miré a mi hermano mientras retiraba el amenazador plato, colocándolo sobre el lavaplatos—. Hay cereal de

colores, ese que te gusta, en la alacena. —dijo a continuación, tratando de hacer

que me sintiera cómoda.

Llené un bol de cereal con yogurt natural y le agradecí, dejando un sonoro

beso en su frente; luego, me informó que trabajaría hasta medio día para pasar

tiempo conmigo. A pesar que le dije que no se preocupara, que quería dormir lo

que no había dormido durante el semestre, él insistió.

Ashley y él se fueron a sus respectivos trabajos, dejándome sola con mis

pensamientos.

Cuando volvió, tuvimos un maratón de *Smallville* mientras esperábamos a

Ashley. Luego preparamos la cena como en los viejos tiempos.

El día siguiente no fue muy diferente, tuve mi acostumbrada charla con el

señor *wáter*. Cuando bajé a desayunar, Mike ya se había ido a su trabajo y Ashley

hacía labores domésticas. No quise comer los huevos con tocino y en cambio me

comí un muffin con un vaso de leche. El resto del día, estuve más dormida que

despierta. En la noche, después de una llamada de Mía, me quedé en el columpio

del porche por un par de minutos, sabía que tenía que hablar con él, pero no

sabía por dónde comenzar.

—¿Qué haces aquí, muñequita? —La voz grave de mi hermano me hizo

girarme. Al verlo, intenté darle una sonrisa, pero la culpa me pesaba; así que solo

le di una mueca—. Es tarde…vas a enfermarte si sigues aquí. —Se sentó a mi lado

y pasó su brazo sobre mis hombros—. Ashley me ha dicho que vomitaste de

nuevo esta mañana. —Mike era un niño despistado, siempre lo había sido, pero

Ashley, ella era otra cosa—. ¿No será que tienes bichos en la panza?

—¿Bichos?

—Parásitos, Odi. —Hizo una mueca asquerosa—. La esposa

de Oliver, un trabajador de la construcción, tenía de esos y estuvo

muchos días mal del estómago. Deberías ir con el doctor.

—Mike, yo soy doctor.

—Con un doctor de verdad. Digo, uno con experiencia. — Enarqué una de mis

cejas hacia él—. No digo que seas mal doctor, muñeca, es que simplemente… tú

eres lo que me queda de mis padres. Saber lo que estuvo a punto de sucederte…

—Agarré su mano con fuerza—. Voy a protegerte siempre, Odette, así a veces te

parezca exagerado. Más que mi hermana, para mí eres… Eres mi hija. —Mike me

abrazó fuertemente.

Tenía que decírselo.

—Estoy bien, estaré bien… esto pasará «Y tú serás un gran tío».

—Mike, tengo que decirte algo, yo…

—La cena está servida. ¡Adentro!—Ashley gritó desde la puerta.

—Ya vamos, cariño —gritó de vuelta Mike—. ¿Y qué tenías que decirme?

—¡Se va a enfriar!

—Nada, vamos con Ashley.

Toda la casa olía al pavo en salsa de ciruelas que Ashley había preparado. En otra ocasión, hubiese amado el aroma, pero en este momento no podía disfrutarlo; sentía todo mi cuerpo en tensión, notaba cómo la bilis se agitaba en mi interior. Respiré profundamente, intentando controlar el malestar, pero fue completamente peor, tenía que salir de la sala a como diera lugar.

—Espero que tengan hambre porque no quiero ver nada en sus platos. Miren esta belleza…

Ashley destapó el plato y no pude evitarlo, corrí escaleras arriba lo más rápido que pude. Por un momento, pensé que no llegaría hasta el baño. Para cuando estuve allí, mi estómago se contraía con fuerza, mis piernas parecían gelatina y estaba completamente helada. Me aferré al toilette, deseando devolver el

tiempo,

no haber salido de mi apartamento esa noche. Una mano tibia retiró el cabello

pegado en mi nuca y me pasó una toalla, cuando creí haber expulsado todo lo

que había comido.

Me levanté para dar la cara a Mike, pero no era mi hermano quien estaba ahí.

—Quizás a Mike lo puedas engañar, pero yo conozco perfectamente esos

síntomas.

—Ashley..

—¿Cuántos meses tienes, Odette? —preguntó seria. Ashley nunca me había

llamado Odette, para ella era Odi, o el sobrenombre cariñoso que Mike me decía

de niña y que, aunque ya había crecido, seguía siendo su *muñequita*, a pesar que

fingía odiarlo.

—No sé de qué hablas.

Fingí demencia y me volteé para lavar mis dientes.

«Y la ganadora del Oscar es…».

—Odette Mackenzie Miller, no me trates de estúpida. Te he criado desde que

cumpliste diez años y te conozco desde antes; más que mi cuñada, eres como una

hija para mí, no soy tonta y me conoces lo bastante bien para saber que solo hay

dos cosas que odio en este mundo: la primera, cuando tu hermano se pasa de gracioso en público; y la segunda, que me mientan. También sabes que soy demasiado observadora, tu cuerpo está cambiando, son pequeños pero ahí están; por último, he tenido esos síntomas tres veces, así que no te hagas la demente conmigo y dime: ¿cuántos meses tienes? —Bajé la cabeza avergonzada—. Estoy esperando una explicación, Odette

—Cuatro semanas —respondí sin poder mirarla—. Por favor, no le digas a Mike,

yo le diré —supliqué nerviosa,

—Odi. —Me abrazó fuertemente. Y por primera vez, desde

que me enteré de mi estado, me permití llorar.

¿Qué iba a hacer yo con un bebé?

Pasaron varios minutos hasta que nos separamos. Ashley limpió mis lágrimas

antes de hablar:

—¿Quién es el padre? ¿Es tu novio? ¡Cristo! Ni siquiera sabemos si tienes uno.

—No tengo novio —contesté en voz baja.

—Entonces quién es el padre, Odette, porque, aunque estamos cerca de

Nochebuena dudo que tú seas la reencarnación de la Virgen —satirizó, luego la

expresión de su rostro cambió, se vio pálida y preocupada—. ¡Por Dios, Odette,

dime que no te forzaron!

—¡¿Qué?! No, el padre del bebé es mi profesor de obstetricia. —Si ya lo había

descubierto, era mejor contarle todo.

—No me digas que él te intento forzar a…

—¿Por qué quieres creer que me forzaron? No fue así.

—Porque no eres tú. —Ashley se recostó a la puerta—. Quieres contarme cómo

fue que quedaste embarazada. —Arqueé una de mis cejas y ella cruzó sus

brazos—. No seas graciosa. No quiero imaginar cómo se pondrá tu hermano

cuando se lo digas.

Mike…

—¿Crees que se enojará mucho?

—No puedo decirte cómo reaccionará. Mike es impredecible, estará

decepcionado, eso sí.

—¿Crees que no lo sé? Las cosas sucedieron muy rápido. Allegra, Mía y yo

fuimos a celebrar que Mía había pasado ese casting de labiales que te conté.

Llegamos a un pub y se nos pasó la mano con los mojitos… Fue una noche de

alcohol.

—¿Al menos ya él lo sabe? —La miré con terror. Efectivamente, lo sabía, pero

no había hablado con él después de decírselo. Mi rostro debió reflejar algo

porque Ashley me giró bruscamente, quedando frente a ella—. No me digas que

el muy hijo de puta no quiere hacerse responsable. Si es eso, hay que decirle a

Mike.

—¡No, por favor! Él no se ha negado yo.. Yo le dije y luego no quise hablar con

él. —Me acerqué hasta ella y tomé sus manos en un susurro desesperado—. Por

favor, deja que sea yo la que hable con Mike…

—¿Qué tanto se demoran ustedes allá dentro? —La voz de mi hermano se filtró

a través de la puerta—. La cena se enfría, chicas…

Ashley dio un suspiro resignado.

—Está bien, eres una mujer adulta y, por consecuente, dueña de tus actos, pero

debes contarle a Mike antes que asocie todos tus malestares. —Acomodó mi

cabello con sus dedos—. Iré a ver qué hace tu hermano. —Abrió la puerta y le

sonrió a Mike, acariciando su mejilla tiernamente—. Vamos a cenar.

—¿Te sientes bien, hermanita? Nuevamente estás verde —dijo mi hermano,

tomando mi rostro con dulzura.

—Estoy bien, Mike, tú sabes, los parásitos. —Intenté bromear, a pesar de que

Ashley miró ceñuda.

Comimos con tranquilidad, aunque no toqué el pavo. Si Mike lo notó, no dijo nada. Estuve dos días más, buscando el momento indicado para decirle todo a mi hermano. La mirada de Ashley me seguía a todas partes. Las náuseas se habían vuelto más frecuentes, el cereal de frutas se había vuelto mi favorito, mi humor cambiaba cada dos segundos…

Mi cuerpo parecía estar en guerra conmigo.

Estaba recogiendo mis cosas cuando Mike entró a la habitación. Su cuerpo parecía tenso y su rostro mostraba total seriedad, lo que era completamente opuesto a mi hermano. Me puse alerta.

¿Y si Ashley le contó?

¿O se dio cuenta?

—Tenemos que hablar —dijo sentándose en mi cama.

—No eres tú, soy yo… —bromeé. Sin embargo, mi hermano continuó serio.

—Te he escuchado vomitar cada mañana desde que llegaste, tu ánimo es una montaña rusa, casi no comes, tienes ojeras…

—Mike… —Él me detuvo.

—Esperé el tiempo suficiente, tenemos confianza; así que pensé que si te daba tiempo, me dirías la verdad y no el cuento de los parásitos, Odette.

—Yo…

—Iré contigo a Nueva York y mañana iremos al hospital. —Se levantó de mi

cama—. Sin discusiones.

Asentí y él salió de la habitación. Cuando bajé las escaleras, estaba esperándome con su mochila de viaje.

—Viajaremos en tu auto. —Se giró hacia Ashley—. Volveré pronto, tomaré el auto bus de regreso. Asegura bien las puertas y llámame si necesitas algo. —Ella se acercó a él y le dio un suave beso en sus labios—. Por favor, no dudes en llamarme, sin importar la hora. —Ashley asintió y él la atrajo a su cuerpo—. Te amo, bonita.

Fui a la cocina, dejándolos solos un momento, saqué una botella con agua del refrigerador mientras los escuchaba murmurar.

—¡Odette, vámonos! —gritó mi hermano, haciéndome saltar en mi lugar. Aun así, entré al auto sin protestar.

El trayecto a casa fue horrible. Mike tuvo que hacer varias paradas para que yo pudiese vomitar. Y, a pesar de haber salido temprano de New Jersey, cuando llegamos a New York el sol empezaba a ocultarse. Me quedé medio dormida hasta que Mike me llamó, pues habíamos llegado al departamento, tomó mi maleta y su mochila y ambos nos encaminamos a mi piso.

Abrí la puerta y busqué a tientas el botón para encender la luz, saqué a Ferb

de su maleta de viaje y caminé hacia la cocina para tomar agua. Cuando Mike me

siguió, tomé un vaso, llenándolo de agua, y se colocó frente a mí.

—Si tienes algo que decirme, créeme que este es el momento. —Habló sin

mirarme—. Te conozco, Odette, tanto como a Ashley, y mi mujer me ocultaba

algo y ese algo tiene que ver contigo —dijo sin vacilación.

—No es…

—¡Oh por Dios! No te atrevas a decirme que no es nada. ¡Joder!, porque te

conozco. ¡Carajo! Yo cambiaba tus pañales, soy once años mayor que tú, y Ashley

es tan transparente para mí como el agua.

—Mike —suspiré—. Yo…

—Mira, creo que es mejor que vayas a cambiarte, iré a ponerme algo cómodo y

pediré a domicilio algo de comida oriental, luego tú y yo nos sentaremos y

hablaremos con la verdad, Odette Miller. —Asentí, encaminándome a mi

habitación mientras mi hermano tomaba el teléfono.

Mientras me duchaba, pensé en la mejor manera de decirle que estaba

embarazada, pero ninguna parecía una buena, me dolía el pecho al saber que la

reacción de mi hermano no sería buena. Después de intentarlo un par de veces,

él y Ashley se habían dado por vencidos, y el hecho de que yo, que no planeaba

quedarme embarazada, estaba destinada a tener un hijo, me rompía en mil pedazos.

Algo en mi interior me decía que Mike me apoyaría a pesar de lo decepcionado que estuviese.

Me coloqué el pijama con lentitud, intentando posponer el momento, pero llega un punto en el que, por más que evadas las situaciones, éstas llegan y te revientan en la cara. Mike tocó tres veces mi puerta antes de hablar con voz grave:

—Te estoy esperando, Odette. Retardar esto no hará que se me olvide la conversación que tenemos pendiente. —Abrí mi puerta y lo seguí al sofá.

—Te escucho.

—Mike, yo no sé cómo decir esto… créeme, no estaba en mis planes yo… —El timbre de mi puerta cortó mi diatriba.

—Debe ser la comida. —Sacó su billetera y me entregó unos dólares—. Ve y atiende, yo voy a traer los platos, me estoy muriendo de hambre.

Abrí la puerta.

—¿Cuánto le debo?

—¿Deber? ¡Joder, Miller! ¿Dónde demonios te habías metido?

—Dimitri…

—¿Por qué demonios te fuiste? —Me atrajo a su cuerpo, abrazándome tan

fuerte… como si temiera que me esfumara ante sus ojos—. Dime que no lo hiciste.

Lamento haberme ido, pero tenía que hacerlo. —Se separó de mí, acariciando mis

mejillas con sus dedos. En su rostro había desconsuelo y desesperación—. ¡Dime

que no lo has hecho, por favor! ¡Dime que no abortaste, Odette! — Escuché el

sonido de la loza cuando impactó en el suelo.

—¡Estás embarazada!

¡Joder!

—Mike, yo… —intenté explicarme, pero ¿qué podía decirle?

—¡Fui un imbécil! Los mareos, los vómitos. —Se acercó a mí, tomándome por

los hombros—. ¡¿Por qué no me lo dijiste?!

—Suéltala. —La voz de Malinov se tiñó con un tomo amenazante, pero Mike lo

ignoró. Podía ver en la mirada de mi hermano que estaba decepcionado y

furioso.

Dimitri agarró su mano

—Te he dicho que la sueltes…

Lo siguiente fue muy rápido. Mike lanzó el primer golpe, pero Dimitri le

respondió de la misma forma. Podía escucharme gritar que se separaran, pero

ninguno de los dos se detenía.

El mundo giró bajo mis pies al tiempo que todo se oscurecía.

—Ya está volviendo en sí. Puedes por favor dejarle espacio —dijo Malinov con

fastidio. Abrí los ojos, encontrándome con sus gemas azules, Él tomó algo de su

bolsillo y luego la luz me hizo espabilar—. Necesito revisar tus reflejos, te diste

un golpe bastante fuerte.

—Estoy bien…

—No, no lo estás.

—Deja de hablarle como si fueses su maldito padre.

—Pues soy el padre de la criatura.

Todo volvió a mí como una película antigua: la decepción de Mike, la pelea

entre él y Dimitri, y las lágrimas empezaron a acumularse en mis parpados.

—¿Estás bien? —Preguntó Dimitri, preocupado—. Tengo que llevarte al

hospital, estuviste mucho tiempo inconsciente. —Negué con mi cabeza,

mirándolo fijamente. Tenía el pómulo hinchado y el labio roto, pero se veía tan

sexy como aquella mañana en su departamento.

—Estoy bien. ¿Qué haces en mi casa?

—Tuve que irme por negocios, y cuando regresé no estabas…

¿Aún…?

Llevé mi mano a mi vientre respondiendo su pregunta.

—Gracias.

—Mike… —Miré a mi hermano, su ojo empezaba a oscurecerse. Mi hermano negó con su cabeza antes de quitar a Dimitri de mi lado.

—¿Por qué no me lo contaste, pequeña?

—Yo… —Las lágrimas se derramaron, el nudo en mi garganta se cerró completamente.

—No, déjame hablar, lamento haber reaccionado como lo hice.

—Debemos dejarla descansar. —La voz de Dimitri fue ruda.

—¡No me digas qué demonios es lo que tengo que hacer! —

Mike enfrentó a Dimitri

—¡Soy el médico aquí! —retó Malinov—. En su estado, no es bueno que se exalte, y está hecha un manojo de nervios porque eres un maldito troglodita.

—Picó su pecho—. Nada ni nadie va a hacerle daño a mi bebé. —Su tono se elevó

un par de octavas.

—Por favor. —Ambos me observaron—. Dimitri, vete, tengo que hablar con mi

hermano.

—No te dejaré sola con él. No tienes que dar ninguna explicación, no eres una

niña.

Mike dio una sonrisa sarcástica.

—Tienes razón. No es Odi la que tiene que explicar.

—Cuando quieras, no te tengo miedo.

—Pues deberías, imbécil.

—¡Basta! Parecen dos niños. —Me senté—. No deberías estar aquí. —Miré a Dimitri.

—Me iré, pero antes necesito hablar con él. —Señaló a Mike. Mi hermano le señaló la salida, haciendo una venia burlona.

Dimitri salió, no sin antes darme una mirada que no podía descifrar.

—Luego hablaremos tú y yo —dijo Mike mientras salía, solo deseaba que no volvieran a golpearse.

El tiempo pasó lentamente, podía escucharlos discutir en un principio, luego todo quedó en silencio. Me levanté de la cama donde había sido recostada; mientras más me acercaba, podía escuchar la televisión encendida. Para cuando los vi, no podía creerlo, Mike golpeaba el hombro de Malinov mientras él sonreía ante lo que sea que mi hermano le estaba diciendo. Me acerqué un poco más para escuchar mejor.

Dimitri tenía filete en su pómulo, tratando de bajar la hinchazón, mientras

bebía una cerveza, que Mike seguramente había mandado a comprar. Las cajas

de comida estaban sobre mi mesita de café.

Mi hermano se giró encontrándose con mi mirada, me hizo

señas con la cabeza para que llegara hasta donde estaba él.

—¿Entonces seré tío? —dijo con tranquilidad pasmosa, mientras acariciaba el

lomo de Ferb—. ¿Para cuándo podré conocer al nuevo integrante de la familia?

—Según las cuentas, nacerá en julio —dijo Dimitri con una sonrisa. Cuando

intentó tocar a mi gato, este le lanzó una garra—. Finales de julio.

—Hay que arreglar todos los detalles para la boda —dijo mi hermano, dejando

que Ferb bajara de sus piernas.

«Espera… ¿alguien dijo boda?».

—¿Boda? —dije exteriorizando la pregunta que estaba rondando mi cabeza.

—Sí, boda, Dimitri y tú se casarán en dos meses en la capilla del pastor Gil, en

New Jersey. —Mi hermano hablaba de mi futuro como si fuese el presentador del

clima del noticiero matutino—. Todo está planificado, ¿no es así…?

—Espera un momento… ¿quién dijo que yo quería casarme?

—Te lo dije. —Dimitri bebió de su botellín—. He estado intentando convencerla

desde hace meses, pero ella sigue diciéndome que no.

«¿Meses? ¿De qué me perdí?».

—No entiendo por qué no fuiste sincera, Dimitri me contó todo sobre ustedes:

cómo se conocieron en un seminario que el impartio en la universidad hace tres

años y cómo mantuvieron todo en secreto para que no afectara tus prácticas con

el doctor Tatcher, pero ahora con lo del bebé todo ha cambiado y lo mejor es que

se casen lo antes posible. Ashley va a hablar con el reverendo Gil mañana para

que la boda sea el próximo mes. No hay nada más de qué hablar.

—¿No hay nada más de que hablar? ¿¡Y lo que yo pienso!? — grité a mi

hermano—. ¡¿Y si yo no quiero casarme?! ¡¿Qué hay de mi carrera? ¡¿De mi vida?!

—Dimitri me ha dicho que no quiere que dejes de ser tú. —Mi hermano se

levantó del sofá—. Ahora no veo el porqué de la pataleta, Odette, vas a ser madre,

estás enamorada de este hombre y él quiere responder bien. Está cuidando de tu

reputación.

—¿Reputación? ¡Te estás escuchando!

—Creo que es hora de que yo me vaya, llamaré al doctor Mancini para que

revise a Odette a primera hora. —Había olvidado completamente a Dimitri. La

sonrisa que llevaba en su cara era una patada a mis ovarios.

Dio un fuerte apretón de manos a Mike y se acercó con su particular sonrisa

burlona.

—Te veo mañana, cariño —murmuró abrazándome.

—Eres despreciable —dije lo más bajo que pude.

—¿Despreciable? Acabo de dejarte como una mujer decente, ¿o prefieres que

tu hermanito sepa que eres una zorra que se acuesta con el primero que la invita

a su casa? —Me dio una sonrisa curvada y acarició mi mejilla. —Buenas noches,

amor.

—Mike, tienes mi número de celular. Cualquier cosa que necesites. Estoy

dispuesto ayudarte… y piensa en los beneficios de la inseminación In Vitro. GEA

tiene vínculos con la fundación Vitae. Derek Farell es muy bueno en su campo.

—Lo consultaré con mi esposa, Dimitri, perdón por… —Señaló su rostro.

Dimitri sonrió.

—Yo hubiera hecho lo mismo, nos vemos mañana.

Quiso darme un beso, pero giré el rostro. Terminó dejando que sus labios

tocaran mi mejilla.

Estaba molesta y no me pensaba casar con Dimitri Malinov.

Una vez nos quedamos solos, enfrente a Mike, aclaré.

—No pienso casarme con Dimitri. —Alcé una ceja—. El cuento de la reputación

ahórratelo, estamos en el siglo veintiuno, hay más madres solteras que casadas,

mujeres que trabajan y luchan por sacar a sus hijos adelante solas.

Mike apretó el puente de su nariz.

—Pues tú no serás una de ellas, te casarás con Dimitri Malinov.

—No lo haré.

—Odette…

—¡He dicho no! ¿Me entiendes, Michael Miller?, no me casaré. No seré ni la

primera mujer ni la última en tener un bebé sin casarme.

—Tu novio quiere casarse. ¿O es que las cosas no son como él me las ha

contado? ¿Por qué no me cuentas tu versión de los hechos?

—No hay nada que contar…

—Entonces no te comportes como una niña berrinchuda y acepta las

consecuencias de tus actos.

—Y tú deja de comportarte como si fueras mi padre. —El rostro de mi hermano

se desfiguró—. Mike… Yo.

Tomó las mantas que siempre tenía en el sofá y las desdobló.

—Estoy cansado y es tarde, mañana tengo que levantarme temprano.

Se dejó caer en el sofá, girando su cuerpo hasta quedar de espaldas.

Me di cuenta que no quería hablar más, así que fui a mi habitación, entre molesta y avergonzada. En una muestra de total madurez, cerré la puerta con fuerza.

Capítulo 4

El olor a huevos y café era uno de mis favoritos por la mañana, incluso aunque ahora hiciera que mi estómago seagitara. Me levanté de la cama y salí de mi habitación encontrando a Mike revolviendo mi cocina.

—No hay mucho qué comer en esta casa; cuando salgamos de tu consulta, iremos al supermercado —dijo sirviendo el desayuno en dos platos, pero fue suficiente ver los huevos revueltos para que mi estómago se opusiera.

Sabía que no llegaría hasta el baño, así que fui hasta el lavador de platos.

Luego de devolver lo que no me había comido, enjuagué mi boca. Mike me ofreció un vaso de jugo de naranja.

—Cuando estabas en casa, esto era la único que no te mandaba al inodoro —dijo entre asqueado y burlón—. Limpia eso. Tu futuro marido llamó, no consiguió al doctor ahora en la mañana, pero logró sacar una cita para la tarde.

—Mike…

—Odette, no vamos a discutir sobre lo mismo; piensa en que ya te metiste en

este lío, así que vas a hacerlo bien. —Acarició mi mejilla y sostuve su mano unos

segundos más.

—Lamento haberte decepcionado.

Mi hermano dio un suspiro resignado.

—No me decepcionaste, eres una mujer adulta, el hecho de que estés

embarazada es una sorpresa no una decepción. Lo que en realidad me tiene

dolido es que no hayas tenido la confianza suficiente para decirme que hace tres

años tenías novio.

«¡Qué!».

Mike se giró para tomar su plato y su café

—Tuviste muchas oportunidades para llevarlo a casa, presentarlo

formalmente ante la familia, pero lo escondiste… Lo escondiste de mí. Pensé que

me contabas todo.

—¡Y lo hago!

Él arqueó su ceja.

—¿Cuándo pensabas decirme que estabas embarazada? ¿Cuándo mi sobrino

estuviera en el mundo? —Pinchó su comida y masticó lentamente.

No supe qué decir, Dimitri era astuto y había envuelto a mi hermano en la

palma de su mano; cualquier cosa que dijera podría perjudicarme.

Aunque lo odiara, le debía una grande a Dimitri Malinov.

—En fin… —La voz de mi hermano me sacó de mis

pensamientos—, serás mi hermana hasta que mueras, muñequita. —Sonreí

ante la mención de mi sobrenombre—. Lamento lo que sucedió anoche.

—Lo de anoche está olvidado.

—Entonces termina el jugo y ve a arreglarte. —Se levantó de

la mesa—. Yo también voy a prepararme, debo cotizar los insumos que

necesito en la oficina mientras tú estás en el hospital, nos encontraremos allá

—dijo y asentí, de nada me valía discutir sobre si podía o no ir a la consulta que

Malinov había programado.

Entré al auditorio distraída, pasando por alto que Alfred se dirigía hacia mí.

Era uno de mis compañeros de clase, un coqueto que llevaba meses pidiéndome

una cita

—Doctora Miller… —le sonreí—. Esta semana de vacaciones le sentó de

maravilla, está usted más radiante.

Le hubiese creído… si no hubiese visto mis ojeras esta mañana y si mi overol

no me quedara tan ancho. Él sacó una solitaria rosa blanca de su espalda y me la

entregó con coquetería, tomé la rosa y mi mirada conectó con los ojos azul hielo

que me observaban con irritación.

Dimitri había ocultado el golpe en su rostro, pero su labio estaba hinchado y

se veía una pequeña herida; aun así, estaba completamente guapo, llevaba unos

jeans ceñidos que marcaban sus piernas y su trasero, y una camisa negra de

mangas largas; había peinado su cabello hacia atrás y… Sarah Hills llegó junto a

él, tocando el golpe en su pómulo, él murmuró un par de cosas y ella rio como

una tonta.

Si bien él era nuestro profesor, en ocasiones se comportaba como un alumno

más.

Fue mi turno de mirarlo altiva, quería ir allá y golpearlo y luego besarlo para

dejarle en claro que él era mío.

«¡Basta! ¿Qué demonios era eso?».

Hormonas.. Tenían que ser las hormonas.

—¿Entonces, es un sí? —Miré a Alfred que parecía estar esperando una

respuesta de mi parte.

—¿Perdón?

—¿Que si quieres ir conmigo a ver la banda de mi primo? Tocará esta noche en

un pub cercano.

—Lo siento, me encantaría, pero mi hermano está en la ciudad y…

—Entiendo, ¿quizá podría ser para la próxima semana? —Me dio una sonrisa

que imagino hacía caer a muchas. Alfred era guapo, el prototipo de hombre

americano: alto, rubio, piel clara y…

«¡Basta!».

—La próxima semana estaré libre.

—Entonces tenemos una cita, bonita. Mira que tú y yo…

—Ocupen sus lugares que comenzaré esta clase. —La voz de Dimitri

interrumpió lo que él fuese a decir—. Miller y Donovan, pueden salir del aula, si

no les interesa.

—Hablamos luego —susurró Alfred. Asentí, caminando hacia mi lugar, sin

detenerme a mirar a Malinov cuando pasé junto a él; sin embargo, la energía que

desprendía de su cuerpo cuando estuve a su lado hizo que cada uno de mis vellos

se pusieran de punta.

Mía y Alle no estaban, pero sabía que llegarían pronto, había dejado una nota

bajo la puerta de Mía, Mike se llevaría mi auto; así que, estaría todo el día sin

coche.

—Haremos un repaso de los últimos temas que vieron con el doctor Strell,

jóvenes. La próxima semana es el examen final.

—¿No estará muy difícil verdad, Dimitri? —Miré a Sarah con furia ¿de cuándo

acá se tenían tanta confianza?

—Será un parcial justo, doctora Hills… Si estudian, claro está.

Sarah y sus amigas soltaron risitas tontas de animadoras descerebradas y una

de ellas sacó un pequeño frasco y roció sobre sus muñecas una fragancia dulce

que me dio nauseas.

Mientras Dimitri hablaba sobre las malformaciones congénitas, yo luchaba

mientras respiraba. El dulce aroma de la colonia de una de las amigas de Sarah

tenía a mi pobre bebé mareado y a mí sudando frío, no pasó mucho tiempo

cuando mi cabeza empezó a dar vueltas; me recosté en la silla, cerrando los ojos,

deseando que la clase y el mareo acabaran pronto, todo lo que quería era ir a mi

casa, recostarme en mi cama y no saber nada del mundo hasta que no hubiesen

pasado los dichosos «nueve meses».

—Miller… —Abrí los ojos ante la mención de mi apellido. Dimitri me apuntaba

con el rotulador—, ya que usted parece ser tan instruida en el contenido, que ha

preferido dormir en mi clase, la invito a que pase al frente y me muestre qué

tanto sabe del tema.

Miré a la mayoría de mis compañeros y casi todos estaban igual que yo, con

ojeras y rostro cansado. La diferencia era que yo tenía un embrión de cinco

semanas creciendo en mi interior, un pequeño huésped que no me estaba

haciendo el día fácil.

—¿Qué espera, doctora Miller?

«¿De qué demonios estaba hablando?».

—Malformaciones congénitas —susurraron tras de mí.

Me levanté de la silla con parsimonia mientras Dimitri me miraba

indescifrable. Tenía una línea tensa como sonrisa, lo que me daba escalofríos. Mi

estómago dio un vuelco cuando tomé el rotulador de sus manos.

—Enumere mínimo cinco de las malformaciones congénitas más comunes.

¡Quería matarlo!

«Respira Odi, mantén la calma, es el padre de tu bebé, no puedes matarlo

¡Imagina lo terrible que ha de ser para el niño nacer en la prisión estatal! ...».

Coloqué la punta del rotulador rojo sobre la blanca superficie y, con manos

temblorosas por el mareo, empecé a escribir mientras trataba de recordar.

— *Labio leporino/ Paladar hendido.*

— *Siameses.* — *Testículo ectópico.*

— *Fisura Palatina.*

— *Divertículo de Meckel.*

Suspiré al escribir la última palabra mientras le tendía el marcador a Malinov.

—Muy bien, doctora Miller, ahora defina y explíqueme causas e intervenciones.

¡Maldito!

No sé qué habrá visto en mi mirada, quizá eran las ganas de mandarlo al infierno sin *GPS*, a ver si se quedaba ahí. Me guiñó un ojo con coquetería.

—Estoy esperando, doctora Miller. —Se sentó en una esquina de su escritorio y tomó la tableta de asistencia.

Sentí la bilis subir por mi garganta, el auditorio daba vueltas a mi alrededor. Cerré los ojos, intentando controlarme. Una gota helada de sudor recorrió mi cuello y se perdió en mi espalda. Tenía que salir de ahí.

—¿No sabe? —Se acercó a mí. Yo busqué la manera de que mi mirada le trasmitiera lo que estaba sintiendo. Arqueó una ceja antes de girarse—. Señores, saquen una hoja —abucheos empezaron a escucharse—. Quiero que me definan las cinco malformaciones congénitas que aquí, tan amablemente, su compañera ha enumerado, las causas e intervenciones…

Doctora Miller, ocupe su lugar. — Agarré mi vientre con fuerza empezando a caminar—. Y la próxima vez, duerma en su casa.

Caminé hacia mi lugar sin poder evitar llevar mi mano hacia atrás y mostrarle mi dedo corazón.

Varios de mis compañeros bufaron cuando pasé a su lado. Incluso, Deborah murmuró un «gracias, Miller».

—Miller… —Cerré los ojos y tomé una larga respiración antes de girarme—, cambie de lugar con la doctora Squivel.

—Doctor Malinov, no es neces…

—No discuta, Miller, solo hágalo. Quizás de este lado del auditorio no le dé sueño. Tienen veinte minutos.

Una vez sentada al lado de Sarah, descubrí que ella también había usado el perfume de Wendy; el olor era mucho más concentrado ahí y las náuseas volvieron con fuerzas.

Bajé la cabeza a la madera de mi silla, inhalando de manera pausada.

—Miller, de nuevo dormida..

—Parece enferma. —La voz chillona de Sarah no ayudaba a mi malestar.

—Odi. —Alfred llegó a mi lado, quitando el cabello empapado de mi cuello—.

Está helada, profesor. Solicito su permiso para llevarla a la enfermería del campus.

—Estamos en un examen, Donovan. Vuelva a su lugar.

—Pero, profesor…

—Si Miller se sintiera mal, ella me lo habría dicho. ¿No es así, Miller? —Una lágrima descendió por mi mejilla derecha—. Solo preguntaré una vez más —dijo llegando frente a mí—. ¿Se siente mal, Miller? —Y eso fue todo lo que pude soportar, haría que Mike le diera otra paliza—. Abrí mi boca para decirle que se

fuera al infierno, pero no pude hablar, solo vomitar. Luego de eso, todo se oscureció.

Desperté en una de las habitaciones del GEA. Mía y Alle me miraban entre aliviadas y preocupadas. Quise levantarme, pero todo me dio vueltas. Llevé la mano a mi cabeza mientras me recostaba sobre la almohada.

—Quédate allí. —Me regañó Alle, frunciendo el ceño—. Te diste un buen golpe.

Alguien dijo que hiciéramos silencio.

—¿Cómo llegué aquí? —pregunté desorientada—. ¿Cómo llegaron ustedes aquí?

—Te desmayaste —dijo Alle—. En cuanto a tu segunda pregunta, llegamos tarde y como sabemos que el doctor Malinov odia las interrupciones, decidimos

quedarnos fuera.

Cuando se acabó la clase, fuimos al auditorio y vimos cómo el profesor te sacaba en brazos. Sarah dijo que vomitaste sobre su bata y zapatos. —Cerré los ojos, recordando todo, e intenté levantarme nuevamente, pero mi cabeza dolía fuertemente—. ¿Qué no entiendes?, quédate allí. Mike y Dimitri ya vienen.

—¿Mike? —pregunté.

—Dimitri lo llamó. ¿Por qué no nos habías dicho que ellos eran amigos y que tú lo conocías? —dijo Alle en tono de reproche.

La cortina del cubículo se abrió y Dimitri entró. Por el gesto en su rostro, podría decirse que parecía preocupado. Pero era Malinov, el hombre de las máscaras. Detrás de él, una enfermera y Mike entraron presurosos.

—Es bueno saber que despertaste. ¿Cómo te sientes? —dijo la amable enfermera, acariciando mi frente.

—Algo mareada —contesté.

—Es normal, mi niña, tuviste una baja de azúcar, pero ahora estos dos apuestos hombres te ayudarán a irte a casa.

Miré a mi hermano, que sonreía; y a Malinov, que en esos momentos atendía una llamada telefónica

Volví a mirar a mis amigas. Me sonrieron.

—Esta noche iremos a tu departamento. ¡Noche de chicas! — dijo Mía—.

Llevaré las pizzas y las cervezas.

Dimitri carraspeó, colgando su teléfono.

—No creo que en su estado sea bueno que beba alcohol, doctora Miller. —Mike

vio el intercambio de palabras, pero prefirió callar—. Usted más que nadie debe

saberlo.

—¿A qué se refiere, Doctor Malinov? —Allegra preguntó, enarcando una de sus

perfectas cejas negras. Mi cuerpo se tensó completamente.

—A que se acaba de desmayar porque ha tenido una baja de azúcar ¿No es así,

Mike? —Mi hermano asintió.

—Cierto. —Mía se rascó la cabeza—. Entonces nos tocará brindar con soda

—dijo dándome un beso en la frente.

—¿Ya puedo llevarla a casa? —Mike miró a la enfermera.

—Sí, el doctor de turno ya la ha evaluado, es preferible que

no haga ningún tipo de esfuerzo; tómense esa noche de chicas con calma. Y

por favor, debe tomar las medicinas de la receta.

Asentí y me levanté de la cama con la ayuda de mi hermano.

—Mike —susurré en su oído—, tengo cita con el ginecólogo en la tarde.

—Lo sé, Malinov nos verá allá. Al parecer, debe cambiarse la ropa. —Sentí mi

cara arder cuando recordé lo ocurrido en el auditorio.

«Se lo merecía por bastardo».

—Nos vemos en tu casa en la noche, cuídate mucho. —Mía me dio un gran abrazo.

Alle solo asintió, pero yo sabía lo que significaba ese leve movimiento de cabeza: Allegra quería respuestas.

A pesar de que el doctor había recomendado reposo, estuve con Mike realizando parte de sus diligencias. Para cuando la hora de mi consulta llegó, estaba agotada y somnolienta.

Abrí la puerta del coche y salí con lentitud de él mientras Mike y Ashley sostenían una conversación telefónica. Dimitri estaba recostado en su auto, llevaba unos jeans deslavados y una camisa de manga larga color gris, con los primeros tres botones desabrochados. Al verme, sonrió, se quitó las gafas negras y caminó hacia mí como el felino que sabe que su hembra ha entrado en celo y la lucha por domarla será fácil.

Desafortunadamente para mí, mi libido era una montaña rusa.

Sus manos tocaron mi rostro suavemente, inclinándolo un poco. Bajó sus labios a los míos, y esa simple caricia hizo que mi corazón latiera con la fuerza de

mil caballos a galope.

Mike bufó por lo bajo.

Mi cuerpo tembló por ese simple roce y me vi entreabriendo los labios en busca de más de su sabor y su aliento.

¡Malditas hormonas del demonio!

Malinov rio sobre mis labios, separándose lentamente y tomándome de la cintura. Observé nuevamente su rostro, se había vuelto a maquillar el golpe.

Saludó a Mike con un fuerte apretón de manos y caminamos lentamente hasta la consulta del doctor Mancini, uno de los mejores ginecólogos del hospital.

Dimitri habló con la recepcionista y luego nos guio hacia el único consultorio del lugar. Dio dos golpes a la puerta y la abrió, entrando a la habitación. Un hombre de avanzada edad estaba detrás de su escritorio, alzó el rostro y acomodó sus gafas antes de desplegar una sonrisa alegre y levantarse de su silla, abrazando al padre de mi hijo con efusividad. Para mi sorpresa, Malinov lo abrazó como el hijo que lleva muchos años sin ver a su padre.

—Muchacho, mírate, eres la misma estampa de tu padre. — Malinov se tensó.

—Lo siento, hijo. —Se disculpó el doctor Mancini. Ya una vez lo había visto en el GEA, pero nunca cruzamos palabra alguna—. Así que es ella. —Me dio una

sonrisa gentil—. Parece buena chica.

—Ella lo es. —No sabía si Dimitri lo decía porque Mike estaba justo detrás de

nosotros o porqué de verdad lo pensaba. Cualquiera que fuera la razón, hizo que

mi corazón se saltara un par de latidos.

—¿Entonces, cuántos meses tienes, *ragazza*? —Extendió su mano hacia mí—.

Pietro Mancini.

—Odette Miller.

—La estudiante bajo el ala de Derrick Tatcher. —Arqueó una ceja a Dimitri de

forma interrogante—. Te he visto un par de veces con él. Derrick y yo somos

viejos amigos.

—¿Vas a revisarla o a contarle sobre tu vida? —El desdén se filtró en las

palabras de Dimitri.

—A eso voy, muchacho. Siéntense, por favor.

—Me quedaré de pie.

El buen humor se había ido y ahora el Dimitri oscuro estaba de vuelta.

—¿Cuándo fue tu último periodo? ¿Y cuándo fue la última vez que mantuviste

relaciones sexuales? —Pude sentir cómo me sonrojaba. Tenía una ginecóloga de

confianza. Y el señor Mancini, aunque amable, era un extraño.

—¿Tengo que saber esto? —Mike se veía aún más incómodo que yo. Le supliqué con la mirada que no me dejara.

—Quizá usted no, jovencito, pero yo sí. ¿Odette?

—Fue el dos de octubre y sos.. sostuve relaciones la última vez el..

—Dieciséis de octubre —respondió Dimitri por mí.

—¿Cuántos días dura tu ciclo menstrual?

¿Podía ser esto más embarazoso?

—Son tres días, y algunas manchas el cuarto. —Él anotó en su agenda.

—Pasa detrás de la cortina, quítate la ropa y te subes a la camilla.

Hice lo que el doctor me pidió y me recosté en la camilla.

—Sube los pies a los estribos.

—¡Oh, por Dios!, creo que esperaré afuera. —Mike se levantó de la silla, saliendo de la consulta.

—Quiero una ecografía. —La voz de Dimitri no aceptaba réplicas.

—Hijo, esto es un procedimiento normal, necesito revisar el cuello del útero.

—No es necesario. —El doctor negó con la cabeza.

—Haremos solo la ecografía. Pero, Dimitri, si la has traído a mí es necesario que me dejes hacer mi trabajo, o encárgate tú mismo de que tu hijo esté bien.

—Sabes porqué lo hago. Solo haz el ultrasonido.

—Te sacaré de la habitación si no me dejas seguir mi procedimiento, y sabes

que lo haré. No es la primera vez.

«¿No es la primera vez? ¿Malinov tenía más hijos?».

—Haz lo que vayas a hacer de una buena vez —dijo irritado.

—Gracias. —Se giró hacia mí—. Pies a los estribos, mi niña. —Obedecí

rápidamente—. ¿Hace cuánto te enteraste?

—Hace un par de días. —Mentí descaradamente mientras veía al doctor cubrir

la sonda transductora con un condón y luego cubrirlo con gel. Malinov veía todo

seriamente.

—Respira, hija —dijo el doctor Mancini—. Si te tensas, es probable que te haga

daño. ¿Nunca te habían hecho una de éstas?

—Una vez…

—Entonces sabes qué hacer. —Sentí la presión al momento que introdujo la

sonda. Incómodo, mas no doloroso. El monitor a un lado de la camilla empezó a

mostrarnos imágenes y luego una pequeña aceituna.

Mi bebé

—Bueno… —El doctor Mancini rio—, esta casa está rentada

por las próximas treinta y cinco semanas. —Sacó la sonda de mi interior y

caminó hacia su escritorio. Bajé los pies de los estribos y me senté en la

camilla—. Se ve bien, tiene el peso correcto y sus latidos se escuchan normales.

Me gustaría que volvieras en un mes. Mientras, voy a mandarte a hacer unas analíticas y a recetarte ácido fólico y demás vitaminas. —dijo despreocupadamente—. Dimitri, ¿puedes quedarte un momento, hijo?

—No ahora —dijo tajante—, pero pasaré por tu casa esta noche.

Nos despedimos y salimos de su consulta. Cuando pasamos por la recepción, la señorita encargada estaba comiendo algo que contenía mucho ajo; el ya familiar retorcijón pre-vómito me avisó que tenía que salir de allí.

Fue solo salir al parqueadero para que mi cuerpo empezara a dar retortijones, a pesar de lo poco que había consumido después de salir del hospital en la mañana. Las piernas me temblaban, mientras mi cuerpo se contraía fuertemente.

Un par de brazos tomaron de manera fuerte y delicada mi cintura, dándome estabilidad, y un familiar olor a hierbabuena y menta inundó mis fosas nasales, eliminando un poco mi malestar cuando me pegó a su duro pecho.

—Lo siento —susurró—. Esta mañana fui un maldito contigo, me extralimité y te pido que me perdones.

«¿Qué habían hecho con el Dimitri arrogante?».

Asentí mientras él me ofrecía su pañuelo para que limpiase mi boca. Luego vi a Mike sacar una botella con agua del auto.

—Sé lo que significa esa cara —dijo pasándome la botella, los brazos de Dimitri

abandonaron mi cuerpo y, por un momento, uno mínimo, me sentí sola y vacía—.

Para Ashley eran terribles. —Abrí la botella, la llevé a mis labios y enjuagué un

poco mi boca—. ¿Tienen algún plan? Aún tengo que hacer unas diligencias más.

—Tengo que volver al hospital, pero si estás muy ocupado, puedo dejarla en el

departamento.

—Sí, claro. Nos vemos por la noche, Odi.

«Te odio hermano mayor».

Acompañé a Dimitri hasta su auto. Y, mientras él conducía, no pude evitar

preguntar.

—Dimitri.

—¡Mmm!

—¿A qué se refería el doctor cuando dijo que no era tu primera vez en su

consulta? —Sus nudillos se pusieron blancos.

—A que no era mi primera vez. —Su mirada nunca abandonó el frente.

—Muy chistoso. ¿Tienes más hijos? —pregunté sin rodeos.

—No, no tengo hijos. A no ser que contemos el semen desperdiciado en los

pajazos que me echaba de joven.

Lo miré sorprendida.

—¡Cabrón!

—Cada espermatozoide equivale a un hijo. ¿Cierto?

Rodé los ojos, mirando las calles. Él se quedó en silencio.

—¿Entonces por qué…?

—No me gusta hablar mientras conduzco, Odette. Sigue mirando por la ventana, hay un bonito día afuera. —La postura rígida de su cuerpo me dio a entender que la conversación había terminado. Pero simplemente no podía quedarme con esa respuesta.

—Está bien, podemos hablar cuando me dejes en el departa-

mento.

—¿Me invitarás a subir? —murmuró burlón.

—En tus sueños, Malinov. Solo tienes que detener el auto frente a mi casa y así

responder mi pregunta. Necesito saber si tienes más hijos.

No dijo nada, así que me dediqué a mirar por la ventana hasta quedarme completamente dormida.

Abrí los ojos, topándome con un techo extremadamente conocido. Me levanté sobresaltada, sentándome sobre la cama y teniendo un *déjà vu*.

Afortunadamente, esta vez estaba vestida, aunque tenía una de las camisas de

Malinov. Salí de la habitación, notando que había oscurecido. Dimitri estaba

frente al televisor con un control, de lo que parecía ser un Xbox, mientras que la

pantalla se llenaba de ¿Sangre?

—Despertaste.

—Mi ropa…

—¿Por qué siempre preguntas lo mismo? —Entrecerré los ojos—. Está en la

secadora, olía mal. —Dejó el juego en pausa antes de perderse en la cocina, luego

salió con mi ropa en su mano—. ¿Quieres comer algo?

—Quiero ir a casa. Pídeme un taxi, por favor.

Cuando salí de su baño, completamente vestida, él estaba listo.

—Yo te llevaré. Sin discusiones, Odette. Hablé con Mike, ha surgido algo y tiene

que irse esta noche.

Mientras íbamos al departamento, olvidé completamente nuestra

conversación sin concluir. Y cuando aparcó frente a mi edificio, no dijo nada. Me

bajé rápidamente, pensando en mi hermano, y busqué mis llaves en mi bolso.

Justo cuando iba a introducirla en la cerradura, Mike abrió.

—Menos mal que llegaste, tengo que irme. —Recogió sus cosas, dejándolas en

la mesa frente al sofá.

—Dimitri me dijo. Pensé que te irías mañana.

—Ha surgido algo, tengo que irme ahora; al menos sé que Dimitri te cuidará, me lo ha prometido. —Tiró su ropa dentro de su bolsa de viaje.

El comentario me enojó. ¿Cuántos años tenía? ¿Diez? ¿Desde cuándo necesitaba un niñero? Estaba embarazada, no enferma. Sin embargo, el gesto acongojado de Mike me hizo pasarlo por alto.

—¿Mike, ocurre algo? —Él se sentó en el brazo de sofá, inquieto, temeroso. Pasó sus manos por sus cabellos, desordenándolo en el proceso—. Dispara, Mike.

¿Qué ha pasado? —Le dije mirándolo fijamente.

—Ashley ha estado sintiéndose enferma desde hace unas semanas, tenía un retraso, pero no nos queríamos hacer ilusiones. — Exhaló con fuerza—. Me ha llamado mientras estabas con tu novio. Hoy no ha soportado la incertidumbre y ha comprado una prueba en la farmacia… ¡Dio positiva! —Su sonrisa se curvó hacia un lado, pero no era la misma sonrisa de Michael, esta era una sonrisa triste—. Parece ser que estamos embarazados otra vez. —Su voz se quebró. Y cuando me miró, pude ver que sus ojos eran cristalinos. «Mi pobre hermano»—.

Está algo asustada, pero tú tampoco lo estás llevando bien. Yo no quiero irme,

pero…

—Ve con ella. —Lo corté.

—¿Estarás bien?

—Mike —insistí—, estoy embarazada, el médico ha dicho que todo está bien, y

yo.. —Iba a seguir con mi verborrea, pero él me detuvo.

—Dimitri se hará cargo de ti. —Rodé los ojos y él acarició mi mejilla—. Te quiero, Odi.

—Yo más, gigantón.

Lo abracé fuertemente, y mi hermano se quebró por completo, llorando en mi hombro mientras murmuraba que no quería volver a ilusionarse, que temía que no saliera bien. Lo arrullé como a un bebé, intentando que se calmara.

El sonido de su celular hizo que deshiciera el abrazo. Secó sus lágrimas antes de contestar:

—Enseguida bajo. —Colgó y limpió mis lágrimas—. Es la persona que va a llevarme, trataré de venir para tu próxima ecografía. —Besó mi frente antes de levantarse y tomar su bolsa.

—Cuida de Ashley, y luchen por ese bebé.

Mi hermano negó con la cabeza.

—No, peque. Cuando has pasado por el dolor de tres pérdidas, lo mejor es no hacerse ilusiones. —Volvió a darme un beso y luego se fue.

Me quedé unas horas viendo televisión mientras le hacía cariñitos a Ferb.

Llamé a Mía y a Alle y les dije que prefería descansar un poco más, podíamos celebrar el fin de semana. Me di una ducha lenta y busqué un pijama calentito porque la temperatura había bajado considerablemente.

Pensé en llamar a Mike, pero todavía debía ir en carretera. Estaba a punto de colocarme el pijama cuando lo sentí.

Un cosquilleo en mi vientre bajo. Coloqué mi mano en el lugar, sintiendo nuevamente la sensación.

Asustada, me coloqué el pijama y encendí mi computador sobre la mesa de noche.

Un movimiento, o desplazamiento, lo llamaban. Cerré los ojos, acariciando la piel de mi vientre, recordando la manchita en el monitor del ginecólogo. Mi bebé, mío y de Dimitri Malinov, un hombre del que solo sabía el nombre.

Volví la ventana principal del buscador y digité su nombre.

La búsqueda arrojó varios resultados, el primero era de la página web del *Grupo Empresarial de las Américas*. GEA.

Dimitri era Ginecólogo y había hecho una maestría en Obstetricia en la Universidad de Oxford; llevaba la columna de salud en el *New York Times,* y un

blog para nuevos ginecólogos. Di clic en uno de los links, encontrándome con

una columna para el diario *El Clarín,* de España.

"¿Estás embarazada? ¿Te acabas de enterar y estás aterrada? Dentro de ti, el cordón umbilical tiene

su forma definitiva y el líquido amniótico protege al embrión, manteniendo la temperatura y facilitando

sus movimientos.

Durante el primer mes, comienza a formarse la médula espinal y a diferenciarse la cabeza del feto.

Hacia el final del primer mes, su corazón empieza a latir. En el segundo mes, se empiezan a formar los

rasgos faciales, y las extremidades. En el cuarto mes, pasa de llamarse embrión a feto, tiene piernas y

brazos, quizás ya es posible distinguir su sexo. Ya mueve mucho sus brazos y piernas.

En este período de gestación, las probabilidades de un aborto natural son mucho más altas que en las

otras etapas del embarazo, por lo tanto, deberás prestar cuidado más que nada a lo que

consumes: alcohol, drogas, medicamentos, además de otros factores más específicos que deberás

consultar con tu médico.

Tener un hijo es siempre una bendición…"

Dr. Dimitri Malinov.

Ginecólogo-Obstetra

En su blog, encontré artículos sobre embarazos prematuros, abortos y otras cosas más relacionadas con su especialidad. Aparte de sus logros y su carrera no había nada sobre su vida privada en el blog. ¿Quiénes eran sus padres? ¿Tenía hermanos? ¿Hijos?

Había fotos de galas benéficas, parte de su año en *Médicos sin Fronteras,* pero todo era reciente.

Cerré el computador, intentando no pensar en nada más. Llamé a Mike dos veces, pero no me contestó, así que dejé un mensaje en su buzón.

Estaba a punto de acostarme a dormir cuando el insistente sonido del timbre de la puerta me hizo levantarme. Encendí todas las luces y abrí la puerta, encontrándome con mi demonio de ojos azules.

Su impresionante mirada se fundió con la mía, justo antes que su maleta hiciera un sonido sordo cuando con premura impactó contra el suelo. Se lanzó a mi boca, succionando mi labio inferior, y alzó mi cuerpo, llevándome dentro del departamento sin dejar de besarme. Sus manos eran como piedras calientes

quemando por donde me tocaban. Mis dedos tomaron sus cabellos ante la intromisión de su lengua a mi boca, sabía que tenía que parar, pero con Dimitri no podía, su presencia se imponía, sus besos me debilitaban, su esencia era adictiva… Existía una conexión, algo tan potente que no me permitía separarme de él.

Dimitri Malinov era una droga, un pedazo de crack, adictivo y perjudicial para mí. Me besaba con hambre, me adoraba con sus manos.

—Lo siento. —Beso—. Lo siento. —Beso, sus labios se deslizaron por la piel de mi cuello y me vi dándole acceso a sus húmedos besos—. Quiero hacerte mía, Odette. Quiero volver a estar en tu interior, no sabes cómo te deseo, cómo lucho conmigo mismo para no tumbarte sobre tu espalda durante cada clase… eres mi marca de whisky favorita, eres la mejor y más pura droga que mi cuerpo haya consumido. Y créeme, las he probado y conocido todas. —Quitó mi suéter, dejándome desnuda de la cintura para arriba, apoyó mi trasero contra el respaldo del sofá y descendió hasta atrapar uno de mis erectos pezones en el calor de su boca.

El deseo recorrió todas mis terminaciones. Mi clítoris palpitó, y mis músculos se contrajeron con suavidad. Gemí en su hombro y empecé soltando los

botones

de su camisa, quitándola de su pecho, acariciando sus abdominales con la punta

de mis dedos..

Atraje su boca a la mía, devoré sus labios y mi lengua danzó a la par de la de él.

El placer se arremolinaba en mi vientre bajo y tenía la imperiosa necesidad de

desatarlo.

Sus manos trazaron planos por mi vientre hasta escurrirse debajo de mis

pantalones y tocar el punto más sensible de mi cuerpo. Mordí su labio inferior

sin importarme si lastimaba o no la herida que había en su piel.

—Di… Dimitri —gemí fuertemente al sentir cómo sus dedos se movían

circularmente en mi capullo de nervios. Mis dedos se crisparon en la piel de sus

hombros mientras él acariciaba los pliegues húmedos de mi sexo. El orgasmo no

tardó en aparecer. Exploté en un frenesí de colores, sensaciones y gemidos.

—Dim —lo llamé—, por favor… —supliqué aún en el éxtasis causado por el

orgasmo.

—Por favor ¿qué? Odette, ¿qué deseas?

—Tú… tú dentro, por favor no… —rogué—. Te necesito.

—Me tienes, preciosa.

—¡Di!… ¡Oh, por favor!… —Dimitri colocó sus manos bajo mis rodillas

alzándome y caminando hacia la habitación. Me puso en la cama con total

ternura y quitó mis pantalones, dejándome completamente expuesta para él.

—Déjame verte, preciosa. —Abrió mis piernas y acarició mi sexo con la palma

de su mano—. Quiero saborearte tan lento que tu dulce sabor quede impregnado

en mi piel.

Me removí, haciendo que su mano se restregara sobre mi humedad.

—Stss… —Su cuerpo entero cubrió el mío, quedando a horcajadas sobre mí, sus

manos a cada lado de mi rostro. Se inclinó con cuidado, besando mis labios con

lentitud; solo un roce, sin lenguas danzarinas, solo labios besando labios, piel…

Mis pezones, siendo piedrecillas dolorosas, fueron adorados por su boca; sus

labios continuaron hasta besar mi ombligo y dar besos reverenciados al lugar

donde se alojaba nuestro bebé.

Iba a llorar de emoción por la manera tan lenta y tierna en que este hombre

me adoraba. Su nariz inhaló sobre mi sexo y entonces la dulzura dio paso a más,

a ese ser voraz que habitaba en su interior. Dimitri lamió, succionó y besó cada

rincón de mi entrepierna, llevándome, una vez más, al laberinto de sensaciones que anuncian un orgasmo sorprendente.

Mi segundo orgasmo de la noche.

Lo vi levantarse de la cama y llevar las manos a su cinturón.

—No he terminado contigo aún, Odette.

Con parsimonia, quitó su cinturón y desabrochó el botón de sus jeans. Toda yo era un ser expectante, no recordaba a Dimitri desnudo, era muy poco lo que recordaba de esa noche. Lo único de lo que estaba segura ahora mismo era del deseo latente en mis venas.

Dimitri se quitó lo que le quedaba de ropa, revelando un miembro erecto, completamente circuncidado. Su pene era largo y grueso, pequeñas venas se podían notar en su piel. Estaba húmedo en la coronilla, mostrando su evidente excitación…

Fue inevitable la forma en cómo mi lengua relamió mis labios.

—También odio los bóxers, Odette. —Tomó mis caderas, posicionándome hasta abajo en la cama, y se colocó de rodillas, llevando la punta de su miembro a

mi entrada..

—¡Oh, mi Dios!

—¡Blasfema! —musitó acariciando mis pliegues con su polla, bañándose con mi

humedad. Tomé su brazo, con una mano. Y con la otra, obligué a su rostro mirar

al mío.

—Te necesito ahora.

Él besó mis labios en medio de una sonrisa.

—Como usted ordene…

Sentir la longitud de su miembro entrar en mi interior fue inexplicable.

Parecíamos piezas de un puzle encajando armoniosamente. Lo hizo de manera

lenta y prolongada, pero una vez que estuvo dentro de mí… todo cambió.

Dimitri emitió un rugido salvaje. Uno ronco y excitante. Salió de mi interior

para embestir con más fuerza, mi cuerpo expandiéndose y contrayéndose en

torno a él, los jadeos como único sonido a nuestro alrededor, mis manos en su

espalda, en su trasero…

Sentía que iba a explotar a su alrededor.

—¡No te corras! —gimió—. No aún.

Su rostro estaba desfigurado por el placer, su frente perlada por el sudor,

mientras unos cuantos mechones de cabello se pegaban a ella. Arremetía mi

cuerpo de manera febril, embestidas lentas pero potentes. El lenguaje de su

rostro me decía que se contenía, sin embargo, su manera de marcar el ritmo era

completamente desquiciante, sentía que iba a morirme. ¡Era oficial!

Sentí su miembro palpitar en mi interior, ocasionando que los primeros espasmos de mi orgasmo me sacudieran con fuerza.

—No, nena. No aún. Aférrate a mí. —Cambió la posición, quedando él debajo de mí—. Móntame… —Una de sus manos acarició mi pezón izquierdo y luego descendió hasta que descansó en mi vientre—. ¡Míos!

Ignoré su comentario troglodita y seguí rotando mis caderas entorno a él.

No pasó mucho antes que me desbordara sobre su cuerpo. Dimitri embistió en mi interior un par de veces más antes de dejarse ir.

Por unos minutos, todo fue silencio, no hubo otro sonido que el latido de nuestros frenéticos corazones intentando recobrar el ritmo normal. Empezaba a dormitar cuando Dimitri se giró hasta que yo quedé de nuevo debajo él. Salió de mi interior y rodó hasta quedar a mi lado. Se veía agotado, pero sobre todo, satisfecho.

Entonces la realidad, bendita realidad, cayó fuerte y pesada sobre mis decisiones. ¿Qué diablos había pasado?

No era momento para recriminarme, podía culpar a mis hormonas por lo que acababa de ocurrir. Pero sería ser hipócrita conmigo misma, deseaba a Dimitri Malinov y, sobre todo, deseaba saber qué había pasado esa noche en su departamento. Me levanté de la cama y fui hasta el baño sin decir una sola

palabra, me di una ducha rápida y me coloqué una toalla alrededor del cuerpo. Salí buscando un nuevo pijama, vistiéndome ante su atenta mirada. Tomé su pantalón, tirándoselo en el pecho.

—Ya puedes irte.

—¿Qué? —Se levantó sobre sus codos.

—Ya viniste, follamos. Era lo que querías, ¿no?

—¿Piensas que solo te quiero para follar? —Arqueé una ceja en su dirección—. Bueno, quería recordar que tan bien encajaba en tu interior, pero…

—Levántate y vete.

—O si no, ¿qué? ¿Llamarás a la policía y dirás que tu novio, el padre de tu hijo, quiere dormir en vez de volver a follarte?

—Solo quiero que tú te vayas de mi casa.

—Estoy cansado, Miller. Si quieres repetir, tienes que esperar un poco. Por el momento, quiero dormir. —Se acomodó en completa desnudez.

—¡Te quiero fuera de mi departamento antes de que llegue a diez!

—Le prometí a tu hermano cuidarte y lo haré mejor si estoy aquí. Además, ya tenemos tres años de novios, estás embarazada y acabo de hacerte el amor como jamás te lo habían hecho en la vida. —Sonrió con suficiencia—. Creo que

merezco

descansar un poco y deberías hacer lo mismo, no te lo digo como el padre de tu

hijo sino como doctor.

No quería discutir, el día y los últimos acontecimientos me habían dejado

completamente exhausta.

—Si quieres quedarte, no será en esta cama, hay un sofá en la sala y mantas en

el clóset.

—Ya estoy cómodo en la cama. ¿Dónde demonios dejaste la cobija? —Tomó el

cobertor del suelo, tirándolo sobre su cuerpo.

—No pienso compartir mi cama contigo.

—Entonces espero que tengas buenas noches en el sofá, Odette. —Apagó la

lámpara de la mesa de noche y dio por terminada nuestra plática.

Odiaba a ese hombre.

Capítulo 5

La rabia me había durado muy poco. Mike me ignoró cuando lo llamé la mañana

siguiente. Y Dimitri, desde esa noche, hacía ocho semanas que vivía en mi

departamento. La Navidad y Año Nuevo habían pasado. Pero, aunque estábamos

juntos, no habíamos celebrado nada. De no haber tenido que estar en el

hospital,

me hubiese ido a Jersey con Mike y Ashley.

No habíamos vuelto a hacer el amor –tener sexo–. No porque él no lo deseara,

había decidido mantenerme alejada de él, lo que significaba que no lo dejaba

acercarse a mí en las noches. Se había resignado a dormir en el sofá-cama de la

sala.

Debía decir que era muy cuidadoso, ni las chicas se habían dado cuenta de que

él vivía conmigo. Mi nevera empezó a llenarse de alimentos saludables, y

desagradables también; debía admitir que vivir con él no era tan malo como

pensé en su momento, aunque había veces que…

Era un completo caos.

Dimitri era desordenado, sucio e irritable.

Estaba volviéndome loca.

—Buenos días, Bichito. —Acaricié la pequeña curvatura en mi vientre bajo. Hoy

cumplía trece semanas; las náuseas matutinas habían desaparecido

paulatinamente y ya eran muy pocos los días en los que me despertaba directo al

baño.

Hoy era un día especial. Por fin podría estar en una intervención del doctor

Tatcher, solo sería el remplazo de un marca pasos, pero estaba segura de que sería la primera de muchas. Por la tarde tendría consulta con el doctor Mancini, él quería examinar el pliegue nucal y la medida del hueso nasal de bichito para prevenir algún desorden genético. Había pasado gran parte de la noche despierta, acariciando la piel de mi vientre y pensando en el dichoso examen. Miré el reloj en mi mesa de noche, dándome cuenta de que los quince minutos que había acostumbrado a estar con el bebé habían pasado. Era hora de levantarme y empezar el día.

El apartamento estaba en silencio y eso solo significaba que mi indeseable inquilino ya se había ido, o seguía dormido, cosa que nunca había sucedido desde que se había apropiado de mi departamento.

Me di una ducha y me vestí rápidamente, saliendo de mi habitación.

—Maldito gato —murmuró por lo bajo mientras amenazaba a un Ferb completamente erizado y en posición de combate. Desde el día que Dimitri había decidido adueñarse de mi departamento, Ferb y él se habían declarado la guerra, al punto de que mi hermoso gato usaba sus zapatos de orinal. Dimitri bajó la espátula y se concentró en voltear lo que tenía en la estufa. Como estaba de espaldas, me dediqué a observarlo unos minutos, no llevaba camisa y tenía un

pantalón de franela gris, que colgaba pecaminosamente de sus caderas; su cabello estaba revuelto y tenía el torso desnudo.

La excitación recorrió todo mi cuerpo, alojándose entre mis piernas. Me agarré del marco de la puerta, inhalando profundamente, intentando calmar el deseo en mi interior.

¿Por qué si lo odiaba, lo deseaba casi en la misma medida?

Malinov se había metido en mi vida a la fuerza y no era algo con lo que me encontrara completamente de acuerdo.

—Buenos días, Odette. —Señaló el extractor de acero en la estufa donde observaba mi reflejo—. Tu estúpido gato me ha vuelto a arañar, quiere convertirse en salchicha para perros.

—Bien hecho, Ferb. —Mi minino me acarició las piernas—. Tranquilo cariño, mamá no lo permitirá. —Alcé la mirada hacia los zafiros que me observaban—.

Buenos días, Malinov. —Caminé hacia la cocina, abrí el refrigerador y saqué el jugo de naranja. Tomé un vaso de la alacena y me serví un poco. Dimitri sirvió el desayuno en dos platos.

—Fruta para Bichito, tostadas y huevos con tocino.

—Declino con los huevos. —Tomé el tazón con frutas y las tostadas. Dimitri se

sentó frente a mí con su plato y un vaso con café.

El simple olor hizo que mi boca se aguara y que mi estómago sonara estruendosamente.

—¿Eso es café? —pregunté tontamente, obvio era café. El olor era inconfundible.

—Sí, pero no solo es café. Es café colombiano —aclaró y levantó su taza, inhalando la cafeína.

—El mejor del mundo, dicen. —Quería un poco, solo un sorbo. Hacía más de tres meses que me privaba del dulce elixir.

—Y lo es, ¿quieres un poco?

—¿Puedo?

—No, pero quería ver tu rostro cuando te dijera que no podías… —Tomó un sorbo e hizo un molesto ruido de satisfacción—. Sabes que no es bueno para Bichito.

—Eres…

—¿Despreciable? ¿Un maldito? Te estás quedando sin adjetivos buenos, Miller.

No lo hago por ser una persona horrible, cuido el bienestar de mi hijo… Come.

—Se me pasó el hambre. —Me levanté de la mesa y fui hasta el baño para lavar

mis dientes, tomé el tubo de crema dental y lo observé.

—¡Dimitri, ven al baño ahora! —grité—. ¿Se puede saber qué es esto? —le pregunté, levantando la pasta dental.

—Umm, eso, mi querida doctora Miller, es crema dental —dijo burlón.

—Te lo he dicho mil veces desde que decidiste adueñarte de mi departamento: la crema de dientes se utiliza desde abajo, apretándola suavemente.

—No volverá a suceder —murmuró alejándose de mí.

—Siempre dices lo mismo —bufé, cerrando la puerta de un sonoro portazo.

Ese hombre me exasperaba. Lavé mis dientes, y cuando coloqué mi cepillo en el vaso, una idea –una muy infantil idea– cruzó por mi cabeza. Tomé su cepillo de dientes y muy lentamente avancé por el baño hasta llegar al inodoro. Dimitri Malinov iba a aprender que con Odette Miller no se jugaba. Restregué el toilette con él y luego lo coloqué sobre el lavabo.

Cuando salí del baño, él esperaba con una toalla anudada a su cintura.

Tomé a mi gato en brazos y llamé a mi hermano como todas las mañanas; pregunté por Ashley, que entraba en su novena semana, el doctor había recomendado reposo absoluto.

Estaba destapando una lata de comida para Ferb cuando Dimitri salió del baño. Si cuando entró se veía comestible, ahora con el pelo húmedo y el torso

cubierto de pequeñas gotas de agua, se veía glorioso. Mi libido dio un paso de uno a cien en un santiamén. La sangre de mi cuerpo viajó hasta mi núcleo que palpitó a la vez que mi mente se inundaba de recuerdos.

Mi excitación empezó a bullir como un volcán antes de hacer erupción. Me distraje colocando la comida en el plato de mi gato.

La tensión sexual podía palparse en el aire, así que, tenía que irme… pronto.

—No es bueno que cargues tanto al gato, te lo digo como médico. —Usó una toalla para secar su cabello—. Por cierto, tuve que usar tu cepillo de dientes —Colgó la toalla en su cuello—, pero cuando iba dejarlo en su lugar, se me cayó al toilette —sonrió—. Tendrás que comprar uno nuevo o utilizar el mío, es prácticamente nuevo.

«¡Maldito!! ¡Te odio! ¡Te deseo y te odio! ¡Pero te odio más de lo que te deseo!».

Dimitri se quitó con naturalidad la toalla que cubría su cintura, quedando completamente desnudo frente a mí.

—Es…to, yo tee… —Señalé la puerta y él alzó una de sus pobladas cejas—. Tengo que irme.

Dejé a Ferb sobre la isleta y tragué el nudo formado en mi garganta. Alcancé la puerta en dos pasos. Abrí y cerré tan rápido como pude. Recostándome del

otro

lado de la puerta mientras escuchaba su risa socarrona, sin contar el mensaje de

texto que llegó a mi celular.

Te veo a las cuatro sin retrasos.

Cuando entré a quirófano con el doctor Tatcher, las ojeras que llevaba hacía

días eran cada vez más profundas. Se rumoraba por los pasillos del hospital que

tenía problemas, que su mujer lo había dejado… En fin, nada de eso me

importaba. Durante la intervención, cometió errores al conectar las derivaciones

a través de una vena, estuvo sudoroso y nervioso, y al final me pidió que

suturase porque su mano temblaba levemente.

Salí de la intervención, pensativa.

¿Qué le ocurría al doctor Tatcher?

Faltaba muchas horas al trabajo, y cuando estaba en el hospital, se las pasaba

distraído. Había intentado hablar en muchas ocasiones con él, contarle sobre mi

embarazo, aun cuando sabía que esto podría tener consecuencias graves en mi

internado. Sin embargo, cuando busqué al doctor en su consultorio él ya se había

ido, así que terminé mis rondas esperando si regresaba.

Él no volvió.

Llegué al consultorio del doctor Mancini cinco minutos antes de la hora

estipulada; la chica de recepción no estaba, por lo que me dirigí directamente a

su puerta. Alcé la mano para tocar, pero la voz airada del doctor detuvo el golpe.

—¡Estás dejándolo en la calle, chico!

—Se lo merece. —El tono de voz de Dimitri era neutro.

—Piensa en su hijo, tu sangre.

—Por él sigue vivo, Pietro.

—Muchacho, no puedes vivir en pro de una venganza. —Escuché ruidos. El doctor Mancini bajó un par

de octavas el tono de su voz, como queriendo que Dimitri entrara en razón

—Puedo, quiero y tengo los medios.

—¡Si no tiene los recursos para solventar su enfermedad, el niño morirá!

—¡Los gastos de su tratamiento están siendo costeados por mí! — gritó Malinov.

—Si no quieres hacerlo por su hijo, hazlo por el tuyo, Dimitri. —Abrí un poco la puerta, no mucho, y

pude observar a Dimitri sentado frente al escritorio del doctor Mancini.

—No metas a mi hijo en esto

—¿Al menos esa niña sabe de tu venganza?

—Deja a mi mujer y a mi hijo fuera de esto. Mi venganza es entre él y yo.

—Él y tú, no el chiquillo. Odette va ser tu esposa, ¿vas a engañarla?, el sol no se tapa con un dedo, Dimitri —reprochó—. Ella se enterará y…

—Y. . —Dimitri se levantó de la silla, todo su cuerpo en posición de defensa—. Te aprecio, Pietro. No me

hagas mover mis intereses en tu contra.

—Te conozco muy bien, muchacho, sé que no eres capaz de…

—No me retes. Limítate a examinar a Odette y asegúrate de que mi hijo esté en perfectas condiciones.

De mi padre me encargo yo.

Me alejé completamente consternada de la puerta, confundida por la

conversación entre Dimitri y el doctor Mancini.

—Señora Miller. —La encargada de la recepción atrajo la atención de Dimitri y

el doctor Mancini. Dimitri salió del consultorio.— ¿Hace cuánto estás ahí?

—preguntó enojado. ¿Qué le pasaba?

Fingí idiotez.

—Acabo de llegar. —Sonreí, entrando a la consulta.

—¿Tomaste la botella de agua como te lo sugerí, ragazza? — dijo el doctor,

aligerando el ambiente.

—Sí, señor.

—Recuéstate en la camilla, por favor.

Dimitri parecía enojado mientras el doctor Mancini me revisaba. Estuvo lejos del monitor, entretenido en su celular, con el entrecejo fruncido y la boca en un rictus tenso.

El doctor hizo los examenes adicionales e imprimió un par de fotografías de Bichito.

Mientras Pietro hablaba de vitaminas, medidas y el peso de Bichito, yo solo podía pensar una cosa: ¿quién demonios era Dimitri Malinov?

No había registros de su vida en internet, solo de su carrera académica.

Era socio del GEA, pero nadie lo sabía, ni siquiera figuraba como accionista en

los informes anuales.

Tenía un conflicto con el doctor Tatcher y no sabía el porqué.

Él era el padre de mi hijo y tenía más de un mes viviendo conmigo, pero además de sus ataques de ira momentáneos y su extremada arrogancia, era una buena persona. ¿O no?

Conduje de vuelta a casa con un montón de preguntas en la cabeza; ninguna tenía una respuesta, pero para todas tenía conjeturas.

Me detuve en un semáforo en rojo y saqué de mi bolso la fotografía que el doctor Mancini me había dado.

Bichito había permanecido con su identidad oculta, pero todos los examenes

habían salido perfectos.

Sonreí al ver a mi pequeño chupar su dedo mientras mantenía sus piernas completamente cerradas

«Sin duda alguna, será igual al padre…Parece que tenemos todo un misterio por aquí».

Suspiré mientras veía por el retrovisor el auto negro siguiéndome de cerca. Su actitud había sido fría durante toda la ecografía, ni siquiera se inmutó cuando el doctor Mancini nos dejó escuchar los latidos del corazón de Bichito.

Di golpes en el timón del coche mientras que el semáforo cambiaba de color.

Una vez que me dio el paso, apreté el acelerador; necesitaba llegar a casa.

Creo que había llegado el momento de la verdad, necesitaba respuestas para dejar de hacer conjeturas. Bichito no podía nacer entre dos personas que no se conocían; si estábamos destinados a ser padres, teníamos que ser sinceros.

Aparqué en mi lugar de siempre y subí las escaleras saludando a la anciana del piso cuarto que salía a pasear a Godzilla, su chihuahua, enemigo número uno de Ferb. Entré en mi departamento y dejé la puerta abierta antes de sentarme en el sofá, esperándolo.

Dimitri llegó un par de minutos después con su mirada intimidante y su

mandíbula tensa. ¿Enojado con él o conmigo?

Respiré, tratando de calmarme, y caminé hacia la cocina, sacando una botella

con agua y quedándome del otro lado de la mesa de granito.

Se dirigió hacia allí manteniendo la distancia. Nuestros ojos haciendo

preguntas que ninguno de los dos querían contestar.

Abrí la boca para hablar, pero fue Dimitri quien lo hizo primero.—¿Cuánto

tiempo estuviste escuchando tras la puerta, Odette? —Su tono de voz era duro e

intimidante. Mi cuerpo tembló. No de miedo, era algo entre excitación y vértigo.

Respiré tratando de calmar mis nervios.

—Ya te dije que acababa de llegar. —No lo miré, mis manos jugaron con la tapa

de la botella.

—Y yo te dije que no soy idiota, no me hagas quedar como uno. —Se acercó a

mí y yo me alejé—. ¡Solo te lo repetiré una vez más! Y más te vale dejar de fingir

que no sabes de qué demonios estoy hablando.

Sus brazos estaban tensos, la camisa se adhería a sus bíceps como si fuese

parte de su piel, las venas en su frente y cuello parecían querer desprenderse de

su cuerpo, sus ojos estaban desorbitados… Mi primer instinto era huir, pero no

lo haría.

—¿Qué tanto escuchaste de mi conversación con Pietro Mancini?

Había llegado el momento de las preguntas, así que yo también debía preguntar.

—¿Quién eres tú? —inquirí, alzando mi barbilla hacia él.

—Esa es una pregunta estúpida —respondió acercándose aún más. Me volví a alejar—. No me cambies el tema, Miller. —Plantó las palmas de sus manos fuertemente contra el granito.

—Sabes a qué me refiero, solo preguntaré una vez más. — Utilicé sus palabras,

queriendo sonar valiente y decidida—. ¿Quién eres, Dimitri Malinov?

—Soy el padre de tu hijo —contestó entre dientes.

—¡No intentes verme como la idiota en esta ecuación!

—¡Tú sabes quién soy! —gritó, completamente fuera de sí.

—¡No, no lo sé! Yo solo sé que nos conocimos en una pub, que fui una irresponsable y tuve sexo contigo sin protección, y ahora estoy embarazada. Aparte de eso, solo sé que eres médico y profesor. De ahí en más, ¡no tengo ni puta idea de quién demonios eres! —grité mirándolo fijamente.

—Quien soy es algo que no te importa —dijo con sus dientes apretados y sus manos hechas puños.

¿Qué?

—¿Qué? —dije sin creer lo que acababa de escuchar.

—Dije… —habló en voz baja y pausada—, que no te importa. —Caminó hacia la

sala y luego se giró, mirándome con ojos fríos—. Lo único que tiene que

importarte es que voy a responder por ese bebé, y que nos vamos a casar. Mi

jodido pasado no te importa a ti ni a nadie.

¿Qué escondes?

—No puedo saber sobre ti, pero tú te crees con el derecho de arruinar mi vida,

mi futuro, ¡mi carrera!. . —Caminé hacia él, mi nerviosismo había sido

remplazado por rabia e indignación—. ¡¿Qué demonios es lo que escondes?! ¡¿Por

qué eres un misterio?! ¡¿Quién eres?! —El repentino sonido de mi celular llenó el

silencio que se creó en la habitación.

—Respóndeme, Malinov. —Lo encaré ignorando la llamada. Por el timbre,

sabía perfectamente quién era.

—Contesta la maldita llamada, Odette —gritó.

—¡Quiero saber quién eres! ¡Tengo derecho a saberlo! ¿Tienes hermanos?

¿Padres? ¿Hijos?

—No, no los tengo —dijo caminando hasta el sofá y tomando el celular de mi

bolso—. Contesta la puta llamada de una vez. — Deslizó el celular por la

mesa de

granito.

Suspiré, tratando de calmarme, y oprimí el botón de contestar.

—Hola, Mike —dije a mi hermano—. Estaba en el baño. ¿Cómo sigue Ashley?

—Malinov caminaba de un lado a otro, se pasaba la mano por el cabello, parecía

completamente fuera de sí.

—Tú y yo no hemos terminado, Odette —murmuró antes de salir del

departamento.

Coloqué la mano en mi teléfono, gritando su nombre, pero no regresó. Volví

con Mike, que emocionado me contaba sobre la ecografía de Ashley.

Colgué la llamada después de oír los planes y preparativos de boda que mi

cuñada y mi hermano estaban ideando.

¡Como si alguna vez fuera a casarme con ese hombre!

Esperé el resto del día y toda la noche el regreso de Dimitri al departamento.

Él no volvió, tampoco fue al hospital, ni a las oficinas, ni a la universidad. Le

pregunté al doctor Mancini si sabía algo sobre él, pero el viejo doctor dijo que no

podía contarme más de lo que ya Dimitri me había dicho. Lo llamé a su celular

incontables veces sin respuesta alguna.

No recordaba la dirección de su casa.

Era como si la tierra misma se lo hubiese tragado.

Dimitri Malinov había huido.

Tres semanas pasaron sin ninguna noticia de Dimitri. Fui a consulta con el

doctor Mancini y salí con las chicas. Por supuesto, seguí las recomendaciones del

doctor. Mi tripita empezó a notarse solo un poco, hablaba con Mike por webcam

y compartía con Ashley temas sobre el embarazo.

La vida continuaba, con o sin él.

El 14 de febrero llegó, y con él, las calles de la ciudad se vistieron de

corazones, Cupidos y flechas. No tenía muchas ganas de salir, así que había

rentado un par de películas de los libros de Nicholas Spark y tenía todo un bote

de helado y palomitas de maíz. Había planeado todo mi día de completa pereza:

Ferb, Bichito y yo.

Entraba a mi decimosexta semana y, si no hubiese visto las ecografías

anteriores, juraría que no estaba embarazada; mi vientre seguía siendo plano,

aunque tenía una leve curvatura en la parte baja. En las noches, sentía pequeños

movimientos o tímidas pataditas que me hacían sonreír, cada día amaba más a

Bichito. Ashley me había recomendado una crema para las estrías y, aunque no tenía ninguna, me gustaba creer que acariciaba a Bichito cada vez que me la untaba en el vientre. Estaba en eso cuando escuché golpes en la puerta. Salí de la cama, arrastrando los pies y maldiciendo en voz baja al insistente que estaba del otro lado de la puerta.

—¡Voy! —grité mientras iba a abrir la puerta, pero al pasar por el espejo me di cuenta de dos cosas:

Estaba en un mini short y tenía el vientre complemente desnudo; se podía apreciar mi pequeño secreto.

«Tienes que decirlo algún día. ¿O es que piensas comértelo cuando nazca?».

¿Por qué mejor no te callas…? Repliqué a mi conciencia.

Bajé la camiseta negra que Malinov había dejado en el departamento con parte de su ropa y abrí a unas sonrientes Mía y Alle. Ambas entraron como huracanes a mi departamento.

—¡Te tenemos el plan de la noche! —Mía parecía haber ingerido una tonelada de ositos de goma.

—No puedes decir que no. —Alle se sentó en sofá—. Me costó mucho conseguirlos. Mi padre va a hacerme ir a su próximo discurso.

—Chicas…

—¡Es San Valentín! —gritó Mía—. Tenemos que salir a patearle el culo al enano

en pañales. Somos lindas, somos sexys, profesionales, y Alle es rica. ¿Qué más

podemos pedirle a la vida?

—Mía… —susurré, no es que Mía y yo fuésemos completamente pobres.

—Allegra, ¡dile algo! —Mía bufó en dirección a Alle.

—Odiiiii. Lo necesitooo, por favor. ¿Sabes hace cuánto no salgo a divertirme?

¡Meses!

—Síií, yo también. Además, ambas pasamos Navidades horribles. La abuela me

puso a sacarle los granos de la espalda.

—El senador me hizo acompañarlo en su gira por Europa. — Mía rodó los ojos

y bufó por lo bajo un «¡qué sacrificio!».

—No sabes lo que es ir a París y no comprar nada por estar castigada…

—Bueno, al punto… —Mía unió sus manos—. Sé que nos estás escondiendo

algo, intentaré no hacerte el interrogatorio si accedes a salir con nosotras hoy.

Me reí ante el chantaje

—¡Ah, sí! Búrlate, señorita —dijo Alle pinchando su dedo en mi pecho, sus ojos

se abrieron como platos y entonces gritó—: ¡Estás con alguien!

Negué rápidamente.

—No, Allegra.

Antes de que pudiese decir algo más, me cortó.

—No digas que esa camisa no es de un chico, Odette —entrecerró los ojos.

—Sí, es de un chico, pero…

—¿Pero? —Mía llevó la mano a su boca

—O sea, no lo niegas, al menos dime ¿es un *GIR?*

—¿Un qué? —pregunté entre risas.

—Guapo, Inteligente y Rico.

No pude contener la carcajada.

—No estoy saliendo con nadie —dije cuando me calmé.

Mía y sus ocurrencias.

—¿Entonces de quién es la camisa? —preguntó Allegra.

—Me parece familiar, como que se la he visto a alguien — dijo Mía mientras se

rascaba la cabeza, un gesto muy típico de ella cuando estaba tratando de

recordar algo—. ¡Ya sé! Esa camisa se la vi puesta a…

—Es de Mike —dije lo primero que se me ocurrió.

«Cada día mientes mejor. Un 10 para ti, Odette».

—La dejó aquí después de irse… pero ¿a dónde quieren ir?

—cambié drásticamente el tema de mi camisa.

—Verás… —Allegra sacó de su bolsillo cuatro boletos dorados—. Tenemos pases VIP a la fiesta de San Valentín de la discoteca Midtown.

—¡Noche de chicas! —canturreó Mía.

—Chicas, no puedo. Ya tengo una cita con *Nicholas Spark y The Notebook, El diario de Noah y La Última Canción.*

—¡Oh! Vamos, Odi. La inauguraron dos días atrás, y hace semanas que nos evitas ¿y vas a rechazarnos por ver a *Miley Cyrus* cuando dejó de ser *Hannah Montana?* —increpó Mía.

—Tampoco quisiste ir a la fiesta de la semana pasada. Nos huyes como si tuviésemos la peste. Ya no quieres ser nuestra amiga, nos vemos solo en el hospital. Pensábamos que era por un chico, desde el año pasado no tenemos una noche de chicas, ya no salimos como antes y me atrevo a jurar que la última vez que en realidad te divertiste fue esa vez en *Alcatraz*. Si sigues encerrada en estas cuatro paredes con ese gato, voy a empezar a creer que eres zoofílica.

—¡Allegra! —grité ofendida mientras miraba a Ferb lamerse sus…

Mía empezó a reír sin parar.

—Anda, vamos un rato y regresamos temprano. Mira que la élite de la élite

estará en esa fiesta. Quizás consiga a mi príncipe azul.

—Cuidado y te destiñe… Pensé que tu padre iba a casarte con Theodoro Dinas.

—Allegra se estremeció por completo.

—¡Mía, ayúdame! —gritó a mi otra amiga.

—Odette, Odiii Miller, por favor. —Ambas se colocaron de rodillas.

—¿Fer nos acompañará? —pregunté.

—Obvio. Esta vez no iremos solas, niñas. Tenemos cita para comer a las siete

con Fernando en el restaurante nuevo de *Gordon Ramsay*.

—¡No! —Mía hiperventiló—. Te juro que lo oigo gritar y no respondo de mí.

Tengo un serio problema libidinoso con ese hombre. —Allegra metió su dedo a la

boca y simuló vomitar—. Nick está en México y Fer tenía reservaciones, así que

nos ahorró la cena. Además, siempre es bueno que un hombre vaya con nosotras.

—¡Por Dios! Si Fer es más niña que todas nosotras juntas.

Fernando era el primo de Allegra, había sido todo un hombre hasta que

conoció a Nicholas, un mexicano de piel canela, que lo tenía completamente loco.

—¿Entonces? —Mía hizo su mejor gesto de ternero de camino al matadero.

—No me van a dejar en paz si no digo que sí, ¿verdad?

—Pues no tenemos más plan. —Mía se sentó en el sofá al lado de Allegra—. Podemos quedarnos y, no sé, arruinar las películas del señor Spark… y lamentarnos que, gracias a *La Última canción,Miley* se quedó con la cosita rica que es el hermano de *Thor*.

—¿Aún esperabas conquistarlo? —Alle alzó una ceja en dirección a Mía.

Ella se levantó del sofá con gesto despreocupado.

—No, voy a esperar el casting de la nueva película de Chris y asistiré para enamorarlo.

—¿Sabes que *Chris Hemsworth* está casado y es padre de tres niños?

—Yo puedo ser una mamá excelente.

—Baja de la nube, tortolita.

—Bueno, ya basta, no discutan por tontadas. ¿A qué hora debo estar lista?

—¡A las seis! —dijeron al unísono, olvidando por completo lo que estaban discutiendo.

Las chicas se quedaron un par de horas, acabaron con mi helado mientras veíamos *Querido John.* Después de un par de maldiciones por parte de Mía y lágrimas de mi parte cuando la bruja de Savannah deja de escribirle, ellas se fueron a –según ellas– ponerse más bellas.

No quería usar tacones, pero íbamos para uno de los lugares más elegantes y concurridos de la ciudad. Tomé un par de vestidos perfectos para la ocasión y

los

coloqué en la cama, pensando en mi elección. Pero cuando me fui a probar el que

más me gustaba, me vi inmersa en un gran problema: no me cerraba.

Intenté todo, pero el zíper del vestido no subía.

Arrojé todo de mi cama, frustrada conmigo misma. Por un momento, solo por

unos segundos, había olvidado completamente mi situación. Ya no podría ir a

bailar cuando quisiera, ni podría salir con mis amigas. Por nueve meses, no

podría ponerme mis antiguos vestidos. Y cuando por fin recuperara mi peso,

tendría un niño que cuidar.

Adiós a ser la mejor cardióloga…

Adiós libertad, salir con amigas, rumbear, tener noches para mí sola…

Adiós sueños y metas.

Cambiaría mi cartera por una pañalera, usaría guantes solo para limpiar el

trasero de un bebé que lloraría por las noches… Dependerá de mi total atención.

Una responsabilidad que no tenía planeada. Que no quería. ¡Todo por un maldito

pedazo de látex!

Por ser irresponsable.

Dejaría de ser Odette Mackenzie Miller para ser la mamá de Bichito.

Si tan solo…

Dos golpes en la puerta me sacaron de mi frustración mental. Anudé bien la toalla a mi cuerpo y salí dispuesta a decirle a las chicas que no podría ir.

—¡Sigues sin estar lista! —Mía fue la primera en entrar, estaba enfundada en un vestido rojo corto, adornado con piedras. Allegra, por su parte, tenía un vestido ceñido a su cintura color marfil que iba un poco más debajo de sus rodillas.

—He subido de peso, y no tengo qué ponerme. —Ser sincera, ante todo.

«Sí ¿cómo no?».

—Pues te dije que te cuidaras mejor, solo comes porquerías, pero me di cuenta esta mañana que tienes un flotador en tu cintura. —Todo mi cuerpo se tensó pensando que me habían descubierto. Allegra se giró hacia Mía—. Y como tú no quisiste traerlo, te va tocar ir a buscarlo al departamento.

—Olvídalo, princesa…

—Te dije que Odi estaba más gordita, que era mejor traerlo de una vez y tú dijiste que eran ideas mías, así que, es justo que tú vayas por él.

—¿Y si mejor bajamos las tres juntas? —Si no detenía esa pequeña discusión, no íbamos a ir a ningún lugar y ahora que sabía que tenía un vestido esperando por mí, estaba más que lista para salir y disfrutar.

Fer pasó por nosotras a las 18:30. Estaba usando un vestido precioso y corto

de color negro, y Mía había subido por mis zapatos altos. Al mirarme al espejo,

nadie podría jurar que Bichito estaba en mi interior.

Durante la cena, Fer mantuvo la conversación, hablándonos de su nuevo

novio, Nick. Aunque Nick aún no se atrevía a contarles a sus padres sobre su

homosexualidad, Fer estaba dispuesto a estar con él. Allegra apagó su celular

después de siete llamadas de Gus, y Mía estaba completamente frustrada por no

ver a Ramsay gritar a todo el mundo en su cocina.

Por un momento, pensé que la velada se había acabado, pero cuando llegamos

a Midtown, una lluvia de luces de colores iluminaba el lugar. Adentro, la música

se escuchaba alta y todo el mundo bailaba compaginándose los unos con los

otros. Ubicamos nuestra mesa rápidamente. Fer insistió en que tomáramos algo

antes de ir a bailar, las chicas pidieron margaritas y yo preferí soda, a lo que

Allegra solo alzó una de sus perfectas cejas en mi dirección, había acompañado la

cena con agua y ahora pedía soda.

Si no me cuidaba, iba a tener que dar muchas explicaciones; y en mi interior

sentía que aún no era el momento, al menos no hasta que resolviera mis dudas

con Dimitri.

—Si no fuera mi primo, con gusto pasaría una noche con él. — Murmuró Mía mirando hacia la barra donde un inclinado Fernando pedía nuestras bebidas.

—Ese pantalón le marca perfectamente ese trasero. —Allegra se abanicó con su mano.

—Sí, claro. Tiene mejor trasero que nosotras tres juntas y una bufanda roja que grita a los cuatro vientos que le gusta «dar» y que le «den». —Todas empezamos a reír histéricamente, justo al tiempo que Fer regresaba con las bebidas.

—Eso fue rápido…

—Encanto latino, mis niñas. —Se giró, guiñándole un ojo al barman.

—¿Y Nick? —pregunté ante la obvia coquetería.

—Ojos que no ven, corazón que no siente. No me lo estoy follando. Y tú, aburrida. —Me señaló—. Más te vale que pidas algo fuerte y bueno cuando volvamos de la pista. Niñas, fondo blanco. —Todas bebieron sus copas, pero era imposible que yo tomara toda la mía—. Ni lo sueñes, Odette. —Fer empujó mi vaso—. Bebe, bebe que tenemos que bailar.

La pista estaba llena, pero encontramos un lugar para bailar. El DJ acababa de colocar *Sorry For Party Rockingde LMFAO*. Fer se movía entre las tres mientras meneábamos las caderas al compás de la música. Mientras bailaba y me

olvidaba

de todo, pude sentirme libre: Bichito estaba quieto, Dimitri no existía, solo era

yo, la Odi de hace un par de meses atrás. La chica que quería comerse el mundo.

Sentí una mirada sobre mí y miré hacia todos lados, pero no vi nada extraño.

Estábamos en un pub a medio reventar, así que era lógico que me miraran.

Volvimos a la mesa y esta vez Mía fue por los tragos; sin preguntar, trajo tequila

para todos. Mientras se distraían, boté mi chupito y propuse volver a la pista.

Kiss It Better de *Rihanna* empezó a reproducirse. Fer tomó mi cadera

moviéndose a mi ritmo; deslicé mis manos por su cuello mientras él acariciaba

mi espalda. Fer acarició mi cuello con su nariz, mientras una de mis manos se

deslizaba por su espalda. Estábamos tan juntos que solo unos centímetros

separaban nuestros cuerpos.

No era la primera vez que bailábamos así, de hecho, Fernando decía que yo

llevaba sangre latina en algún lugar de mi cuerpo. Podía escuchar a las chicas

gritando nuestros nombres y sonreí cuando mi amigo mordió mi hombro

descubierto por el vestido.

Para cuando la canción acabó, casi no podía respirar… Aunque estaba

jodidamente feliz. Hacía mucho tiempo, desde que Dimitri había entrado a mi

vida, que no me divertía tanto. Y también tenía que hacer pis. La melodía de

Thelegraphy de Cristina Aguilera se escuchó inmediatamente, pero necesitaba ir

al baño. Fer me llamó aguafiestas mientras tomaba a Allegra por la cintura.

Caminé entre el mar de personas, buscando el tocador, y respiré

profundamente cuando dos chicas salieron de él dejándolo completamente solo.

Entré a uno de los cubículos y dejé que mi vejiga liberara todo el líquido

obtenido gracias a la soda.

Una vez todo fue desechado, salí del cubículo y abrí la llave del lavado para

refrescar mi cuello.

Fue cuando lo vi.

Capítulo 6

Él estaba recostado en la puerta, impidiendo la entrada de alguien más, pero, al

mismo tiempo, obstaculizando mi salida. A pesar de lucir completamente

agotado, con grandes círculos púrpura cayendo de sus párpados, tenía esa aura

sexy que me hipnotizaba. Vestía un pantalón de jean en color negro y una camisa

blanca, remangada hasta los codos; su cabello lucía sensualmente despeinado y

su boca… Un pequeño tirón de placer recorrió todo mi cuerpo.

Este hombre me hacía bipolar, aumentaba mi libido, aunque tuviese ganas de

matarlo.

Su mirada se conectó con la mía y entonces toda mi energía sexual

desapareció. Malinov no tenía esa sonrisa de: "*puedo follarte si quiero ahora*

mismo" en los labios. Su boca era una línea tensa y su mirada se enfocaba en algo

detrás de mí. Era la mirada de alguien que estaba drogado o muy enfadado.

—Dimitri…

—¿Te diviertes, Odette? —pasó el pestillo de la puerta. Tragué el nudo en mi

garganta, intentando no mostrarme intimidada por su presencia—. ¿Te gustó que

ése te tocara? —Al principio, no entendí a qué se refería, pero luego todo fue muy

claro: él me había visto bailar con Fer. Dimitri no estaba drogado, estaba celoso…

Pero no me mostraría vulnerable ante él.

—Voy a salir. —Caminé hacia la salida, pero él no se movió—. Es el baño de

damas. —Mi corazón empezó a latir furiosamente—. Alguien vendrá y nos

encontrará aquí.

—¡¿Te divertiste con él?! —gritó, interrumpiéndome. Se separó de la puerta y

caminó hacia mí, todo su cuerpo estaba gritando peligro. —¿Piensas acostarte

con él, una vez te proponga que lo sigas a casa?

Alcé la mano dispuesta a golpearlo, pero él fue mucho más rápido; sostuvo mi

mano en el aire, apretando mi muñeca con ferocidad.

—¡Eres mía, Odette! Te lo dije una vez. —Agarró mi barbilla con su mano libre

y unió mis labios con los suyos de manera violenta. Me resistí, intenté empujarlo,

pero él era mucho más fuerte que yo, así que lo consentí cuando su lengua pidió

acceso a mi boca, esperando el momento en que él bajara sus defensas. No pasó

mucho tiempo antes que su agarre en mi mentón se debilitara y que la fuerza

voraz de su beso fuese tierna.

Lo empujé con todas mis fuerzas, separándolo de mí, y luego pasé mi brazo

por mi boca quitando los restos de whisky de mis labios. El abismo de ternura

que había sentido hacía unos minutos volvió a convertirse en una furia que no

tenía ni pies… ni cabeza.

—¿Quién demonios te crees, Malinov? —Volví a empujarlo—. ¿Con qué derecho

vienes a reclamar algo que no te pertenece?

—¿Qué no lo entiendes? —intentó besarme de nuevo, pero no se lo permití—.

¡Me perteneces!

—¡¿Qué?! —grité y piqué su pecho con mi dedo—. No soy un objeto, doctor

Malinov.

Dimitri cerró los ojos negando dos veces con su cabeza. Cuando volvió a abrirlos, ningún rastro de furia había en ellos.

—¡Entiéndelo! ¡Estoy enamorado de ti! ¡Eres mía!

«Este hombre está loco».

—Las personas no pertenecen a otras personas, Malinov. El amor no es así. Te hice una pregunta, una sola, y te vas de mi casa por un mes; luego vuelves y reclamas como si fueses el amo y señor del universo.

—¡¿Qué quieres de mí, Miller?!

—Quiero saber quién eres —dije contundente—. Quiero la verdad.

—¡No! Todo, Odette, tendrás lo que quieras de mí, pero no te daré mi pasado.

Se pasó la mano por el cabello desesperadamente. Esto no tenía sentido, nada entre nosotros lo tenía. Lo mejor era salir de aquí antes que alguien llegara.

—¿A dónde vas? —Su mano tiró de mí hasta dejarme frente a él agarrándome con fuerza por los hombros, quedando atrapada entre la pared de cerámica del lavado y el duro cuerpo de Dimitri—. Te vas con él, ¿verdad? Dime, Odette, ¿te

acostarás con él, como lo hiciste conmigo?

La rabia invadió mi ser. No era una cualquiera y él me estaba tratando como una.

—Sí —dije con rabia—. Iré a su casa y me acostaré con él y ¿sabes qué, Malinov?

Sé que será mil veces mejor que la noche que estuve contigo, porque al menos

tengo la certeza de saber quién demonios es el hombre que me estoy llevando a

la cama.

—¡Hija de puta! —Me empujó contra la pared, gemí al sentir el golpe en mi

espalda baja.

Dimitri me soltó como si mi cuerpo ardiera en brasas, negó con la cabeza

antes de tomar mis mejillas con sus manos.

—Lo siento… Lo siento. —Apartó sus manos de mí y tiró de sus cabellos—. ¡Tú

no quieres entender! —Se ubicó en un rincón—. ¡No entiendes! Tenía miedo,

mucho miedo… eres lo único que tengo, tú y él. —Señalo mi vientre—. ¡Lo único

que me queda en esta puta vida! ¡Lo único que me da paz! —Volvió a acercarse y

me encogí con temor—. Tú eres mía, Odette. —Me tocó la barbilla con la punta de

los dedos—. Te escogí esa noche, ¡te elegí!

No supe en qué momento empecé a llorar, pero podía sentir las lágrimas

corriendo por mis mejillas. Dimitri estaba completamente fuera de sí.

—¿Me elegiste? Tú decidiste que yo debía ser tuya, ¿y por eso tengo que

obedecer tus designios? —A pesar del temblor en mi voz, no me dejé

amedrantar—. ¿Soy tuya, Malinov? —Él asintió—. ¿Dónde está el contrato,

entonces?, ¿dónde está ese documento que dice que yo, Odette Mackenzie Miller,

acepté ser tu muñeca de juguete? —Negué con la cabeza—. ¡¿Dónde está?!

Dimitri se carcajeó burlándose… ¿de mí? ¿De él? No lo sabía, su sonrisa

guasona heló cada rincón de mi cuerpo.

—¿Contrato? —Se acercó colocando ambas manos en los espejos detrás de

mí—. ¿Quieres un puto contrato, Miller? Te diré cuando firmaste tu tratado. —Su

cuerpo se irguió quedando tan cerca que podía palpar la tensión de su cuerpo, su

respiración agitada, su ser dominado por la ira…—. Empezaste a redactar el

maldito documento cuando entraste esa noche a *Alcatraz*. —Sus dedos bajando

cada vez más, acariciando la piel de mis muslos—. Colocaste cada maldita

cláusula mientras bailabas y las aceptaste cada una cuando me acerqué a ti y

meneaste tu culo respingón sobre mi maldita polla. —Sus dedos se colaron bajo

mi vestido y sus labios acariciaron mi cuello. Mi cuerpo mezcló la ira que sentía

en el momento con la excitación que solo la cercanía de Dimitri me daba. Quería

resistirme, pero era superior a mí—. Me dejaste tocarte sin conocerme, me

regalaste tus gemidos ahí en el callejón de la discoteca, me seguiste, entraste a

mi casa, me dejaste entrar en ti, gemiste en mi oído mientras te daba placer…

—Sus dedos se introdujeron entre mis bragas, acariciando mi sexo, mientras sus

labios acariciaban mi cuello—. Tú, Odette Miller, firmaste el documento en donde

decía que me pertenecías el día que fuiste a mi consulta y me dijiste que llevabas

un hijo mío en tu interior. —Succionó la piel entre mi cuello y hombro—. Pero

tienes razón, nena, no eres una jodida posesión. —Introdujo uno de sus dedos en

mi interior y me aferré a su brazo para no sentir, porque yo debía estar enojada,

no excitada… pero lo estaba, y me odiaba a mí misma por sentir lo que sentía—.

Eres mi tesoro, Odette. Mi ostra guardando en su interior mi perla más

brillante… No tienes que saber nada de mi vida pasada porque no te interesa que

hay detrás de mí. Intento protegerte —gimió guturalmente, su voz gruesa y

ronca—. ¡Demonios! Estás mojada por mí, bebé… sólo yo puedo hacerte sentir

así, Odette, sólo yo puedo darte lo que necesitas: follarte y amarte. Sólo yo,

maldita sea. Sólo yo —dijo.

Estaba dejándome llevar por el sinfín de sensaciones que recorrían mi cuerpo

a punto de colapsar por la circular caricia que hacía a mi clítoris mientras

bombeaba en mi interior.

«Eso. Déjate llevar, demuéstrale que en realidad le perteneces».

—Suéltame —susurré, entendiendo lo que ocurría, me estaba dominando,

dominando con sexo—. Déjame.

—¡Mía!

—¡Eres despreciable! —grité—. ¡Un maldito bastardo!

—¡Bingo! —Sacó sus dedos de mi interior, alejándose de mí, dejándome con la

respiración errática—. Descubriste quién soy — dijo con ironía mientras negaba

con su cabeza—. Esa es la respuesta a tu maldita pregunta ¿Querías la verdad? Ya

la tienes, no soy más que un maldito bastardo, ahora respóndeme tú a mí una

pregunta: si te cuento mi verdad, mi pasado, ¿podrás llegar a aceptarme, Odette?

¿Me amarás?

—Nunca podría amar a alguien tan bajo como tú. Lo único que puedo sentir

por ti es repulsión.

La mirada de Dimitri se tornó vacía, apretó su mano en un puño y la llevó

hacia atrás, completamente fuera de sí, pensé que me lastimaría cuando vi venir

el golpe; pero no fue dirigido hacia mí, el espejo a mi espalda recibió el

primer

impacto y luego otro y otro, sin importar nada más que sacar la furia que mis palabras habían ocasionado. No sé si fue el terror en mi mirada o su mano ensangrentada lo que lo hizo parar, pero fue como si todo su cuerpo colapsara. Golpeó su frente con la mano sana y salió del tocador sin decir una sola palabra.

Estaba completamente entumecida y asustada. Acaricié mi vientre y respiré intentando calmarme, tenía que encontrar a mis amigas e irme de aquí. Tenía esquirlas de vidrio en mi cabello y el espejo estaba completamente ensangrentado y roto. Di dos pasos a la salida y mi cuerpo entero se tensionó cuando un calambre me hizo gemir de dolor. Una contracción seguida de otra, que hizo que mis piernas se debilitaran. Me sostuve con una mano del lavado mientras que acunaba mi vientre con la otra. Cerré los ojos y respiré profundo, pretendiendo que nada había ocurrido, queriendo borrar los últimos minutos de

este día, pero sentir un líquido caliente correr por mis piernas me hizo abrir los

ojos y encontrarme con que todo lo que había ocurrido era real. Tan real como las gotas de sangre que manchaban el suelo… Mi sangre.

Tomé mi celular y marqué el primer número que había en las llamadas recientes. Fernando contestó. El ruido de la música lo hizo gritar varias veces;

me pidió un segundo y luego su voz se escuchó más clara.

—Fer, soy Odi, estoy en el baño. Te necesito, trae a Mía. —Un nuevo calambre

me hizo gemir, mientras escuchaba la voz ahogada de Fernando. Llevé ambas

manos a mi vientre hablando con Bichito, pidiéndole que no me dejara, que fuese

fuerte. Que lo quería conmigo.

Porque quería a mi bebé sin importar quién fuera el padre, sin importar que

tuviera que dejar mi carrera en pausa, sin importar todo lo demás.., solo él, mi

cosita… Mi Bichito, mi hijo.

Escuché la voz de Fernando antes que empujara la puerta. Mía y él entraron.

Mi amiga me hablaba, pero no podía entender lo que me decía, Fer gritaba

desesperado, pero no podía escuchar nada.

—Estoy perdiendo a mi bebé… él se está yendo… —Fue lo último que dije antes

de caer en un abismo oscuro.

Abrí los ojos, sintiéndome desorientada. La claridad del lugar me cegaba.

Intenté enfocar la vista con el afán de saber en dónde estaba, pero no veía más

que una impecable habitación.

Quise levantarme, sin embargo, no pude. Tenía la boca seca, cerré los ojos de

nuevo y los mantuve así por unos segundos. Miles de imágenes pasaron por mi

memoria: Dimitri enojado, yo reprochándole, él golpeando el vidrio… Bichito.

Toqué mi vientre sin sentir nada. Mi corazón latía rápidamente, lo que hizo

que el electrocardiógrafo empezara a emitir un fuerte sonido

—¿Odi? —Mía llegó a mi lado—. Tranquila, estás bien. Tu bebé está bien.

Una enfermera y un doctor entraron, alejando a Mía de mi lado. No supe qué

tiempo trascurrió mientras ellos me examinaban, pero cuando terminaron y me

dijeron que Bichito estaba bien, que aún estaba junto a mí, lloré de alegría y me

di cuenta que amaba a mi hijo más que a mí misma.

Cuando volví a despertar, Mía y Allegra estaban en la habitación.

—Hola de nuevo, dormilona. —Mía se sentó a un lado de mi cama, acariciando

la palma de mi mano—. ¿Con que tía, no? Eres una pillina. ¿Quieres un poco de

agua? Asentí, notando que Allegra se había movido hasta la ventana de mi

habitación.

Mía me dio un vaso plástico con una pajita y me ayudó a sentarme sobre la

camilla. Bajé la cabeza, dispuesta a contarles toda la verdad.

—Quería contarles —dije cuando supe que no podía dilatar más el asunto.

—¿Contarnos? —dijo Allegra irónicamente mientras se giraba hacia mí—.

Querías contarnos cuando no pudieras ocultar más tu vientre. —Había tanto

dolor en su voz—. ¡Ah, ya sé! Ibas a decirnos que le servías de horno a Mike y Ashley! O no, mejor ibas a contarnos cuando el bebé naciera, ¿verdad, Odette? porque tienes cuatro condenados meses.

—Alle…—Mía la interrumpió.

—Alle y una mierda, Mía. ¡Somos sus mejores amigas!

—Allegra, iba a contarles… solo no encontraba el momento indicado.

—Por favor—resopló—. Esa es la excusa más patética que he escuchado.

—¡Allegra! —Mía se levantó de la cama—. Tuvo una amenaza de aborto, no es el

momento.

—¡Entonces, ¿cuándo lo será?!

—Odette es una mujer adulta, ella podía guardar su secreto si quería. Somos sus amigas no su madre.

—¿Quién diablos eres y dónde dejaste a mi mejor amiga? —

dijo Allegra, saliendo de la habitación completamente enojada.

Mía se giró hacia mí.

—El doctor dijo que debías descansar. He llamado a Mike, llegará esta noche, trata de entender a Allegra, está dolida.

—Lo siento…

—Shsstt, tenías tus razones, no soy quién para juzgarte.

—Estaba asustada, Mía, pero yo pensaba decirles… —Las lágrimas

empezaron

su recorrido por mis mejillas—. Te lo juro, Allegra y tú son lo más parecido a dos

hermanas.

—Lo sé. —Mía tomó mis manos—. Y por eso te apoyo, Odi. —Solté el agarre de

Mía, abrazándola contra mi cuerpo—. Solo quisiera saber qué ocurrió en el baño,

tenías esquirlas de vidrio en el cabello y el espejo estaba completamente

destrozado.

—Yo..

La puerta se abrió y Allegra se detuvo frente a nosotras.

—Eres una tonta y solo voy a perdonarte porque voy a ser tía. —murmuró

uniéndose a nuestro abrazo.

—Gracias.. —dije con voz rota—. ¿Él.. él está bien? —pregunté acariciando mi

vientre

—Tuviste una amenaza de aborto, debido a un episodio de estrés. Te

desmayaste en el baño, Fer llamó a la ambulancia, estuviste sedada por horas.

—¿Qué ocurrió en el baño, Odette? —preguntó Allegra—. Y lo más importante,

¿quién es el padre de ese bebé?

—Entré al baño y…

—Por favor, no nos mientas. —Iba a contarles todo a las chi-

cas cuando la puerta de la habitación se abrió. Dimitri entró tras un ramo de flores blancas. Mi cuerpo entero se tensó y la habitación quedó sumida en silencio.

Él coloco las flores en la mesa de la comida y me miró dubitativo por unos segundos. Tenía un morado en el pómulo derecho y un nuevo corte en el labio. Su mano izquierda estaba vendada completamente.

Recordé las veces que golpeó el espejo y todo mi cuerpo se estremeció.

—Buenos días, Allegra, Mía… —Las chicas saludaron—. Me gustaría hablar contigo, Odette, por favor.

Tenía dos opciones:

Escuchaba lo que tenía que decirme, o lo hacía salir de la habitación. Mía y Allegra se miraron mutuamente, luego lo observaron a él y a mí.

—Por favor —repitió de nuevo.

—Tenemos que ir a avisarle a Fer que Odi está bien… —dijo Mía, tomando a Allegra por el brazo.

—Me encontré con él cuando salí. De hecho, me obligó a entrar —respondió Allegra.

—Entonces tenemos que ir a la cafetería.

—¿Odette? —asentí—. Tengo muchas preguntas —dijo Allegra antes de salir de

la habitación.

—Las contestaré todas cuando vuelvan.

Dimitri esperó que ellas salieran antes de intentar acercarse. Inmediatamente,

me encogí en la cama.

—¿Cómo estás? —Despeinó sus cabellos con su mano sana—. ¿Él bebé está

bien? —Se veía preocupado y muy cansado, como si llevara el peso del mundo

sobre sus hombros, como si las culpas estuvieran matándolo.

El hombre sexy que me había llevado a la cama en una noche de alcohol, el

profesor coqueto que entró al auditorio, y el hombre frente a mí, no parecían ser

los mismos.

—Por favor, dime algo. —Intentó acercarse nuevamente.

—¡Detente! Él está bien. Por favor, no te acerques. —Mi voz tembló. Aunque

intentara lucir valiente, lo cierto es que después del incidente en el Midtown,

Dimitri me atemorizaba.

—¿Podrás perdonarme, por favor?… Yo simplemente te vi…— negó con la

cabeza—. Nada de lo que diga va a justificar mi comportamiento, pero yo solo te

vi con él y me volví loco. Yo… Yo puedo ser un perfecto estúpido a veces. Yo

no…

—¿Qué haces aquí?

—Eres la madre de mi hijo, es mi deber estar aquí. Por favor, solo escúchame.

—Ya no quiero escucharte. Fuiste un imbécil. Bichito… — Acaricié mi vientre y

negué con la cabeza—. Vete.

—Por favor, Odette.

—Solo vete…

—Lo siento. —Se arrodilló al lado de mi cama e intentó agarrar mi mano. No lo

permití, dentro de mí estaba asustada y dolida a iguales proporciones—. ¿Lo ves?

¡Contigo todo es tan al límite! Tú me llevas al borde del abismo.

—¿Entonces es mi culpa? —pregunté enojada.

—No, no lo es. Si hay un culpable aquí, ese he sido yo. —Hubo un minuto de

silencio, en el que Dimitri pareció tragar el nudo en su garganta—. Reconozco

que he sido un completo bastardo contigo, Odette, que lo que sucedió, no puede

volver a pasar, y no va a volver a suceder. Me odio a mí mismo, me convertí en

él… Si tan solo pudieras entenderme…

—No hay ninguna explicación ni justificación para el maltrato.

—¡¿Crees que no lo sé?! Quisiera poder abrirme a ti, contarte todo lo que quieres saber, pero no puedo hacerlo… Me rechazarás, Odette, porque soy un monstruo, porque no puedo controlarme. —Extendió su mano hacia mí, dándome la oportunidad de tomarla. No lo hice—. Quieres saber sobre mi vida,

déjame entrar en la tuya. No más rechazos, Odette. Sé que no estoy en condiciones de pedir nada, pero por favor no me alejes de él. —Bajó su mano hasta descansarla en mi vientre—. De ti, ustedes son mi familia.

—Yo no soy tu familia, Dimitri. No se lastima a la familia, no se le ocultan secretos a la familia. ¡Nosotros nos destruimos, Malinov! ¡Tú me destruyes!

—Solo necesito una oportunidad… solo una.

—Dime la verdad.

—¿Por qué te interesa tanto mi vida si no quieres ser parte de ella? —preguntó con tristeza.

—Eres el padre de mi hijo, necesito saber quién eres.

—¿Qué ganas con saber de mí, Miller?

—Mucho.

—No entiendo.

—Yo sí.

—Créeme, no quieres escuchar mi historia. —Se levantó del suelo y caminó hasta la ventana donde Allegra había estado minutos atrás.

—Eso lo decidiré yo y solo yo—aseguré.

—¿Qué gano yo por contarte la verdad? ¿Qué me das a cambio por abrirte mi vida? ¿Te casarás conmigo, Miller?

—No voy a casarme contigo, pero quizá pueda, con el tiempo, perdonarte lo que ocurrió en el *Midtown.*

—Yo te contaré la verdad, pero con una condición..

—Sin condiciones —dije.

—Quiero cuidarte, quiero estar con mi hijo. —No me miró. En cambio, pareció observar el cielo cubierto de nubes en el exterior.

—Dimitri…

—Mi madre era una mujer de escasos recursos que trabajaba como empleada doméstica en casa de una acaudalada familia. — Golpeó el marco de la ventana suavemente—. El único hijo de la familia se encaprichó con ella.. típico cliché de niño rico y malcriado, que folla a su sirvienta para satisfacer sus deseos. —Negó con la cabeza un par de veces—. Él la usó, la tuvo todas las veces que él quiso, aún en contra de su voluntad… Cuando descubrieron que ella estaba acostándose con el señorito de la casa y que, además de eso, estaba embarazada, se deshicieron

de ella con una cantidad suficiente para que se deshiciera del estorbo. —Volvió a

golpear el marco. Esta vez fue más fuerte, por lo cual me sobresalté un poco.

“Deshacerse del estorbo”.

Un gemido profundo salió de mí. Estaba atenta a cada gesto, a cada palabra

que salía de la boca de Malinov.

—En la calle, sin comida y con un bebé creciendo en su interior… mi madre

estaba asustada, pero era una chiquilla fuerte y valiente —sonrió con pesar y una

solitaria lágrima recorrió su pómulo izquierdo; él la limpio rápidamente—. No se

deshizo del bebé, trabajó en cualquier pequeña cosa con tal de que no la

separaran de él. ¿Sabes por qué? —Se giró mirándome y yo negué—. Porque ese

bebé era lo único que ella tenía y, cuando lo tuvo entre sus brazos, supo que iba a

dar la vida por él. Meses después, ella dio a luz a su “bastardo”. —Recordé sus

palabras en el baño del Midtown,

Dimitri me había dicho que él era un bastardo; su madre estaba embarazada

de él—. La familia poderosa la encontró una noche e intentó apartarla de su niño.

Asustada, tomó a su hijo y, con el dinero que tenía guardado, compró un tiquete

a América del Norte, California. Y de ahí, tomó un autobús a un pequeño condado

fronterizo llamado Calexico.

En ese lugar, conoció a una pareja de avanzada edad que tuvo piedad de la

inmigrante inglesa y su bebé. Ellos la recibieron en su casa, la ayudaron con el

niño mientras mi madre aprendía español. De la mano de la anciana, aprendió

cocina americana y latina hasta que tuvieron que mudarse a Austin en Texas. La

pareja murió cuando el niño tenía cuatro años, pero para ese entonces, mi madre

tenía un *foodtruck*[3]en la carretera más concurrida.

—Dimitri…

—No es fácil para mí decir esto, así que solo escúchame… —Respiró

profundamente y la habitación se sumió en silencio. Dio un suspiro forzado

antes retomar el relato—. Mi madre era feliz, recuerdo que cantaba música en

español, he tenido esa melodía en mi cabeza por muchos años, pero nunca he

podido encontrar la canción —acarició su mano lastimada con la buena, y

continuó—. Un día el niño malcriado llegó a Austin, la amenazó, la usó y la

doblegó a su voluntad todo el tiempo que quiso. —Un jadeo salió de mí, pero él

no se inmutó—. Ella dejó de cantar, ya no era feliz… Y cada vez que el hombre

llegaba, enviaba a su hijo a jugar, no sin antes decirle que no se acercara ni al

camión ni a la carretera. —No me pasó por alto que se refería a sí mismo como

“el niño”—. Una noche, ella se quedó trabajando hasta muy tarde.

Un camionero pidió una orden, pero no quería bajarse de su coche así que ella

salió a llevársela. Un conductor fantasma la arrolló; ella murió inmediatamente.

—¿Y el niño? —pregunté rápidamente.

—Servicios sociales se hizo cargo de él, estuvo en muchos hogares de paso.

Cuando cumplió seis años, una pareja se lo llevó.

—¿Lo adoptaron?

Él sonrió sarcásticamente.

—Podría decirse que sí, en la casa había más niños, pero él era el más pequeño

y débil. Sus nuevos “padres” eran estiércol, una pareja que se dedicaba a usar a

sus hijos para distribuir drogas, mendigar, robar y, si no hacías bien el trabajo, te

encerraban en La Jaula.

Todo mi cuerpo se estremeció.

—Dimitri.. –Mi voz salió algo ronca. «*¿ En qué momento había empezado a*

llorar? » .

—No llores. —Me observo y después volvió a mirar afuera de la ventana—. El

niño escapó de ahí cuando cumplió doce. Seis años de malos tratos…

—¿Y? —pregunté.

—Estaba solo, Odette. Vivió en las calles. La primera semana, estuvo escondido

en callejones comiendo sobras de los contenedores de basura, entonces un día

conoció a dos chicos, el mayor tenía catorce y era un año mayor que él; esos

chicos se convirtieron en sus hermanos, tenían que esconderse de la policía,

pero robaban comida para no pasar hambre, la ropa de los tendederos para no

pasar frío… No era fácil, pero era una aventura. Un par de años más tarde, se

unieron a una pandilla y conocieron la nieve blanca.

—Cocaína —dije para mí misma, pero Dimitri asintió.

—No la mejor, pero qué diablos importaba, servía para escapar del mundo de

mierda en el que estaba. Tenía catorce años y el niño soñaba despierto cuando la

coca lo hacía volar, Odette. Le daba paz. Con ella, no necesitaba respirar, ni robar

para comer, ahora robaba para consumir porque la droga no es gratis.

—Para, por favor. Para. —Mi pecho dolía.

—Querías saber la verdad, ¿no? —Su mirada se endureció cuando se posó

sobre mí, tenía las manos hechas puños, las venas en sus brazos y cuello

podían

palparse a través de la piel—. A los catorce años, aprendió que en la selva de

cemento, ¡o matas o te matan! Y a los quince años, la conoció a ella, tan hermosa

como letal… aún sin saber lo que era el amor. Él y sus amigos la siguieron hasta

Houston cuando ella se aburrió de ser parte de la pandilla.

Mi corazón se oprimía ante cada palabra, había perdido a mis padres en un

asalto a los ocho años, pero a los doce tenía a Mike y a Ashley. Mi hermano y su

esposa habían llenado ese vacío que mis padres habían dejado.

—Victoria era una cría de dieciséis años: alta, hermosa de cabellos castaños y

bonitos ojos azules. Estar con ella era como quemarse en el infierno y disfrutar

del ardor que daba cada herida.

—Ya, no quiero saber más —musité con voz acongojada. Sin embargo, él no se

detuvo.

—Días sin dormir, fines de semana sin comer… solo sexo. Ella les enseñó todo

a los tres. Les mostró cómo le gustaba que la trataran, que la ataran, la

golpearan, todo esto mientras tenían sexo como animales, todos al mismo

tiempo, inducidos en el dulce viaje de la coca.

—No quiero seguir escuchándote.

—Cuando el niño deseó morir, una luz llegó a él… Un hombre, uno bueno.

Cuando el chico ya había perdido la fe en la humanidad, me adoptaron, Odette.

—Dos lágrimas bajaron por sus mejillas—. Me llevó a su casa, me alimentó.

Justo en ese instante, el alma, que había mantenido en vilo, regresó a mi

cuerpo, y pude volver a tomar aire para respirar. Sin embargo, el alivio tan sólo

fue momentáneo, ya que Dimitri siguió hablando sin percatarse de mi zozobra.

—No me dio amor, pero sí principios. No me dio vicios, pero sí oportunidades.

Sin embargo, ya era tarde para mí: era un adicto, a la coca, a Victoria, al sexo sin

ternura… Pero sobre todo, era un volcán, Odette, las noches en abstinencia

sexual, la necesidad de consumir, inhalar, fumar, el deseo de fornicar

completamente hundido en cocaína…

Me fugué. Una y otra vez, volvía a los brazos de ella. Hasta que Alexei, mi

padre, colocó mi drogadicto trasero en un avión y me envió a Rusia, a un centro

de desintoxicación.

—Cada día, durante los tres años que estuve ahí recluido, juré vengarme de

todo el que me hubiese hecho daño… Empezando por el niño poderoso que

lastimó a mi madre… y créeme cuando te digo, Odette, he hecho cosas

horribles,

pero a pesar de ello, estoy orgulloso de haberlas hecho.

No dije nada, necesitaba tiempo para asimilar su historia, Dimitri se mantuvo

en silencio, mirando hacia la ciudad. Inspiró profundamente y luego se giró hasta

descansar su espalda en la ventana. No supe reconocer el sentimiento en su

mirada.

—¿Querías la verdad? —Mantuve mi mirada fija en él—. Esa es la puta verdad,

mi pasado. He puesto las cartas sobre la mesa y te he dado lo que quería. Ahora

yo también quiero cosas. —No hice ningún trato contigo…

Chasqueó su lengua.

—Estás tan equivocada, Odette, tan equivocada. —Caminó hacia la puerta—.

Voy a salir a hablar con tu médico y coordinar tu traslado hasta mi casa.

—Dimitri…

—¡No me retes, Miller!

—Amenazándome no vas a lograr nada de mi parte.

—Intenté hacer las cosas a tu modo—arqueé una ceja—. Lo intenté, Odette. Fui

a tu casa, contesté tus preguntas, ahora jugaremos a mi modo. Cuidaré de ti y de

nuestro hijo, ¿y qué mejor manera de hacerlo que en las comodidades de mi casa?

Sonreí sarcásticamente.

—Tu casa es incluso más pequeña que la mía, Malinov.

—Tú nunca has estado en mi casa. No quiero seguir discutiendo, se harán las cosas como han de hacerse. Si cuando nazca el bebé, tú quieres irte, no te detendré, pero mi hijo es mío. —Eso es ruin…

—Belleza, yo soy un ser ruin, soy mezquino, egoísta, cruel.. No voy a volver a pedirte que te cases conmigo… por ahora, pero, vivirás en mi casa. —Abrió la puerta—. Te recomiendo contarle a tus amigas quién es el padre de la criatura que está en tu vientre, será lo mejor para todos. —Su voz fue suave pero firme, no daba opción a replica; y aunque aún me atemorizaba, luego de su historia, había comprendido una cosa debajo de todas esas capas de ira, autosuficiencia y misterio, Dimitri Malinov era solo un niño perdido que buscaba desesperadamente el camino para regresar a casa.

De nada valdría intentar pelear, pero si Dimitri Malinov pensaba que con esto me dominaría por completo, estaba muy equivocado.

Capítulo 7

Una vez que Malinov estuvo fuera de la habitación, Allegra y Mía entraron demandando respuestas.

Me limité a contarles “la verdad” que Dimitri le había contado a Mike, que nos habíamos conocido en un congreso y habíamos mantenido contacto en un chat de internet desde hacía tres años atrás mientras él estaba en Londres y que ahora había llegado el momento de estar juntos y estaba esperando su bebé.

Sentía que estaba entrando en una dimensión desconocida mientras las chicas escuchaban las mentiras que salían de mi boca, no obstante, al final parecía que habían decido creerme.

Todo estaba saliendo según sus planes, incluso aunque no lo quisiera.

¿En qué momento había decidido jugar el juego de Dimitri Malinov?

Estaba enterrándome cada vez más y, en el proceso, me estaba perdiendo a mí misma. ¿Qué había pasado con la chica que tenía ganas de comerse el mundo?

¿Qué tenía Dimitri Malinov que me atraía y me asustaba?

Él tenía razón en algo, yo no lo conocía; y por su terrible historia, no sabía qué era capaz de hacer. Cuando el doctor de turno me dio de alta, no pude hacer más que colocar mi mejor sonrisa mientras me dejaba guiar hacia el auto color plata, aparcado en el sótano del hospital. Allegra y Mía insistieron en acompañarnos

a

casa; y aunque Dimitri no se opuso, la rigidez de su cuerpo y su dura mirada fueron suficientes para tener mi corazón latiendo a mil por hora.

Durante el trayecto a la casa de Malinov, no pude evitar quedarme dormida, a pesar de que Mía y Allegra llevaban una conversación animada en la parte trasera del auto.

Desperté cuando sentí el auto aparcarse, solo para encontrarme con una imponente casa de dos plantas, adornada con dos grandes pinos en entrada.

Dimitri se bajó del coche sin mirarme o explicarme nada.

—¿Dónde estamos? —pregunté en un susurro cuando él me abrió la puerta del auto.

—Te dije que vivirías conmigo y esta es mi casa —dijo calmadamente—. Tus cosas están en tu habitación, el gato se quedó en la habitación del lavado.

—Dimitri abrió la puerta de las chicas y plantó en su cara una sonrisa—. Bienvenidas, chicas. Siéntanse como en casa.

A pesar de lo atónitas que estaban Allegra y Mía, lo siguieron y pudieron comprobar que se comportaba como un novio enamorado y un perfecto anfitrión.

La casa de Malinov estaba ubicada en Staten Island y por dentro era exactamente igual que por fuera, lujosa, elegante, ostentosa y muy impersonal.

Parecía que él nunca hubiese vivido en este lugar. Paredes en color blanco y muebles contemporáneos de colores oscuros y varios cuadros pintados a mano que podían costar hasta el triple de mi casa en Jersey. Pasamos directamente a la sala donde un hombre se presentó como George, tomó su abrigo y envió a la empleada a servir refrescos y canapés para todos.

Malinov se mostró atento, estuvo pendiente de cada movimiento, era la personificación del "novio perfecto".

Después de una hora de charla, estaba exhausta, y no solo físicamente, los músculos de la boca los tenía tensionados de tanto fingir que sonreía mientras que los dedos me dolían por la leve presión que Malinov ejercía sobre mi mano.

Cuando el reloj marcó las 17:00, Mía y Allegra se levantaron del sofá.

El momento de la despedida había llegado Y sentía como si tuviese una piedra en el estómago. Amaba el ruido de mi departamento y si tenía que vivir aquí extrañaría a Mía y Allegra, que últimamente vivía más con Mía que en su casa en

Manhattan.

—Odi…—Mía fue la primera en abrazarme y Dimitri soltó mi mano para poder

devolverle el abrazo—. Te vamos a extrañar en el edificio— Allegra se unió a nuestro abrazo.

—¡No tienen que irse! —Las palabras salieron de mí mucho antes de procesarlas, no quería quedarme sola con él en esta casa y los nervios ante mi nueva realidad florecían desde mis entrañas. Una vez que las chicas se fueran, yo me quedaría en su territorio.

—¡¿Qué?! —gritaron todos al unísono, forcé mi mejor sonrisa y me acerqué a Malinov.

—Cariño, esta casa es muy grande, y las chicas y yo siempre hemos vivido juntas, ellas podrían mudarse acá y vivir con nosotros al menos hasta que nazca el bebé. —El rostro de Dimitri estaba tenso. Aun así, me dio una media sonrisa.

Ahora todo estaba de su parte. O su fachada de novio perfecto se caía o aceptaba a mis amigas en su casa.

Por unos minutos, todo fue en silencio. Dimitri dio un respiro profundo antes de acariciar mi mejilla.

—Si no les molesta compartir una habitación, no veo problema alguno —murmuró entre dientes. Mía y Allegra se observaron un momento antes de correr a mis brazos, emocionadas. Si bien Allegra podía vivir en su casa, la tensa relación con su padre la obligaba a pasar mucho más tiempo en casa de Mía.

Me separé de las chicas para, como una novia enamorada, abrazar a Malinov.

—Jaque Mate…

—Me las pagarás muy caro, Odette —dijo en mi oído mientras me daba un apretado abrazo—. ¿Quieres guerra?… Guerra tendrás.

—Gracias, profesor —dijo Mía abrazando a Dimitri por unos momentos, una vez me separe de él. Allegra solo extendió su mano dándole un ligero apretón.

—No tienen que agradecerme a mí. —Pasó su brazo por mis hombros, atrayéndome hacia su costado—. Le harán compañía a Odette cuando tenga que ausentarme, y bueno, ya que vivirán aquí dejemos solo el "profesor" para cuando estemos en clase. —Les dio una sonrisa derrite bragas—. Hablando de eso, creo que debo pedirles discreción en la universidad, nadie debe enterarse de mi relación con Odi, o que alguna de ustedes tres está viviendo en mi casa.

—Por supuesto, profe… Dimitri —corrigió Mía.

—En cuanto a tu padre —miró a Allegra—. Es Senador, me imagino que…

—Solo tengo que decirle que viviré con Odette, la conoce hace tiempo. Sé que va a investigarlo, pero mi padre no hará nada en su contra, tengo demasiadas cartas contra él.

Me pregunté internamente qué era eso tan grande que Alle sabía sobre su

padre, un comodín que le permitía vivir la vida a su antojo.

El sonido de su celular repicando cortó cualquier cosa que iba a decir.—¿Me

disculpan un segundo? —Se dirigió hacia las chicas—. Cuiden de ella.
—Ambas le

dirigieron sonrisas avergonzadas. Él tomó mi rostro con sus manos, no pude

evitar tomar sus muñecas con las mías—. Recuerda lo que dijo el doctor, no te

exaltes y, por favor, ve a la habitación. Le diré a George que te diga cuál es.

—Besó mi frente de manera reverencial. Por un momento, hubiese podido
creer

que el hombre frente a mí de verdad estaba enamorado de mí. Escuché un

suspiro por parte de las chicas y él se alejó luciendo avergonzado mientras su

teléfono volvía a sonar—. Están en su casa, señoritas.

Contestó la llamada mientras salía del salón.

—¡Dios! ¿Quién iba a imaginar que detrás de esa seriedad y esa sonrisa sexy
se

escondía ese hombre enamorado? —dijo Mía en un suspiro.

—No creo que esté enamorado. —Allegra era muy perspicaz—. ¿Recuerdas

cuando Odi se desmayó en clases?

—Pues estaba actuando, sabes lo que pasaría en la universidad si se enterasen,

mínimo lo van a correr.

Sonreí

—Bueno, cuéntanos el chiste —miré a Allegra, que me observaba desafiante.

—Dimitri es benefactor en la universidad, es socio del GEA. . —Las chicas

callaron un par de segundos, unos segundos muy tensos.

—Da igual, lo único que me importa es que desde hoy… ¡No más renta!

Mía se dejó caer en el sofá y, después de ese comentario, la conversación fluyó

por temas relacionados a la mudanza.

Despedí a las chicas cuando el sol ya se ocultaba. Pensaba dar un pequeño

recorrido por los jardines traseros cuando George apareció frente a mí dándome

un susto de muerte.

—Perdón, señora. —Inclinó su cabeza—. El señor Malinov me ha dicho que

debo mostrarle su habitación. Sígame.

—¿Dónde está Dimitri? —acaricié a bichito mientras seguía al… ¿mayordomo?

—El señor está en el estudio, en una videollamada con los encargados del GEA

en Londres. Me dijo que se reuniría con usted para la hora de la cena. —Mientras

caminábamos, pude ver que la segunda planta de la casa contaba con muchas

habitaciones. ¿Por qué Dimitri había ofrecido una sola habitación a las chicas? —.

Su habitación está en el ala izquierda.

—¿Quién se queda en la derecha? —pregunté curiosa.

—La casa tiene seis habitaciones, tres en el ala derecha y tres en la izquierda;

el ala izquierda es para invitados, los amigos del señor. El señor Collins y el

señor Brown comparten una pero ahora están de viaje; y el señor DÁngelo viene

solo una vez al año. Del lado izquierdo, solo está la del señor, el resto de las

habitaciones están desocupadas.. Por aquí. —Abrió la última puerta del pasillo y

me dejó entrar primero.

Era enorme, todo mi departamento podía caber aquí dentro: tenía ventanales

de techo a suelo, pintado de blanco con una pequeña antesala, y luego una cama

tamaño King. Había un televisor sobre una mesa en color wengué, un sofá y un

par de puertas. George corrió las cortinas al tiempo que una chica con uniforme

de servicio salía por una de ellas.

—El agua está lista, señor Jones. —Él asintió y luego me mostró el camino hacia

lo que imagino era el baño.

—Ella es Sara, es la hija de Susan, la cocinera. El closet está conectado a la

habitación y el baño por esa puerta; sus cosas ya están ubicadas ahí. En la repisa,

hay toallas y en las gavetas todo lo que necesite para su aseo. Si necesita algo,

hay un teléfono que comunica con la cocina.

—Gracias —respondí parcamente mientras el señor se retiraba de la habitación. Necesitaba estar sola, necesitaba asimilar todo, esta era mi nueva vida. Tenía que ser fuerte, por mí y por bichito.

Me desnudé completamente y no supe por cuánto tiempo estuve en la tina, pero el agua empezó a enfriarse y a mi bebé no pareció gustarle mucho. Tomé dos toallas del estante: una para cubrir mi cuerpo y la otra para secar mi cabello.

Estaba agotada física y mentalmente y algo en mi interior me decía que estaba siendo una tonta, que podía irme de aquí lejos. Estaba segura de que Mike me entendería, que me protegería si él intentaba hacer algo en mi contra, pero me había enredado en las mentiras de Dimitri y nada me mataría más que ver la decepción reflejada en el rostro de mi hermano.

Tenía cinco meses para intentar salvarme, solo había que esperar a que ese hombre bajara sus defensas.

Salí del baño encontrando a Dimitri sentado en la cama; tenía un vaso con lo que parecía ser whisky y removía el hielo con sus dedos. De nuevo, parecía como si cargara el mundo a sus espaldas. Alzó su mirada encontrándose con la mía y se levantó de la cama llegando hasta mí.

—Eres tan hermosa, Miller —acarició mi mejilla y mi cuerpo entero vibró al contacto de su piel.

—Deja de fingir —espeté, pasando a su lado y caminando hacia la otra puerta en la habitación. No confiaba en las reacciones de mi cuerpo con él tan cerca, ya había caído una vez, no deseaba brindarle una nueva oportunidad. — ¿Qué hace tu ropa en mi closet?

Dimitri bebió el contenido de su vaso en un solo trago.

—Invitaste a tus amigas a vivir con nosotros. —Fue hasta la antesala y se sirvió otro trago—. Se supone que estamos enamorados, ¿no pretenderás dormir en una habitación tú sola y que yo duerma en otra? ¿Verdad? Fuiste tú la que me pidió que fingiese ser tu novio… ¿Recuerdas?

—Sí, lo esperaba —repliqué rotunda.

—¡Qué lástima! Puedes decir jaque, Odette, pero ten por seguro que siempre tendré un movimiento. Y créeme, jugaré.

—Las chicas no se mudan hasta mañana.

—No quiero dormir solo esta noche. —Colocó el vaso sobre la mesa y se sentó sobre el sofá cruzando sus piernas—. Faltan unas semanas para que comiences las clases, he hablado con el doctor Mancini y le he enviado tu historia

clínica, ya

que el doctor Robinson ha recomendado reposo.

Entré de nuevo al closet y tomé una de las camisas que Mike había olvidado en

casa y unos pantalones para dormir largos… nada provocativos.

Odiaba usar sostén para dormir, además que empezaban a quedarme

pequeños. Aun así, terminé colocándome uno de los más cómodos.

—He contratado un chofer porque no quiero que conduzcas, así que él te

llevará a la universidad y te traerá de regreso a casa. — Salí del closet y me apoyé

en la puerta esperando a ver qué más se le ocurría al maestro del universo.

—Tengo prácticas en el hospital, el doctor Tatcher me espera ¿o es que lo no

recuerdas?

—Tus prácticas están suspendidas por lo menos un mes con el doctor —rio

irónico—. Tatcher, no hará nada en tu contra. —Se llevó el vaso a los labios—. Si

sabe lo que le conviene… —dijo en un susurro.

—¡Lo amenazaste! —grité.

—Solo tuvimos una pequeña charla y le dije que no irías las siguientes

semanas a las prácticas.

—¡No puedes hacer eso! —caminé hacia él.

—Oh, sí que puedo, soy el jefe de tu querido tutor. Soy el padre de tu hijo.

Créeme que sí puedo. Ya está hecho. Odette, ¿qué parte de reposo no entendiste?

Cuando te digo que no sucederá nada es porque sé que Tatcher te aceptará de

nuevo como su "Aprendiz". —Se levantó de la silla y caminó hacia mí—. ¿Algo

más, bebé?

—Ferb no puede quedarse en el cuarto de lavados, es un gato hogareño, se

morirá de tristeza. Ya lo he dejado bastante abandonado desde que tú apareciste

en mi vida.

—No pretenderás que le dé una habitación —sonrió de medio lado.

—Pues hay muchas vacías…

—No le daré una habitación de esta planta al gato, Odette, pero si te hace

sentir mejor puede quedarse en una de las de servicio.

—No esperes que te lo agradezca…

—No lo espero, me daré un baño y luego bajaremos a cenar —ordenó. Nuestras

miradas batallaron por lo menos un minuto, pero debía ser franca, aquella

sonrisa ladeada que tenía en ese instante era terriblemente perjudicial para mi

libido, alborotado por las hormonas.

Dimitri conseguía desconcertarme al máximo y aturdirme a puntos

inimaginables. Inclinó un poco su cabeza mirándome con su sonrisa depravada,

pero yo debía ser fuerte y no mostrarle lo que esa sonrisa causaba a mis bragas,

así que, en actitud infantil, le mostré el dedo del medio con altanería, mientras

salía de la habitación.

Estaba absolutamente perdida.

La cena pasaba "*sin ton ni son*". Dimitri comía callado y yo estaba

extremadamente feliz de que no abriera su bocota, más que para llevar el

tenedor hasta ella. Elevé mi mirada del plato rebosante de pastas cortas en salsa

de cuatro quesos que se encontraba frente a mí, y observé al hermoso ejemplar

masculino sentado al otro lado de la mesa: su cabello aún se encontraba húmedo

y estaba vestido con ropa de deportes, llevaba una camisa, que se pegaba a los

músculos de su pecho como una segunda piel, mientras dejaba sus bíceps

descubiertos.

Demonios, era doloroso el solo verle allí, con esa expresión ecuánime y seria.

Alzó la vista encontrándose con mi escudriñadora mirada y bebió de su copa de

vino antes de hablar.

—Come. —Llevó el tenedor a su boca y masticó lentamente.

—Ya comí la mitad, es suficiente. —Limpié mi boca con la servilleta y aparté el

plato, satisfecha con lo consumido. La comida estaba deliciosa, pero no me

apetecía más.

Dimitri se levantó de su silla y caminó hacia mí. Tomé mi jugo natural y bebí

un pequeño sorbo, mientras lo veía sacar la silla a mi lado y correr mi plato hacia

él.

Tomó mi tenedor y picó un poco de la pasta en mi plato antes de dirigirlo

hacia mí.

—¿Qué crees que haces? —Pregunté mientras esquivaba el utensilio lleno de

comida.

—Te doy de comer —Me dio su sonrisa torcida—. ¿Es que acaso no es lo

suficientemente evidente?

—Dije que no quiero más, estoy satisfecha. —Di un manotazo al tenedor.

Dimitri colocó el tenedor sobre el plato y agarró mi mano izquierda, que

estaba sobre la mesa—: Debes alimentarte mejor, no quiero que ni tú, ni mi hijo

estén bajos de peso.

Bufé alto y tomé el tenedor con disgusto.

Esto era el colmo, sencillamente increíble. Jamás pensé encontrarme en esta

situación tan extraña.

Una vez llevé el tenedor a mi boca, Dimitri se levantó de mi lado, volviendo a su lugar, tomé dos cucharadas más antes de levantarme de la silla y subir a mi habitación.

Como las noches pasadas, hablé con Mike, que prometió venir pronto. Lo había llamado desde el hospital informándole mi estado de salud y lo persuadí de no dejar a Ashley sola. Apliqué mis cremas y mantuve una charla frente al espejo con Bichito. Dimitri me observaba desde la puerta, pero lo ignoré lo mejor que pude.

Me moví hacia la cama y tomé el control del televisor, obviando su escrutinio. Era un halcón vigilando a su presa.

—¿Se te ha perdido algo?

Él sonrió.

Odiaba y amaba su sonrisa al mismo tiempo.

—Iré al gimnasio en el piso de abajo, si me necesitas presiona el número cuatro. —Cerró la puerta dejándome sola. Encendí el televisor y me distraje con una vieja película de Jackie Chan.

Estaba comenzando a dormirme cuando sentí a Malinov entrar a la cama, olía

a espuma de afeitar y gel de baño. Cada uno de mis vellos se colocaron de punta

cuando me atrajo, pegando mi espalda a su pecho. Ronroneó como un gatito

inhalando en mi cuello y deslizó su mano en mi vientre.

—Buenas noches, Miller. —Podía patear, gritar y hacer una completa

escena, pero al final, sabía que él ganaría, así que no lo intenté. En cambio, quité

su mano de mi vientre y me separé de él, colocando almohadas entre ambos.

Dimitri se giró, quedando boca arriba, riendo histéricamente.

—¿Es en serio? —No contesté—. Odette, Odette, eres incluso más infantil de lo

que pensé. Primero me toca darte de comer y ahora esto —resopló—. No te voy a

tocar, pero antes de que puedas siquiera pensarlo, tú vendrás a mí… Buenas

noches, *mi amor* —replicó con sorna.

Me quedé despierta un rato más, mientras escuchaba el sonido de su

respiración, un pequeño silbido salía de él, ya que, tenía el tabique desviado,

pero no era molesto.. Poco a poco, caí en la inconsciencia

Un mes completo transcurrió y empezaba mi semana número veintiuno, las

chicas se habían mudado y su habitación compartida quedaba en el ala derecha.

Sin embargo, esa fue la peor idea que se me hubiese podido ocurrir, Malinov se

había convertido en un completo grano en el trasero, no solo pasaba fingiendo ser el novio más enamorado y el padre más responsable, se había empecinado en tratarme como una niña de seis años, y eso era algo que me irritaba, me sacaba de casillas su comportamiento protector tan innecesario. En ocasiones, tenía ganas de arrancarle cada cabello y hacer vudú con él.

Había despertado con un muy buen humor ya que tenía cita con el doctor Mancini. Quizás con un poco de suerte, Bichito dejaría que el doctor viese su sexo. Además, después de hoy, por fin podría volver al hospital. Había empezado las clases hacía unas semanas, tal como Dimitri lo había ordenado. Joshua era la persona encargada de trasportarme hasta la universidad y luego traerme de regreso a casa, donde pasaba el rato con las chicas, o leyendo.

Bajé las escaleras con calma, a pesar de estar famélica. Hacía un par de semanas que despertaba más hambrienta de lo normal y con extraños antojos que, a pesar de todo, Dimitri cumplía a cabalidad: helado de pistacho a las tres de la mañana, pizza con piña y aceitunas negras de desayuno, pepinillos en salsa de ajo a media noche, tomates secos… y la lista de antojos seguía.

Había subido de peso considerablemente, y aunque sabía que no era lo ideal,

no podía evitar escudarme en la excusa de que comía por dos.

Había llamado a Susan, la cocinera de Dimitri, antes de bajar, así que cuando llegué a la mesa todo lo que había pedido estaba servido frente a la atónita mirada de mi demonio de ojos zafiros.

«Dije ¿mí? Sin duda alguna el hambre hacía decir cosas raras».

Destapé mi plato y la boca se me hizo agua al ver la perfecta tortilla de huevos. Le esparcí dulce de leche, mermelada y queso parmesano. Enrollé la tortilla y me dispuse a preparar la segunda.

Me serví jugo de naranja y miré a los ojos a Dimitri, que no quitaba la vista de mi suculento desayuno.

—¿Cómo puedes comer eso? —fingió arcadas—. Es repugnante.

—Es comida —respondí llevando a la boca mi primer, bocado gimiendo en el proceso.

—No va a ser comida cuando te haga doblarte en el toilette, espero que no dañe a mi bebé. —Bebió de su taza de café y desdobló el periódico.

—Muestrow —dije con la boca llena, era una de las cosas que él detestaba y yo

vivía para hacerlo rabiar—. ¿Dównde estánw Mía y Alle…? —Me ignoró, tragué y

me limpié la boca con la servilleta—.

Te hice una pregunta…

—Traga antes de hablar…Deberías comer algo realmente nutritivo. —Me miró

por encima del periódico.

Nadie dijo nada más mientras desayunábamos. Dimitri terminó de leer su

periódico y se levantó de la mesa, abrochando su saco. Pasé un nudo por mi

garganta cuando lo vi frente a mí, mis hormonas estaban completamente

desaforadas. Verlo todos los días ir al gimnasio o salir del baño con poca ropa

era una prueba para mi deseo sexual, y no ayudaba mucho el dormir con él. Era

cada vez más difícil meterme a la cama sabiendo que él llegaría en algún

momento de la noche y se acostaría a mi lado. Aún mantenía mi barricada de

almohadas –aunque amaneciera sobre su pecho–. Sabía que estaba llegando a mi

punto de quiebre, pero solo entender que al final le daría la razón me hacía

detenerme.

—Mía y Allegra tenían algo que hacer y se han ido con Joshua, así que te

llevaré hasta la universidad y él te recogerá para llevarte con Pietro. ¿Recuerdas

que hoy harán el examen que determinará si Bichito tiene alguna anomalía

cromosómica?

—Llevas semanas asustándome con el dichoso examen. Todo saldrá bien.

Bichito estará bien.

—Lo sé, simplemente quiero estar preparado.

—No hay ninguna enfermedad en mi familia. .

—Pues qué mal no poder decir lo mismo de la mía —dijo con ironía —. Voy a subir, debes estar lista cuando baje, tengo una reunión importante en media hora.

Decidí disfrutar de lo que quedaba de mi desayuno. Cuando él empezó a bajar las escaleras, yo apenas iba a subirlas. Me detuvo en la mitad del camino y acarició la palma de mi mano con sus dedos, recorriéndome con su mirada. El calor invadió mi cuerpo y algo en su mirada brilló con picardía mientras su sonrisa se ladeaba. Acercó su rostro al mío y besó con suavidad mi mejilla, mientras acariciaba mi pequeño vientre.

—Te espero en el auto, princesa —murmuró con voz baja, haciendo que cada cabello en mi nuca se erizase ante su cálido aliento. Soltó mi mano y siguió su camino.

Era un maldito monstruo… No se jugaba con las hormonas de una mujer embarazada.

La universidad fue relativamente tranquila, a pesar de los rumores por el nombre del padre de mi bebé; incluso Sarah y su séquito de arpías quisieron averiguar sobre quién había sido el hombre que me había dejado embarazada.

Dimitri me ignoraba en clases, había elegido a Mía como su monitor, y cuando la

somnolencia era superior a mí, ella tomaba mis apuntes o me prestaba los suyos,

una vez llegábamos a casa.

Casa, con Mía y Allegra allí, podía decir que era mi hogar. No sabía qué me

deparaba en el futuro, Dimitri era dominante, manipulador y mezquino, pero

este último mes, me había demostrado que adoraba a bichito y esperaba que esa

adoración le hiciera pensar en lo mejor para nuestro hijo.

Me encontré con Joshua y Allegra en el estacionamiento del campus cuando

terminé mi última clase. Alle había insistido que el quinto mes era el indicado

para empezar las clases de Yoga, por lo que estábamos tomando clases tres

veces por semana. Había una sesión para madres primerizas a las que ella me

acompañaba. Mientras Josh conducía, Allegra hablaba de su padre, de la próxima

conferencia a la que estaba obligada asistir y de lo horrible que era su vida.

—¿Por qué te quejas tanto? — dije completamente irritada. Entendía a Allegra,

pero ¡Dios! Estaba cansada.

—¿Qué?

—Te quejas demasiado, Allegra. Plántate frente a tu padre y

dile que no quieres ser más un maniquí. Te saliste de su casa para que te dejara de dominar. Pero aún dice salta y tú preguntas ¿qué tan alto?

—Sabes que cortará mis tarjetas de crédito y aún me faltan dos años para poder acceder a mi finiquito.

—No te entiendo, tienes más dinero aparte de tu finiquito, vives con Dimitri y él no nos pide dinero para nada. Eres una sometida por convicción, dices tener el secreto más grande de tu padre, pero simplemente creo que te deja ser —resoplé—. Tú y solo tú tienes el poder de hacer lo que quieras, Allegra.

—¿Tal y cómo tú lo estás haciendo? —bufó cruzándose de brazos.

—Esto no se trata de mí…

—Lo que sea, no sé por qué no creo que mueras de amor por el profesor, te he visto cómo eres alrededor de él… cómo él parece dominarte con una sola mirada.

—Estás imaginando cosas, no quiero discutir contigo, solo te digo que tú tienes la llave de tu futuro. —Josh aparcó el auto y me bajé de él, dejando una enfurruñada Allegra detrás.

Ronaldo, el instructor de Yoga, era un espécimen como pocos: alto, moreno y musculoso; de origen brasileño y cabello negro con pequeñas iluminaciones en color rosa, que sería la perfecta pareja para Fernando, si no estuviera tan

enamorado del cobarde de Nick.

—Para la próxima semana, es fundamental que los papitos vengan a clase

—dijo mientras colocaba la música de fondo. Me pregunté internamente si Fer

accedería a venir conmigo.

Tan pronto como terminamos, Allegra me dio un gran abrazo diciéndome que

Gus la esperaba fuera para llevarla a hablar con su padre. Me despedí de ella y

dejé que Joshua me llevase hasta el consultorio del doctor Mancini.

Dimitri me esperaba apoyado en su coche, una vez Joshua se detuvo en la

consulta. Solo fue salir del coche para notar que estaba mucho más serio que de

costumbre y noté que tenía la camisa remangada y un apósito circular estaba

pegado en su brazo derecho como si hubiese estado viendo algún doctor.

«¿Estará enfermo?» .

—Tendrás que acompañarme a la próxima clase. —Le informé mientras

caminábamos. No me contestó. Y decidí no decir más nada.

El doctor Mancini me recibió con un gran abrazo y me invitó a subir a su

camilla. Mientras me cambiaba de ropa, pude escuchar que hablaba con Dimitri,

pero no entendía mucho sobre la conversación, solo sabía que hablaban de un

niño… Un niño enfermo.

—Lista para el examen cromosómico. —Temblé ligeramente—.

Solo será un pequeño piquete.

Asentí.

—Tranquila, pequeña. —Me susurró el doctor—. Te diré lo que haremos,

primero voy a ubicar a tu bebé para el examen, y una vez haya extraído la

muestra que necesito, procederemos a investigar el sexo del bebé. ¿Por qué no

me cuentas qué tal van las clases de Yoga? —Di una mirada a Dimitri y él solo se

encogió de hombros—. Ven acá, muchacho, dale apoyo moral a tu chica —dijo en

su hermoso acento.

Dimitri apretó mi mano de manera reconfortante. Con su mano libre, quitó el

flequillo de mi frente, haciendo que mi mirada se enfocase en él, en la simetría de

sus labios, sus pómulos perfectos… incluso, la pequeña desviación de su tabique

era sexy.

Sentí el piquete cuando Pietro introdujo la aguja en mí, respiré

profundamente, manteniendo mis nervios a raya. Bichito se removió inquieto en

mi interior y una lágrima escapó de mi ojo izquierdo. Cerré los ojos y sentí como

los labios de Dimitri acariciaban la piel de mi frente, mientras murmuraba

palabras suaves y amorosas.

A pesar de que nuestra relación no era convencional, me vi apoyándome en él mientras apretaba su mano fuertemente y apretaba los ojos hasta sentir cómo el doctor Mancini empezaba a mover la sonda en mi vientre.

—Ojos en la pantalla, muchachos. Quizá, con un poco de suerte, su inquilino les deje saber de qué color tienen que pintar su habitación.

Enfoqué mi mirada en la pantalla, ahí estaba mi Bichito. Mi pequeño alienígena tenía sus piernas cruzadas mientras chupaba de su dedo. Abrió su otra mano y la movió como si nos saludara. Mis ojos automáticamente se anegaron en lágrimas. Alcé la mirada para ver a Malinov, sus ojos azules estaban húmedos, pero seguía tan serio como cuando habíamos llegado.

—Su peso está estable, doscientos ochenta y cinco gramos, y mide unos

veintisiete centímetros, chicos.

Vi a mi bebé dar una voltereta en mi vientre, su corazón latía mucho más

rápido y pude observar cómo sus deditos estaban formaditos.

—¿Puede ver el sexo, doctor Mancini?—pregunté emocionada de ver

completamente formado a mi bebé.

—¿Chico, puedes ayudarme? —Tendió el transductor a Dimitri—. Yo

presionaré de este lado y tú deslizarás el otro. —Malinov asintió y el doctor

Mancini presionó la parte alta de mi abdomen al tiempo que Dimitri deslizaba el

transductor en la parte inferior.

Bichito se sobresaltó al tiempo que abría sus piernitas.

—Es un niño… —susurró Dimitri con voz rota.

Capítulo 8

Lo siguiente que pasó fue muy rápido y solo reaccioné cuando sentí los tibios

labios de Dimitri Malinov moviéndose contra los míos mientras yo respondía ese

beso igual de efusiva.

—Sí, señor, es un niño —dijo el doctor Mancini, mientras Dimitri separaba

nuestros labios.

—Gracias. —Beso—. Gracias… te amo, Odette Miller. —No me dio tiempo de

reaccionar, volvió a unir nuestros labios y solo se separó de mí cuando Pietro carraspeó.

—Enhorabuena, chicos, pintura azul y automóviles.

Sonreí, había llamado Bichito a mi bebé desde que había tomado conciencia que sería madre, pero nunca me había puesto a pensar que tal vez hubiese podido ser una “ella”

Pietro limpió mi vientre y, esta vez, nos entregó un CD de la ecografía en 3D.

Dimitri llevaba una sonrisa radiante y no podía decir nada, pues estaba igual, tan eufórica que no me resistí cuando entrelazó sus dedos con los míos mientras caminábamos hacia el estacionamiento.

Mientras íbamos en el auto, llamó y canceló sus citas pendientes. Yo hice una videollamada con Mía y Allegra para contarles las buenas nuevas. Mía agregó a Fer a nuestra llamada, quien se vio bastante desilusionado por no tener una nena. Igual, yo estaba pletórica.

—¿Dónde vamos? —pregunté cuando vi que no tomaba la ruta habitual.

—Quiero hacer algo y luego tú y yo —Agarró mi barbilla con delicadeza, aprovechando un semáforo en rojo—, iremos a celebrar que tendremos un lindo niño.

Sonreí, olvidando todo lo que nos rodeaba en el momento, tendríamos un bebé y lo adorábamos.

Fuimos a una tienda de bebés en la que Dimitri prácticamente enloqueció. Tomó en cuenta mis opiniones y mantuvo mi mano entre la suya mientras veíamos cunas y cochecitos.

Luego, fuimos a cenar a un restaurante italiano. No supe bien a qué hora llegamos a casa, ya que, en algún lugar mientras regresábamos, me dormí.

Desperté con la luna en lo más alto del cielo. Quería ver a Ferb, contarle que tendría un hermanito y que pronto nos iríamos a casa. Bajé las escaleras con cuidado, quería pasar primero por la cocina por un bocadillo, pero ver a Allegra y Mía mirando hacia el estudio de Dimitri me hizo acercarme tan sigilosamente como pudiera.

—¿Qué sucede? —susurré haciéndolas sobresaltarse.

—¡Casi nos matas del susto! — Mía me dio un pequeño empujón.

—¿No les da vergüenza? Están escuchando conversaciones ajenas. —Ellas tuvieron la decencia de fingir estar avergonzadas. —Tu sexy prometido está ahí… con tres modelos de Calvin Klein. —Allegra dio brinquitos en su puesto, como si el espíritu de Mía se estuviese apoderado de su cuerpo.

—¿Quién eres tú y dónde está la Allegra sensata?

—Se fue detrás del chico del trasero comestible que entró con el profe a ese estudio; aunque he de reconocer que uno de ellos me causó escalofrío.

—respondió con ligereza.

Escuchamos pasos y nos alejamos de la puerta justo cuando Dimitri la abría.

Entrecerró sus ojos en mi dirección y luego miró a las chicas.

—¿Qué diablos están haciendo las tres paradas ahí?

—No me mires a mí, iba por un bocadillo. —Lo último que necesitaba era invocar su ira, habíamos tenido un buen día hoy.

Dimitri negó con su cabeza.

—Pasen y las presentaré… —Nos dejó seguir y, para vergüenza de las chicas, nos dimos cuenta que la casa de Dimitri tenía un circuito cerrado de cámaras de

video y justo había una en el pasillo, lo que significaba que él era plenamente consciente de que ellas estaban cuchicheando en su puerta.

Disfruté mucho viendo sus expresiones mortificadas.

Dimitri me atrajo a su costado y besó mi sien mientras acariciaba mi abdomen curvado.

—¿Dormiste bien, preciosa? —Su mirada nunca había sido tan clara para mí, estaba feliz… corrijo, lo que irradiaban esos ojos claros era euforia.

—Así que esta es la chica. —Alcé la mirada para encontrarme con un chico de

cabellos castaños y ojos negros, era alto de cuerpo fibroso, vestía un jean azul y

un jersey color piel—. Soy Andrew Brown, y aquel que está allá —otro chico de

pelo rubio estaba sentado en el sofá—, es Dante Collins.

Dante se levantó del sofá y caminó hacia mí. Extendí la mano en un gesto de

cortesía y la besó delicadamente.

—El gusto es mío. ¿Cómo una chica tan guapa pudo fijarse en este? —golpeó a

Dimitri en su hombro.

—Ni creas, esta es mi mujer. ¿Ves esto? —Dimitri palmeó mi vientre—. Mi niño,

así que mantente alejado de ella y de Stephan.

—¿Stephan?

—Es un lindo nombre, lo discutiremos después.

—¿Ahora discutes las cosas? —Había un hombre de espaldas a nosotros—. Odio

esta maldita ciudad. —Bebió de su vaso. — *lAmore è un disgustoso, si ormeggiare e*

ti rende un'idiota[4].

—DÁngelo, mueve tu trasero y ven a conocer a mi chica. —El hombre se giró

alzando una ceja al verme, haciéndome sentir inferior a él. Podía ver que era más

arrogante que Malinov, e incluso más sombrío. Su cabello estaba cortado al estilo

militar; tenía los ojos irritados y una mirada que decía que había que

mantenerse alejada de él. Bichito pareció sentirlo ya que se movió en mi interior.

Cuando el hombre avanzó dos pasos en mi dirección, quise esconderme en el

costado de Dimitri.

—La estás asustando, cabrón, y está embarazada… —El hombre sonrió, su

sonrisa era incluso más cruel que la de Malinov cuando se lo proponía.

—Alessandro DÁngelo. —Extendió su mano hacia mí. Su acento italiano era

profundo y marcado, a pesar de su perfecto inglés. Colocó el vaso que bebía en el

escritorio de Dimitri y se giró hacia él—. Necesito a tu chofer, ya sabes dónde

estaré.

—Joshua está afuera esperando por ti, hermano… No seas

muy cruel con la chica. —La sonrisa lobuna iluminó el rictus sádico en su

rostro.

—Cruel es mi segundo nombre, Malinov. —Caminó hacia la salida y se detuvo

frente a mis amigas—. Señoritas. —Había olvidado completamente que mis

amigas estaban también aquí y Dimitri hizo las presentaciones

correspondientes, mientras que yo miraba la espalda erguida del tercer amigo

de Malinov, había algo en él… que me asustaba… Me asustaba mucho.

Sara, la hija de Susan, entró para informarnos que la cena iba a ser servida.

Los chicos dominaron la conversación en la cena y Mía y Allegra estaban

embobadas con ellos, parecían colegialas en lugar de estudiantes de último años

de medicina.

—¿Viajan mucho? —Allegra miró con ojitos de borrego a Andrew.

—Cuando nos necesitan —murmuró él, mientas masticaba.

—Participamos en una fundación llamada Techos, en asociación con la

empresa de Alessandro, hacemos casas para los más necesitados en países como

Uruguay, Colombia, Nicaragua, Perú… —contestó Dante.

—Aunque esta vez estábamos en Londres, ayudando a Dimitri.

Miré a Malinov, su mirada estaba completamente en blanco.

—Dante y Andrew te ayudarán a decorar la habitación de Stephan. —Cortó un

pedazo de carne y la masticó lentamente.

—Dijiste que lo discutiríamos… —Miré a Dimitri comer tranquilamente.

—El nombre me gusta.

—A mí, no tanto —repliqué.

—¿Has pensado en algo en particular? —Andrew intentó cambiar el tema.

—Animales —contesté, cortando mi carne

—Coches —rebatió Dimitri después de beber de su copa.

—Serán animales. —Lo reté a que me dijera algo diferente, obvio lo hizo.

—Es un niño, lo lógico es que sean coches.

—Eso es un poco machista, serán animales.

—¿Acuáticos o terrestres? —Empezaba a gustarme Andrew.

—¿Discutiremos también eso? —Dimitri clavó su mirada en mí.

—Animales selváticos. Animados… para niños. —Volví a retarlo, lo que fuese a

decir Dimitri, sería anulado por su amigo.

—Podemos hacer el nombre Stephan en un yeso cartón… —Dante interrumpió

ambos chicos intentaban mantener la paz en la mesa.

—No se llamará Stephan, es algo que aún no discutimos, y eso sí que lo

discutiremos, no pienso llamar a mi hijo con un nombre que no me agrade.

—Porque mejor no nos cuentan qué hacían en Londres. —Mía cambio el tema

completamente y Andrew y Dante se vieron aliviados, empezando a narrar lo

que habían hecho por la Fundación que el GEA lideraba en Londres.

Una vez terminé la cena, me disculpé encaminándome hacia la habitación;

había hecho suficiente vida social para un día. Me coloqué un pijama cómodo y

encendí el televisor para ver el nuevo capítulo de *Game Of Thrones*. La puerta se

abrió y Dimitri entró rápidamente.

—Nunca vuelvas a retarme delante de mis invitados —dijo entre dientes mientras desabrochaba los botones de su camisa.

—Nunca tomes decisiones sobre este bebé tú solo… Este es mi bebé.

—Quiero que se llame Stephan.

—Y porque tú quieras, ¿se supone que yo debo aceptar?

—Entonces, según tú, ¿cómo debería llamarse? —Sacó su camisa, dejando su pecho desnudo. Me levanté de la cama completamente irritada y caminé hacia el baño—. Te he hecho una maldita pregunta, odio que me dejes hablando solo. —A través del espejo, me recreé con lo marcado de sus pectorales y su duro *Sixpack*, hasta perderme en la *uve* que llegaba hasta su entrepierna.

Maldito y sensual hombre.

—¿Qué es lo que realmente te molesta? —Deslizó sus brazos por mi cintura hasta rodear mi vientre. Podía sentir su erección pegada a mi espalda baja; sus dedos acariciaron piel subiendo lentamente hasta abarcar las copas de mi sujetador—. Hemos tenido un buen día hoy, nena, pensé que las peleas infantiles ya habían pasado entre nosotros. —Acarició mi pezón con sus dedos índice y pulgar, haciéndome gemir. Él me mostró una de sus sonrisas engreídas

haciendo

que la cordura volviera a mí.

Di un empujón con mi codo y él se alejó, salí del baño antes de cometer una

locura como tirármele encima y demandar que me hiciera suya.

—Odette, no quiero discutir, solo dime qué puto nombre tenías pensado.

—Quitó sus zapatos con sus pies y caminó hacia mí—. Supongo que, si estás

armando todo este drama, es porque has pensado algún otro.

—Declan… —No había dicho el nombre desde hacía mucho tiempo, así que, el

recuerdo de su sonrisa hizo que mis ojos se llenasen de lágrimas. Bajé la mirada

de Dimitri.

¡Malditas hormonas!

Pasaba de estar lujuriosa a estar deprimida.

Sus dedos tocaron mi barbilla, elevando mi mirada hacia la suya.

—Mi padre se llamaba Declan.

—Mi madre Stephanie… Hagamos un trato, que te parece si lo llamamos

Declan Stephan, Declan Stephan Malinov Miller. —Saboreó el nombre—. Me

gusta.

Lo deseaba, lo deseaba como nunca antes había deseado a alguien..

No dije nada, porque algo en mi interior estaba retumbando con fuerza.

Dimitri había perdido a su madre siendo muy niño y yo había perdido a mi padre

también, era algo que teníamos en común, llamar a nuestro bebé de esa manera

era mantener a nuestros padres vivos. Me fui a la cama y tomé el control de la

televisión, Dimitri negó con la cabeza antes de desabrocharse los pantalones.

Mordí mi labio con fuerza cuando me di cuenta que no tenía ropa interior.

Como si supiera mi pelea interna, se metió a la cama completamente desnudo.

—Nunca usas bóxers. —De hecho, no lo había visto usar unos desde que había

llegado a esta casa.

—No, asfixian ahí abajo. —Tomó el libro que llevaba días leyendo y buscó sus

gafas antes de abrirlo y empezar a leer. Los minutos pasaban lentamente y ver a

Khal Drogo follar a *Daenerys* no ayudaba a mi causa, estaba completamente

excitada. Declan se movía inquieto en mi interior. Así que tomé una larga

respiración, intentando mantener mi atención en la televisión, pero era difícil

sabiendo que él estaba desnudo bajo las sábanas.

Varios minutos después de una escena intensa de sexo entre los protagonistas

de la serie, mis bragas estaban completamente húmedas, y mis pezones, erectos.

Necesitaba sacarlo de la habitación lo más pronto posible antes de suplicarle que

tuviéramos sexo.

—Quiero helado de limón con leche condensada y fresas con chocolate —dije rápidamente, sin mirarlo.

Él me observó unos segundos.

—¿Puedes ir al supermercado y buscarme eso? —Quitó sus gafas y cerró el libro.

—Mandé traer esta mañana. —Su sonrisa socarrona y sexy mandó un relampagueo directo a mi vientre bajo—. Voy a la cocina. —Se levantó, tomando su bata. Esperé que saliera para ir al baño, me quité mi pijama y abrí la ducha, metiéndome bajo el agua sin graduar la temperatura y maldiciendo internamente cuando el agua fría cayó sobre mi cuerpo. En otra ocasión, hubiese podido masturbarme, pero sabía que no tenía suficiente tiempo. Me negaba a ceder, pero sabía que estaba a punto de hacerlo.

Salí del baño, encontrando dos tazones de mi lado en la mesa de noche, uno con helado y el otro con fresas. Dimitri estaba en su lugar leyendo su libro. Cuando me subí a la cama, él cerró el libro y me observó por unos minutos.

—Estoy aquí. —Acarició mi mano—. Estoy aquí para cumplir cada uno de tus deseos, tus antojos… Lo que necesites, Odette. —Pasé la cucharada de helado,

que me llevé rápidamente a la boca.

—Gracias…

—¿Te importa si pongo alguna película? —Le entregué el control y él se levantó

–nuevamente desnudo– y buscó entre la pila de DVD hasta colocar una. Mi

centro se contrajo, todo mi ser gritó que me dejara guiar por mis instintos. Tomé

más helado y me dediqué a ver la película de *Adam Sandler* que Dimitri había

escogido.

Terminé mi helado y compartí las fresas y el chocolate con él, riéndonos por

las tonterías que salían en la pantalla.

Era un espectáculo verlo solo reír, reír. No su cartilla de sonrisas sarcásticas,

crueles, moja bragas, ladeadas, solo su risa.

De un momento a otro, su mirada se fijó en mi rostro.

—¿Qué?

—Tienes chocolate aquí. —Pasó su dedo por la comisura de mi boca,

llevándoselo a su boca.

Tragué el nudo en mi garganta; esa era la jodida cosa más sensual que yo

había visto en todos mis años de vida.

Mi respiración se hizo más pesada y sus ojos mostraron la lujuria que muy

seguramente tenían los míos. El mundo dejó de existir para mí cuando sus

labios

se apoderaron de los míos, marcándome con cada suave y delicada caricia.

Succionó con posesión mi labio inferior, haciéndome jadear por unos instantes.

El beso rápidamente se volvió demandante fuerte… mis manos se movían

solas. Por un momento, quise resistirme. ¡Al diablo! ¡Yo quería esto!

Cuando estaba con él, era como si perdiera control de mi voluntad y solo

hiciera lo que las manos de Dimitri y sus labios querían hacer conmigo.

—¿Puedo tocarte, Odette? —Me pidió con voz ronca y tortuosa, parecía querer

acariciar mis sentidos con aquel tono atractivo como todo él —. Déjame tocarte,

por favor —suplicó y asentí rendida y extasiada por la manera en que me hacía

sentir su trato.

Me recostó sobre las colchas, sus manos moviéndose por mis costados hasta

dejarme tan desnuda como él; las mías, tocando cada trozo de piel que podían

alcanzar. Toqué con las yemas de mis dedos su nuca, acariciando el punto en su

cuello que lo hizo gemir de placer.

Había hecho el amor con este hombre dos veces, sin embargo, no sabía cómo o

dónde tocarlo.

—Eres hermosa, tan hermosa que me quedo sin aliento de solo verte. —Besó

mi cuello y la piel entre mis pechos mientras acariciaba mis pezones oscurecidos

por el embarazo.

La sangre se concentró en mi entrepierna, mi clítoris palpitaba muy fuerte;

todo lo que necesitaba era correrme. Él llevó un pezón a su boca y succionó

lentamente, haciéndome maldecir.

Lo miré acariciando su cabello, alentándolo a que fuera un poco más rudo ahí

donde mi cuerpo lo aclamaba. Sus ojos estaban oscuros, el deseo recorriéndonos

lentamente.

—Dimmm…

—Allá voy, nena, déjame disfrutarlo. Estoy tan jodidamente loco, enamorado

de ti. —Abrió mis piernas con sus rodillas y llevó el glande de su pene hasta mi

entrada. —Los amo a ambos. —acarició mis húmedos pliegues con su miembro—.

Me matas, bebé.

—¡Dimitri! —grité desaforada mientras abría las piernas, dándole mejor acceso

a mí. ¡Dios! Lo necesitaba y mucho.

—¿Quieres esto, Odette? —preguntó—. No habrá escapatoria después de esto,

princesa —volvió a decirme—. No más peleas estúpidas, no más alejamientos,

quiero que seas mía. Quiero que me ames, Odette. Quiero que juntos cuidemos a

Declan. Me entregaré a ti completamente y tú serás mi dueña, mi princesa, mi

vida entera, mi diosa… —Esas palabras enviaron miles de corrientes eléctricas a

mi ya doloroso centro—. Responde, por favor, me estoy quemando vivo aquí.

—Escuchar su voz, casi irreconocible, lujuriosa y desesperada, era simplemente

excitante.

Asentí mientras él volvía a unir nuestros labios, esta vez más suave que la

anterior.

—Sube sobre mí y déjame entrar a mi hogar. —Nos giró rápidamente para que

yo quedara sobre su cuerpo, tomé el tallo de su pene con mi mano y lo introduje

en mí.

—¡Demonios! —dijimos a unísono. Flexioné mis rodillas para poder tomar

impulso y empecé a montarlo suavemente, rotando mis caderas en círculos de

manera lenta.

—No juegues, Odette, o no podré detenerme. —Seguí tentándolo hasta que él

se sentó en la cama tomándome de la cintura, unió sus labios con los míos y me

sujetó, tomando el control. Embistió mi cuerpo, contundente, sin llegar a ser muy

rudo. Salió de mí, estableciendo él, un ritmo lento, acariciando mis costados,

haciendo que toda yo fuese barro en sus manos.

Me escuché a mí misma pedir más, más de él, más placer, más… Gemí cuando

su boca volvió a entretenerse con mis sensibles pezones, sus manos buscando mi

clítoris, tentándolo suavemente.

—¡Joder, qué bueno! —gemí al sentir cómo mi orgasmo amenazaba con

llevarme a la cima del precipicio. Dimitri arremetía sus caderas contra las mías,

creando un sonido exquisito con cada embestida, yo estaba lejos, en algún lugar

de esta habitación.

—Te amo —dijo él mientras embestía—. Te amo tanto, Odette Miller. Contigo

vuelvo a ser ese loco y explosivo adolecente que fui, pero esto… cuando estamos

unidos, es mejor. Mucho mejor. Tú eres mi perdición, mi niña hermosa. Tú y solo

tú… Vente conmigo, nena, por favor.

Jadeé sintiendo la bola tensarse en mi vientre, agrandarse cada vez más. Le

bastaron dos embestidas para que todo mi cuerpo explotara junto a él.

Nos quedamos sin movernos unos minutos, solo escuchan-

do nuestros corazones acelerados y nuestra agitada respiración.

Dimitri se dejó caer en la cama, de inmediato su brazo me atrajo hacia él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó después de un rato, la habitación se había sumido en un absoluto silencio y sus manos acariciaban la piel de mi trasero.

—Estoy bien. —Di un beso en su pecho izquierdo y él respiró profundo, dando un beso en mi cabeza. No me molestaba estar así con Malinov y, últimamente, estaba tan distinto que… Moví mi cabeza, sacando esos pensamientos. Yo no amaba a Dimitri. Tampoco lo odiaba, éramos dos adultos e íbamos a tener un bebé, eso no era amor, aunque él lo afirmara. Y esto que acababa de pasar, tampoco.

Sin embargo, sus “te amo” resonaron en mi cabeza fuertemente.

Levanté mi rostro, encontrándome con sus ojos, ahora mucho más claros que minutos atrás y no pude evitar el suspiro que salió de mi interior. ¿Qué tenía este hombre que lograba volverme completamente loca?

Sus iris expresaban adoración, ternura y toda clase de emociones intimidantes, que me hacían sentir insegura de mí misma. Me hacían sentir en peligro, incluso más que cuando se sumergía en sus ataques incontrolados de ira.

—¿En qué piensas? —Sus dedos acariciaron el contorno de mi rostro. Negué

acariciando su mejilla y él besó la palma de mi mano—. Te amo. Nunca me cansaré de decirlo. Eres la mujer de mi vida, todo lo que siempre he deseado. —Unió nuevamente nuestros labios con ternura, respondí a su beso de manera autómata. Esas palabras habían calado mi corazón y en ese momento estaba muy confundida.

Me dio otro beso corto y luego se levantó en dirección al baño. Mi vida había cambiado drásticamente en los últimos meses y no deseaba hacerla más complicada. Sin embargo, Dimitri Malinov estaba, poco a poco, metiéndose en mi corazón.

Capítulo 9

Mientras descansaba sobre su pecho, solo podía pensar en lo que había ocurrido.

Una vez más había caído.

Era una jodida masoquista ...

Se había dormido luego de volver del baño con una toalla empapada de agua tibia, abrió mis piernas y limpió nuestros fluidos antes de llevarla de vuelta al baño. Su respiración era acompasada y lenta. Quizás, en otras circunstancias, yo también estaría dormida; pero mi mente estaba inquieta, me había entregado a él sin importar que me hubiese obligado a venir a su casa, de que casi pierdo a

Bichito por su culpa.

Pensar eso me hizo sentir como una cualquiera.. ¿En eso me estaba convirtiendo, en una puta?

No en una puta cualquiera, sino en la puta de un hombre que me había intimidado cada vez que nos habíamos visto.

El solo pensamiento me hacía querer llorar; podía culpar totalmente a mis hormonas por haber sido débil pero no así era, Malinov era sexy, atractivo y me envolvía de totalmente cuando decía tres o cuatro palabras bonitas.

Tenía que levantar mis defensas nuevamente. No podía fiarme de él, de sus palabras, de sus mentiras… Yo escogí este camino al ser cobarde. Por no querer a defraudar a Mike, ahora debía vivir con las consecuencias.

Dimitri acarició mi espalda desnuda, estaba dormido aún, pero sus dedos acariciaban mi columna lentamente. Cerré los ojos, recordando su mirada, cristalina cuando nos volvimos uno, la forma en que tocó cada pedazo de piel a su alcance mientras me hacía suya… Había sido diferente a aquella vez en mi departamento.

«¿Y si era cierto? ¿Si de verdad me amaba?» .

Me bajé de su pecho, rodando sobre mi costado. Podría usar sus palabras en

su contra, sus “te amo” a mi favor. Si era cierto, si en verdad Dimitri me amaba,

yo tenía una ventaja sobre él.

Quizá elevar mis muros no era la mejor opción.

Malinov se giró, recostando mi espalda a su pecho, deslizando sus manos por mi cintura, hasta dejar la palma abierta sobre vientre.

Era pensarlo o hacerlo… y en el momento en que mi nombre abandono su boca de manera reverencial, decidí que tenía que intentarlo, así que, en vez de alejarlo y hacer mi barricada de almohadas, dejé que mi espalda se recargara aún más en su pecho y entrelacé sus dedos con los míos, sintiendo el beso húmedo que dejaba en mi cuello mientras se acurrucaba más contra mi cuerpo, si es que eso era posible.

Cansada, y con una nueva actitud, me dejé arrastrar hasta la inconsciencia.

Jadeé removiéndome, presa de las sensaciones, mientras mis piernas eran levantadas, seguida rápidamente de un ritmo controlando un patrón de succión, lamida y mordiscos suaves.

Un gemido ronco abandono mi pecho, mientras Dimitri invadía mi intimidad con sus labios y lengua. Exhalé y me aferré a su cabello, golpeando el cabecero de

la cama cuando sus dedos entraron a ser parte de la ecuación. Boca, lengua,

sexo… era tortura, placer, una cantidad de sensaciones que estallaban justo en mi vientre bajo.

—¡Dimitri! —Mi voz se escuchó entrecortada—. Por favor… —imploré, abriendo los ojos en medio de una nebulosa de placer. Alcé la cabeza de la almohada, observando el cabello negro del hombre entre mis piernas; estas yacían sobre sus hombros mientras lamía mi clítoris con ímpetu. —¡Basta! —intenté parar la tortura, pero él se aferró a mis caderas por un par de minutos, hasta levantar su mirada hacia mí. La lujuria se escurría en sus orbes azules, su mano se separó de mi cadera acariciando mi piel hasta cerrarse en mi pecho, apretándolo levemente, mientras sus dedos acariciaban mi pezón y tiraban de él.

—No juegues… —Lo amonesté cuando succionó mi capullo de nervios con deleite—. Por favor, por favor.

—¿Qué quieres, princesa? —Lamió los pliegues de mi sexo. — ¿Más rápido? ¿Quizás, más lento?

—Hazme acabar…

—Tus deseos son órdenes. —Su voz gutural erizó mi piel por completo. Introdujo sus dedos, bombeando de manera rápida. Mi cuerpo comenzó a temblar a medida que su lengua se adentraba más en mi interior. Estaba presa,

sumida en lo que él me hacía sentir, el espiral del placer contrayéndose en mi interior. Apreté las sabanas bajó mis manos, sintiendo como mi cuerpo se elevaba hasta explotar en pequeñas partículas al viento.

Cerré los ojos mientras mis latidos se normalizaban, con las piernas hechas gelatina y el cuerpo temblando ante las sensaciones que me embargaban.

—Buenos días. —Dimitri me besó, impregnándome con mi esencia. Deslizó su lengua entre sus labios con picardía antes de recostarse a mi lado.

Era hora de comenzar.

—Buenos días. —Me levanté sobre mi codo, besándolo con intensidad. Mi cabello cayó, creando una cortina, ocultándonos incluso de la claridad que empezaba a filtrarse en el ventanal lateral. Dejé que mis manos vagaran por la piel de su pecho hasta llegar a su erecto miembro.

—No es necesario, pequeña. —Quitó mi cabello y volvió a besarme de manera

lenta al tiempo que retiraba mi mano de su miembro.

—¿Estás seguro? —Incluso soné deseosa.

—Estoy satisfecho… por ahora. —Me guiñó un ojo, dejándome caer a su lado.

Yo sí que estaba completamente satisfecha, incluso una pequeña sonrisa adornaba mi rostro. Declan se movió en mi interior y tomé la mano de Malinov,

colocándola en el lugar mientras llevé mi otra mano a mis labios diciéndole

que

hiciera silencio.

Esperé que mi hijo volviera a moverse, mientras Dimitri imitaba mi posición a medio lado, ambos expectantes. Le tomó menos de un minuto al bebé patear la mano que presionaba mi piel.

—Es muy activo por las mañanas —sonreí, porque más de una vez el movimiento me hacía despertar sobre saltada.

—Sabe que mami tuvo un buen despertar. —Pasó su mano por el lugar donde una vez estuvo mi cintura, uniéndome más a él—. ¿Cierto que sí? —Mordisqueó mi labio inferior y yo aparté el cabello de su frente. Si alguien nos hubiera visto en ese momento, pensaría que éramos simplemente dos amantes enamorados—. Lo sé, está algo largo. Pasaré por donde mi barbero al salir del trabajo. —Besó mis manos, mis dedos, mientras se cernía sobre mí, formulando una pregunta sin palabras.

Asentí lentamente, dándole el permiso que él solicitaba para adentrarse en mi interior.

—¿Dimitri? —Susurré mientras acariciaba su pecho. Habíamos llegado juntos al orgasmo hacía unos minutos atrás. Desde ahí, la habitación se había sumido en

silencio.

—Dime…

Me levanté, mirándolo de frente.

—Tengo muchas preguntas y necesito respuestas. —Él cerró los ojos,

intentando alejarse. Tomé su barbilla, haciendo que me mirara directamente —.

Quiero intentarlo, de verdad. Quiero poder corresponderte, pero para eso

necesito sinceridad. Faltan menos de cuatro meses para que Declan llegue a este

mundo, y quiero conocer a su padre en todos los sentidos. —Intenté que mi voz

fuese suave, aunque en mi interior mi inconsciente me gritaba que era una

mentirosa.

Me observó por unos segundos antes de dar un profundo y prolongado

respiro.

—¿Preguntas? —Su ceño se frunció y cerró los ojos unos instantes—. ¿En

plural? —Asentí—. ¿Qué más quieres saber, pequeña? Te he contado todo lo que

has querido.

—Sabes perfectamente que no es así.

—Sí, lo es. —Pasó sus brazos por mi cintura—. Anda, aprovecha que estoy de

buen humor. ¿Qué quieres saber?

Me dieron ganas de golpearle las pelotas.

«¿Aprovecha que estoy de buen humor? ¡¿Que se creía?!» .

—¿Por qué no te asombraste cuando te dije del embarazo? — Su nariz volvió a

moverse y no pude evitar que se me escapase una pequeña sonrisa, lo hacía igual

a *Samanta y Tábata* de *Hechizada.*

—Digamos que lo presentía.

—Imagino que lo presentías ya que "odias el látex"—dije, tratando que mi voz

sonara lo más parecido a su voz.

—No siempre, hay ocasiones en donde verdaderamente es necesario.

—¿Y conmigo no lo era?

—No, te deseaba más que a mi vida y conocía tu historial clínico, bebé

—puntualizó, pagado de sí mismo.

—Tú sí, yo no.

—Me hago analíticas regulares, dono sangre con frecuencia y tenía muchos

meses sin intimar con nadie. —Un movimiento en mi vientre lo hizo sonreír—.

¡Ohm! Tú también estás feliz de que no lo haya usado, ¿cierto? —dijo tocando el

lugar donde muy seguramente Declan estaba alojado. A cambio, recibió una

patada.

«¡Dios, serán Iguales!».

—¿Eso es un sí o un no? —dijo Malinov, volviendo a tocar mi vientre. Me percaté de que, a pesar de lo incómodo de la situación, yo no me sentía para nada incómoda—. ¿Eso es todo? —Me preguntó.

—No. —Hice énfasis en la "o"—. ¿De quién es esta casa?

—Mía.

—Entonces, ¿eres más rico que *Bill Gates*? —pregunté en broma.

—Digamos que Alexei me dejó una buena cantidad de dinero. Con el tiempo, lo

he multiplicado y, además, el donante de esperma ha estado engrosando mi cuenta mientras pide mi perdón.

—¿Qué quieres decir con que está engrosando tu cuenta? ¿Te está pasando una manutención tardía?

—No más preguntas por hoy, Odette. Debes descansar. — Rodeé los ojos al escucharlo.

—Pero…

—Tengo reunión con la junta directiva del GEA, apenas son las seis de la mañana, puedes dormir un rato más.

—Dimitri, tú dijiste…

—Después —sentenció.

—Pero, tú…

—¡Maldición, Odette! —Se levantó de la cama completamente enojado—. Sabes

cómo arruinar una puta buena mañana. —Caminó hasta el closet y cerró la

puerta rápidamente. No pasó mucho antes de escuchar la regadera.

¡Joder!

Paciencia… me susurré mentalmente, sintiendo a mi hijo en mi interior.

—Tú debes elegir de lado de quién estarás, si de él o del mío, Declan —dije,

dando una pequeña palmadita en mi vientre. Me levanté de la cama y busqué mi

pijama, tomé una camiseta de Dimitri y la pasé por mi cuerpo.

Ser inteligente era la clave.

Cuando salió del baño, tenía una taza de su café colombiano y me veía

realmente arrepentida, o al menos eso pensaba.

Tomó el café sin decirme nada y salió de la habitación.

«¡Genial, Odette Mackenzie, un paso adelante, cinco para atrás!».

Me dije mentalmente que esperaría hasta la noche para hacerle más

preguntas. Sin embargo, él no llegó esa noche… Tampoco vino la siguiente, solo

Dante y Andrew estuvieron en la casa. Cuando pregunté por él, los chicos se

limitaron a decirme que arreglaba asuntos pendientes y volvería cuando todo

estuviera terminado, ellos habían pasado la mayoría del tiempo en el terreno

de

la parte trasera de la mansión, donde iban a construir dos casas idénticas,

parecían entusiasmados y habían contagiado a Mía y a Allegra al punto que mis

amigas pasaban todo el tiempo observándolos lanzar órdenes a los obreros en

los predios a la construcción.

La semana pasó rápidamente sin presencia de Dimitri o su amigo italiano.

Sabía que estaba en casa porque veía a Joshua llegar muy entrada la noche y

escuchaba la puerta de su habitación cerrarse. Sí, era una cotilla. En mi defensa,

debo decir que el hombre me intrigaba. No tenía ni idea de cómo se veían las

auras de las personas, pero estaba segura que la de Alessandro era negra.

Pasaba mis mañanas en la universidad; habían elegido a un profesor suplente

para dictar las clases de Dimitri y en el hospital nadie sabía de él. El doctor

Tatcher pasaba pocos días en el hospital –se rumoraba que su hijo enfermo

estaba cada vez peor–, pero cuando estaba era como una máquina: atendía a los

pacientes rápidamente y de manera lacónica; su apariencia física también había

cambiado, había bajado un par de kilos y siempre se veía como si estuviese muy

cansado. Lucía una barba desarreglada y grandes círculos oscuros bajo sus ojos

azules; aun así, seguía con mi tutoría, nunca se refería a mi embarazo. Sin embargo, el hombre elegante, al cual admiraba, desaparecía frente mis ojos a pesar de seguir siendo el mejor en su campo.

Era sábado en la tarde y la casa estaba completamente sola, sin noticias de Dimitri y con las chicas sirviendo de guardaespaldas de Andrew y Dante. Estaba solo con Declan y la servidumbre.

—¿Desea algo más, señora? —preguntó George, dejando mi batido de fresas al lado de la mesa. Había pasado gran parte del día en la biblioteca de Dimitri con uno de sus libros de obstetricia.

—¿Alguna noticia del señor? —bajé mi libro, esperando su reacción.

—El señor vendrá cuando lo crea conveniente. Si no necesita nada mas de mí…

—Hice una seña con mi mano para que se fuera. Esa había sido su respuesta los últimos tres días. Llevé el libro que leía hasta el estante y tomé uno sobre cardiología infantil.

Ferb se subió en mis piernas tan pronto volví al sillón. ¿Han escuchado la frase, *cuando el gato no está el ratón hace fiesta*? Pues se aplicaba completamente a Ferb, había dejado el cuarto de servicio y ahora podía vérsele

en la planta baja de la casa como el rey y señor de los sofás.

La puerta se abrió, Mía y Allegra llegaron cargadas de bolsas, sentándose en el

sofá frente a mí. Tomé el batido que George me había servido, llevando la pajilla

a mis labios.

—Dilo. —Allegra se apresuró a Mía, que parecía contenerse de contar el chisme

del año…

—¡Le trajimos regalitos a Bichito! —Abrió una de las bolsas y

sacó dos cajas, desenvolviendo dos conjuntitos de bebé.

Eran divinos… pero estaba molesta.

—¿No piensas decirnos nada? —Allegra alzó una de sus cejas en mi dirección.

Acaricié a Ferb y coloqué mi vaso sobre la mesa.

—¿Gracias?

—Tu actitud es infantil.

—Lo dice una mala amiga…

—Odi…lamentamos dejarte sola hoy, pero fuimos con los chicos a correr

—declaró Mía, sentándose en el brazo de mi sofá y acariciando el lomo de Ferb.

—¿Tú, a correr? —dije incrédula. Mía no corría ni aunque de eso dependiera su

vida, ella simplemente había nacido con un metabolismo envidiable.

—Pues, aunque no lo creas, fue así —replicó Allegra—. Y después fuimos de

compras, ellos necesitaban algunas cosas para las nuevas casas y con eso de que

Dimitri ya formó una familia, ahora necesitan espacio.

—Y nos han invitado a salir… ¿hace cuánto que no vamos a bailar?

Después de mi última salida, tenía pocas ganas de ir a alguna parte.

—Chicas, vayan y diviértanse, yo no tengo ganas de ir a un pub. Además, no sé

qué tan perjudicial sería para Declan, pero podemos ir arriba y me pueden

mostrar esos vestidos que tienen ahí escondidos y con eso las perdonaré por ser

horribles amigas y dejarme sola.

—¡No están escondidos! —dijeron al unísono. Solo sonreí mientras bajaba a

Ferb y salía de la biblioteca con ellas siguiéndome.

—¿Has sabido algo de Dimitri? —preguntó Allegra mientras alisaba su cabello

con la plancha.

—Está de viaje, creo que regresa la próxima semana.—Mentí.

—Dante dice que tiene algunos problemas con la junta directiva del GEA.

Increíble que vivamos en la misma casa que el jefazo. —Mía terminó de aplicarse

el barniz en las uñas de sus pies.

—Querrás decir con el jefazo —puntualizó Allegra. Alisé un mechón de cabello

de Alle y tomé un sorbo de mi segundo batido. Mía dejó el bote de esmalte en el

neceser.

—Deberías darle el sí de una vez, si tú le gustas y él te gusta… —¿Ya le diste el

sí a Dante?

—No se ha propuesto, pero no me quejaría de amanecer mañana en su cama.

—No sabes lo que dices, Mía. —Allegra le dio un manotazo.

—Si lo haces, procura que tenga un preservativo y asegúrate de usarlo.

—Expresé, apagando la plancha, ya que había terminado. Tomé un trozo de tarta

de manzana que George había traído con mi batido.

—Deberías dejar de comer. De aquí a que nazca el bebé, parecerás la hermana

perdida de Úrsula. —Le mostré la lengua.

—La hermana perdida de Úrsula era flaca, la vimos en la Sirenita dos.

—Cierto…

—¿Cuándo piensas decirle que sí a Drew? —Cambié de tema. —Andrew es

bello, pero demasiado pasivo para mí. No tiene ese aire coqueto que tiene Dante.

—Dante es mío… —Mía señaló a Allegra con el peine—. Además, para no

ser

latino, se nota que sabe mover el bote —dijo haciendo alusión a *el rey Julien.* [5]

—Solo espero que Andrew lo sepa mover también. —Alle desconectó la

plancha y la colocó sobre el tocador del cuarto que compartía con Mía.

—Si me disculpan, mi hijo tiene hambre. Los vestidos están divinos. Esos

hombres se mueren por ustedes. Les deseo una linda noche…

Dos horas después de que las chicas se fueran, la casa se sentía en calma y me

había encerrado en mi habitación viendo un documental de *Discovery Channel*

sobre la lactancia, cuando escuché el motor de un coche apagarse y luego

puertas cerrarse. Me asomé a la ventana, viendo a Joshua salir del auto al tiempo

que Alessandro y Dimitri subían los escalones dirigiéndose hacia la entrada. Salí

de la habitación, escondiéndome detrás de una de las columnas. Rostros serios y

sobrios; caminaban cansados y hastiados. Pensé que quizá Dimitri se dirigiría a

nuestra habitación, pero, en vez de ello, caminó junto a Alessandro hasta llegar a

la habitación que el italiano había estado ocupando desde su llegada.

Me acerqué sigilosamente, la puerta estaba entreabierta por lo que pude ver a

Dimitri sentado en un sillón mientras DÁngelo estaba cerca al bar. Vertió licor

en dos vasos y tendió uno hasta Malinov.

—¿Entonces, te toca quedarte todo un año? —dijo Dimitri, llevando el vaso a sus labios.

—Espero que no, aunque el maldito de Luca ha despilfarrado los fondos de la empresa. Creo que con

una inyección de capital, evitaré que esta sucursal se vaya al demonio. —Estrelló su vaso contra la mesa

de noche.

—Calma, dañar el mobiliario no hará que dejes de odiar la ciudad.

—¿Cómo va todo con tu junta? ¿La perra sigue jodiéndote las pelotas?

—Ivanka puede irse a la mierda, ella sabe que debe dejar de jugar conmigo o lo va a lamentar…

—Ambos chocaron sus vasos—. ¿Ya conseguiste dónde quedarte? Y no es que te esté corriendo de casa, es

solo que Odette...

—Odette. —D'Angelo soltó una sonrisa sarcástica—. ¿Qué diría Renata si se entera de que su alumno

más fiel está siendo dominado por una mujercita?

—Renata sabe que dejé de ser su alumno hace mucho tiempo.

—¿Has olvidado los días de dolor por placer?

—Siempre hay alguien dispuesto a darte placer a través del dolor, DÁngelo, aunque no sea con

sexo…Odette, es especial.

—¿Especial? No sabía que ahora las putas que se embarazaban eran especiales. —Todo sucedió muy

rápido. Dimitri soltó su vaso, agarrando a Alessandro por su chaqueta.

—Mide tus palabras, DÁngelo… —Alessandro miró a Malinov irónicamente y luego se soltó del agarré

de Dimitri, tomando el contenido de su vaso de un trago—. Odette, no es una de las mujerzuelas con las

que sueles tratar.

—No vuelvas a tocarme, Dimitri, o me olvidaré de nuestra amistad.

En cuanto a mis mujerzuelas… Io do loro quello che voglion[o.[6]—] Rellenó su vaso y bebió lentamente—.

Tu mujer estuvo preocupada por ti, ¿ya le contaste lo que estás haciendo? ¿Dejarás de hacerlo por ella?

—Cállate, cabrón. No voy a dejar de hacerlo, el imbécil tiene que pagar.

—La vendetta è un piatto delizi[oso.[7]]

Malinov sonrió.

—Y sabe mejor frío… Me voy a mi habitación. —Se levantó de la cama.

—Dimitri… ¿sigues teniendo tu lugar de destrucción?

—Sótano.

—Necesito a tu chofer. —Dimitri asintió—. Espero no tener que quedarme un año aquí, necesitaría una

esclava y estoy a gusto con la que tengo en Milán.

Mi cuerpo entero tembló ante esa declaración.

—¿Has visto alguna ya?

—No, pero ten por seguro que tendré una al finalizar la noche, si necesito quedarme.

—No seas muy cruel con la chica…

—Quizá consiga una especial como tú —dijo burlón. Dimitri caminó hacia la puerta antes de decir:—Ya

quisieras, cabrón…

Antes de que me fueran a atrapar, caminé hacia mi habitación, metiéndome

bajo las sábanas, fingiendo que veía la televisión.

La puerta de la habitación se abrió y Dimitri entró en silencio,

sin embargo, al verme, sonrió. Fingí sorpresa mientras mi mente se hacía

miles de preguntas. Caminó hacia el closet y luego al baño. Escuché la ducha,

pero no me moví, debía ser inteligente, ir hacia él y mostrarme dócil y

preocupada, pero solo podía pensar: ¿quién era Renata? ¿Por qué Malinov tenía

placer con el dolor? Hablaban sobre una vendetta…Tomé mi celular y traduje la

palabra en Google, Venganza ¿Contra quién? ¿Qué tenía que ver yo en una

venganza?

—Los chicos ya tienen los bocetos para el cuarto de Declan, ¿Odette?

Salí de mi ensoñación. «¿Quién demonios era él?» .

—Dime…

—Estás como ida, te dije que hablé con los chicos y tienen los bocetos para la

habitación del bebé. —Se acostó a mi lado, acariciando mi vientre.

—¿Dónde estuviste, Dimitri?

—Ocupándome de unos asuntos de la fundación. —Se recostó sobre su

espalda—. Lamento si no pude llamarte. Cuando tengo largas horas de reuniones,

prefiero quedarme en el departamento, estoy más cerca de las oficinas del GEA,

y aparte, termino de muy mal humor de esas reuniones, no quería venir y alterar

nuestra tregua. George sabía mi ubicación por si ocurría algo. —No dije nada—.

¿Te molesta si cambio eso?

Negué, aún sin articular una palabra, y la habitación se sumió en silencio.

Se había puesto solo un pantalón como pijama por lo que me acerqué a él,

inhalando el aroma de su gel mentolado de baño. Dimitri acarició mi brazo y yo

dejé un beso húmedo justo en donde sentía el pulso.

—Tengo más preguntas. Si las hago, ¿responderás?

Dio un largo suspiro.

—Nena, ha sido un día largo, estoy realmente cansado.

—Dijiste que aclararías mis inquietudes, lo necesitamos.

Sonrió, una risa fresca y tranquila:

—Te dije que lo haría si estaba de buen humor —dijo, pasándose la mano por el flequillo de su frente.

—Estás de humor, acabas de sonreír. —Señalé la sonrisa engreída en su rostro.

—Ok, empieza a preguntar, pero desde ya te digo que me reservo contestar algunas preguntas.

Me levanté de la cama, ya que esto era algo que debía hacer de pie.

—Bien, tú siempre dices que desde que me viste supiste que sería tuya. Entonces, ¿debo suponer que me investigaste?

—Sí.

—¿Por qué?, digo, ¿me habías visto antes que el día en *Alcatraz?*

—No.

—¿Entonces qué razón tenías para investigarme?

—Sabía de tu existencia por el mosaico que me entregó la universidad. Me impresionaron tus notas y por eso quise saber más de ti, lo de Alcatraz fue una mera casualidad. —Tensó los hombros.

—¿Investigaste a alguien más?

—Solo los que hacían prácticas en el hospital. —Se acomodó, sentándose sobre la cama.

—Eso quiere decir que también lo hiciste con Mía y Allegra —asintió —. ¿Por

qué?

—Pasa a otra pregunta.

Me enfadé cuando él se apropió de mi juego; pero si quería que esto saliera

como esperaba, debía darle sus tiempos. Había optado por hacer una pregunta

que me permitiera ver hasta dónde era capaz de llegar, y otra mucho más simple.

Me fui a la pregunta dos—: ¿Tu color favorito? —Él sonrió sardónicamente.

—Creo que es obvio. —Hizo un ademan con sus manos, mostrando el pantalón

de su pijama, las colchas de la cama y la alfombra del suelo.

Su color favorito era el negro…

—Antes de que preguntes, el negro simboliza frecuentemente ambigüedad.

—Te cae de maravilla —satiricé—. ¿Sabías que también significa oscuridad y

noche?

—Exacto, pequeña. Sigue.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—¿Qué pasó con Alexei Malinov?

—Murió seis años después de mi adopción, tenía cáncer degenerativo en el

páncreas.

—Entiendo.

—¿Lo quisiste? —Era simple curiosidad.

—Simplemente me adoptó, Odette, no era precisamente la

madre Teresa de Calcuta.

—¿Pero fue un buen hombre? —indagué, mirándolo fijamente.

—Para nada. Luego de su muerte, me enteré de que él y mi madre habían

tenido un romance en uno de sus viajes de negocios. Alexei estuvo buscándome

simplemente para heredarme su fortuna.

—Era bueno.

—No, odiaba a su familia y sabía que iba a morir. A pesar de tener a quien

dejar su fortuna, buscó un heredero, y nadie era mejor que el pobre adicto de la

extranjera. Me secuestró, adoptó, me hizo a su imagen, y me lanzó de cabeza a la

guarida de las víboras.

—¿Por qué estudiaste medicina?

—Para poder controlar el infierno. —Se burló—. Soy dueño del cincuenta por

ciento de las acciones del GEA.

Me senté sobre la cama, mirándolo incrédula.

—Bromeas, ¿cierto? —Su mano voló hasta mi cabello colocando un mechón

detrás de mi oreja—. ¡Joder! Sabía que eras accionista del GEA, pero no que tenías la jodida mitad de las acciones del grupo.

—¿Me ves riendo, Miller? —Su celular empezó a sonar y lo vi desviar la llamada mientras lo metía a su pijama de satín negra. Se levantó de la cama y fue hasta el lavabo, yo aún no me reponía del shock.

« *Es asquerosamente rico…*» .

—¿Se te acabaron las preguntas? —Me tendió un vaso con agua, bebí un poco, solo un sorbo. Él se sentó a mi lado y las yemas de sus dedos acariciaron mi espalda.

—¿Por qué yo, Dimitri? Si investigaste a muchas, ¿por qué yo? — Colocó sus manos en sus rodillas antes de levantarse cruzándose de brazos, mientras apoyaba su cadera en el tocador.

—Porque tú estabas marcada para mí, Odette.

—Pero…

—Pregunta, pequeña.

—¿Quién es tu padre?

—Siguiente pregunta…

—Quiero saber.

—Y yo no quiero contestar, pregunta otra cosa o esta sesión de interrogantes

se acaba. —Su mandíbula se tensó visiblemente, junto con todos sus músculos.

—¡No es justo, yo quiero saber si tú…!

—El maldito donador de esperma es un egoísta al que solo le van sus intereses, dio conmigo por azares del destino. Desafortunadamente, tengo el infortunio de parecerme demasiado a él, así que cuando vio mi fotografía en el último artículo del New York Times…

—Quiso saber de ti.

—No, me contactó porque necesitaba de mí, no porque quisiera. Necesidad y amor son dos cosas completamente distintas.

Para él solo era el remedio para salvar su patético trasero.

—No entiendo.

—Es lo mejor, Miller. Ahora cambia de tema de una maldita vez y no me hagas

hablar más de ese ser despreciable.

—¿Cuántas especializaciones tienes?

—Seguramente me googleaste, bebé. Esa es una pregunta estúpida. Pero te responderé: soy Ginecólogo-Obstetra especialista en Fertilidad y tengo un máster en Reproducción Humana.

—¿Por qué llegaste golpeado al hospital cuando yo estuve a punto de…? —Me

calló con una mano.

—Dante —respondió.

—No entiendo.

—Fácil, él me golpeaba o lo hacía yo.

—¿Te dejaste golpear por Dante? —El tipo estaba loco, necesitaba un psiquiatra con urgencia.

—Tengo algunos problemas para manejar la ira y verte con ese completo mari..

—No te atrevas a insultar a Fernando.

—Es lo que es, Odette. —Su voz fue desdeñosa—. Verte bailando con él me llenó de rabia. Dante y Andrew me conocen, o me golpean ellos o yo salgo y busco a quien golpear… Créeme, si no hubiese tenido esa pelea, no hubiese sido tan amable en el hospital. —O sea, ¿debo darte las gracias?

—Conozco buenas maneras, todas en posición horizontal. — Sonrió. Decidí cambiar de pregunta rápidamente, ya luego hablaríamos de los golpes y de su locura.

—¿Vivías en Londres? —Él asintió—. ¿Por qué volviste a New York?

—¿Estaba harto de los ingleses? —Arqueé una ceja—. Simplemente quería alejarme de Ivanka, de los accionistas. En un principio, Alexei presidió la fundación desde aquí. Así que trasladé el manejo de la compañía a este

continente. Soy el Director Administrativo y el accionista mayoritario, eso me deja con la mayoría de votos en las decisiones.

—¿Y tus amigos? ¿Tu vida?

—No tengo amigos, Miller.

—¿Andrew y Dante?

—Son mis hermanos, te conté a cerca de ellos, salvaron mi trasero cuando yo era un niño, así que me vi en el deber de salvarlos cuando tuve los medios. Los busqué durante meses, y una vez los hallé, los reintegré a la sociedad.

—¿Eres cruel con todos o ese afecto especial es solo para mí?

—No soy cruel contigo, Odette. No me conoces. Soy igual con todos. Tomo las decisiones que creo son convenientes y, si no te gusta, lidia con la frustración. No es mi problema, eres tú la que no está de acuerdo. Mi vida, mis reglas. Si no te gustan, te aguantas.

—¿Cuánto tiempo planeas quedarte aquí?

—¿Otra pregunta tonta, nena? ¿Crees que me iría ahora que te tengo a ti y a Declan? —Apretó el puente de su nariz—. Estoy cansado y ya casi es medianoche, así que te responderé una pregunta más.

—¿Cuántas mujeres han sido parte de tu vida?

—¿Celosa?

Resoplé.

—Te hablé acerca una mujer en el pasado.

—¿Cuánto tiempo estuviste con ella?

—No responderé a esa pregunta. —Su voz retumbó por cada pared de la habitación a tal punto de hacerme encoger un poco, a la vez que me llenaba de valor.

—¿Por qué no? ¿Por qué cuando pregunto algo grande, algo que tiene que ver directamente sobre tu vida, eludes la pregunta? ¿Por qué no me hablas de Victoria, o de Renata? —dije llegando hasta él y parándome en frente, diciéndole

que su mirada ni sus gritos me intimidaban.

—Porque no me da la jodida gana de responderte. —Ahí estaba nuevamente el Dimitri Malinov intimidante, el que hacia lo que le daba la gana y cuando se le daba la gana. Él lo había dicho: su vida, sus reglas—. Es mejor acostarnos y dormir. —Pasó a mi lado y tomé su brazo con decisión. Su mirada de acero taladró mi cuerpo mientras el suyo se tensionaba notoriamente—. Suéltame, Odette. —Su voz era de hierro, estaba asustada, pero el maldito nombre había martillado mi cabeza una y otra vez desde que había salido de la clínica

—Era tu pareja ¿no? —Lo sonsaqué— Pero la golpeabas, la maltratabas bajo el

juego de la dominación, me hablaste de ello en la clínica. ¿Qué eres? ¿Eres un

castigador?, ¿te gusta obtener placer en el dolor?..

—¡Qué demo!… —rugió, tirando de su brazo y tomándome por los hombros—.

¡Estabas escuchando mi maldita conversación con DÁngelo!

—¡No me cambies el tema! ¡Suéltame!

—¡¿Qué tanto escuchaste?!

—Y si escuché, ¿qué?

—¡¿Acaso tus padres no te enseñaron que es de mala educación?! —gritó.

Mis padres… Eso era un golpe bajo, pero no caería en su juego.

—¡¿De quién quieres vengarte?!

—¡Maldita sea, Odette! ¡Cállate!

—¡Responde mis preguntas! ¿Tu venganza es contra ella… contra Victoria? En

el pasado la heriste, la humillaste, la amabas…, dices amarme a mí, ¡lo dijiste! —

grité, presa de un sentimiento que, por muy extraño que pareciera, era similar a

los celos.

—¡Cállate, cállate! —Tapó mi boca con su fuerte mano, empujándome contra la

cama, subiendo sobre mí—. Escúchame muy bien, Odette, porque no pienso

repetir esta mierda: primero, nunca más quiero oír el nombre de esa maldita

mujer en mi casa; segundo, en lo que nos resta de vida, no vuelvas a comparar lo

que siento por ti con lo que alguna vez sentí por ella, esa perra ni siquiera

merece nuestra lástima.

Sentí las lágrimas caer, estaba completamente en shock. Dimitri negó con la

cabeza antes de levantarse de la cama, su expresión iracunda había abandonado

su cuerpo; en sus ojos había desolación, como el despertar después de una

tormenta.

—¡¿Por qué maldita sea, por qué?! ¿Qué diablos ganas con revolver la mierda

que fue mi pasado, Odette? Estoy intentándolo, pensé que tú lo hacías, pero solo

me he estado engañando…

El teléfono en el bolsillo de su pijama empezó a sonar de nuevo, pero él lo

ignoró.

—¿Por qué no puedes intentar vivir con el presente?, ¿por qué no puedes

esforzarte en intentar amarme? ¡No entiendes, Miller! ¡No entiendes! Yo te amo,

maldita sea, pero tú siempre me llevas al borde, me haces querer explotar el

maldito mundo, con tus preguntas, con tus rechazos. Este juego de preguntas es

solo para saber de qué te podías agarrar para librarte de mí —exclamó—, pero

eso no lo voy a permitir, estarás atada a mí hasta que me muera. —Sin más, salió

de la habitación.

Escuché cosas romperse cada vez más lejos. Gemí internamente antes de salir

de la habitación dispuesta a buscar respuestas a las preguntas que aún estaban

en mi cabeza, las que paradójicamente todas conducían hacia la misma mujer:

Victoria. Pero solo escuché el rugir de las ruedas del auto.

Capítulo 10

Me quedé esperando que él volviera, que Alessandro subiera, cualquier maldita

cosa… pero nada sucedió. Subí las piernas a la cama, llevando las rodillas a mi

barbilla sin maltratar mi vientre y me permití llorar por los confusos

sentimientos que Dimitri Malinov despertaba en mí.

Estuve en una especie de trance no sé por cuánto tiempo, hasta que escuché la

puerta de la entrada cerrarse fuertemente y la voz de las chicas mientras subían

las escaleras.

—¡Odette! ¡Odi!

—¡¿Pero qué demonios pasó aquí?! —exclamó Dante o ¿Andrew?

La puerta de la recámara se abrió y mis amigas entraron como dos torbellinos.

—¿Estás bien? —Mía se sentó a mi lado atrayéndome a sus brazos.

—¿Te hicieron daño? Hay que llamar a la policía… —La vi sacar su celular y empezar a marcar los números, pero Andrew le quitó el aparato cortando la llamada.

—Fue él verdad. —Me miró fijamente y no pude hacer más que solo asentir—.

¡Demonios! —Pasó las manos por sus cabellos.

—¿Qué quieres decir con fue él? —Allegra colocó las manos en sus caderas mirándolo desafiante.

—¿Quieres decir que el profesor Malinov lo hizo? —Mía seguía acariciando mi

espalda, pero estaba atenta a los chicos—. ¡Hablen!

—¿Lo llevaste al límite no, Odette?

—Yo solo…—Mi voz se quebró—. Solo quería saber.

—Hacía mucho tiempo que no veíamos tal desastre en esta casa —murmulló Andrew.

—No desde que lo encontró —contestó Dante—. ¿Sabes dónde puede estar?

—¡¿Pero qué no la ves?! —Estalló Allegra—. Si te hizo daño, te juro…

—No me hizo daño —aclaré rápidamente, al menos no había sido un daño físico.

—Nunca lo haría, llevas lo más preciado en su vida —señaló Dante.

Me levanté de la cama y froté mis brazos lentamente, antes de enfocar mi

mirada en los dos chicos.

—Necesito hablar con ustedes dos —miré a las chicas—. Déjennos a solas.

—Estás loca si piensas que te dejaremos sola. —Mía se levantó tras de mí, apoyando lo dicho por Allegra.

Por la mirada fulminante de mi amiga, me di cuenta que no sería tarea fácil, pero necesitaba esto.

—Necesito que vayan a su habitación por unos minutos, después puedes venir y desatar el infierno, Allegra. —Mi voz salió un poco más dura de lo que esperaba—. ¿Mía? —Mi amiga asintió, tomando a Allegra de la mano.

—Si necesitas algo, solo grita. —Ambos chicos alzaron sus manos en señal de que nada pasaría.

Una vez la puerta estuvo cerrada, y quedamos solos, fue Dante el que habló:

—Antes que nada, nos gustas, Odette. Hacía mucho tiempo que Dim no sonreía de verdad y eso lo logró después de conocerte, pero es un hombre vengativo, rencoroso, y eso no lo vas a cambiar ni tú ni el bebé.

—Y, además, aunque te apreciamos —Andrew caminó hacia mí sentándose en la cama—, nuestra lealtad siempre será con él. Puedes hacer todas las preguntas

que quieras, pero solo contestaremos las que creamos que debamos contestar.

«¡Dios los crea, y ellos se juntan!».

Respiré profundamente antes de preguntar:

—¿Quién es Dimitri Malinov?

—Eso puedes encontrarlo en Google —Dante se recostó sobre la puerta, pareciendo relajado, pero podía ver su mentón y bíceps completamente en tensión.

—No quiero saber lo que me dice Google.

—Sabes que esa es una pregunta tonta —Andrew tomó mi mano tirando suavemente de ella para que me sentara a su lado—. Mira, cuando conocimos a

Dimitri él ya estaba jodido

—Drew…—Fue una simple palabra, pero tenía el tono justo

de advertencia.

Andrew hizo un ademán con sus manos antes de continuar.

—Mucha gente le hizo daño, mucha gente intenta hacerle daño ahora, siempre está en la punta de un precipicio, pero no todas las veces deja que el infierno lo

gobierne. Puede parecer un maldito hijo de puta, pero no es un mal hombre.

—Y te ama —bufé—. Tiene una extraña manera de demostrar amor, es posesivo, controlador y dominante. Siempre y cuando no te muestres como una fierecilla e intentes bajar tus muros alrededor de él, verás cómo cambian las cosas.

—¿Victoria…? —Ambos se miraron completamente rígidos, parecían hablar a

través de la mirada debatiendo si debían contestar o no mi pregunta.

—Victoria es una víbora, una mujer venenosa. Le hizo mucho daño… Nos hizo mucho daño.

—¿Ivanka…? —El nombre salió sin siquiera pensarlo.

—Esa es una bruja —Andrew se levantó de mi lado—. Es familia de Alexei, solo un par de años mayor que nosotros. Sobra decir que odia a Dimitri. No está haciéndole la vida fácil estos días.

—¿Por qué?

—Dimitri heredó hace diez años la fortuna de Alexei Malinov cuando cumplió veinte. Ivanka simplemente no soporta que su hermano haya preferido a un extraño por encima de ella.

—Y no te diremos nada más —habló Dante—. Lo mejor es que descanses.

—Abrió la puerta. —Hemos dicho más de lo que debíamos. —miró a Andrew con desaprobación y él solo se encogió de hombros.

—¿Irán por él? Debe estar en el departamento.

—Ni en sueños, no estoy de ánimos para que me golpeen. Él volverá cuando el fuego se extinga de sus entrañas.

—¿Quién es Renata? —pregunté, recordando el nombre de mujer que había

dicho Alessandro.

—Fue la mujer que salvó a Dimitri, a pesar de haber sido la que más lo

humilló… Hasta mañana, Odette. —Ambos salieron de la habitación.

Victoria era una víbora, Ivanka bruja y Renata una salvadora… estaba incluso

más confundida que antes. Tres mujeres importantes para él, pero que, a la vez,

lo habían lastimado.

Las chicas entraron sin tocar, cada una en pijama y con gestos de

preocupación.

—Estoy bien, estamos bien. —Extendí mis brazos hacia ellas y nos fundimos en

un abrazo. Dante y Andrew eran para Dimitri como las chicas para mí.

—Cuéntenme de su cita —pregunté. Y, aunque estaba segura de que tenían

muchas preguntas, ambas empezaron a contarme sobre su salida con Drew y

Ante, como ellos habían pedido que los llamaran. Estábamos acostadas sobre la

cama King de Dimitri, mirando el techo, cada una pensando en algo, cuando

Allegra se sentó.

—¿Qué rayos sucedió, Odette? Y no te atrevas a inventarnos algo, y mucho

menos a ocultarnos las cosas. Te he dado tiempo para que tú empezaras a hablar

solita, pero ya que no lo haces… —Allegra era la mamá pollito, siempre

demandante, siempre preocupada.

—Déjala, esto no le hace bien ni a ella ni al bebé. —Luego estaba Mía, que era

más como la hermana alcahueta.

—No, ella tiene que decirnos. ¿Malinov te está obligando? ¿Te amenazó? Sabes

que mi padre puede ponerlo en su sitio.

—Discutiste con tu padre.

—Sí, y el hecho de que haya ocurrido no quiere decir que Clayton deje de ser

mi padre… ¿Sabes lo que pensamos al ver tal destrucción abajo? —No había

querido salir de aquí y hacía más de media hora que las chicas habían llegado a

la habitación.

—Odi —Mía acarició mi vientre ya que estaba en medio de las dos—. No somos

tontas, no creemos que tú y el profesor se conocieran hace tanto tiempo, menos

que fueran novios, pero es tu vida y simplemente te dejamos ser; aunque eso no

implica que, si ese cabrón te está haciendo daño, no vayamos a despellejarlo con

un corta cutículas.

—Llegó de su viaje y tuvo una pelea con su amigo italiano.

Ellos empezaron a discutir de un momento a otro.

—Le dijiste a Dante que había sido él.

—En cierta parte fue Dimitri, no sé lo que pasó, me encerré en la habitación

hasta que ya no escuché ningún sonido.

—¿Por qué se enojó el profesor Malinov, Odette? —dijo Mía, imitando la

posición de Allegra—. Y no nos mientas, Alessandro estaba en la entrada cuando

llegamos y todo lo que dijo fue “se desató el infierno”, en un fluido y marcado

italiano.

—¿Les he dicho lo molestas que son…? —Adopté su misma posición —. Hace

unos días, una chica lo llamó, se llamaba Victoria. Me enteré de que estuvo con

ella al tiempo que estaba conmigo. —Fingí mi enojo—. Porque, aunque ustedes no

lo crean, conocí a Dimitri hace muchos años atrás, en un seminario al que

ustedes no fueron —mentí una vez más—. Ahora, señoritas incrédulas, son casi

las cuatro de la mañana y, no sé ustedes, pero yo tengo que estar en el hospital a

las ocho.

—¿Quieres que nos quedemos contigo? —negué, necesitaba estar sola.

—Cualquier cosa, sabes que estamos al lado —dijo Alle—. Y, Odette, hay algo

más, puedo verlo. —Ambas se levantaron de la cama.

Antes de salir, Allegra se giró:

—Aquí estaré cuando quieras hablar con la verdad. —Una vez que la puerta se

cerró tras ellas, lloré… Lloré en silencio, grité y me aferré fervientemente a la

almohada de Dimitri… ¿Quién era? ¿Siempre había sido así de masoquista? ¿Por

qué, por más raro que pareciera, yo deseaba que él estuviese alli?

Luego de muchas vueltas en la cama, me quedé dormida.

No vi a Malinov las siguientes semanas, había ordenado a Joshua llevarme a su

departamento y obligué al administrador a abrir la puerta diciendo que era la

esposa del doctor, pero no estaba allí, todo estaba impoluto.

Fingía estar bien, pero, en el fondo, me preguntaba dónde estaba. Alessandro

se había marchado la mañana siguiente de mi discusión con Dimitri, se despidió

de los chicos, sonrió hacia mis amigas y a mí me dijo: "*Sarà necessario buona*

fortuna, ragazza"[8] antes de marcharse.

No entendí nada de lo que me había dicho, tampoco era como si le hubiese

prestado atención. Una vez él –y su aura oscura– estuvieron fuera de la casa,

estuve completamente relajada.

Andrew y Dante me entretenían con planos y dibujos del cuarto del bebé

cuando llegaba de la universidad, y las chicas trataban de cumplir todos mis

antojos, pero en las noches, por muy masoquista que se escuchara, lo extrañaba.

Extrañaba su abrazo de hierro en mi cintura y su respiración pausada en mi

cuello, aún con la barricada de almohadas entre nosotros.

El primer mensaje de texto de su parte llegó cuatro semanas después. Y de

ahí, siempre había dos o tres diarios.

La mayoría decía lo mismo:

“Come” “Ve al doctor” “No olvides la clase de preparto” y “Aunque no lo creas,

aunque sea un maldito, de verdad te amo”.

Fernando me acompañaba a clases de yoga. Al principio, pensé que se

solidarizaba conmigo; pero, después de dos clases, me di cuenta de que era para

ver en mallas a mi instructor.

La relación entre los amigos de Dimitri y mis amigas empezó a surgir. Dante,

con su coquetería, cautivó completamente a Mía; por otro lado, después de tres

citas en solitario, a Andrew aún le costaba un poco estar con Allegra. Mi amiga

era autoritaria-mandona, tenía una manera peculiar de decir las cosas y se

escondía en todo eso para alejar a los chicos. Pero Andrew era persistente. Amaba pasar ratos con ellos viendo televisión o cotilleando con Mía sobre revistas de moda.

Mía, mi loca amiga, estaba enamorada de Dante hasta el pelo, pero, por la noche, secretamente, habíamos empezado a escuchar un nuevo programa del grupo empresarial Maxwell titulado "*Hablemos de sexo"* donde el hombre que conducía el programa se hacía llamar "Doctor sexo".

Mía y Allegra tenían una apuesta: Allegra decía que era el típico hombre gordo y calvo que se escudaba en el sarcasmo y la fanfarronería para esconder que tenía el pene chico, y Mía, por su parte, apostaba que el tipo era un algún tipo de *Miguel Ángel,* que sabía lo que tenía y por eso se jactaba de ello. Yo prefería no opinar, mis hormonas estaban completamente locas y la voz del hombre tras el micrófono me trastornaba… Mucho.

La ducha manual se había convertido en mi nueva mejor amiga ahora que Declan estaba cada vez más grande.

Extrañaba a Malinov, el sexo era bueno con él, y cuando no estaba caminando en el purgatorio, era una persona agradable. Después de la semana siete, nuestros mensajes de texto eran más constantes, teníamos conversaciones

larguísimas; pero cuando intentaba llamarlo, él rechazaba la llamada.

Había decidido, después de consultarlo con Mike, terminar este semestre en la universidad y aplazar el próximo. En cuanto a mi internado y tutoría, el doctor Tatcher había solicitado una excedencia, no sin antes asegurarme que cuando regresara volvería a ser su alumna en tutoría.

Al parecer, ambos necesitábamos descanso, el rumor de que su hijo estaba en la fase terminal de su enfermedad era cada vez más fuerte, decían que el tratamiento no estaba funcionando. Si bien no sabía qué padecía el pequeño, no podía evitar la tristeza que me embargaba cuando pensaba en el niño de seis años postrado en una cama.

La primavera fue dando paso al verano y, con él, a las altas temperaturas. Bajé las escaleras sin muchos ánimos, había tenido tan mala noche que deseaba pasar todo el día en cama, pero el doctor Mancini me esperaba a media mañana y aún asistía a algunas clases. Podía escuchar voces desde el comedor, intenté no mirarme en el espejo del recibidor, pero fue imposible. Ahí estaba yo, Odette Mackenzie Miller, con más ojeras que un oso panda, mi vientre completamente redondo y caminando como pato debido a la hinchazón de mis pies, mientras Dimitri estaba con quién sabe qué mujerzuela.

Solo recordar que llevaba semanas sin venir a casa me hacía querer matarlo.

Empujé la puerta del comedor, haciendo que toda actividad

en él quedara pausada.

—Te ves fatal —Mía fue la primera en hablar—. Deberíamos maquillarte esas

ojeras. Un poco más, y parecerás el Cadáver de la Novia.

Le mostré mi dedo del medio mientras me sentaba en la silla.

—¿Te sigue doliendo la espalda? —Andrew se levantó de su silla ofreciéndome

un poco de jugo de naranja, pero solo di un sorbo antes de sentir una patada.

Acaricié la parte adolorida de mi vientre, apartando el plato que Susan había

colocado frente a mí. El teléfono en mi bolsillo vibró…

“Come”.

Me pregunté internamente cuántas cámaras más había en esta casa, solo

conocía la del pasillo hacia el estudio de Malinov.

“Hazlo, Odette. Anoche tampoco comiste mucho”.

—¿Además del pasillo que lleva al estudio de Dimitri, hay más cámaras en la

casa? —Andrew y Dante se miraron a los ojos.

—El cobertizo, el jardín, la entrada y el living, también en el lote detrás de la

casa. —Tomó un poco de huevo y lo llevó a su boca lentamente—. Las instalamos

por seguridad —dijo Dante.

—¿El comedor? —pregunté a lo que Andrew negó.

—Dimitri solo las pidió allí, aunque instalaremos una en la habitación del bebé, solo por seguridad —asentí y Susan reemplazó mi plato por un yogurt y cereal—. Esta noche pintaremos el cuarto del bebé ¿nos ayudan, chicas? —Andrew animó a las chicas, a lo que asintieron emocionadas. Ambos habían estado turnándose entre la decoración de la habitación de Declan y la construcción de sus hogares.

Cuando estaba fuera de la casa, Joshua se había convertido en mi sombra. Él y Charlie eran verdaderas molestias cuando se lo proponían. Moreno, alto y completamente intimidante, Charlie había aparecido dos días después de que Dimitri desapareciera. En un comienzo, me negué a tener a alguien cuidando mi trasero, no estaba en peligro, no era una celebridad… solo era una estúpida universitaria que olvidó usar un condón en una noche de alcohol. Sin embargo, ni las palabras, ni los golpes hicieron que él dejara de seguirme. La primera vez que lo golpeé completamente enojada por atacar a Alfred, me respondió que Dimitri Malinov le pagaba muy bien por recibir todos esos golpes.

Fui a la universidad, evitando al trío de víboras, a pesar que podía sentir su mirada en mi vientre. A media mañana, salí de mi última clase para la consulta con el doctor Mancini.

Andrew estaba en el consultorio cuando llegué.

—Dante vino la pasada consulta… —Su rostro se tiñó de rosa y solo sonreí.

Saludé al doctor Mancini y me recosté en la camilla; quería ir a casa y dormir…

preferiblemente, hasta el día de traer a Declan al mundo.

Con una nueva foto de mi pequeño Bichito, y nuevas recomendaciones por

parte del doctor, me fui a casa con Andrew.

Las chicas y Dante nos esperaban en casa, habían dibujado los animales a lápiz

sobre las paredes blancas, y latas de pintura reposaban en el suelo. Sobre la

única mesa en la habitación, había una maqueta de cómo quedaría la habitación

una vez estuviera terminada.

Los muebles serían de color blanco y las chicas se habían vuelto un poco locas

comprando muñecos de felpa. Los juegos de cama eran de estampados de

animalitos y los chicos habían hecho las iniciales del nombre del bebé en madera

para colocarlo sobre la cuna DM, involuntariamente las mismas iniciales que su

padre.

Para cuando la noche arribó, habíamos terminado los fondos

y la habitación de Declan empezaba a tomar forma. Habíamos ordenado pizzas y refrescos para la cena, estábamos sucios, cansados, pero muy emocionados.

La espalda seguía doliéndome, por lo que me despedí de todos y fui a mi habitación, decidiendo entre una ducha o un baño en la tina. Al final, me decidí por un relajante baño de inmersión, mientras escuchaba el programa de *Doctor Sex*. Cuando el agua estuvo destemplada, me envolví en una toalla esponjosa y salí a la habitación, encendí la televisión, colocando la *Ley y el Orden*, pero no le presté mayor atención. Me apliqué mis cremas, me puse mi pijama y me metí bajo las cobijas, intentando observar el programa…

Sentí la suave caricia en mi vientre, pero no me moví hasta que besos húmedos se desperdigaron por mi piel. Abrí los ojos, intentando mantener la calma, mientras veía a alguien arrodillado a mi lado.

—Hola D. —La palma de su mano estaba fría, pero intenté no moverme—. Soy yo, papá. Sé que he estado ausente, Bichito, pero tenía que hacerlo —murmuró—.

Quisiera poder decirte que no lo haré más, que puedo cambiar por ti, pero no puedo. Esto es lo que soy, bebé, lo intento, cada día lo intento, pero el dolor, el

rencor, saber que estoy casi al final de todo por lo que he luchado, me hace no

querer renunciar…—Unió su frente a mi vientre—. Estoy jodido, hijo, roto,

descompuesto… Podemos llamarlo como quieras —Su voz se entrecortó—, pero

seré una mejor persona para ti. No ahora, Declan, no puedo hacer esto ahora,

pero cuando todo termine, cuando al fin pueda salir del purgatorio, te juro, hijo,

que dedicaré mis días y mis noches para hacerlos felices a ti —Alzó la mirada, a

pesar de que la luz nos rodeaba, pude ver claramente sus ojos azules— y a tu

mamá, Odette…

Extendí mi mano, encendiendo la luz de la lámpara. Él estaba ahí, mucho más

delgado que la última vez que lo había visto, con una barba descuidada y grandes

ojeras. Me senté sobre la cama y él adoptó mi posición.

Mirándonos frente a frente, alzó su mano y titubeó antes de acariciar mi

mejilla. No supe hasta ese momento cuánto lo había extrañado.

¿Masoquista? Sí, completamente masoquista.

Mis labios cosquillaron cuando él se acercó a mí, eliminado cada vez más la

distancia que nos separaba. —¡Cómo te extrañé, pequeña! —susurró cada vez

más cerca —. Déjame besarte, por favor. No me rechaces. —Solo asentí, antes que

sus labios secos pero dulces tocaran los míos. Su beso fue suave, labios danzando

uno con el otro. Alcé mi mano acariciando su áspera mejilla a la vez que giraba

mi rostro dándole más acceso a mi boca, lento y tierno. Se separó de mí, uniendo

nuestras frentes, mientras sus manos bajaban hasta mi cintura y me atraían más

a su cuerpo.—¿Qué quieres de mí, Odette? Yo te lo doy, nena. Te lo doy. ¿Quieres

mi pasado? Yo te lo entrego, pequeña, te entrego lo que me pidas. ¿Quieres todo

de mí? Soy tuyo. Pero no más dudas, no más rechazos… Ya no más. Sé que no

empezamos de la manera convencional, sé que piensas que soy un monstruo. No

quiero creer que me odias, porque tu cuerpo responde a mi tacto. Yo seré

sincero contigo, yo abriré mi vida y mi alma a ti, contestaré todas tus preguntas,

si tú me juras que no me rechazarás, que intentarás quedarte junto a mí, que no

habrá más dolor… —Llevó sus manos a mi vientre—, que no golpearás más mi

alma.

Había tanto dolor en sus palabras, tanta angustia, era como si quisiera lavar

sus culpas ¿De qué? ¿De quién?

Llevé mi otra mano a su mejilla y separé nuestros rostros observando su

mirada. Aún con la escasa luz, había pena, tristeza, y yo prefería al Dimitri

egoísta, al arrogante, incluso al demonio, pero no a este Dimitri, este bajaba mis

defensas, anulaba mis muros; este hombre que se veía como un niño perdido en

medio de la oscuridad, hacía que mis sentimientos afloraran hacia él. Y, mientras

me miraba con los ojos cristalinos y totalmente en calma, me di cuenta de que lo

que él había dicho era cierto: en algún punto de su rabia desmedida, en algún

punto de su prepotencia, había empezado a quererlo; por lo que, tenía dos

opciones: o lo rechazaba ahora y me aferraba a las consecuencias, o finalmente

empezaba a abrirle mi corazón, aun sabiendo que podría perderlo si decidía

apostar.

Pero quería apostar con todas mis fuerzas.

Repasé con las yemas de mis dedos su rostro, sin importar su barba; toqué sus

cejas, sus párpados, nariz…, y rocé sus labios de manera lenta antes de

levantarme sobre mis rodillas y colocarme a horcajadas entre sus piernas. Su

respiración se aceleró mientras inclinaba su cabeza y, por primera vez desde que

lo conocí en *Alcatraz,* lo besé.

Capítulo 11

Cerré los ojos, saboreando la sensación de volver a tener sus labios sobre los míos. Dimitri contuvo un sollozo ahogado, mientras sus manos se aferraban a mis caderas y seguía mi ritmo dándose cuenta de que lo estaba invitando a comenzar de nuevo, dándole la oportunidad de arreglar las cosas. Deslicé mis manos de su cara hasta su pecho, desabotonando lentamente los botones de su camisa. Aunque había perdido varias libras, su pecho seguía siendo fibroso y suave al tacto. Coloqué la palma de mi mano izquierda en su corazón, sintiendo los irregulares latidos del mismo. Él dejó besos con los labios separados en mi cuello y clavícula, haciéndome gemir en voz baja, mientras intentaba sacarle la camisa completamente.

—Odette…

—Tsk… —chasqueé mi lengua porque no quería hablar. En cambio, aparté mis manos de su pecho llevándolas al dobladillo de mi camisa y sacándola de mi cuerpo. La mirada que me dio me hizo sentir poderosa, sexy y atractiva a pesar del balón que era mi vientre.

—Hermosa —murmuró de manera reverencial, antes de colocar su frente en el canalillo de mis pechos—. Mi mujer, mi hijo… —acarició mi vientre y sonrió ante la patada que Declan propinó a su mano—. Mi niño fuerte. —Presionó la parte

donde el bebé había golpeado antes de alzarme y levantarse de la cama—. Mi

mujer valiente —susurró, colocándome sobre las cobijas y cerniéndose sobre mí,

acariciando mi mejilla con sus labios—. Nunca te compares con las mujeres de mi

pasado, Miller. Todas fueron destrucción y tú eres luz, mi luz. —Besó mis pechos,

haciéndome sisear a la vez que su lengua se deslizaba sobre mi piel.

Con movimientos lentos y pausados, quedé completamente desnuda bajo su

cuerpo.

—Te amo, Odette, y anhelo que algún día puedas amarme… —Posó sus labios

sobre los míos, esta vez no con la misma suavidad que nuestro beso anterior. Era

el deseo recorriendo nuestras terminaciones nerviosas, la lujuria viajando por

nuestro torrente sanguíneo, abrumando mis sentidos, enfocándome en la

necesidad de ser suya sin ningún tipo de restricción, enfocándome solo en el

toque gentil de sus manos acariciando mi cuerpo como si fuese una rosa a punto

de deshojarse… Correspondí al tacto de su piel contra la mía, besé, acaricié, lamí

y succioné cada parte de su cuerpo a mi alcance.

Entendí que realmente Dimitri Malinov era quién era debido a su pasado. Si

apartábamos sus ataques descontrolados de ira, sus momentos oscuros, Dimitri

era realmente un hombre tierno y haría todo lo que estaba a mi alcance para

lograr que permaneciera en el lado donde sus luces eran maravillosas, donde la

oscuridad de una infancia desastrosa y una adolescencia sumida en el dolor no lo

afectaran. Lo protegería hasta de él mismo, de la misma manera y con la misma

fuerza que protegería a Declan.

Alcancé el Nirvana de su mano, contrayéndome hasta que él me alcanzó y

compartimos el silencio por varios segundos mientras nuestros corazones

volvían a su ritmo normal.

Salió de mi interior y caminó hacia el baño, volviendo minutos después con

una toalla húmeda; como en las veces anteriores, limpió nuestros fluidos

deteniéndose para dar un beso reverencial sobre mi ombligo desfigurado. Sonreí

debido a las cosquillas y él tiró la toalla al canasto de la ropa sucia.

—¿Puedes colocarte a medio lado? —asentí, adoptando la posición solicitada.

Dimitri se acostó a mi lado, con el miembro semi erecto en mi trasero, pero sin

ninguna intención sexual. Deslizó uno de sus brazos por mi cuello; y el otro, por

mi cintura dejándolo en mi vientre. Busqué con mis manos las suyas, anudando

nuestros dedos, besando sus nudillos. Él besó mi hombro y nos sumergimos en

el silencio de la noche. Sin embargo, a pesar de que me sentía agotada, el sueño

parecía haberse esfumado.

—Te mentí... —habló después de varios minutos, incluso pensaba que estaba

dormido.

—¿Exactamente en qué me mentiste?

—Recuerdo a mi madre, recuerdo su voz cuando me cantaba canciones de

cuna, la recuerdo llorando cuando el hombre malo se iba, recuerdo cuando me

daba tacos picantes porque son mis favoritos, recuerdo esa noche de lluvia

cuando el auto la apartó de mi lado. —Acaricié el brazo en mi vientre.

—No tienes que contarme más…

—Tengo que contarte muchas cosas, tengo que contestar todas las preguntas

que tengas… Quiero hacerlo, Odette.

—¿Por qué estás de buen humor? —sonreí y sentí la vibración de su risa en mis

omoplatos.

—Porque quiero que me ames…

—Dimitri…

—Sé que no va a ser ya, ni mañana, pero deseo que con el tiempo me ames, y

para eso debes conocerme. Te investigué porque algo en tu fotografía me

cautivó, Odette. Y desde ese momento, quise saber todo sobre ti. Y cuando te

vi

en *Alcatraz* solo podía agradecer a mi maldita suerte el haberte puesto frente a

mí. Recuerdo cuando me llevaron a ese lugar de paso después de la muerte de mi

madre, recuerdo el llanto, los gritos por las noches… Tengo recuerdos vagos del

día que Alissa y Viktor me escogieron, tenía siete años e iría a una casa con cinco

hermanos, cinco hermanos mayores que hicieron mi vida un infierno. Los golpes

empezaron un año después de que mi adopción fuese legal. Si me negaba a

entregar un paquete, el mayor de mis hermanos podía golpearme hasta que se

cansara. Si perdía la mercancía, era encerrado en la jaula —sonrió

sarcásticamente —. ¿Alguna vez viste la película *Matilda[9]*?

—Era mi favorita… cuando mis padres murieron, pasaba mucho tiempo sola

ya que Mike trabajaba como ayudante en una ferretería, cerraba los ojos y

pensaba que podía mover cosas con mi mente.

—La mazmorra de *Tronchatoro[10]* fue la inspiración de Viktor al crear la Jaula:

era un lugar oscuro, frío y diminuto, con objetos punzantes en la puerta de

madera.

—¡Oh, por Dios!… —sentí mis ojos humedecerse y apreté su mano intentando

reconfortarlo.

—A los doce, hui. —Se quedó en silencio, como si saboreara los recuerdos—.

Tenía esta entrega enorme, por la que me iban a dar un buen dinero. Se las robé

—rio—. Cerraba los ojos e imaginaba sus caras maldiciendo en ruso, mientras

mandaban a todos a buscarme. Compré un boleto a New York, engañando al

cajero en la terminal, tipo *Macaulay Culkin* —sonrío— y llegué aquí. Las primeras

semanas no fueron fáciles, comí de basureros, robé a gente ingenua, e incluso,

huyendo de un policía, me escondí en un contenedor de basuras en un callejón y

allí encontré a Dante y a Andrew. Me dieron de su bebida y su comida y yo

compartí mi botín. Una cartera con un único billete de cien dólares.

Me removí entre sus brazos, quería abrazarlo, quería fundirme en su piel.

—Quédate así. —Besó mi cabeza y acarició mi vientre distraídamente.

—A los catorce, era un adicto a la marihuana. Dante y Andrew la consumían y

nosotros éramos como *los tres Mosqueteros*: éramos leales unidos y

compartíamos todo, hasta que llegó ella…

« *Victoria*» .

—Victoria. —El nombre de sus labios salió desdeñoso—. Y era tan hermosa,

Odette, tan malditamente perfecta que no pudimos evitar caer en su cintura de

avispa, sus pechos altos y su boca roja. —Me apretó a su pecho—. Fumábamos y

follábamos, nos turnábamos para tenerla.

—No digas más…

—Cuando estaba en su interior, mi cabeza dejaba de regir, quedaba en blanco,

me concentraba en ella, en su placer, en sus movimientos. Dante y Drew podían

estar ahí, pero yo no los veía.

Me removí con más fuerzas entre sus brazos. ¡Acababa de abrirle mi corazón y

él me contaba cómo era el sexo con otra mujer!

—Quieta, tesoro… Tengo que contarte todo, déjame sacar todo de mi pecho.

Por favor, Odette.

—No quiero que hables de ella, no quiero que la recuerdes ni a ella ni a Ivanka,

y mucho menos a Renata.

—Victoria no significa nada en mi vida. Renata solo fue la mujer que me ayudó

a encasillar mi ira en la práctica sádica, e Ivanka… Nena, quiero ver a Ivanka tres

metros bajo tierra, con ella solo me divierto haciéndola rabiar. Necesito que

blanquees tu mente y me dejes seguir contándote todo sobre mí. ¿Podrás?

—Lo intentaré. —Otro beso, en mi clavícula esta vez.

—Estuvimos varios meses así, pero todo cambió después de que un hijo de puta intentó propasarse con ella, yo la salvé y dentro de mí la proclamé mía. Odiaba compartirla, le dije que la amaba, que no quería que ella se entregara a los chicos. Dejé de fumar y empecé a traficar, era un trabajo, ¿sabes? Vendía polvo blanco y obtenía dinero.

No podía dejar a mis amigos atrás, por lo que, los presenté a mis contactos y empezamos a vivir bien, siempre y cuando no consumiéramos, pero es jodidamente difícil no hacerlo, tienes que reconocer el producto antes de venderlo, Odette, debes aspirar, viajar para poder reconocer su grado de pureza.

Primero era un poco, un viaje, al mes eran dos, y al año… Al año ya no sabía cuánto. Teníamos un departamento en los suburbios donde almacenábamos y empacábamos, apartábamos nuestras dosis de las ventas y yo siempre conseguía

la mejor para Vicky y, en medio de nuestra adicción, el sexo era fenomenal, a ella

le gustaba el sexo fuerte así que, tenías razón, bebé, la até, la golpeé, la hería y lastimaba hasta que los dos estábamos completamente saciados. Pensé que eso la hacía feliz, pensé que era una cosa nuestra hasta que, una noche, terminé mi venta temprano y volví a casa… Para encontrar a mi mujer siendo doblemente penetrada por mis mejores amigos.

Jadeé.

—Golpeé a Andrew, que era el más cercano a mí, antes de tomar un paquete de

los costosos y salir completamente furioso; inhalé varios gramos y tuve una

sobredosis. Fue Alexei quien salvó mi vida, tenía quince años.

Su historia era un golpe tras otro para mi corazón. Tan sólo imaginarme a un

adolescente adicto a las drogas y al sexo duro… imaginarme que ese mismo

adolescente fuese mi bebé no nato, lograba que toda mi sangre se helase en mis

venas y que sintiera una gran impotencia al no haber podido ayudar, en aquel

entonces, al joven Dimitri.

—Él no era un hombre malo, solo putamente egoísta y rico, dueño del imperio

clínico más grande del mundo: el GEA. Cuando salí del hospital, mandó a uno de

sus sirvientes a comprarme ropa y me dio una habitación en su casa. No entendí

por qué lo hizo hasta muchos meses después de su muerte. De lo único que

estaba seguro era de no querer volver a ver a Dante ni a Andrew. No duré mucho

tiempo sin consumir mientras Malinov me enseñaba a ser un niño elitista y snob.

¿Sabes, Odette? En esa porquería de sociedad es donde más se mueve el mundo

de la droga. Conseguía la mejor y de más alta calidad. Me sumía en mis viajes de

locura y efervescencia hasta que Malinov me encontró y movió mi culo hasta una

clínica desintoxicante en Rusia. Allí estuve un año y tres meses.

»Cuando volví, estaba limpio, pero cargaba una ira permanente. Malinov me

golpeó muchas veces, cada vez que hacía algo que a él no le parecía bien. Nunca

supe cómo lo hizo, pero cuando volví, ya era legalmente su hijo. ¡Jodido dinero!

¿No bebé?

Suspiré sin saber qué decir o cómo actuar, pues continuaba en shock. Por lo

que, solo me decidí a escuchar toda la historia hasta el final.

—Hice el GED[11], con un puntaje sobresaliente y apliqué a la universidad en

Oxford, ingresando a la Facultad de Medicina. Por petición de Alexei, empecé a

estudiar alternando mi carrera con un pregrado en economía. Era listo,

inteligente y, cuando tenía ansiedad de meterme algo, iba al gimnasio y pasaba

horas allí, o simplemente buscaba a alguien para follar. —Me estremecí ante lo

último, pero él me abrazó más fuerte—. Encontré sectas secretas, ahí es donde

Renata aparece: ella era una domine y yo era su sumiso…

Tragué grueso, dejándolo hablar.

—Me enseñó que en la vida solo hay dos cosas importantes: Placer y dolor. Como dador de placer, puedes provocar dolor. En aquellos tiempos, en aquel lugar, hice amigos, Odette.

—Alessandro…

—Alessandro ha tenido casi la misma vida de mierda que yo, solo que la de él fue mucho peor. Porque si un extraño te obliga a hacer cosas indeseadas es una cosa, pero que tu misma sangre te dañe… En fin, regresé a Norteamérica como el perfecto hijo de Alexei Malinov. El viejo estaba enfermo y murió tiempo después, dejándome como su único heredero, a pesar de que tenía un familiar casi de mi edad.

—Dante y Andrew me dijeron que Ivanka es como tu tía.

—Es la hija del hermano mayor de Alexei. Murió en un operativo de la policía, Alexei desheredó a su familia por enlodar los negocios familiares con el tráfico de armas y mujeres. Solo Ivanka tiene un pequeño porcentaje de la empresa.

—Los chicos… ¿Cómo te encontraste con ellos?

—Habían pasado siete años desde la última vez que los vi. Contraté un investigador y encontró a los chicos un par de meses después de la muerte de Alexei… a los chicos y a Victoria.

—Dimitri—articulé con voz ronca—. ¿Qué sucedió con Victoria?

—La seguía amando, Odette. Lo supe cuando la vi, sin importar lo pálida, delgada y mal que se veía. Sin importar que ella consumiera, yo la quería conmigo, y ahora tenía dinero y contactos. Si ella quería droga, yo le daría la más pura, la más costosa, la de mejor calidad… porque no estaba dispuesto a enviarla lejos de mí. Le enseñé la forma de conseguir mayor placer a través del dolor y entre los dos armamos nuestro propio cuarto destinado para darnos placer, juguetes, videos, lo que te imagines, Odette. Todo nos pertenecía. Disfrutábamos golpeándonos y marcándonos, ella sumida en el placer y la bruma de la droga y yo, sumido en el placer que ella me daba. Ella seguía consumiendo, cada vez más, y cuando empezó a invitarme a consumir con ella..

—Caíste…

—No, no podía hacerlo. Había una cláusula en el testamento: si consumía, Ivanka sería la heredera de todo y odiaba a la maldita mujer; así que no iba a permitirlo, por lo que tomé a Victoria y a los chicos y los ingresé en un centro, aquí en Estados Unidos.

»Victoria solo estuvo seis meses recluida. Me enteré de que ella iba a tener a

mi bebé. Me sentía pletórico. Tan solo tenía veintidós años, a la mujer que amaba, el poder absoluto de cada jodido bien que pertenecía a Alexei Malinov, dinero como para no preocuparme por nada, mi carrera empezaba a dar sus frutos e iba a ser papá. Yo, el chico que nunca había tenido nada, ahora tendría una familia.

Sentí humedad en mi espalda e intenté girarme, pero como en las anteriores ocasiones, él no lo permitió.

—Clausuré el cuarto de los látigos, dejé de hacerle el amor salvaje y me dediqué a cuidarla. Ella me juró que no consumiría, pero una noche, encontré residuos de coca en nuestra mesa de noche. Aunque ella me juró que no había consumido, podía verlo en sus ojos: sus pupilas dilatadas, su boca seca… »El infierno ardió dentro de mí, discutimos, destruí un par de cosas y al final me fui, no quería lastimarla y estaba muy enojado —Apreté su mano en la mía—.

Tuve un enfrentamiento con Ivanka, ella pensaba colocar a los miembros de la junta en mi contra, alegando mi edad, a pesar de que ella es solo cuatro años mayor que yo; así que estuve una semana fuera de casa. Cuando volví, pasé por una tienda y compré el oso de felpa más grande que encontré y un ramo de flores para ella. Los chicos seguían en el centro de rehabilitación, era tarde y

la

casa estaba en silencio. La busqué por todas partes, pero ella se había, ido

llevándose todas las cosas de valor.

—¿Tu hijo?

—Todo era una farsa…

—Por favor, déjame girarme.

—No, te quiero así, no he terminado, Odette.

—Creo que por hoy ha sido suficiente. Un paso a la vez, no necesitas contarme

todo hoy. Lo único que yo necesito es sinceridad. —Giré mi rostro y él me

observó—. No me amenaces, ni me intimides, simplemente déjame ser.

—Odette, no voy a permitir que te vayas de mi lado.

—Quiero que controles tus ataques de ira…

—Es algo que no puedo controlar. —Aferré su mano en mi vientre.

—Declan, piensa en Declan cuando sientas que el infierno arde en ti.

—Declan y tú son lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Olvida la venganza que planeas contra tu padre.

—No. Pídeme cualquier cosa menos eso. Él pagará por cada humillación, cada

lágrima de mi madre…

—Dimitri…—Me giré nuevamente y él me dejó. Acaricie sus mejillas y besé sus

labios, había sido suficiente por esta noche, quería que empezara de nuevo,

quería que esta fuese nuestra primera vez.

Desperté casi a mediodía, desnuda y completamente satisfecha. Sabía que

Dimitri se había ido por la mañana, me había dado un beso suave y había dicho

que quería hablar conmigo a la hora del almuerzo. Alcancé mi celular en la mesa

de noche, encontrándome con un mensaje de él en mi celular.

"Reúnete conmigo en el GEA a la una en punto, Josh te llevará. Si no te hubieses visto tan pacífica mientras dormías, te hubiese reclamado en la mañana. Lastimosamente, me necesitan en la oficina

temprano, no todo es diversión y sexo. Te amo."

Me di un baño rápido porque era tarde. Susan me trajo un poco de yogur con

cereal mientras buscaba qué ponerme. La mayoría de mis pantalones ya no

cerraban y mis vestidos me hacían ver como si una lagartija se hubiese comido

una bolita. Resoplé frustrada mientras tomaba una de las sudaderas de Dimitri;

tenía que doblarla un poco, pero era lo único que me quedaba. Me veía horrible y

no pude evitar derramar un par de lágrimas. Amaba a Declan, pero había subido

mucho de peso el último mes. Limpié mis lágrimas, respirando como mi maestro

de yoga había indicado. No estaba gorda porque sí, estaba embarazada. Me

recordé para sentirme mejor.

La casa estaba sola, pero podía escuchar a los chicos ladrar órdenes desde la parte trasera de la casa. Joshua me esperaba con una sonrisa burlona al ver mi ropa. Charlie, aunque mantenía su cara seria, podía ver que la línea de su boca luchaba por no sonreír.

Sobra decir que me rehusé a salir del auto una vez llegamos al GEA.

Odi: Estoy fuera, puedes salir.

Dimitri: Por qué mejor no entras, bebé, tengo un par de llamadas que atender.

Odi: Olvídalo. Tengo una de tus sudaderas puesta. ¡Tu hijo crece muy rápido! Nada me queda ya :(

Mi celular vibró en mis manos y deslicé el dedo contestando la llamada.

—Dilo de nuevo —dijo con evidente alegría… —Por favor, quiero escucharte decirlo.

—¿Que no tengo ropa y me he puesto una de tus sudaderas?

—No cariño, lo otro, dime el motivo por el cual tienes mi sudadera.

—¡Porque tu hijo no para de crecer! —grité y, entonces caí en cuenta de lo que había dicho cuando la risa de Dimitri se escuchó del otro lado de la línea. Era la primera vez que proclamaba a Declan como su hijo. Al principio, nos referíamos al bebé luego lo llamábamos Bichito; y cuando por fin elegimos un nombre, fue

simplemente Declan.

—¡A la mierda las llamadas! Voy saliendo, hermosa. —Colgó dejándome con una sonrisa estúpida en la boca.

Estaba enamorándome de Malinov como una colegiala y, si poseía alguna duda de eso, se evaporó cuando lo vi salir del GEA. Tenía un traje gris –que le quedaba de maravilla–, su corbata era del color del vino tinto, el cabello desordenado –porque seguramente se había pasado las manos por él muchas veces–. Traía una sonrisa divertida en su rostro y, a pesar de que llevaba unas gafas oscuras, podía ver que parecía haber eliminado el peso que cargaba en su espalda.

Charlie, que había estado fuera, abrió la puerta para él.

Me observó divertido antes de entrar al auto. Tan pronto la puerta estuvo cerrada, me atrajo hacia él reclamando mis labios. Nos besamos apresurados mientras que Joshua encendía el auto.

—Te ves malditamente sexy.

—Eres el único hombre que lo piensa. Josh y Charlie estaban a punto de destornillarse de la risa cuando me vieron salir de la casa. No quiero imaginar lo que hubiese sucedido si Mía y Allegra hubiesen estado en la

sala.

—Te hubiesen dicho que te veías jodidamente sexy, no hay cosa que más nos complazca y nos orgullezca a los hombres que ver a nuestra mujer usando nuestra ropa.

—Fetichista…

—¿Tienes mucha hambre?

—Acabo de comer algo de yogurt y cereal. —Me acerqué a él recostándome a su lado. Él sacó su celular, tecleó alguna cosa y lo guardó en su saco.

—Josh, acabo de enviarte el lugar donde quiero que nos lleves.

—¿Dónde vamos? —pregunté curiosa.

—Ya lo verás, preciosa —besó mi frente—. ¿Cómo se ha portado mi hijo hoy? —hizo énfasis en el "mi".

Estuvimos parte de la tarde comprando ropa para mí y una que otra cosa para Declan, que, gracias a sus tías y tíos, tenía más ropa de la que algún día podría usar. Cuando terminamos las compras, Dimitri insistió en hacer una visita a *La Perla*. Aunque me negué al principio, acabé cediendo a sus designios. Y, una vez

di por terminada la tarde de compras, fuimos a comer a *Izakaya Mewme,* un restaurante japonés ubicado en el subterráneo. Aunque nos tocó esperar alrededor de veinte minutos, el local era agradable, la música era suave y el mobiliario perfecto. Pedí unos fetuccinis con vieiras y una ensalada de

aguacate,

y Dimitri pidió sushi…

—¿Qué? Es un restaurante japonés, amor, tienes que pedir sushi

obligatoriamente —dijo mientras abría su saco. Me había llamado amor y mi

corazón casi explotó de emoción.

Estaba terminando mi comida cuando él habló.

—Sé que pediste una licencia tutorial.

—No fui yo sino el doctor Tatcher. Al parecer, su niño sigue muy mal. —Dejé el

tenedor sobre la mesa y limpié mi boca con la servilleta. —Me da tanto pesar ese

niño, no puedo dejar de pensar qué haría si Declan estuviera enfermo,

yo…—Dimitri acarició mi mano.

—Nuestro bebé estará bien, tú misma has sentido las patadas que da. —Llevó

una rueda de sushi a su boca—. Pietro está ocupándose de todo.

—Sí, pero ese niño…

—Ese niño. —Apretó mi mano y respiró con fuerza—. Ese niño está bien, está

siendo atendido por los mejores profesionales en su campo, se pondrá bien,

jugará como los demás niños y será muy feliz.

—¿Cómo sabes tanto de él?

—Tatcher trabaja para mí. Y hablando de él, quiero que continúes tus tutorías

conmigo.

—No.

—Odette…

—Dimitri, no me interesa la obstetricia, toda la vida he soñado con ser cardióloga, una tan buena como el doctor Tatcher.

—Derrick se irá del GEA. Su hijo..

—Acabas de decirme que va a mejorar, es solo una excedencia.

—Te quiero conmigo —su voz se endureció un poco.

—Quieres controlarme y ya te lo dije anoche —Quité mi mano de la suya—. No quiero que me intimides, si voy a estar contigo es porque yo quiero no porque me amenaces.

—Nena, en ocasiones me sorprende cuánto me conoces… Está bien, terminarás tus prácticas con Tatcher.

—¿Por qué parece que lo odias? De hecho, una vez te vi discutir con él.

—No quiero hablar de eso. —Se levantó de la silla—. Pediré la cuenta, tengo que volver al trabajo.

El viaje de regreso al GEA fue incómodo, ya no estaba la complicidad del comienzo

—Te veré en la noche, preciosa. —Fue lo último que dijo antes de salir del auto… irónicamente, quería uno de sus besos.

Capítulo 12

Pensé que después de nuestra discusión del restaurante, la frágil tregua que teníamos había terminado. Afortunadamente, tres semanas después, Dimitri Malinov seguía siendo un hombre atento y dulce.

El mismo que había llegado una noche a finales de mayo.

Este último mes, me di cuenta que poco a poco me había enamorado de él y, aunque aún no me atrevía a devolver sus *te amo*, entregaba todo de mí cada vez que, envueltos en el frenesí de caricias y besos, hacíamos el amor, buscando posiciones que nos hicieran disfrutar cada vez mejor.

Con siete meses de gestación, la vida era una montaña rusa, había días que el dolor de espalda era insoportable; otros, en que el estómago me ardía y, entre los últimos días de la universidad y los últimos detalles de la habitación de Declan, sentía que no descansaba nada, mis noches eran extremadamente cortas y mis días odiosamente largos. Dormía todo el tiempo libre, pero aun así me sentía completamente agotada.

A pesar de haber pedido una excedencia en el hospital, las chicas me contaron que el doctor Tatcher seguía ahí, cada vez más desmejorado, había cambiado su Ferrari por un modelo más antiguo y había tenido varios problemas con la junta

médica que conformaba del GEA, dirigida por Dimitri.

Sin embargo, cuando intentaba preguntarle sobre el doctor, Dimitri me llenaba de besos, tocaba los puntos que sabía que me enloquecían y terminábamos entre las sábanas, hablando el idioma de las caricias.

Los chicos habían ido al supermercado por cervezas, refrescos y papas fritas, mientras Dimitri preparaba la sala donde verían el partido de esa tarde. El Fútbol Americano les importaba muy poco, pero eran fanáticos del Fútbol Europeo y, al parecer, trasmitirían un clásico.

Era domingo y, aunque hacía calor, estaba terminando de acomodar los muñecos de felpa en la habitación de Declan.

—¿Sigues aquí? —Me giré con una jirafa de peluche y no pude evitar el estremecimiento en mi cuerpo cuando lo vi. Se había duchado y el cabello húmedo se le pegaba a la frente. Había cambiado mucho en las últimas semanas, más risueño, menos controlador y ningún ataque de ira, a pesar de que sus ojos ardían cuando no hacía lo que él quería; sin embargo, aunque lo intentara, no podía dejar de estar alerta, siempre estaba esperando que el volcán dormido hiciese erupción en algún momento.

—Los chicos ya están por llegar, deja eso ahí. —Pasó la mano por su cabello—.

Ven aquí —negué con la cabeza.

—Ven tú aquí. —Moví mi dedo pidiéndole que se acercara.

—¿Eso es una propuesta indecente, señorita Miller?

Llevé mi dedo a mi barbilla.

—No lo sé, nunca he tenido sexo en una habitación con un circuito cerrado de seguridad. —En sus ojos brilló el deseo, acercándose rápidamente a mí.

—¡Demonios, Odette! —Mordí mi labio y él besó mi cuello—. Estoy tan malditamente loco por ti, nena. —Su erección, que parecía estar siempre lista para mí, se apretó en mi vientre, desventaja de ser mucho más baja que él.

—Dim… —dije sin aliento cuando succionó la piel de mi cuello.

—¿Se escucharía muy morboso si te digo que quiero follarte aquí? —Tomé su cara entre mis manos.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que lleguen los chicos?

—¡Joder! Te amo.

Ni siquiera tuvimos que quitarnos nuestras ropas, tenía un vestido de botones que él mismo me había ayudado a poner en la mañana. Me llevó hasta la puerta,

colocándome de frente a ella, abrió los primeros botones liberando mis pechos

apretándolos entre sus manos con el toque justo de fuerza y delicadeza,

mientras subía el vestido hasta mi cintura.

Diez minutos después, estaba gritando su nombre agónicamente mientras él se corría en mi interior, con un gruñido gutural.

Recosté mi frente en la madera mientras Dimitri se separaba de mi cuerpo, dando una palmada a mi trasero.

Me giré, colocando mis manos en su cuello, atrayéndolo a mis labios para besarlo con fuerza.

—Vamos a la habitación, aún no he terminado contigo —murmuró mordiendo mi labio inferior.

—¿El juego?

—¡A la mierda el Real Madrid…! —sonreí, peinando su cabello, ahora seco, hacia atrás.

—¡Chicos! Ya estamos aquí—escuché la voz de Mía y sus pasos mientras subía las escaleras.

—¡Podemos correrlos, joder! Puedo incluso mandarlos en el avión de la fundación hasta España.

—Creo que no verían el partido… —Me alejé de él—. ¿Dónde dejaste mis bragas, Malinov? No puedo creer que hayas profanado la habitación de nuestro hijo.

—¡¿Yo?! ¡Tú fuiste la que me provocó con ese dedo trepador! —Vi mis bragas

en el barandal de la cuna del bebé.—¡Rompiste mis bragas!

—Fetiche…—La puerta se abrió y Allegra y Andrew entraron, se miraron cómplices mientras Dimitri fingía reacomodar un cuadro en la pared; no obstante, mi amiga entrecerró los ojos mirando hacia mí.

—Dante y yo te necesitamos en el estudio. —Andrew rompió el silencio.

—Mía y yo, en la cocina.

—Termino aquí y voy a ayudarlas. —Dimitri me dio un último beso antes de salir junto con Drew.

—Controla las hormonas—dijo Allegra mientras me abrazaba para ir abajo.

—Descontrola un poco las tuyas, amiga. Pobre Drew. —Dramaticé y ambas reímos mientras caminábamos en busca de Mía.

Minutos después, estábamos todos en el estudio. Los chicos sentados en parejas en los puffs más pequeños, dejándonos el sofá a nosotros; por lo que, estaba recostada al reposabrazos mientras Malinov masajeaba mis pies. Nunca había visto jugar soccer, Mike era fanático del beisbol al igual que mi padre y la

mayoría de mis amigos en Jersey. Así que solamente veía a veintidós tontos detrás de un balón mientras los hombres gritaban y maldecían cuando el Barcelona le quitaba el balón a los del Real Madrid. A mitad del tiempo, el juego

iba 0 a 0, así que los chicos se levantaron a rellenar la nevera portable con

cerveza y los platos con palomitas de maíz.

Yo había llegado a la conclusión de que, en los cuarenta y cinco minutos de juego, el fútbol soccer no era mi deporte favorito.

Mía repetía las mejores jugadas de la primera parte mientras yo bufaba de aburrimiento.

—¿Puedes dejar de repetir eso? —dije enfadada porque, en los pocos minutos que teníamos antes de que empezara el calvario de cuarenta y cinco minutos más, ella se dedicaba a comer como hombre y a gritar como hombre—. Es realmente aburrido, Mía. No sabía que ustedes fueran fanáticas del deporte.

—¿A ti quién te ha dicho que nosotros amamos el deporte? —Mía entrecerró los ojos mirándome fijamente.

—¿Entonces?

—Te contaré un secreto del fútbol, querida amiga —dijo Allegra, sentándose a mi lado mientras Mía le pasaba el control remoto y Alle colocaba una jugada donde un bombón moreno pateaba la pelota.

—Él es Cristiano Ronaldo —Mía alzó las manos como si dijera una gran proeza

y yo arqueé una ceja—. ¿No entiendes? —negué– ¡Dios, mujer! En un partido de

fútbol, nosotras solo miramos — bufó.

—Chicas, realmente no sé qué quieren decirme, solo veo veintidós idiotas

detrás de un balón.

—¡Santo padre! —Alle llevó sus ojos al techo en una actitud dramática—. Mira

las piernas, Odi, y su cuerpo. —En ese momento, el jugador levantó su camisa

para limpiar el sudor de su frente—. Es oficial. ¡Morí! —Chilló Alle— ¡Papito, qué

culo tienes! —gritó.

—¿El culo de quién? —Andrew llegaba a la estancia detrás de un divertido

Dante y una mirada para nada agradable del demonio.

—Nada, amorcito, le explicábamos a Odette las bondades del fútbol —dijo

sonriendo. Mía estaba seria y yo enfoqué a Dimitri que traía en sus manos un

recipiente de helado.

—¿Eso es helado de pistachos? —pregunté al sentir el olor dulzón, su mirada

se dulcificó, y sonrió entregándome la tarrina.

Pasamos el resto de la tarde escuchando a los chicos gritar a la televisión; creo

que en algún momento me quedé dormida.

En la noche, estaba recostada en mi cama mientras Dimitri leía. Me giré hacia

un lado, luego hacia otro ¡Quería dormir! Estaba de mal humor y Malinov había

estado convenientemente callado. Dio un suspiro resignado antes de cerrar el

libro y apagar la lámpara de su mesita de noche.

—Buenas noches, bebé —acarició mi vientre lentamente y quité su mano de un manotazo, quería mi barricada de almohadas. Golpeé el colchón con fuerza y resoplé cuando él se acomodó en posición fetal dispuesto a dormir como si yo no estuviera a su lado, muriéndome de calor, con dolor en cada parte de mi cuerpo por su culpa.

—¿Qué sucede?

—Nada…

—Ok, qué duermas bien, nena…

—¡Esto es un chiste! Todo esto es tu culpa, si tan solo hubieses usado un jodido látex… — murmuré entre dientes

Dimitri se levantó de la cama y encendió su luz mirándome ceñudo—: ¿No puedes dormir?

—¡Eres un genio! —dije sarcásticamente levantándome de la cama—. Me duele la espalda —llorisqueé, pero aparté su mano cuando él intentó tocarme—. ¡No me toques! Tengo calor.

Dimitri cruzó sus brazos en su pecho, luego alcanzó el control del aire acondicionado y bajó la temperatura.

—¿Satisfecha? —arqueó una ceja en mi dirección.

—Eres un idiota.

—Si no necesitas nada más, este idiota se va a dormir, mañana tengo una reunión a primera hora. —Apagó su lámpara volviendo a acostarse. No pude evitarlo y, lo que empezó como un par de lágrimas, se convirtió en un berrinche total: llanto, sollozos y temblor en los labios.

Dimitri pasó las manos por su cabello, sabía por su postura que estaba haciendo todo lo posible por no mandarme al demonio.

—¿Qué sucede, Odette?

—Vas a dormir… —sollocé— sin importarte… —sorbí mi nariz— que yo no pueda dormir.

Se levantó de un impulso y me movió hasta dejarme sobre sus piernas.

—¡No estoy de humor para una follada! —golpeé su pecho y me bajé de sus piernas. Dimitri se levantó completamente enfadado.

—¡No siempre que te toco es porque quiero follarte! ¡Joder, qué demonios quieres! Intento consolarte, te molestas; intento dormir, también te molestas. ¡Dime qué quieres y yo te lo daré! Pero no te comportes como una maldita niña.

No pude evitarlo, grandes lágrimas rodaron por mis ojos.

—Lo siento… —Sorbí mi nariz una vez más.

—¡Maldición! —Apretó el puente de su nariz mientras exhalaba lentamente—.

Ven aquí, nena. —Extendió su mano y la tomé, abrazándome a su cuerpo. Él

empezó a mover sus manos, masajeando la parte baja de mi espalda y haciendo

que un gemido involuntario escapara de mis labios—. ¿Quién quiere follar

ahora?, ¿eh?

—No te detengas…—Empezó a moverse suavemente.

—Declan está inquieto —bufé ante su apreciación—. Sé que es algo tarde, pero

si quieres puedo prepararte la tina, el baño te refrescará a la vez que lo

tranquilizará a él y quitará la tensión en tu espalda.

—¿Harías eso por mí? —Se separó de mí, mirándome a los ojos.

—Haría lo que tú me pidieras, Odette Miller, cualquier cosa que tú desees. —Lo

besé lentamente.

—Prepara ese baño, Malinov…

Una vez estuve dentro del agua, todo pareció encajar. Dimitri había colocado

esencia de rosas y música suave desde su iPod; pensé que él querría bañarse

conmigo, pero solo se quedó en el borde de la bañera y masajeó mi espalda.

—Se me había olvidado comentarte, Mike llamó mientras dormías esta tarde.

Ashley y él vendrán mañana. Al parecer, necesitan practicarle un examen a tu

cuñada.

Dimitri y Ashley no se conocían, así que sería interesante la percepción que él

daría a mi cuñada. No podía imaginar por lo que ella estaba pasando. Si yo quería

morir con Declan, Ashley simplemente debía estar destruida, su embarazo era

múltiple y de alto riesgo, lo que tenía a Mike continuamente nervioso.

—¿Mejor? —Hizo presión en mi espalda baja y gemí completamente

extasiada—. ¿Y?

—¡Dios! Creo que te amo. —Detuvo todo el movimiento. Por unos segundos, el

baño se sumió en silencio.

Dimitri exhaló fuertemente.

—¿Lo has dicho en serio? —Pude haberme quedado callada, pude incluso decir

que era algo dicho por el maravilloso masaje que me estaba dando, pero nada de

eso hubiese sido cierto.

—Te amo —repetí, viendo su sonrisa ensancharse.

Después de unos minutos, en los que solo nos miramos, él retomó el masaje.

Me levanté de mal humor. Pensé que, cuando por fin le declarara mi amor, él

me haría suya lenta y pacientemente, o que al menos me llenaría de besos, pero

él solo había sonreído y masajeado mi espalda alrededor de veinte minutos más,

para luego decir que tenía documentos que leer para su reunión y que cuando el

agua se tornara fría saliera de la tina. Para completar, se había levantado muy

temprano, por lo que había despertado sola en la cama y no con su lengua entre

mis muslos como los últimos siete días.

«¡Hombres! Hazte la difícil y los tendrás comiendo de tu mano. Muéstrales

sentimientos, y ellos se harán los difíciles».

Bajé al comedor, completamente inapetente; pero cuando me negué a comer,

Malinov me dio esa mirada de “si no comes te daré de comer”. De hecho, tomó mi

cuchara para así afirmar su sentencia. Una vez vio que empecé a picar mi

desayuno, se levantó de la silla, dando un beso en mi frente. ¡En mi jodida frente!

Y se marchó un rato después.

Había decidido no ir a la universidad para esperar a Mike y a Ashley, así que,

luego de que el señor “difícil” me hiciera comer, había decidido ir a los jardines.

El esposo de Susan era el encargado del mantenimiento de las flores. Las chicas

no estaban y los chicos estaban en el terreno de construcción, por lo que estaba

completamente sola. Con el calor de la época, me apetecía ponerme un bikini y

nadar un rato en la piscina, solo que mis antiguos biquinis no me quedaban debido a que mis pechos ahora eran más grandes y, en mi última salida de compras, los había olvidado completamente.

Me senté en una de las tumbonas, mirando hacia la nada, cerrando los ojos lentamente. Creo que estaba empezando a quedarme dormida cuando George llegó a mi lado, dándome un susto de muerte.

—Su hermano y su cuñada han llegado ya, he llevado su equipaje al ala de invitados, la están esperando en el estudio.

Corrí, bueno ya no podía correr, caminé apresurada hasta llegar al estudio donde Mike miraba atentamente el circuito cerrado de cámaras de seguridad.

—Mike…

—¡Muñequita! —Mi hermano llegó hasta mí, rodeándome con sus fuertes brazos, haciéndome reír; siempre me había gustado estar entre los brazos de Mike. A pesar de ser un hombre fuerte y musculoso, sus brazos me hacían recordar una vieja cobija afelpada.

—Estás preciosa. No has cambiado absolutamente nada — musitó soltándome.

—Subí once kilos —dije riendo—. Parezco una ballena.

—Estás hermosa…

—Hola, Ashley, ¿cómo estás? —ironizó mi cuñada. Ashley estaba sobre mi sofá

favorito para leer—. Yo bien, Odette, si vamos a hablar de ballenas, creo que

aquí

tienes a Willy. —El tono sarcástico no pasó desapercibido.

—Ashley. —Fui hasta ella y la abracé lo máximo que permitieron nuestras

barriguitas—. ¿Cómo se están portando las princesas?

—Como dos plebeyas —contestó riendo—. No soporto mi vejiga y ya no veo

mis pies. —Ashley hizo un puchero gracioso—. ¿Tú cómo lo llevas? —dijo,

acariciando mi vientre.

—Pues Declan se cree Schumacher en sus épocas de gloria en la fórmula 1

—respondí, dándole a entender que la comprendía perfectamente—. Pasemos a

la sala, así estaremos más cómodos. Le he pedido a George que le diga a Susan

que nos traiga algo de comer.

El tiempo pasó gratamente; le había mostrado a Ashley y a Mike gran parte de

la casa y, desde el balcón del segundo piso, las casas gemelas que hacían los

chicos. En el preciso momento en que Dante se quitaba la camisa revelando un

pecho fuerte y cincelado.

—¡Mierda! —murmuró Ashley en mi oído.

—Lindo y coqueto… Novio de Mía. —Mi cuñada se abanicó con la mano y miró

a Mike de reojo.

—Tu hermano está haciendo vida célibe.

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué? —Sabía que no eran conversaciones propias de nosotras, pero Ashy parecía necesitar hablar.

—El doctor nos dio vía libre, pero nada de jugar a ser bruscos; sin embargo, el tonto de tu hermano está convencido que va a lastimar el ojo de alguna de las niñas.

Me reí porque solo Mike pensaría eso.

—No te rías, soy una mujer de casi siete meses de embarazo.. ¡Siete meses sin sexo! —Hizo un puchero divertido—. Tienes cara de que no has pasado por lo que yo… —Picó mi costado—. Anda, cuéntame tu más depravada fantasía.

—¿Quién eres tú?, ¿qué hiciste con mi cuñada?

—Siete meses sin seeeexoooo..

—¡Jesús, deja de decirlo! —Sabía que estaba sonrojada—. Mejor bajemos, seguramente Susan ya está por servir la mesa.

Mike se había quedado en la habitación, cambiándose de ropa, y Ashley y yo decidimos empezar a bajar. Solo fue llegar a la mitad de la escalera cuando escuché algo quebrarse.

¡Por favor no!

Gritos, palabras grotescas dirigidas a alguien con furia y estruendo… mucho

más estruendo.

George estaba de pie al final de la escalera, su rostro estaba pálido y su mirada

se iba al estudio de Dimitri. Debía haber llegado mientras yo estaba arriba con

mi hermano y cuñada. Respiré profundamente antes de dirigirme al lugar del

estropicio.

—Señora, no creo que deba… —dijo cuándo me vio caminar hacia el estudio.

—Voy a llamar a Mike…—susurró Ashley cuando algo chocó contra la pared.

Necesitaba calmarlo, necesitaba que Mike no supiera de todo el infierno que

había soportado en esta casa. Conocía a mi hermano, él estaba de acuerdo con

Dimitri en muchas cosas; pero ante todo, era mi hermano.

Empujé la puerta, observando el caos que era el impoluto estudio: partes de

su teléfono celular estaban partidas sobre la alfombra, su computador, papeles y

demás estaban en cualquier lugar del suelo y el vitral de la ventana estaba hecho

añicos. No sabía a qué hora había llegado; pero frente a mí, Dimitri estaba

caminando por los anillos del purgatorio. Su postura, la ira en sus ojos, su frente

surcada por venas que parecían querer estallar… Supe que necesitaba calmarlo

antes que Mike bajara…

—¡Fuera! —El grito que dio me hizo estremecer, sin embargo, no lo obedecí—.

¡Sal de la maldita habitación, Odette!

—¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—Bien —rio de manera sarcástica—. Nunca he estado tan malditamente bien en toda mi miserable y patética vida. Ahora, quieres dejarme solo, joder.

—Dimitri. —Me acerqué a él intentando parecer calmada—. Mi hermano está en casa.

—Me importa una mierda tu hermano. Y si no me dejas solo, me vas a importar una mierda tú también —dijo entre dientes.

—No me iré..

—¡Genial Me iré yo! —Salió del estudio, hecho una fiera. Respiré tres veces antes de seguirlo. Mike bajaba las escaleras con una muy preocupada Ashley.

—Parece que está de mal genio —dijo Mike en tono divertido.

—¿Te parece? —bufó Ashley de manera sarcástica.

—Solo iré a ver qué sucede. —Cuando pasé al lado de Mike, él tomó mi muñeca.

—No te hará daño, ¿verdad? Porque voy a ser padre y tío y necesito estar para mis chicas.

—Dimitri no me lastimaría, llevo en mi vientre lo único preciado para él —repetí las palabras que Dante me dijo meses atrás.

—¿No es mejor si lo dejas que se calme? —Ashley colocó su mano en mi hombro.

—No, solo quiero saber si está bien y si va a comer con nosotros. Dimitri es como un perro chihuahua, ladra mucho, pero muerde poco —intenté hacer una broma—. George, lleva a mi hermano y a mi cuñada al jardín.

—Ni hablar, me quedaré aquí. —Mike se cruzó de brazos, con su pose tozuda de "intenta moverme"

Subí las escaleras sin saber qué iba a encontrarme. La ducha estaba encendida, por lo que supuse Dimitri estaba ahí. Me senté sobre la cama esperándolo, pero los minutos pasaban sin alguna muestra de que él fuese a salir pronto. Pensé en levantarme e ir hasta el baño, pero el ruido del agua de la ducha se detuvo; minutos después, él salía del baño envuelto en una tolla negra.

—Ardo en las arenas del infierno, Miller… No me provoques. —Caminó hacia el closet y empezó a tirar cosas.

—¡Dimitri, basta! —dije entrando al closet—. Recuerda a Declan… —Sacó de las perchas un jean oscuro y una camiseta gris.

—Déjame en paz o me olvidaré de Declan. ¡Sal de la puta habitación… Ahora!

—Lo prometiste, Dimitri, controlarías tu ira, no me intimidarías. Mike está abajo; al mínimo indicio de amenaza, me llevará con él.

La carcajada de Dimitri fue burlona.

—Que ni lo intente… —Salió del closet, pasando a mi lado como un huracán.

—Dimitri…—Intenté tomar su mano, pero él fue rudo al apartarla.

—¿Por qué demonios no puedes entender una jodida orden? He tenido una mañana de mierda, lo único que quiero es estar solo, así que, por última vez, Miller. ¡Sal de la maldita habitación! —gritó, arrojando la ropa a la cama. Sus ojos eran furia pura, como lava ardiendo, el demonio luchando por salir y domarlo.

Aunque intenté evitarlo, mis ojos se anegaron en lágrimas.

—Nunca cambiarás, ¿verdad? —dije sintiendo cómo mi voz se distorsionaba por el llanto.

Su mirada cambió al escucharme

—Lamento desilusionarte, muñeca. Esto es lo que soy, ¡maldita sea! ¡Esto! —Se golpeó el pecho.

—No, eres mucho más, eres el hombre que me hizo un baño, el que masajeó mis pies, eres el hombre que me besa con ternura y pasión al tiempo…

—No querida… Lo intento, trato y trato de no joderme más, pero a la gente le gusta cargarme, ¡llevarme al borde de la desesperación!. . Fuera de estas

cuatro

paredes, Odette, estoy tan rodeado de mierda. —Se sentó en la cama y llevó sus

manos a sus cabellos—. Estoy cansado, tan cansado, pero seguiré luchando y

seguiré haciendo que cada persona que arruinó mi vida se lamente de respirar.

Tanto dolor y odio en sus palabras hacían que mi pecho se contrajera, quería

que fuese libre, pero parecía tener cadenas que cada cierto tiempo se templaban

recordándole que estaba atado a su pasado, a sus rencores. Me acerqué a él

acariciando su nuca, movimientos suaves y circulares.

—Debes dejarlo ir, Dimitri.

—No puedo.

—¡No quieres!

Alzó la mirada, el fuego extinguiéndose solo por segundos; respiró y negó con

la cabeza, levantándose hasta colocar sus manos en mis hombros.

—Quiero que sufran, que se humillen, quiero que me pidan perdón, que se

arrepientan de haberle hecho daño al niño, al joven, al hombre…

—No te entiendo.—Besó mi frente con reverencia y me atrajo a su cuerpo.

—Nada va a lastimarte, nadie te tocará, ni a ti ni a Declan.

—¿Por qué?… ¿Por qué dices eso?

—Sal de la habitación, Odette. —Me apartó de su pecho—. Es la última vez

que

te lo digo.

—Mike…

—Dile que hay problemas en la planta de Londres, que el maldito mundo se

está acabando, que necesito tiempo para mí… Dile cualquier jodida cosa, pero

déjame en paz. —Abrió la puerta de la habitación—. ¡Fuera, Odette!

Caminé para obedecerle, pero me detuve cuando llegué a su lado, acariciando

su mejilla.

—Te espero abajo.

Él tomó mi mano antes que saliera.

—Quiero ser mejor persona para ti, de verdad quiero serlo. —Bajó la mirada y

tocó mi vientre—. Lamento haberte gritado, solo necesito unos minutos a solas

para pensar. Cuando haya recobrado la compostura, bajaré; si no lo hago, no

subas.

—¿Confías en mí? —pregunté mirándolo a los ojos..

—Más que en nadie en mi vida, Miller…

—¿Si Declan o mi vida está en peligro, me lo dirás? —Negó con la cabeza.

—Dimitri..

—Sal de aquí, por favor. —Me empujó fuera y cerró la puerta con fuerza, me

giré para encontrarme a Mike; la postura de su cuerpo dejaba en claro que

quería explicaciones… Muchas explicaciones.

Capítulo 13

Seguí a mi hermano a paso lento. Acababa de evitar el ojo de un huracán sin

notar que fuera estaba el coletazo. Acaricié mi vientre cuando Mike me dejó

pasar primero, golpeé el pie contra la moqueta del suelo, y decidí antes de hablar

que él atacara primero.

—Dimitri ha tenido días malos, problemas en la sucursal de Londres que

afectan directamente a la sucursal de América. Los directivos en Europa quieren

que se traslade a la filial principal y desde ahí maneje todo, pero él no quiere

abandonar Estados Unidos… por razones obvias. Las continuas discusiones lo

mantienen un poco enojado.

Mike alzó una ceja, incrédulo.

—¿Un poco? ¡Joder! ¿Has visto el desastre en su oficina? No catalogarías su

destrucción como “un poco enojado” —Hizo comillas con sus manos y caminó

hacia mí de manera intimidante—. He tenido días de mierda, el terreno cede, los

materiales se retrasan, ¡los putos contratistas derrochan! —Alzó su dedo—, pero

nunca, ¡jamás!, he hecho tal show en mi propia casa.

—Dimitri tie..

—Recoge tus cosas —ordenó sin derecho a réplica.

—¡¿Qué!?

—Que recojas tus cosas, hagas una jodida maleta o lo que sea.

Nos vamos.

—Mike…

—Mira, Odette, no soy un maldito idiota, esta vez no ha sido la primera vez,

¿qué tal si la próxima no encuentra papeles o su celular?, ¿qué tal si la próxima

vez que pierda los estribos te golpea a ti?

—Dimitri nunca me lastimaría. —Por más estúpido que pareciera, confiaba en

que no volvería a maltratarme.

Lo había visto pelear hoy contra él mismo, controlarse.

—¿Ah, no?, ¿y cómo lo sabes? —El sarcasmo en sus palabras era evidente.

—Porque me ama, porque De…

—¡Ay, por favor, Odette! ¿De verdad me crees tan idiota? ¡Sé perfectamente

que no lo conoces desde hace tres años! —Caminó de un lado a otro como león

enjaulado—. Una relación a distancia —insinuó con sarcasmo.

—Eso fue lo que sucedió.

—¡¿Y si tanto lo querías, por qué no te casaste?! Supuestamente, estás

enamorada de él. Si lo amaras tanto, ya serías su mujer.

—¡Soy su mujer! El hecho de que no quiera una boda no significa que no lo sea.

Llevo en mi vientre a su hijo y él…

—¡Dime la verdad! ¿Qué diablos pasó?, ¿cómo resultaste embarazada de un

maldito loco? —gritó—. ¿Te está amenazando? ¡Es eso!

—No es eso, Mike. Es solo que…

—¡Entonces dime! —gimió desesperado, pasándose las manos por su corto

cabello.

—Yo estoy bien, estamos bien, no me quiero casar porque no quiero una unión

legal. Estoy enamorada de Dimitri Malinov, la convivencia es algo difícil y tú lo

sabes. ¿O debo recordarte tus primeras discusiones con Ashley, Michael Miller?

—Lo de Ashley y yo es completamente diferente, peleábamos porque dejaba la

ropa tirada, porque no levantaba la maldita tapa del toilette. —Se sentó sobre la

cama y dio un largo suspiro, intentando calmarse—. Pequeña, confía en mí; si

algo está pasando aquí, es mejor que… —La puerta se abrió y ambos miramos a

Dimitri. Mis ojos le pedían calma, los de Mike… por primera vez, no podía

descifrar la mirada de mi hermano.

—¡Tú! —Mike lo señaló— ¿Qué le hiciste?, ella no era así.

—¿Qué le hice de qué? —Se acercó a mí—. ¿Estás bien, nena? —asentí—. Escuché gritos.

—Genial, yo también escuché bastantes gritos. Tú, pedazo de cabrón, gritándole a mi hermanita.

—Mike —dijo extendiendo su mano hacia mi hermano. Por supuesto, él no la tomó—. Debo pedirte una disculpa por mi actitud hace un rato, tuve varios problemas con los directivos de GEA. Sé que me excedí y que no está bien que haya hecho algo parecido a un berrinche y haya destrozado la habitación; simplemente, la situación me superó. Estoy agotado, han sido días muy duros.

—Me importa una mierda los problemas legales de tu empresa. Lo que realmente me importa es mi hermana.

—Lo sé, pero tiendo a ponerme un poco histérico cuando no puedo controlar situaciones. GEA Londres se me está saliendo de las manos. No es una excusa, pero es la verdad.

—¿Qué diantres sucede en Inglaterra, Dimitri, como para ponerte a la par de un niño pequeño y destrozar tus cosas?

—Problemas, Mike, los directivos piensan que como CEO debo estar a pie de la compañía, y como ya tengo más de cinco meses en New York, se preguntan

hasta

cuándo estaré aquí.

—¿Y qué se supone que harás?, como médico sabes que Odette no puede viajar

a estas alturas del embarazo.

—Estoy intentando convencerlos que lo mejor para esta filial es que yo me

quede en Norteamérica y desde aquí dirija ambas filiales.

—O puedes irte y Odette puede quedarse en New Jersey el tiempo que tú estés

fuera. —Mi hermano estaba serio; sin embargo, no estaba siendo descortés.

—No será necesario, además de ser el director administrativo soy el accionista

mayoritario de la compañía, y he decidido radicarme al menos unos cinco meses

más en New York, mientras esperamos la llegada de Declan, más el tiempo

apropiado para que el bebé viaje. —Lo miré completamente horrorizada. No

habíamos hablado de irnos del país, que digo país, ¡irnos del continente!—. Debo

volver a Europa al menos a plantear lo beneficioso que será para la compañía

que yo dirija desde Nueva York, pero luego hablaremos de eso, la mesa está

servida y tu esposa está algo enojada por hacerla esperar.

Salimos de la habitación en absoluto silencio.

—Dimitri… —habló mi hermano mientras bajábamos la escalera; se acercó

hasta Malinov, señalándolo con el dedo—. Puedes tener al maldito mundo en tu

contra, pero le vuelves a gritar a mi hermana y te juro que vas a volver a tener

una charla con mi puño, cuando se estrelle varias veces en tu cara.

—Entendido, cuñado… No te preocupes, no volverá a suceder.

—Eso espero —murmuró gruñón.

Mike se adelantó para llegar con Ashley; sabía que aún estaba molesto, pero al

menos, había desistido de esa loca idea de llevarme con él.

—Bueno, no estuvo tan difícil.

—Dimitri.

—Vamos a comer, nena. Lo que sea que vayas a decirme, podemos hablarlo

después.

Ashley y Dimitri se presentaron en persona ya que solo se conocían vía

telefónica. Susan y George se encargaron del almuerzo. Dante y Andrew llegaron

cuando empezábamos a comer y amenizaron el ambiente hablando de planos y

diseños con mi hermano. Dimitri se mantuvo ausente y yo… yo solo podía pensar

en el viaje a Europa.

No pensaba dejar mi carrera, mi familia, mis sueños, ¡mi vida!. , por ir tras

Dimitri! ¡Eso sí que no!

—La señora ¿quiere algo diferente? —preguntó George mirando mi plato completamente intacto. Dimitri me miró fijamente mientras negaba con su cabeza de manera insistente.

—No, simplemente no tengo apetito. Si me disculpan, no me siento bien. Mike, Ashley, están en su casa. —Me levanté de la mesa necesitando un minuto a solas.

En lugar de ir a mi habitación, fui a la de Declan. Sin saber qué pensar, me senté en la mecedora en la que dormiría a mi pequeño. Toda mi vida estaba en Norte América; por mucho que amara a Dimitri, no quería dejar atrás lo que ya tenía. Sostuve mi vientre acariciando distraídamente cualquier movimiento de mi bebé. No supe cuánto tiempo estuve sumergida en la bruma de las últimas noticias.

—Así que estás aquí. —Levanté la mirada observando a Dimitri entrar a la habitación—. Odio profundamente cuando no comes, Odette. —Se arrodilló frente a mí y acarició mi mejilla con el dorso de su mano, tenía los nudillos de un rojo furioso—. ¿Qué sucede, hermosa?

—Perdí el apetito.

—¿Quieres que le diga a Susan que te prepare algo más, quizá una tortilla de huevos untada de ese dulce de leche que tanto te gusta? —Hice mala cara.—

Habla conmigo… te levantaste abruptamente del comedor y hace diez minutos

estoy de pie en la puerta esperando que me notaras. Si fue por lo que pasó hace

rato… Sé lo que te prometí, simplemente…

—¿Tan grave son las cosas en Inglaterra?

—Así que eso es… —Se levantó y pasó la mano por su cabello. Se detuvo frente

al ventanal mirando hacia fuera.

—Dimitri…

—Tengo que ir, Miller. Los directivos siempre se han quejado por mi edad e

inexperiencia en el negocio, a pesar de haber triplicado sus ganancias desde que

Alexei murió. Estos últimos meses, las acciones han tenido un declive en la bolsa

e Ivanka siempre ha sabido manipularlos a todos. Ahora alega que desde que

estoy en Norteamérica he descuidado mi puesto. Ella es ambiciosa como su

padre, ansía poder; piensa que siendo ella presidente del grupo va a obtener

control de todo, pero yo soy el dueño de la mayoría de las acciones y eso me da

suficiente poder para joder su patética existencia.

—¿Otra venganza?

—Sí, Odette. Mi vida está pactada para vengarme de cada persona que me hizo

daño.

Me levanté rodeando su cintura con mis brazos tanto como mi vientre lo permitió.

—¿Por qué?

—Porque fue lo único que me mantuvo vivo cuando lo que más quería era morir. —anudó sus dedos con los míos—. Porque es lo que soy.

—No, tú no eres eso. Cuando no estás al borde, eres el ser humano más tierno que he conocido.

—Tú haces que sea tierno, princesa. —Se giró, uniendo nuestras frentes—. Me haces querer ser *Ironman*. —Soy más *Deadpool*. —Lo besé y acaricié su rostro

—Hay algo más, lo sé, lo veo en tus ojos.

—No hay nada más. —Tomó mis manos dando besos mariposas sobre mi piel.

—Sin mentiras, me lo prometiste.

—Baja y come algo, nena…

—Por favor. —Dos lágrimas descendieron por mi rostro, él las besó tiernamente.

—Voy a protegerte, Miller. A ti, a Declan… Voy a protegerlos. Cualquiera que ose siquiera mirarlos, lo destruiré. Tengo dinero, poder y nadie volverá a hacerme daño.

—¿Quién quiere hacernos daño?

—Si te cuento, ¿prometes no alterarte? —asentí y el respiró profundamente—.

Ivanka se atrevió a amenazarme, me ha estado investigando y sabe de ti y del

bebé. Un hijo mío será mi heredero universal, lo que la aleja cada vez más de

poder colocar sus uñas sobre los bienes de Alexei. —Me abrazó, recostando mi

cabeza en su pecho—. Perro que ladra mucho no muerde, Odi. Sin embargo, ella

busca vengarse de mí y es capaz de usarte.

—Tienes miedo.

—No tengo miedo. Pero aún así, no pienso permitir que ustedes salgan

lastimados de algún modo. Te protegeré, amor.

—¿Quién nos protege de ti, de tus ansias de venganza, de tu odio hacia el

mundo, Dimitri? —Tomó mi rostro entre sus manos.

—Si es necesario, te protegeré hasta de mí mismo, Odette. Así muera por

dentro, así me rompa el corazón en mil pedazos. .

—¡Shsss! —Lo abracé—. No quiero irme de aquí, no quiero que vayas con ellos,

quiero meterte dentro de mí y protegerte del odio, del rencor. —No pude evitarlo

y empecé a sollozar en su pecho. —Te amo, Odette…

No respondí nada, a pesar de haberlo dicho hacía días atrás. No había podido pronunciarlo de nuevo, au sabiendo que el moría de ganas porque lo dijera.

—Ya no llores más. Mike y Ashley han salido; los chicos volvieron al trabajo y las chicas aún no llegan. ¿Quieres hacer algo?

Negué, aún llorosa.

—Si lo que te preocupa es el viaje a Inglaterra y los directivos del GEA, he sido claro con ellos, luego veré la manera de mandarlos a la mierda, si es necesario.

Cada día tiene su afán, Miller, no nos preocupemos por eso ahora. —Besó mis labios castamente—. Necesito que comas. —Tomó mi mano—. Y es una orden.

Comí un emparedado de atún en la cocina, bajo su atenta mirada; a pesar que no estaba muy de acuerdo con mi almuerzo, no hizo nada por obligarme a comer algo más. Dimos un paseo por los jardines, mientras me hablaba de la primera vez que Alexei lo trajo a este lugar; saludamos a los chicos de lejos antes de volver al interior de la casa. En la sala, nos encontramos con Ashley, Mike y las chicas. Todos miraban a Dimitri con un rictus serio. Mi demonio personal les observaba de vuelta con una sonrisa sardónica en su apuesto rosto.

Llevé a las chicas aparte, comentándoles lo que había ocurrido y pidiendo su

discreción y silencio ante lo sucedido unos meses atrás. Allegra estuvo inconforme, pero al final aceptó.

Para la hora de la cena, todo estaba tranquilo: hubo risas, experiencias y una que otra anécdota por parte de Dante. Al final, mi hermano y su esposa se retiraron y yo aproveché para subir a mi habitación. Estaba quedándome dormida cuando Dimitri se unió a mí, intentando no darle más vueltas a lo que había pasado, me quedé dormida.

Sentí caricias en mi vientre. No era el normal movimiento matutino de mi Bichito, por lo que abrí los ojos dándome cuenta de que estaba amaneciendo; debía levantarme e ir a mi última semana de universidad. Dimitri estaba tras de mí, su poderosa erección acomodada estratégicamente en mi trasero.

—Dimitri…

—¡Mmmm!

—Tengo que levantarme, ayer falté a clases.

—Puedes faltar hoy también. —Se frotó contra mí y el particular latigazo de placer invadió mi cuerpo… ¿Alguna vez dejaría de sentirlo?

Dimitri Malinov siempre dejaba mi libido a mil, pero desde que se había sincerado conmigo aquella noche, era algo completamente inexplicable lo que ocurría en mi interior cada vez que él me tocaba con intenciones sexuales, como

lo estaba haciendo en este momento.

—Dimitri…—Ahogué un gemido cuando embistió contra mí. Tomé sus manos alejándolas de mi vientre.

—¡Dios, qué difícil eres cuando te lo propones! —Se dejó caer boca arriba, su

erección como un asta en medio de nuestra cama. Me senté rápidamente evitando tener demasiado contacto visual con su miembro.

Les juro por Dios que era hipnótico. Lo observabas más de la cuenta, y trasmitía ondas cerebrales con un mensaje claro « *hazme una felación, acaríciame*

con tu lengua, báteme como sonajera de bebé» .

Sonreí por mi último pensamiento, dándole el tiempo suficiente a Dimitri para besar mi espalda desnuda… En algún momento de la noche, presa del calor, había mandado al diablo mi pijama, quedándome solo en bragas.

—¿Cómo dormiste? —Su voz estaba ronca, sensual… apreté mis piernas un poco solo para crear fricción.

—Supongo que con los ojos cerrados —murmuré intentando controlarme.

Dimitri me atrajo más cerca de él, casi al centro de la cama. Sus manos acariciaron mis pechos mientras sus labios devoraban los míos.

—¿En qué momento desapareció la ropa? ¡¿Y por qué demonios yo no me aproveché de eso?! —Pareció confundido.

—Mi hermano ya debe estar abajo…

—Tu hermano también tiene mujer; si está muy celoso, estoy seguro de que ella estaría dispuesta a darle lo que yo quiero darte a ti.

—Dimitri —sonreí por su despertar juguetón. Sus manos descendieron hasta mi vientre, dando un pequeño golpecito.

—Una noche completa de sueño reparador para mamá… Bien, campeón. Prometo comprarte un Ferrari cuando tengas cinco.

—¡Oye!

—¿Qué podemos comprarle a tu madre, pequeño?

—La madre se conforma con que la dejen ir al baño a hacer pis.

Hizo un gesto repulsivo.

—Eres una completa daña polvos Miller —gruñó soltándome—. Ve a deshacerte de los desechos del organismo.

Me empujó fuera de la cama. Me giré mostrándole la lengua. Antes de meterme al baño, pude escuchar que dijo «¿y ahora qué hago yo con esto?».

Estaba terminando de ducharme, cuando lo sentí en mi espalda, acariciando, besando, llevándome al límite del deseo… Tomó el jabón líquido y enjabonó mi cuerpo con dedicación, a pesar de que le dije que ya lo había hecho. Lamió mis pechos y susurró tiernas palabras de amor hacia mí y el bebé.

Salimos de la ducha entre sonrisas cómplices, olvidando todo lo que nos rodeaba. Me coloqué un vestido de pre-mamá azul celeste y me senté sobre la cama, mientras lo observaba vestirse frente al espejo con un traje de tres piezas color azul eléctrico que parecía acentuar cada parte de su cuerpo.

—Si sigues mirándome así, no vamos a salir de esta habitación. —Sé colocó los gemelos girándose hacia mí.

—Perfecto…

—Desde que nací, Miller.

—Presuntuoso.

—Apenas lo notas, amor… Pensé que eras más observadora.

—¡Cabrón!

—Gilipollas también, tía. —Imitó el acento español—. Vamos a comer y luego te dejaré en la universidad, así Joshua puede estar al servicio de tu hermano. Le diré a Charlie que tome uno de los autos de la cochera.

Bajamos al comedor tomados de la mano, todos nuestros invitados estaban desayunando. Dimitri tomó mi silla abriéndola para mí antes de sentarse a mi lado. Mike se levantó y dio un beso a Ashley en la mejilla.

—Voy por tus examenes, preciosa, y nos vamos. —Ella asintió, terminando su

tostada.

—Mike, Joshua estará a tu servicio todo el día, yo me haré cargo de Odette.

—Dimitri acarició mi mano con su mano libre antes de llevar su café a sus labios.

—Ok, pensaba conducir, pero da igual. —Salió del comedor, todos esperaron hasta que los pasos de Mike en la escalera no se escucharan para empezar la inquisición.

—Parece que se te han pegado las sábanas, Odi. — Mía cortó su waffle, deslizándolo por la salsa maple antes de llevárselo a la boca.

—¿Sábanas, cariño? Yo diría que se ha pegado a otra cosa —rio Dante.

—¡Pero si hasta aquí se escuchaba lo bien acompañada que estabas en la ducha! —Apostilló Andrew.

—Debemos colaborar con el planeta —dijo Dimitri en tono solemne.

—Vaya forma de colaborar la de ustedes, más de treinta minutos bajo el agua.

—Ashley se unió a mis amigos, subiendo y bajando sus cejas de manera sugerente antes de terminar su plato y abandonar la sala.

Dimitri gruñó y la mesa estalló en carcajadas.

—Debiste haberle visto la cara a Mike…—Miré asombrada a Allegra. Sin duda

Andrew le había hecho bien. Estaba más risueña, podía ver en sus ojos que

poco

a poco él estaba cambiando su vida.

Sentimos los pesados pasos de Mike acercándose y todos retomamos la compostura, mientras George colocaba el plato de Dimitri frente a él. Yo había optado por algo de cereal y yogurt, pero no pude evitar robar un pedazo de beicon de su plato.

—¿Quieres algo más, pequeña? —negué divertida mordiendo mi tesoro.

Dimitri soltó mi mano para abrir su periódico como todas las mañanas, cuando su celular empezó a sonar.

—Necesito contestar esta llamada —dio un beso a mi frente antes de salir del comedor.

Mike y Ashley se despidieron, me hubiese gustado acompañarlos, pero no podía faltar a clase.

La mesa se llenó rápidamente de una charla familiar acompañada del sonido propio de tenedores contra los platos y vasos contra la madera. Llamé a George

pidiéndole más beicon y preguntándole por Dimitri, quien había salido hacía diez minutos.

—Está en el estudio, atendiendo su llamada —murmuró colocando el plato de beicon tostado frente a mí.

El timbre se escuchó, lo que me sorprendió completamente; desde que había

llegado a esta casa, nunca recibíamos visitas.

George se disculpó para ir a atender.

—¿Quién podrá ser? —Dante dejó los cubiertos e intentó levantarse, pero Mía

detuvo su mano.

— *Amor*, George fue a ver, seguramente es el cartero.

—Tenemos un vigilante en la entrada, dejan la correspondencia allí.
—Andrew

también se mostró curioso.

—Debe ser un…

—¡El señor no está! ¡No puede pasar!—La voz de George tembló haciendo que

los chicos se pusieran alerta. Me levanté, pero Andrew nos ordenó sentarnos.

Entonces la escuché:

—¡ *Sé que estás aquí, pedazo de mierda! Si te crees tan hombre, sal y da la cara.*

Los chicos se quedaron completamente quietos, como si un balde de agua

helada hubiese caído justo sobre sus cabezas. Me levanté nuevamente rodando

mi silla y saliendo del comedor dispuesta a enfrentar a quien quisiera dañar la

paz de mi casa. Caminé hasta la entrada y me quedé estática cuando vi a la

mujer, alta, esbelta y rubia, con unos ojos impresionantemente azules y una piel

tan blanca como la misma porcelana. Éramos tan parecidas…

—¡Dimitri!

—Ya le dije que el señor no está. Abandone la casa, señorita Jones, o me veré obligado a llamar a la policía.

—¡Pues hazlo! —Le retó—. No pienso irme de aquí hasta verlo. ¡Sal de tu escondite, Malinov!

No sabía por qué George negaba a Dimitri, pero decidí hacerme notar al ver que sus esfuerzos porque la mujer se marchara eran nulos.

—Disculpe, señorita. —Mi voz fue fuerte, me erguí completamente a pesar del dolor en mis vertebras.

—¿Y tú quién diablos eres? —Me miró de arriba abajo, deteniéndose en mi vientre.

No me gustó para nada la forma en que me observó, como si quisiera arrancar a Declan de mis entrañas.

—Señora Victoria, váyase ahora. —George se veía cada vez más nervioso.

Era ella, Victoria, pero ¿qué hacía aquí? ¿Qué buscaba?

—¡¿Quién eres tú?! —gritó ella al borde de la histeria.

—Yo soy…

—¡¿Se puede saber qué demonios haces en mi casa?! —rugió Dimitri, que estaba saliendo del estudio.

Sentí la presencia de Dante y Andrew tras de mí. Giré la cabeza, pero no vi a

las chicas.

Entonces me enfoqué en Dimitri.

El hombre amoroso que había sido estas semanas se había ido del todo.

Frente a mí estaba un Dimitri completamente diferente: se había quitado la corbata, en algún momento y desabrochado los primeros botones de su camisa, lo que lo hacía ver salvaje, como un tigre encerrado en una diminuta jaula. Sus ojos parecían piedras frías, la furia brotando de cada músculo. Se acercó hacia la mujer como un león a punto de atacar, como si no hubiese nadie más en esta sala, solo él y… ella.

Ella lo desafiaba, se veía claramente enojada; aun así, tenía una postura altanera, coqueta e intimidante.

—Querido —susurró—, veo que sigues tan apuesto como siempre. Giró su cabeza hasta ver a Andrew y a Dante—. ¿Aún son sus perros falderos…? Siempre supe que serían unos perdedores —farfulló muy bajo, pero todos pudimos escuchar.

—¿Por qué lo escogimos a él sobre ti?… ¿Qué demonios quieres, Victoria?

—Por primera vez, vi a Dante asqueado, como si la mujer frente a él le causara repulsión.

—¡Habla ya! ¡¿Qué haces en mi casa, joder?! —Caminó aún más cerca y, por mi

lado, tomé su mano apretándola en mi vientre.

—Por favor… Cálmate. —Algo en sus ojos cambió y entonces ella habló.

—¡Awww! ¡Tan bonito! ¿Así que tú la embarazaste? Ojalá sientas en carne

propia cada cosa que has estado haciendo. ¿Le contaste a esta niña quién eres,

Dimitri?

—¡Fuera! —La rabia inundó nuevamente sus ojos.

—No me iré de aquí hasta hablar contigo, ¡hasta que entres en razón!

Dimitri se soltó de mi amarre. Intenté volver a tomar su mano, pero él se

liberó rápidamente.

—¡No! —gruñó hacia mí, viéndose furioso. Tomé su mano de nuevo, llevándola

a mi vientre. Declan era la clave, necesitaba que se centrara en el bebé y no en la

mujer frente a nosotros.

—Apuesto a que no lo sabes todo, ¿o si lo sabe, Dimitri? —La mujer sonrió, era

una sonrisa triste pero cruel. Ella tenía el mismo tipo de sonrisa sarcástica que

Dimitri mostraba cuando se burlaba de él mismo.

—¿Por qué mejor no te vas? —La voz de Andrew me llegó lejos, como si le

hubiese tomado todo de sí pronunciar las palabras.

—No tengo nada contra ti, gatito —dijo ella—. Tampoco contra ti, Dante. —Su

voz se elevó— ¡Mi problema es con el cabrón! —¡Se acabó! —Dimitri parecía

perder los últimos vestigios de su paciencia.

—¡Se va a morir y es tu maldita culpa! —gritó ella de vuelta—. ¡Es un niño, solo

un niño!

—¡Mi bebé también era un niño y a ti no te importó matarlo! —jadeé y vi que el

cuerpo del hombre que amaba se tensionaba. Me había mentido, Victoria sí había

estado embarazada.

—¿Entonces esta es tu venganza contra mí? —Su rostro se desfiguró. La mujer

intimidante desapareció, las lágrimas corrieron por sus pómulos. Se veía sola,

abatida, como si se estuviese consumiendo desde su interior.

—Puedes tomarlo así; aunque, si hubiese querido vengarme de ti, estarías

quemándote en el maldito infierno.

Victoria volvió a reír y, esta vez, su sonrisa erizó cada rincón de mi piel.

Respiró fuertemente, quitando sus lágrimas de un manotazo antes de recuperar

su postura anterior.

—¡Te juro! —Limpió otra lágrima—. Te prometo, Dimitri, que si mi bebé muere,

voy a fulminar al tuyo y sabes que no le tengo miedo al infierno. ¡Todo lo que tú

viviste de niño, tu hijo lo sufrirá doblemente!

Y eso fue todo lo que Declan y yo pudimos hacer. El demonio rugió en su

interior. Zafó su mano de la mía, viéndose letal.

Odio y muerte se vislumbraron en su mirada antes de apartarme de su lado y

acercarse a ella.

—¡Llévatela! —gritó hacia Dante, que me abrazó con fuerza.

—Tú…—Empujó a Victoria, su voz tenía ese tinte peligroso que me recordaba

al Dimitri de antaño—. Tú te acercas a mi hijo, Victoria, y la muerte será el menor

de tus problemas.

—¡Tú estás matando al mío! ¡Una vida por otra! —Dimitri

tomó su barbilla y una expresión de dolor atravesó el rostro de la mujer.

—Antes acabo con tu maldita y patética vida.

—¡Dimitri! —grité. Mi corazón latía fuertemente, estaba completamente fuera

de sí—. Por favor…

—¡Llévatela ya, Dante! —ordenó ante la risa febril de Victoria.

Dante esta vez obedeció. Mis pies dejaron de tocar el suelo mientras gritaba el

nombre de Dimitri. Mis ojos se llenaron de lágrimas al verlo tan fuera de sí, al

tiempo que él salía de la casa apretando fuertemente el brazo de su ex.

Golpeé a Dante en el pecho cuando me bajó en el comedor. Andrew había cerrado la puerta que comunicaba con la sala, bloqueándola con su cuerpo, dejándome completamente fuera. Escuché un golpe sordo y luego el auto patinar sobre la grava.

Andrew se apartó del camino y salí de mi encierro. La puerta de la entrada estaba abierta y él ya no estaba…

Se había ido.

Se había ido con ella.

Capítulo 14

Subí a mi habitación completamente molesta, con él, conmigo, con los chicos. Una vez estuve sola, las lágrimas corrieron por mis mejillas. Me había pedido ayuda, había intentado ayudarlo. Estúpidamente, pensé que sentir la presencia de Declan lo haría encerrar sus demonios, pero no.

Él era Dimitri Malinov.

Había hecho las cosas como él había querido sin importar lo que lo rodeara.

En mi mente reproduje cada momento de la discusión: Dimitri había dicho que Victoria había matado a su hijo y ella ahora pensaba que por eso él estaba matando al suyo.

No entendía nada.

Las lágrimas seguían saliendo sin control. Me dolía el pecho porque, a pesar de las amenazas, de su toque violento y su ira, sabía que estaba sufriendo, pero también algo en mi interior me susurraba que él me había engañado. Una vez más, me había mentido esa noche cuando volvió a mí, cuando decidí dejar mi vida en sus manos. Eso y la amenaza contra Declan hicieron que llorara aún más fuerte. Lo peor de todo era que no sabía por quién lloraba, si por él, porque su vida llena de odio no lo dejaba cambiar, o por mí, que me había ilusionado con brindar a su alma consuelo.

—Muñe… —La voz de Mike se escuchó lejos. Me moví, enterrando la cabeza en las almohadas, deseando que todo fuese una pesadilla—. Odi.

Me encogí aún más entre las sábanas, no quería ver a nadie.

No quería que nadie me viera.

La puerta se abrió y los pesados pasos de Mike se escucharon contra la mullida alfombra. Sentí la mano de mi hermano en mi espalda, acariciándome distraídamente, y mi pecho se comprimió. Intenté retener las lágrimas; pero, cuando los labios de Mike se posaron en mi cabello, estallé. Los sollozos sacudieron mi cuerpo y mi hermano me arropó con el suyo mientras susurraba la canción que había compuesto para mí cuando mis padres murieron.

Y en tu oscuridad, esa que te encuentra cuando sientes que nadie más está a tu alrededor, que te

consume hasta hacerte creer que nadie está para ti…

Encuentra el camino hacia mí.

Cuando la lluvia anegue tus ojos, guía tu camino hacia mí.

Nunca estarás sola, mi pequeña y frágil muñequita. El ogro del bosque siempre estará para ti.

No supe cuánto tiempo pasó. Mike me dejó llorar hasta que los sollozos

cesaron.

—Lamento si he sido rudo contigo estos últimos meses. —Inhaló fuertemente

antes de seguir—. Solo me he preocupado por ti. Primero pensé que tu embarazo

retrasaría tus sueños profesionales, no te apoyé lo suficiente… luego, conocí a

Dimitri y él se veía tan seguro de sí mismo. Te veía a ti, Odette, veía tu postura

tensa ante él y, aun así, preferí no interferir. Un marido aseguraba que tú

siguieras con esos sueños. ¡Qué idiota fui!

No dije nada, aferré las manos en puños y sorbí mi nariz.

—Me cegué, creí que hacía lo mejor y te fallé. Lo mejor habría sido suspender

tu semestre y llevarte conmigo a Jersey, lo mejor hubiese sido apoyarte sin

necesidad de arrojarte a los brazos de un hombre que no conocía. Tú no me

hubieses ocultado un novio, Odi, pero preferí no verlo y tú… — Su voz se quebró

—. Tus amigas están preocupadas, Allegra me ha contado cosas. ¡Cosas horribles,

maldición! Su novio ha querido callarla, incluso el otro chico lo ha intentado,

pero ella me lo ha dicho todo. La manera cómo Dimitri llegó al hospital, cómo te

veías cuando él estaba cerca, y lo ocurrido hace unos días.. No sé exactamente

qué está pasando, no somos exactamente ricos, pero tampoco somos pobres y,

sea lo que sea con lo que él te amenaza, le haré frente, Odette…

Mike peinó mi cabello despejando mi rostro de él.

—Lo amo. —Mi voz se escuchó tan rota como mi corazón lo estaba.

—No te mientas, Odette, yo… las chicas me han dicho que no has comido nada

desde la mañana, está anocheciendo. —Abrí los ojos mirando el cielo oscuro—. El

bebé te necesita.

Mi bebé. Me senté en la cama, peinando mis cabellos hacia atrás y mirando

distraídamente hacia la noche.

—No te miento, me enamoré de él. No es un hombre convencional, ha tenido

una vida difícil. Pensé que perder a mis padres a tan temprana edad era duro,

Mike, pero él lo perdió todo a los cinco años; fue usado desde los seis y, desde

ahí, su vida ha sido un infierno.

—¿Estás justificándolo?

—Lo de hoy no tiene justificación. —Mike me tendió un sándwich y un vaso con jugo. Miré el plato antes de colocarlo nuevamente en la mesa.

—¿Quién era la mujer? Las chicas no supieron decirme y sus amigos callaron.

—Ella fue el amor de su vida. —Tomé el sándwich y le di un mordisco, sin muchas ganas; pero Mike tenía razón, yo debía cuidar de Declan.

Mike se levantó de la cama luciendo preocupado.

—Cuando hablé con Malinov hace siete meses atrás, me prometió cuidarte, pero yo ya no confío en esa promesa. Quiero llevarte conmigo a Jersey, pero Ashley me ha dicho que debo preguntarte qué quieres hacer, así que… ¿Qué hacemos?

—Me iré contigo. —Mi hermano soltó un suspiro, había estado pensando en irme con Mike al menos hasta que llegara el momento del nacimiento de Declan,

estaba cansada; pero más que eso, estaba harta de vivir al límite y asustada por

las amenazas de Victoria para con mi hijo non nato. Iba a proteger a mi bebé como una leona, incluso de su propio padre y de su oscuro pasado.

—¿Qué vas a hacer con Malinov?

—¿Ha vuelto ya? —Mi hermano negó—. Nos iremos cuando tú digas. —Omití

completamente que quizá para cuando Dimitri volviera ya habrían pasado días, e

incluso meses.

—Entonces recoge tus cosas, nos vamos mañana al amanecer. —Mike volvió a

sentarse a mi lado en la cama—. Come un poco más y si necesitas algo estaré en

la habitación de al lado.

Asentí y di otro mordisco a la comida mientras mi hermano caminaba hacia la

puerta.

—Odette… —Alcé el rostro mirando a Mike—, cuando lleguemos a Jersey,

necesitamos sentarnos a hablar, necesito saber cómo terminaste embarazada de

Dimitri Malinov. Dónde demonios lo conociste. Necesito saber la verdad para así

estar preparado. Dimitri es un hombre de armas tomar, pero yo prometí delante

de la tumba de mis padres que te protegería, y cumpliré mi promesa. — Al ver

que no contesté nada, cerró la puerta tras él dejándome sola.

Por más que lo intenté, no dormí durante la noche, mis pensamientos estaban

confusos, retazos de la conversación volvían a mi cabeza: la rabia de Dimitri, el

dolor en las palabras de Victoria… Su hijo se estaba muriendo… No, Dimitri lo

estaba matando, pero ¿cómo? ¿De qué forma?

La noche transcurrió de manera rápida. Me levanté antes del amanecer y me di un baño en la tina, hablando con Declan sobre nuestros nuevos planes. Cuando llegué a la sala, Mía, Allegra y los chicos estaban ahí, junto con Mike.

—Ashley está en el coche, ¿tu equipaje? —preguntó al no ver nada a mis pies.

—Nada de lo que hay en esta casa me pertenece. —Me acerqué a Mike para susurrarle que deseaba hablar algunas cosas con mis amigas antes de irme.

—Te espero en el auto. —Mi hermano dio un beso en mifrente antes de salir

—Odette… —Mía intentó hablar, pero alcé mi mano, diciéndole con ese gesto que me dejara hablar primero.

—Me voy con Mike, no sé si ustedes quieren quedarse aquí.

—No. —Allegra fue enfática—. Si tú te vas, nosotras también.

—Ustedes no tienen que ir a ningún lado. —Dante se levantó del sofá —. Ni tú,

Odette.

—Lo siento chicos, tengo que proteger a Declan.

—Dimitri no permitirá que nada les pase. —Andrew tomó lugar al lado de Dante.

—¿Dimitri? ¡¿Dónde diablos está Dimitri ahora?! —expresé furiosa.

—Odi, tú sabes… —Interrumpí lo que fuera que Andrew pensaba decir.

—¿Y si esa mujer vuelve?

—No va a volver —sentenció Dante—. Si sabe lo que es mejor para ella, no

va a

volver.

—Ya no me importa si vuelve o no, él se fue con ella.

—Pero no es lo que tú imaginas. —Dante apretó los puños a su costado—. No tienes que…

—Si sientes que tienes que irte, vete. —Allegra se acercó a mí, tomando mis manos entre las suyas—. Eso sí, mantente en contacto.

—Y cuida de nuestro sobrino. —Mía sorbió su nariz—. Me harás mucha falta.

—Nada de lo que te digamos te hará cambiar de opinión, ¿verdad? —Andrew intentó convencerme una vez más, pero negué.

—Lo volverás loco, tú mantienes sus demonios en paz. —Se acercó a mí—. Como hermano te lo pido, piensa bien tu decisión.

El claxon del coche de mi hermano se escuchó.

—Tengo que irme. —Me iría pese a todo. Si Dimitri Malinov destruía media ciudad, no era mi problema.

Me giré dispuesta a irme y entonces lo vi.

—¡Dimitri! —Dante reaccionó sorpresivamente al verlo—. ¿Dónde? ¿Cuándo?

Pero él no lo miraba, su mirada estaba puesta en mí, se veía cansado y despeinado, tenía el mismo traje azul que le había visto ponerse ayer.

—¿Vas a algún lado, Odette? —preguntó lacónicamente.

—Me voy con Mike a Jersey. —Mi respuesta fue clara, concisa y segura. No me

dejaría intimidar por él.

—No…

—¿No? —Alcé mi barbilla—. ¿No? —Me acerqué a él, dispuesta a mostrarle que

no podría hacerme cambiar de opinión.

—No puedes irte. —Avanzó dos pasos hacia mí.

—Mírame. —Cuando pasé a su lado, su mano tomó de manera suave mi

muñeca.

—Necesitas una explicación, déjame dártela —susurró en mi oído.

—No quiero escuchar más mentiras, Dimitri. No hay explicación para lo que

hiciste ayer —siseé de manera baja. No me interesaba tener un show.

—¡Déjennos solos! —ladró a los chicos. Con reticencia, Mía y Allegra nos

dejaron solos.

Dimitri esperó que la puerta se cerrara antes de hablar.

—Voy a darte una explicación por las buenas… O por las malas, Odette. —Me

soltó y camino hacia el mini bar—. Tú decides.

—Mike está afuera.

—Charlie también, no lo dejará acercarse a la puerta y sabes, no tengo la

menor duda, de que un hombre como él sabe cómo detener a alguien., aún en

contra de su voluntad. —Bebió el licor ambarino de su vaso.

—Intimidándome no vas a lograr nada. O sí, vas a lograr que me vaya cuando

menos lo esperes.

—Solo te estoy pidiendo unos minutos, ¡quiero explicarte todo, joder! —Golpeó

la mesa del bar con su puño cerrado y yo di un brinco en mi lugar—. Por favor,

solo escúchame —dijo en un susurro.

—Tienes cinco minutos y contestarás todas mis preguntas sin mentir.

—Lo que quieras. —Se acercó a mí, tomando mi mano entre las suyas, pero las

solté abrazándome a mí misma, insegura de si estaba haciendo lo correcto, o si

debía salir de aquí.

Sabía perfectamente que Charlie no me haría daño ni a mí ni a mi hermano.

Dimitri volvió al bar y rellenó su vaso.

—Digas lo que digas, me iré a Jersey cuando termines.

Dimitri estrelló el vaso contra la pared.

—No puedes irte, ¡no puedes dejarme! —gritó—. Me lo prometiste y yo…

—Caminó presurosamente hasta llegar junto a mí, los toques en la puerta no se

hicieron esperar—. Yo… Yo te necesito, Odette.

—¡Tú! Maldita sea, siempre tú. ¿Y yo, Dimitri? ¿Dónde demonios quedo yo?

Estuve ahí, traté de controlarte, pero tú, tú te dejas dominar por tus instintos. ¡Yo

no puedo! Te fuiste con ella. ¡Con ella! Sin importarte mis sentimientos. ¿Dónde

estuviste anoche? ¿La ataste? ¿La humillaste? ¿Recordaste viejos tiempos,

Malinov?

—¡No! —rugió—. No me acosté con ella, te amo. ¿Por qué no puedes

entenderlo? —Sujetó mis muñecas, y me solté. Afuera podía escuchar la voz de

mi hermano y la contundente voz de Charlie al no dejarlo pasar—. Volví a casa

por la noche, quise ir contigo a la habitación, pero te escuché llorar… —Su voz se

quebró—. Estuve en la puerta de nuestra habitación, pero no pude seguir porque

estabas sufriendo ¡y era mi culpa!

—Mentira, todo tú eres una maldita mentira. —Una lágrima descendió por mi

mejilla y la aparté rápidamente.

—Volví anoche, princesa. George es mi testigo.

—¿Por qué hasta la noche? ¡Eran las nueve de la mañana!

—¡Porque estaba enojado! Todos mis demonios me gritaban que acabara de

una vez con Victoria, que cobrara lo que ella me había quitado.

Caminó de un lado a otro, pasando las manos por su cabello, completamente

fuera de sí, como si quisiera liberarse una vez más pero algo se lo impidiera.

Crucé mis brazos sobre mi pecho, abrazándome a mí misma, deseando abrir la

puerta y salir de aquí. Mike seguía afuera gritando; pero, tal y como él me había

señalado, nadie había entrado. El ambiente dentro de la sala era asfixiante,

ninguno de los dos decía nada.

Caminé hacia la ventana abriéndola e inhalando el suave aroma de la mañana

neoyorquina.

—Entonces recordé mis promesas. —Su voz se escuchó baja—. Cerré los ojos y

vi la última ecografía de mi hijo. Pietro me envió el video del último ultrasonido

a mi celular, así que, mientras llevaba a Victoria a su casa, me dediqué a

centrarme en Declan, en ti, y entonces, Joshua nos llevó hasta su casa y la dejé

con su marido con clara advertencia: que si ella volvía a mi casa, que si se

acercaba a ti, no obtendría una vez más mi ayuda para su hijo.

Jadeé sorprendida y Dimitri alzó la mirada.

—¡Su hijo! Ella dijo que matarías a su hijo.

—¡Estoy haciendo lo posible por salvar a ese niño! Es su cuerpo el que no

reacciona.

—¿Es tu hijo? Dijiste que Victoria te había engañado que el embarazo era una

farsa… ¿Es ese niño, tu hijo?

—No es mi hijo, Victoria mató a mi hijo cuando, en un viaje inducido por heroína, tomó pastillas abortivas. —Se sentó sobre el sofá, abatido.

—Me mentiste… Dijiste que el embarazo era una farsa.

—Victoria era una farsa, mató mis sueños, mis ilusiones, mis ganas de vivir… Todo se fue en el momento en el que entré a la habitación y encontré el cuerpo de la mujer con la que compartía mi vida cubierto de sangre —sonrió burlonamente—. Al principio, pensé que era algo natural, pero el índice de narcóticos en su organismo, combinado con los componentes del abortivo, hicieron que el mundo ardiera bajo mis pies.

Ahora recordaba el porqué de su reacción cuando me fui a Jersey la primera vez.

Su desesperación por saber si había terminado con el embarazo.

—Ella mató a mi hijo. —Pasó las manos por su rostro.

—Por eso tú matas al suyo ahora.

Alzó su mirada, la desolación en sus ojos hizo que mi estómago se apretara fuertemente.

—He hecho todo para salvar ese niño, le he dado sangre, le doné mis células, pero el cuerpo de Demian rechazó el trasplante. ¡He pagado a los mejores doctores, Odette! Ese niño no es mi hijo, pero sí es mi hermano.

—¡¿Tu hermano!?

—Victoria es la esposa del hombre que se hace llamar mi padre. ¡Maldito mundo podrido! Mi ex mujer y el hombre que más daño le hizo a mi madre…

—Tu venganza… —titubeé —. Tu venganza es que ese niño muera. —Llevé mi mano a mi boca, completamente incapaz de creer que Dimitri pudiera hacer algo tan mezquino.

—¿Por qué siempre piensas lo peor de mí? Dices que me amas, Odette, pero crees que soy un demonio. —Sus palabras sonaban tan rotas que mi corazón se oprimió en un latido.

Sin embargo, no dije nada, no tenía nada que decir porque no conocía al hombre frente a mí; creí conocerlo, pero era un espejismo.

—Tengo mejores maneras de hacer pagar los años de dolor y sufrimiento que ocasionó mi maldito padre. A él lo mueve el poder y yo tengo el suficiente para destruirlo. ¡Pero no metiéndome con un niño de seis años!

Por varios minutos, todo fue silencio. Una parte de mí, la más sensata, me decía que tenía que continuar con mis planes; la enamorada, me pedía.. no, me suplicaba, que lo arropara entre mis brazos.

Lo veía, estaba sufriendo, pero no confiaba en lo que él me mostraba. Sacó su

celular del bolsillo, tendiéndolo hacia mí.

—Márcale al doctor Samuel Fraser, es el médico de Demian. Su número está ahí. De hecho, es la última llamada que recibí ayer, la llamada por la cual me levanté del comedor. Si no me crees a mí, a él le creerás.

—¿Qué me asegura que me dirán la verdad, Dimitri?

—Supongo que debes creer en su palabra si no crees en la mía.

—Necesito la verdad… Solo eso, Dimitri. ¿Por qué vino Victoria?

—Demian rechazó el trasplante, no hay mucho que se pueda hacer por él, simplemente está desesperada.

—¿Cuál es su condición?

—Leucemia Mieloide Aguda,[12] Odette. Hemos tratado con todo, pero su cuerpo

está muy débil. La única solución es que aparezca un donante, eso es exactamente lo que quiere Vitoria, prioridad en las listas de espera para donantes, pero no puedo hacer más que esperar a que aparezca alguien compatible con el niño… por favor, créeme.

—¿Cómo sé que lo que me dices es cierto?

—Te lo juro por mi vida que estoy dando todo de mí para mantener a ese niño con vida. —Se levantó, llegando a mi lado frente a la ventana, girando mi cuerpo

hasta quedar frente a él—. Él no forma parte de mi venganza.

—No sé si puedo creerte…

—Puedo llevarte con el doctor, solo necesito que creas en mí, que te quedes a

mi lado. Me has hecho ser mejor persona, Odette. En realidad, quiero ser mejor.

Para ti, para Declan. —Unió nuestras frentes—. Confía en mí.

La puerta se abrió y Mike entró seguido por Charlie, Dante y Andrew.

Dimitri se separó de mi lado dejándome detrás de su cuerpo, como si me

protegiera de mi propio hermano.

—Nos vamos, Odette —sentenció completamente serio.

—Mike…

—No te estoy preguntando, todo está dispuesto para que viajes con nosotros.

—Mike… —Dimitri intentó intervenir, pero mi hermano calló lo que sea que él

fuese a decir.

—No tengo nada que hablar contigo, he estado aquí dos días. ¡Dos! —Señaló

con sus dedos—. Y he visto a mi hermanita llorar y eso no me gusta, no me gusta

para nada.

—Créeme que a mí tampoco, tú hermana es lo más importante en mi vida, ella

y Declan, son mi sostén.

—¿Tu sostén? Ashley y las mellizas son mi vida y no me verás humillándola. Le

gritas, la haces llorar y traes mujerzuelas a su casa. ¿Esto es lo que quieres para

tu hijo? Que se críe viendo cómo su padre trae mujeres y grita a su madre como

si fuese de su propiedad ¡Porque eso es justamente lo que has estado haciendo!

Y no pienso permitirlo más, así que no me vengas con la estupidez de que mi

hermana y mi sobrino son importantes para ti —dijo mi hermano realmente

enojado—. Odette se va conmigo, Dimitri. Me importa muy poco lo que quieras o

pienses.

—Ella puede ser tu hermana, Mike, pero antes de todo es mi mujer, la madre

de mi hijo, y su lugar está a mi lado. —Sabía que estaba tomando todo de sí

mantener su tono suave y calmado.

—Ella…

—Ella ya no es una niña. —Ashley entró a la habitación, seguida de Mía y

Allegra—. ¿Quieres irte con nosotros a New Jersey? Es tu decisión, Odette.

—Voy a quedarme. Quizá no lo entiendas, Mike, pero Dimitri me ha explicado

que la mujer que…

—La mujer que vino ayer es Victoria, la esposa de mi padre.

—Dimitri me interrumpió. No vi gestos de sorpresa en los rostros de Dante y

Andrew, pero sí en mis amigas.

—Fue tu ex novia también —sentencio Mike.

—Cuando tenía quince años, Mike. También fue la novia de Dante y Drew.

—Mis amigas jadearon mientras los chicos asentían.

—Victoria nos hizo mucho daño. —Dante se acercó a Mía.

—La sacamos de nuestras vidas hace mucho tiempo.

Andrew la mayoría de las veces completaba las oraciones de Dante.

—Pero el mundo es un pañuelo y ella es la esposa de mi padre biológico.

—¿Y qué buscaba, estar con los cuatro a la vez? —satirizó mi cuñada

—¡Ashley! —Mike miró a su esposa estupefacto.

—Pues algo debía querer si se atrevió a venir. —Ashley se sentó en el sofá.

—Dinero —contestó Dimitri—. Quería dinero a cambio de no ir a la prensa y

contar cosas de mi juventud. Mi padre no está pasando por una buena situación,

así que ella pensó que chantajeándome podría tener algo de dinero. Las cosas

que ella puede llegar a decir traerían consecuencias con la dirección del GEA.

—Dimitri rehuyó mi mirada, estaba mintiendo, todo alrededor de él era falso—.

Le di lo que quería y juró no volver a molestarnos.

—Tu vida amorosa me importa muy poco, mi hermana y mi sobrino son lo

importante.

—Una vez te prometí que cuidaría de ellos, ¿cómo lo haré si te los llevas?

—Aquí lo importante es lo que Odi quiere. —Mía se acercó a

mí—. ¿Qué quieres tú?

—No hay razón por la que tenga que irme, estaba actuando de manera infantil.

—Pero estabas decidida a irte —Allegra colocó sus brazos en jarras.

—Dimitri me ha explicado cómo ocurrieron las cosas y me he dado cuenta de

que, ciertamente, no hay razones para separar a Declan de su padre.

—Bueno, ya la escuchaste, quiere quedarse y nosotros debemos irnos para

cruzar el puente antes de la hora pico.

—¿Qué demonios te sucede? —preguntó Mike en mi dirección.

—¿Hormonas de embarazada? —encogí mis hombros fingiendo demencia.

Mi hermano caminó hacia mí, apartándome del resto, pero dejándome cerca

de la habitación.

—Júrame. ¡Maldición, Odette! Júrame por la memoria de nuestros padres que,

si sucede algo más, irás a Jersey con nosotros.

Rodeé la cintura de mi hermano lo máximo que mi vientre lo permitió.

—Te juro por la memoria de mis padres. —Miré a Dimitri—. Te prometo por la

vida de Declan, que si algo extraño sucede en esta casa, que si Dimitri me alza la

voz, su ex novia o cualquier cosa del pasado que no sepa, vuelve, si me entero de

una mentira más —No sabía si lo decía para calmar a mi hermano, para aferrarme a algo o para que Dimitri lo escuchara—, te prometo que iré a Jersey contigo, y nada ni nadie —Esta vez miré a los chicos— me lo impedirá.

Mi hermano suspiró liberando toda la tensión de su cuerpo antes de agacharse y dejar un beso en mi frente.

—Espero que cumplas tu promesa.

—Sabes que lo haré. —Se separó de mí.

—Escúchame muy bien, Dimitri Malinov. Sé que tienes muchísimo poder y dinero, pero la haces llorar una sola vez más y te juro por la memoria de mis padres y la vida de mis hijas que te haré pedazos —dijo mordaz—. Ashley, te espero en el auto.

No podía dejar que se fuera molesto, así que me senté al lado de Ashley.

—Ash…

—Hablaré con él, quizá si nos quedamos un par de días más y si el señor —señaló a Malinov— no mete las cuatro patas, pueda irse más tranquilo.

Ella se levantó tomando el mismo camino de Mike. Dimitri tomó mi mano llevándome hasta nuestra habitación.

—Gracias. —Intentó darme un beso, pero me separé, necesitaba pensar, aunque fuera unos segundos—. ¿Odette?

—No hemos terminado de hablar.

—Lo sé.

—Necesito que cites al doctor de Demian, quisiera conocer al niño.

—Puedo hacer que el doctor venga y conteste todas tus preguntas, pero no creo posible que puedas ver a Demian. Debido a su condición, su organismo autoinmune está completamente destruido. A su habitación solo entran doctores, enfermeras y sus padres.

—Necesito estar informada, y no más mentiras, Dimitri. Si tienes algo oculto, algo que necesite saber, Este es el momento adecuado. —Él se acercó con cautela, rodeando mi vientre con sus brazos—. Me iré, Dimitri. Así me ames, así te ame… me iré y me llevaré a Declan.

—Lo sé. —Besó mis cabellos—. Sabes todo de mí, Odette, no hay secretos en mi oscuridad. No me guardo nada, confía en mí. Sé que te he dado motivos para no hacerlo, pero necesito que confíes un poco en mí. ¿Lo harás?

Quería creerle, mi corazón me gritaba que le creyera.

Asentí en su pecho y él dio un suspiró prolongado.

—Gracias, mi amor.

Anhelaba con toda mi alma que este fuese un nuevo comienzo, que no me arrepintiera de esta decisión.

Capítulo 15

Ashley logró convencer a Mike para quedarse hasta el fin de semana. Antes de irse, las chicas y yo le dimos algunos trucos para acabar con su celibato autoimpuesto, alegando que el mal humor de mi hermano se debía a la falta de actividad sexual. Unos días después de que se fueran, ella me había llamado para contarme que mi hermano había vuelto a amarla, quizá no como antes, pero sí con la misma intensidad.

Me alegré por ellos, pero no era particularmente feliz sabiendo sobre la vida sexual de Mike.

Dimitri había cumplido con su palabra y me había llevado con el doctor Samuel Fraser, quien me informó sobre la salud de Demian. Su estado era estable, el niño estaba aislado debido a lo débil que era su sistema inmunológico; un simple resfriado podría matarlo.

Desistí de visitarlo, deseando con todo mi corazón que pronto apareciera el donante que él necesitaba.

Las clases habían acabado y las casas de los chicos estaban casi listas. Era admirable la rapidez con la que los obreros e ingenieros habían hecho columnas y levantado las paredes. Ambas propiedades eran minúsculas,

si

las comparábamos con la mansión, pero ellos decían no necesitar más que una habitación, una pequeña cocina y un baño. Cuando les propusieron a las chicas vivir con ellos, pensé que se negarían, pero accedieron casi inmediatamente. Mía lo hacía por loca, ella era aventurera. Le gustaba tomar decisiones sin pensar en las consecuencias.

Allegra, por su parte, lo hacía para que el senador no se inmiscuyera en su vida; aún podíamos notar al guardaespaldas “de incognito” que vigilaba la casa

con “disimulo”.

La rutina había vuelto entre Dimitri y yo: masajeaba mis pies, conseguía mis antojos y, en un par de ocasiones, me había dejado llevar por su voz ronca y sus

manos juguetonas.

Hacer el amor se había vuelto una odisea ahora que tenía ocho meses y la piel de mi abdomen parecía querer estallar en cualquier momento. La posición que más se ajustaba a nosotros era a medio lado, donde dejaba todo el trabajo a Dimitri y yo me dedicaba a sentir.

Y vaya que sentía absolutamente todo.

Los chicos se habían ido al cine hacía unos minutos, lo que nos dejaba a Malinov y a mí solos en la biblioteca. Estaba recostada en el sofá, intentando

leer

"¿Qué esperar cuando estás esperando?" mientras Dimitri trabajaba en unos

correos electrónicos. Se veía completamente sexy con el cabello alborotado, los

lentes y la camisa deportiva, ya que había estado en el sótano.

—¡Auch! —Me quejé enderezándome un poco—. ¡Maldito Braxton! —murmuré

bajo mi aliento sintiendo cómo la contracción desaparecía.

—¿Estás bien?

Arqueé una ceja en su dirección, había estado teniendo contracciones de

Braxton Hicks[13] desde el día anterior. Para cuando llegó la noche, había hecho

que Dimitri me llevara al hospital asustada debido a que aún no era el momento

y, aunque él intentó explicarme en qué consistían las *Braxton Hicks,* se quedó en

silencio cuando lo tomé por la camisa y le expliqué lo que podía suceder si no me

llevaba al jodido hospital en un parpadeo.

—¿Braxton? —Se levantó de la silla quitándose los lentes— ¿Quieres que haga

un examen rápido?

—Tú lo que quieres es meterme mano.

—Entre otras cosas —dijo con una sonrisita burlona—, pero que no se diga después que no intenté examinarte. —Se arrodilló frente a mí, colocando su mano en el centro de mi vientre—. ¿Duele mucho? No debería doler.

—Solo es… incómodo.

—Estarás bien —restó importancia—. Voy por algo de beber, ¿qué te traigo?

—Helado de pistachos…

—Ya regreso —dejó un beso sobre mis labios antes de marcharse. Tomé de nuevo el libro, pero una patada de Declan me hizo colocarlo de nuevo en mi regazo mientras acariciaba la parte adolorida; el bebé estaba inquieto, más inquieto que de costumbre.

Dimitri regresó colocando una taza con dos bolas de helado, también traía una botella con agua sin abrir.

Esos pequeños detalles hacían que mi corazón olvidara todo lo que habíamos vivido y latiera aún más deprisa.

—He terminado el trabajo, ¿subimos a la habitación y vemos alguna película?

—No, quedémonos aquí. —Él tomó el portátil del escritorio y se sentó sobre la alfombra, recostando su cuerpo al sofá. Cerré el libro y deslicé mis dedos por los largos mechones de su cabello. Dimitri se relajó, lo vi abrir la aplicación de Netflix desde su computador y navegar en el menú, buscando algo que llamara

su atención.

—Háblame más de ti —solicité tomado los mechones de su negro cabello.

—Sabes todo de mí —cerró los ojos y suspiró—. Al menos lo importante.

—Sé que hay más.

—Por favor, preciosa. Por lo general, cuando haces ese tipo de preguntas, no salimos tan bien librados.

—Anda, solo quiero saber más sobre ti —dije poniendo voz dulce.

—¿Qué quieres saber? —cerró la tapa del computador, resignado.

—¿Amaste a Victoria?

—Tienes una vena masoquista, ¿no, Odette? —Tomó mi mano libre al ver que no contesté nada—. En ese tiempo, pensé que ella era el amor de mi vida. Ahora que te tengo, me doy cuenta que ella era una adicción, algo nuevo. Realmente Victoria nunca me amó. La primera vez que estuvimos juntos, ella me enseñó sobre el sexo; la segunda, yo era su proveedor y a cambio ella me hacía sentir menos solo.

Sentí una nueva contracción y apreté el cabello entre mis dedos, él se giró observándome mientras el latigazo pasaba. Una chispa de preocupación saltaba en su mirada

—Vamos arriba, te examinaré y estarás más tranquila, amor —acarició mi

nariz con la suya—. Ya basta de preguntas tontas, Odette. Si yo he dejado mi pasado atrás por ti, es hora que tú también lo dejes ir. ¿Entendido?

—Está bien —bajé los pies de los cojines y tomé la mano que él me tendía. Subimos a la habitación y, mientras me quitaba los leggins, él sacó su maletín médico del closet y se colocó unos guantes. Me recosté en la cama, esperando que él empezara el examen.

Dimitri me dio su sonrisa torcida, se sentó al final de la cama y acarició mis piernas hasta llegar al elástico de mis pantis. Su sonrisa destelló y mordí mi labio porque, a pesar que lo que iba a ocurrir no tenía ningún contexto sexual, él lo estaba disfrutando. Deslizó la tela de encajes hasta mis tobillos y tomó mis pies hasta dejarlos planos contra el colchón.

—Ábrete para mí, preciosa. —Colocó una mano en mi rodilla.

—Estás divirtiéndote con esto, ¿verdad?

—Simplemente, estoy realizando un examen —me dio una mirada inocente. de la cual no creí nada. Abrí las piernas para él y respiré profundo cuando él introdujo sus dedos en mi interior.

El examen fue rápido, indoloro, pero incómodo. Su cara de concentración me hizo reír, recordando la última vez que había hecho lo mismo, pero con un contenido muy erótico. Sentí el calor subir hasta mi rostro y coloqué mis

manos

sobre él, cerrando los ojos fuertemente, mientras escuchaba la risa de Malinov.

Sacó sus dedos de mi interior y acarició mi rodilla, pero no me atreví a mirarlo.

—No veo ningún cambio, pervertida —murmuró.

Separé las manos de mi rostro justo cuando él se quitaba el guante de látex.

—Te lo dije, pero tú querías meterme mano —me guiñó un ojo con coquetería

mientras se levantaba de la cama.

—Al final lo logré…

—¡Bastardo! —Un hilo oscuro cubrió su mirada—. Dimitri… Yo, no quise —se

cernió sobre mí, haciendo que mi respiración fuera pesada.

—Si no llevaras a mi hijo en tu vientre, Odette…

—¡¿Qué?! —Lo reté… Negó, apartándose de mi lado y caminando hacia el baño.

Esperé unos segundos mientras escuchaba el agua del lavado correr. Respiré

profundamente sentándome y colocando los cojines apilados tras de mí,

olvidando completamente que debía ponerme bragas, como si Dimitri no me

hubiese visto ya. Tomé el control del televisor de la mesa de noche y pasé los

canales, dejándolo en ER, después de tirar el cobertor sobre mis piernas.

—Estaba pensando… —Dimitri salió del baño secándose las manos con una

toalla; se dejó caer a mi lado, tomando el control y silenciando el televisor—.

Puedo delegar algunas funciones, y tú has terminado las clases, me gustaría estar

un fin de semana solo contigo, tengo una pequeña propiedad en Bronxville.

Podíamos pasar el fin de semana ahí.

—¿Tú y yo?

—Bueno, tendríamos que llevar a Declan —acarició mi vientre—. Y a tu

estúpido gato.

—Ferb no es estúpido… él simplemente te odia —le di un golpe en el pecho y él

pasó una de sus piernas por mi cuerpo, quedando a ahorcajadas—. Tú tampoco

eres muy amable con él.

—¡Ese gato me odia!

—Lo confinaste a vivir en el cuarto de lavado.

—¡Pamplinas! Ahora tenemos habitaciones de sobras, si quieres le doy una.

—Colocó cada mano al lado de mi cabeza y descendió su torso sobre mí, haciendo

que me recostara sobre los cojines.

—Di que sí —susurró a centímetros de mi rostro.

—Dim… —saqué mi lengua humedeciendo mis labios. Su mirada se oscureció

un poco, pero no cambió de posición—. Y…

—¡Dios! anhelaba que me besara—. Demian.. Sí, Demian te necesita.

—Estamos a quince millas… —se acercó aún más—. El banco de sangre del GEA

está a disposición de Fraser. —Su aliento mentolado estaba aturdiendo cada una

de mis neuronas.

—Bésame, Malinov.

—Antes responde…

—Si digo que sí, ¿cuándo nos iríamos?

—Mañana —cruzó su otra pierna por encima de mi cuerpo y se bajó de la cama.

Inhalé profundamente, volviendo a mi antigua posición—. Sigo preocupándome

por tu hermano.

—Si sucediera algo —sacó una maleta del closet y la colocó sobre la cama—,

Samuel me llamaría y estaríamos a menos de una hora de distancia.

—Incluso una hora puede ser mucho para Demian.

Dimitri dejó caer ropa dentro de la maleta antes de sentarse

a mi lado.

—Odette, aunque somos doctores y deseamos lo mejor para ese niño, no es

mucho lo que podemos hacer, solo facilitar los métodos para hacer su vida más

llevadera; para eso está Fraser —dio un suspiro ahogado—. Siento que tú y yo necesitamos este fin de semana, después de todo lo que hemos pasado en los últimos meses.

—Supongo que tienes razón.

—¿En que necesitamos este fin de semana? —Colocó un mechón de mi cabello tras mi oreja.

—En que no es mucho lo que podamos hacer por Demian. —Besó mis labios brevemente y se levantó en dirección al closet.

—Hace mucho que no voy a esa propiedad, pero puedo enviar un servicio de limpieza y podemos comprar suministros, ni siquiera tendríamos que irnos tan temprano; pero sí me gustaría estar allí antes de la hora del almuerzo.

—Tienes todo fríamente calculado.

—Mi vida está fríamente calculada, Odette. Nada pasa en ella si yo no me aseguro de que suceda.

—Cuando hablas así, me asustas… es como si supieras que sería tuya desde antes de conocerme. —Su cuerpo se tensó y la expresión jovial desapareció de su rostro. Volvió al closet y salió con más ropa. Me encogí de hombros, tomando el control remoto mientras él hacía el equipaje.

No nos caerían nada mal un par de días, solo nosotros dos.

Mientras conducía hacia nuestro destino, Dimitri y yo habíamos hecho

karaoke en la pantalla portátil del auto; sin embargo, Mía había hecho un

puchero divertido cuando le expliqué que solo seríamos él y yo. Allegra se había

quedado con Ferb. Por fortuna, no había vuelto a sentir una contracción, lo que

tenía a Malinov más relajado, incluso habíamos hablado con Pietro.

Nunca había ido a Bronxville, pero tan pronto atravesamos el cartel de

bienvenida, pude notar que era un lugar tranquilo y acogedor.

Dimitri condujo por un par de minutos hasta llegar a un supermercado en

donde juntos hicimos nuestra primera compra de comestibles. Fue divertido

evitar que llevara más dulces de lo necesario; pero, a pesar de nuestras

pequeñas discusiones, logramos comprar todo lo que necesitaríamos para el fin

de semana. La casa de Dimitri estaba bastante retirada de la vía principal, de

hecho, pensé que era parecida a la casa de la bruja de *Hansel y Gretel,* oculta en el

follaje del bosque. Pero la verdad es que la casa era preciosa: dos plantas,

construida con ladrillos rojos y con ventanas en acabados de madera. Por fuera,

parecía una casita sacada de un cuento de hadas, pero una vez que entrabas,

podías notar que, aunque la casa tenía muchos años desde su construcción,

estaba completamente modernizada. Tenía cinco habitaciones y cuatro baños impresionantes, bañeras con patas y una chimenea en la planta baja.

—Guao —alargué la “o” ante su petulante sonrisa—. Menos mal que era una pequeña propiedad, no me imagino si fuese una grande.

Me abrazó desde mi espalda dejando sus manos en mi vientre.

—¿Te gusta?

—Es horrorosa —giré mi rostro para dejar un beso en sus labios.

—Voy a demolerla si no te gusta.

—Es genial, Dimitri —sonrió mostrándome los dientes.

—Voy a poner nuestras cosas en una de las habitaciones de la primera planta, así no tienes que subir las escaleras. ¿Te parece si ordenamos algo, es casi la hora del almuerzo y no quiero que cocines?

—¿Y quién te dijo que yo iba a cocinar?

—Eres la chica…

—¡Eso es lo más machista que he escuchado!

—Soy un maldito cavernario, Miller. ¿De qué te sorprendes? —Tomé uno de los

cojines sobre el sofá lanzándoselo sobre su pecho. Me lo lanzó de vuelta y se agachó para tomar la única maleta que habíamos traído. Lo vi perderse en el corredor y me senté sobre el sofá, acariciando mi vientre hasta que escuché el obturador de la cámara y me giré, observando la mirada cristalina en los ojos

de

Malinov.

—Eres tan hermosa —caminó hacia mí dejándose caer a mi lado y colocando su

mano sobre la mía, ambos acariciando a Declan mientras él nos respondía con

patadas.

—Parece que alguien tiene hambre —dije, acariciando la mejilla sin rasurar de

Dimitri.

—Conozco un lugar donde hacen la mejor hamburguesa del mundo.

Salimos de la casa tomados de la mano y él condujo hasta llegar a *Mollyś,* un

restaurante ubicado cerca a la plaza central del pueblo. Como en la casa de

Dimitri, su fachada principal era de ladrillo y tenía una carpa verde. En su

interior era rústico y espacioso. Malinov tenía razón en algo, hacían la mejor

hamburguesa del mundo, al punto que comí dos con doble ración de papas fritas

y un sorbete de fresa.

—Caminemos… —dije respirando el aire fresco del lugar.

—¿Segura? Yo pensé que tendría que sacarte rodando de ahí dentro.

—¡Oye, como por dos, por si no lo habías notado! —Hice un puchero y él se rio,

atrayéndome a sus brazos.

—Cerca está el *River Lake Park*, desde ahí se puede ver el lago.

—Llévame ahí. —Tomé su mano anudando mis dedos con los suyos y tirando de él. Pasó la mano por su cabello antes de andar a mi lado.

Mientras caminábamos, observé que el pueblo tenía un encantador estilo inglés, la mayoría de las casas parecían haber sido construidas con el mismo tipo de ladrillo rojo, estaban rodeadas por verdes prados y árboles muy altos. El clima estaba perfecto, ni calor ni frío; a pesar de que habían anunciado por televisión algo sobre un frente frío.

Dimitri se mantuvo callado durante nuestro paseo, me enseñó la iglesia y me habló sobre su reciente remodelación, al igual que la biblioteca y el comercio.

Para cuando llegamos al parque, me sentía cansada y somnolienta; pero él estaba tan entregado a comunicarme cualquier mínima cosa que lo dejé llevarme hasta el puente sobre el lago para observar a los patos.

—El lago es un brazo del río Bronx —murmuró mientras me sostenía de la barandilla, había niños corriendo y personas paseando en sus bicicletas por los senderos señalados. Imaginé a Declan de tres años con los ojos azules de su padre, mientras corría tras un balón de fútbol, y no pude evitar relajarme contra el pecho de Dimitri mientras me deleitaba de la paz del lugar.

Cuando el día se tornó demasiado frío, volvimos al auto. El viaje hasta la casa fue en silencio, pero era un silencio agradable.

Cuando la noche cayó, hicimos la cena juntos y nos sentamos frente a la chimenea, él con una copa de vino tinto en sus manos y yo con una malteada de oreo y helado de vainilla.

Cuando las primeras gotas de lluvia tocaron las ventanas de la casa, Dimitri y yo estábamos tan sumidos en la pasión de nuestros besos que ni siquiera la notamos.

El viaje que había sido programado por solo tres días se extendió por dos semanas, y es que solo había que ver el cambio en Malinov para desear quedarme aquí por siempre.

Dimitri había sido tierno, amoroso y extremadamente atento. Cenábamos en Mollyś; hacíamos picnic en alguno de los parques del *Bronx River Greenway*, con nada más que el sonido del río como música de fondo, mientras nos alimentábamos mutuamente. Por la noche, envueltos en gruesas colchas, nos sentábamos frente a la chimenea, él con una copa de vino y yo con un poco de helado. Cuando nuestras copas estaban vacías y los besos subían de intensidad, terminábamos en la habitación inventando posturas para no lastimar a Declan y

poder amarnos con locura.

Le había dicho que lo amaba una noche, en la que después de entregarme a él

frente al fuego, me había recostado en su pecho con la firme necesidad de decirle

que no sabía cómo ni cuándo, pero que estaba perdidamente enamorada de él.

Amor. La palabra ahora salía de mis labios con facilidad, amaba a Dimitri

como nunca imaginé que podría llegar a amarlo y él me retribuía cada gota de

ese amor con mimos, caricias, palabras susurrantes y acciones.

«¿Quién hubiera imaginado que, detrás del hombre que me había amenazado

con quitarme a mi bebé, estaba uno que era dedicado, amoroso y apasionado?».

Hablaba con Mike y los chicos todos los días, los extrañaba, pero no cambiaría

este viaje por nada en mi vida, ya que no había sido tan feliz desde antes de que

mis padres murieran.

Estiré mi mano tocando las frías mantas a mi lado. Estaba claro fuera de la

ventana, pero no podía decir qué hora era a ciencia cierta. Me recosté sobre mi

espalda, cerrando los ojos, debatiéndome si dormir un rato más o levantarme de

una vez por todas. Tanteé con mi mano la mesa de noche encontrándome con él

ya familiar arrugado papel.

Fui a correr, espero que estés despierta cuando vuelva.

Te amo. D.

Había empezado a correr a comienzos de semana. El primer día, intenté acompañarlo, pero fue solo llegar al parque para quedarme sentada sobre una roca mientras él trotaba a mí alrededor.

Pensé que estaría aquí para cuando yo despertara, pero hacía más de una hora desde que yo había salido de la cama y él aún no llegaba. Durante estos días, Dimitri se había abierto conmigo, contándome cada pequeño detalle de su vida.

No hablábamos de su padre, pero sí de su amistad con los chicos, de Alexei y de Ivanka.

También hablábamos con el doctor Fraser frecuentemente sobre la salud de Demian, por si teníamos que volver.

Preparé mi desayuno, mirando por la ventana por si veía venir el auto, pero la carretera estaba casi desierta. La noche anterior había estado tenso, después de recibir una llamada cuando volvíamos de nuestro paseo diario por la plaza del pueblo. Se había ido hacia el segundo piso, sabiendo que no podría subirlo; y cuando bajó, la sombra en sus ojos me decía que algo no estaba bien.

Pensé que para la cena volvería a ser el mismo, pero se disculpó diciéndome

que tenía cosas que hacer y me dejó sola en la cocina. No comió sus raviolis y estuvo como ido cuando estuvimos frente a la chimenea.

Harta de la situación, lo enfrenté cuando estuvimos en la cama. Me dio uno de sus besos, que me hacían olvidar hasta cómo me llamaba, y luego me explicó sobre sus problemas en Londres.

Sabía que tenía que ir, e incluso, le había dicho que una vez Declan pudiera viajar lo acompañaríamos

Pensaba suspender un nuevo semestre para cuidar de Declan sus primeros meses. Incluso había pensando en tomar una segunda opción como especialización. La obstetricia me atraía, la manera en que Dimitri hablaba de su

profesión me hacía interesarme cada vez más en ella; pero ahora que tendría a mi Bichito conmigo, la pediatría también me llamaba fuertemente.

Un rayo se escuchó a la distancia y me preparé para pasar un día en casa, habían pronosticado una tormenta, a pesar que no estábamos en invierno. Vi el auto derrapar frente a la casa y me bajé del taburete para esperar a Dimitri.

Tenía puesta una de sus camisas de deporte, junto con unos leggins negro, y estaba descalza con el cabello atado en una coleta.

Lo dejé que tocara y corrí a buscar las llaves en la mesita de la sala. Me detuve

frente a la puerta y lo dejé tocar un poco más.

—Sé que estás ahí, Odi. Ábreme —gritó, tocando un poco más fuerte—. Odette

Miller, cuando te tenga en mis brazos voy a matarte a base de polvos —se rio, por

lo que me reí más fuerte—. Abre de una jodida vez o voy a tumbar la puerta.

Abrí la puerta, colocando las llaves en sus narices.

—Esto se llama llave, las inventó Solymon Merrick, por si no sabías.

Él me abrazó, pegándome a su cuerpo sudoroso por el trote, y

besó mis labios de manera frenética, mientras me quitaba las llaves de la mano.

—Gracias por el dato —dio un último beso en mis labios y se dirigió a la

cocina—. Estoy acostumbrado a que abran las puertas para mí, nena.

—Gilipollas.

—Pero me amas. ¿Dónde demonios está el café que dejé en la cafetera?

—¡Ups! —entré en la cocina, donde él buscaba en las alacenas.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Apestas…

—Gracias, mi amor… —pasó a mi lado dándome una sonora palmada en el

trasero—. Voy a ducharme. Cuando regrese, quiero mi café de vuelta.

Tal como las nubes anunciaban, pasó toda la tarde lloviendo, por lo que no nos

arreglamos sino que estuvimos todo el día en la cama mientras veíamos la

última temporada de *Doctor House.*

—Nena —Dimitri entró a la habitación con la tarrina de helado completamente

vacía.

—¡Ay, no!… —llorisqueé. Quería helado de vainilla con trocitos de galleta oreo.

—Creo que acabaste con los cuatro litros de helado tú sola.

—Es una catástrofe…

—Lo siento… Tampoco hay oreos.

Me dejé caer en la cama, iba a ponerme a llorar.

—Hey. —Se sentó a mi lado—. Puedo ir al pueblo y comprar, no me tomará más

de diez minutos. —Secó las lágrimas de mis mejillas.

Estaba siendo ridícula e infantil, pero no podía dejar de llorar.

—Está lloviendo. —Mi voz fue ronca por el llanto.

—Por lo mismo dije que tardaré diez minutos.

—Es tarde.

—No es tan tarde —pasó una de sus sudaderas con capucha por sus hombros

sobre su camisa de deporte y se colocó los tenis—. Regreso en diez minutos.

¿Quieres algo más?

—Dulce de leche…

—Lo que quiera mi princesa —dejó un beso en mi frente.

—¡Conduce con cuidado! —Grité por la ventana mientras él se subía al coche—.

¡Te amo! —me lanzó un besó, mientras sacaba el coche de la terraza. Lo vi

desaparecer por el terreno de grava, la lluvia había cesado un poco.

Busqué las colchas en la habitación y aparté, con mucho esfuerzo, el sofá para

colocar las colchas sobre el suelo. Introduje más troncos a la chimenea, apagué

las luces y saqué del refrigerador su vino favorito dentro de una hielera con

hielo.

Me deshice de mis leggins y mi cola de caballo, quedándome solamente en su

camisa, que llegaba a mi rodilla, y las bragas rosas.

Escuché el auto estacionarse frente a la casa y me detuve frente la puerta

cuando vi las llaves colgadas en la pared.

El toque en la puerta fue suave al principio.

—Dejaste tus llaves… —grité, pero él seguía tocando sin decir

nada. Tomé las llaves de la pared, abriendo la puerta—. No siempre voy a

estar abriendo tus puertas, señor "estoy acostumbrado a que otro abra la puerta

para mí"

Sin embargo, no era Dimitri quien estaba del otro lado…

Capítulo 16

Miré a Victoria Jones de arriba abajo, la mujer que estaba sentada en el sofá no

era la misma que había ido a casa

un mes atrás; lucía pálida, ojerosa y el vacío en sus ojos era demoledor.

Serví dos tazas de café y llevé una hasta la sala. Había quitado las mantas y

encendido la luz, aun así, ella había observado todo silenciosamente y con

desdén.

Agudicé mi sentido auditivo esperando escuchar el particular chirrido de la grava cuando un coche se acercaba, pero solo pude percibir la lluvia repiqueteando contra el tejado.

Habían pasado más de diez minutos y Dimitri aún no llegaba.

—La taza está caliente.

Ella, no me miró, tampoco me recibió la taza, así que la dejé sobre la mesa lateral al sofá. Sus ojos carentes de vida observaron mi vientre y recordé la amenaza que había lanzado hacia Declan.

"Te prometo, Dimitri, que si mi bebé muere, voy a fulminar el tuyo"

«Estúpida, estúpida, estúpida».

La había dejado entrar en mi casa.

La había dejado entrar estando sola.

Alcé la mirada demostrándole que no le temía. Ella no lastimaría a mi bebé.

—Victoria…

—Acababa de cumplir cinco cuando nos enteramos —me interrumpió —. Lo encontramos desmayado en su habitación. Mi bebé, mi hermoso bebé arcoíris —sorbió su nariz—. Lo hicimos todo, tratamientos, especialistas, quimioterapias,

lo veía apagarse cada vez más frente a mis ojos.

—Lo siento mucho, yo…

—Cállate —su voz fue dura—. No puedes sentir por lo que yo estoy pasando.

—Victoria.

—¡Qué te calles! —Se levantó del sofá y protegí mi vientre con mis manos y ella

rio, una risa irónica que caló mis huesos, incluso más que el frío de la lluvia

«¿Dónde está, Dimitri?».

—Derrick estaba como loco, y yo…

¿Derrick? ¿El profesor Tatcher?

Intenté que mi rostro no revelara nada, sin embargo, la sorpresa debió

reflejarse en mis gestos.

—¿No lo sabías? —El toque de ironía en su voz era claro.

No dije nada, pero a mi cabeza llegaron las imágenes de los últimos meses: las

peleas de Dimitri con Derrick, el niño enfermo, su certeza en su voz cuando me

dijo que el chiquillo estaría bien el día en que le dije lo triste que estaba por el

hijo de mi mentor.

—No te culpo, usa tantas caretas que creo que ni él mismo se reconoce.

Con el corazón latiendo acelerado ante el descubrimiento del padre e Dimitri,

enfoqué mi mirada en sus ojos. Tan vacíos, tan…

—Victoria, yo…

—¡Qué te calles, maldita sea! —Sacó de la cinturilla de sus jeans un arma de

color negro y apuntó directamente a mi vientre—. Mantente callada y, quizá, solo

quizá, no le cobre a Dimitri lo que nos está haciendo.

—Tu problema es con Dimitri, no conmigo ni con Declan. —Mi postura fue

firme… mi voz, temblorosa.

—Mi problema es contigo, niñita, y no fui yo la que te incluyó en este maldito

encuentro de odios y rencores —bajó el arma y paseó por la sala pateando las

cobijas amontonadas cerca a la chimenea—. Odette Miller, el próximo diamante

sin pulir —tragué saliva, sin entender—. Todos los años, desde hace seis años,

Derrick busca en los archivos de la universidad y elige a tres pupilos, tres chicos

que serán tocados por el Rey Midas —recordé que así era llamado el prestigioso

doctor Derrick Joseph Tatcher—. ¿Sabes?, a mi marido siempre le ha gustado la

adulación, por eso lo hace, forma médicos a su imagen y semejanza como si fuese

Dios. En fin… —hizo un ademán con sus manos—, me alejé de lo que te contaba.

Estábamos desesperados, hasta que un día, Derrick me confesó que tenía un hijo,

un hijo de su adolescencia. Ni siquiera me importó que lo hubiese ocultado, había una esperanza de salvar a Demian y me alegré. Juro por Dios que el corazón me rebosaba de felicidad, hasta que me enteré quién era su maldito bastardo, y que, para salvar a mi niñito, tenía que dejar que la sangre putrefacta del demonio entrara a su cuerpo.

—Dimitri no es un demonio.

—No lo conoces, niña. No sabes de lo que es capaz.

—¿De golpear? ¿De atar? ¡Sé lo que es Dimitri!

Victoria volvió a reír frente a mí, con un tono burlón que me desagradaba.

—Eres tan tonta. Amarrar, golpear, forzar…, eso era solo un juego para él, niñita. A Dimitri Malinov le encanta el sufrimiento de los demás… se alimenta de él.

—¡Él ya no es así! —Me levanté del sofá y ella volvió a apuntarme.

—Siéntate, querida, si no quieres que atraviese una bala en tu preciosa barriguita —me senté sobre los cojines—. No vuelvas a interrumpirme, ¿entendido? —sentenció.

Asentí.

—Al principio, me negué. Por nada del mundo iba a permitir que Dimitri volviera a mi vida, pero la flama de mi pequeño se apagaba y necesitaba hacer

algo —parecía desesperada; me pregunté si podría quitarle el arma, pero no quise arriesgarme—. Debí negarme más, debí haber buscado otra opción y no entregarle la vida de mi bebé a un ser maldito y sin corazón.

—¿Corazón? —ironicé, sabía que tenía que callar, pero no podía—. ¿Dónde estaba el corazón del poderoso Derrick Tatcher cuando dejaba que su hijo viera

como violaba a su madre? —Ella no dijo nada—. ¿Dónde estaba tu maldito corazón cuando mataste la única ilusión que Dimitri había tenido en su vida? ¡Mataste a su hijo, Victoria!

—¿Eso te dijo…? ¿Te dijo que yo maté a nuestro bebé?

—Tomaste píldoras para abortar, eso es matar.

—¡Él me obligó! ¡Me obligó! Embarazada no podíamos tener los maratones de sexo y dolor a los que estaba acostumbrado, embarazada no podíamos consumir.

¡Fue Dimitri el culpable de que nuestro bebé no naciera!

—¡Mentirosa! —No me di cuenta cuánto nos habíamos acercado hasta que la mano de Victoria impactó de manera contundente en mi mejilla.

Caí en el sofá, apretando mi rostro golpeado, aún negándome a mí misma lo que ella había dicho.

Había visto a Dimitri hablar de ese bebé, había sentido el dolor de sus palabras y limpiado sus mejillas húmedas.

—Fue él quien me sacó del centro de rehabilitación.

—Tú se lo pediste.

—Estás tan perdida, Odette Miller —se arrodilló frente a mí subiendo mi rostro

con el cañón del arma—. Vives en un mundo de mentiras donde te consideras

princesa y tienes a un príncipe que te ama… lamento desilusionarte, pero tu

príncipe azul no es más que el villano del cuento.

—Vete de mi casa.

—¿Y perderme la diversión cuando llegue el demonio? —Se levantó.

—¡Déjalo en paz!

—¿Paz? ¡¿En paz, cuando él arruinó lo único bueno que me ha sucedido en la

vida?!

—¡No es culpa de Dimitri que Demian haya enfermado!

—Fue su sangre podrida la que lo puso peor. Y ahora que nos dejó sin nada, se

ha desligado de nosotros.

—Sabes que eso es una mentira, Dimitri es un hombre sano, fue el cuerpo de

Demian que no asimiló el nuevo tratamiento, ¡el que rechazó el trasplante! —Ella

tomó mi pelo con su mano, tirando fuertemente mientras pinchaba mi mejilla

con la boca del arma. —Deja de hablar de mi hijo como si lo conocieras, perra…

—No lo conozco, pero soy médico, Dimitri es médico, ¡el profesor Tatcher es

médico! ¡Y sabemos que Demian no va a resistir! — Una nueva bofetada me tomó

por sorpresa y las primeras lágrimas se deslizaron por mi mejilla ardiente.

Levantó mi rostro tomándome del pelo nuevamente.

—Estás ganándote un boleto gratis a la tumba.

Debía ser inteligente, provocándola solo estaba poniendo en riesgo a Declan.

—¡Mantén tu boquita cerrada, y es la última vez que lo digo tan cordialmente!

—Soltó mi cabello y me concentré en respirar y calmar el ritmo de mi corazón.

Por un momento, todo fue silencio.

—Me trajo a esta casa cuando me sacó del hospital… Hicimos el amor ahí

donde estás sentada —rio—. Ató mis piernas de extremo a extremo y me folló por

horas —las lágrimas brotaron de mí, mientras me repetía a mí misma que ella

había sido parte de su pasado—. Entonces, le dije que estaba embarazada y él

cambió. Dejó de follarme.

—No quería golpearte.

—Inhalé una línea y casi me mata. Apretó mi cuello tan fuerte…

—¡Basta!

—Te molesta que te diga quién es él realmente.

—Nada de lo que digas podrá hacerme cambiar la percepción que tengo sobre Dimitri.

—Te enamoraste de él, niña tonta. Te enamoraste de él cuando simplemente te estaba usando.

—No sabes lo que dices…

—¿No? Pobre, pobre Odette. Dimitri investigó a Derrick, buscó quienes estaban cerca de él, supo incluso antes que tú que eras la elegida del año…

Derrick no podía ser el mentor de tres chicos, así que escogió a uno, al mejor, al

de las notas más altas, un pupilo sabiondo como lo era él. Dimitri Malinov te había enredado en sus planes antes de que siquiera cruzaras palabra con él.

El recuerdo de nuestra conversación llegó a mi mente.

«—Ok ¿tú siempre dices que desde que me viste supiste que sería tuya?

Entonces ¿me investigaste?

—Sí.

—¿Por qué? Digo, me habías visto antes que el día en Alcatraz.

—No.

—¿Entonces, qué razón tenías para investigarme?

—Sabía de tu existencia por el mosaico que me entregó la universidad, me impresionaron tus notas y

por eso quise saber más de ti. »¡No! Negué con la cabeza, incapaz de

creerlo.

«Nada entra en mi vida si yo no lo permito. Para mí no existe la casualidad».

Sus palabras rebotaron en mi mente como una pelota golpeando una habitación.

—Eras solo un peón en su tablero de ajedrez.

—¡Tú no sabes nada! —Para su regocijo, mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Lo conozco! Es un maldito alacrán, una víbora de las venenosas. No sé cómo demonios pensaba usarte, quizás quería que sedujeras a Derrick y desprestigiar su carrera. Mi cabeza no es tan retorcida como la de él.

—¡Cállate, cállate, cállate! —Llevé las manos a mis oídos intentando no escucharla, negando con la cabeza, incapaz de creer que el hombre amoroso que había salido a buscar helado para mí, sin importar la tormenta, fuera capaz enredarme en una venganza de la cual yo no formaba parte.

Victoria seguía hablando, pero no podía escucharla, mi cabeza daba vueltas mientras mi mundo se diluía bajo mis pies. Me encontraba tan sumida en mi negación que no escuché el auto aparcar en la terraza.

Victoria tampoco lo escuchó.

—¡Odette! —La voz de Dimitri se escuchó angustiada. Entró a la casa,

patinando un poco por la lluvia; al parecer, la puerta no estaba completamente

cerrada—. ¡¿Qué demonios haces aquí?!

Victoria apuntó hacia mi cabeza.

« *Dispara*» .

—Ahora estamos completos, cabrón —murmuró en su dirección—. Levántate,

Odette.

—¡Déjala en paz! —Tenía en sus manos la bolsa con la tarrina de helado y eso

solo hizo que mis lágrimas aumentaran—. Tranquila, bebé —me habló en voz baja

antes de mirar a Victoria.

La furia ardía detrás de sus orbes azules—. Esto es entre tú y yo, Victoria

—habló en voz pausada.

—No cuando metiste a mi hijo. ¡Levántate! —Hice lo que ella me ordenó y me

acerqué a su lado—. La pobre Odette piensa que tú eres bueno.

—Victoria— el nombre salió entre dientes. Dimitri soltó la

bolsa con las compras y apretó sus manos en puños—. Por última vez, deja ir a

Odette.

—¿O qué, Dimitri? ¡¿Vas a retirarle a mi niño la ayuda médica?!

Jadeé.

—No, no fue así y tú lo sabes.

—¿Por qué no le cuentas a la tonta Odette cómo negociaste la vida de mi hijo?

« *Digamos que Alexei me dejó una buena cantidad de dinero. Con el tiempo, lo he multiplicado y,*

bueno, además que el donante de esperma ha estado engrosando mi cuenta mientras pide mi perdón. »

—¡No te bastó con vendernos tu sangre! —gritó, apretando el cañón del arma

en mi sien—. ¡Lo enviaste a casa!

—Victoria…

—¿Por qué mi hijo tiene que morir… —bajó el arma hasta mi vientre— y el tuyo

tiene que vivir?

Mis lágrimas cayeron una tras otra.

—Porque he hecho todo lo que he podido para mantener al tuyo con vida.

—¡Eso es una gran mentira! —Gritó, pero alejó el arma de mí, apuntando hacia

él. Dimitri dio un paso hacia delante—. Despojaste a Derrick de sus bienes, en

cada transfusión veía tu cara, tu satisfacción cuando Derrick te cedía una

propiedad. ¡Lo despojaste de todo! —Cada palabra que salía de Victoria era un

puñal invisible que se clavaba en mi corazón—. Desprestigiaste su carrera, le

quitaste sus sueños, acabaste con la vida de su hijo —él se acercaba cada vez más

y ella no parecía notarlo—. Eres un maldito infeliz, ¿por qué lo hiciste?

—vociferó—. Es un niño, maldito. ¡Un niño!

—¡Deja que Odette se vaya!

Ella soltó mi brazo

—Huye de él, te lastimará —ya me estaba lastimando—.

Simplemente te uso.

—Eso no es cierto.

—¡Sabías quién era ella! ¡Sabías que mi hijo se moría!

En un movimiento rápido, Dimitri me empujó hacia el sofá, Victoria perdió el

equilibrio y tanto ella como el arma cayeron sobre el suelo de madera. Él fue por

el arma.

—¡Está descargada! —La furia flameante que había visto cuando llegó invadió

sus ojos nuevamente.

Caminó hacia ella como un león cuando hieren a su

cachorro; sus ojos eran dos piedras oscuras. Victoria se colocó en pie,

manteniendo la mirada fija en él; parecía fuerte y valiente, pero su labio inferior

temblaba leventemente.

—¡¿En qué demonios estabas pensando?! —La apretó por los brazos,

zarandeándola— ¡¿Acaso pensabas?! ¡Joder! ¡Te lo dije, te quería fuera de mi

vida, lejos de Odette! —Ella luchaba por zafarse, pero el agarre de él era de hierro.

Me sentía como si estuviera delante de una película violenta.

Victoria escupió al rostro de Dimitri y él levantó el brazo dispuesto a golpearla.

—¡No! —Grité sin siquiera pensarlo. Él se detuvo, mirando mis ojos.

—Odette…

—Él es un animal, Miller. —Ella echó la cabeza hacia atrás riendo como si estuviera loca—. Estoy acostumbrada a esto con Dimitri. ¿Ya le contaste las veces que tuviste que llevarme al hospital porque me marcabas de todas las maneras posibles? ¿Le contaste que la última vez que te vi fue porque casi me matas?

—Cállate, Victoria, o te juro que voy a destruirte.

—Ya me destruiste —la mujer se desmoronó—. ¿Por qué mandaste a Demian a casa?

—Dime que no hiciste eso —susurré entre mis lágrimas—. Me lo prometiste.

—Demian me pidió que lo mandara a casa.

—¡Tiene seis años!

—¡Y más de un año en el hospital! —Refutó, pasándose las manos por el cabello

húmedo—. Tienes un hijo extremadamente inteligente, un niño callado que escucha todo a su alrededor, sabía que el trasplante lo ayudaría y es consciente de que no lo hizo.

—Mientes —Victoria se abrazó a sí misma.

—Recibí una llamada de Fraser anoche —me miró—. No quería preocuparte así que te mentí. Aunque apareciera un donante, nada va a salvar a Demian. —Toda la furia fue remplazada por deje de tristeza—. Derrick lo sabe.

—Derrick me lo hubiese dicho.

—Pues no lo hizo—Tiró el arma hacia la chimenea—. Vete a tu casa, Victoria. Habla con tu marido y quédate con tu hijo los días que le queden.

—¡No! Quiero que vuelva al hospital, donde estará atendido por. .

—¡Él no quiere! Está cansado del hospital. —Ella llegó hasta él, golpeando su pecho. Dimitri apretó sus manos en puños, dejando que lo golpeara por varios minutos; luego, la tomó de manera contundente por los hombros—. Resígnate, no hay más nada que se pueda hacer, salvo darle lo que pide y seguir su tratamiento desde casa. Y rogar. ¡Ruega por un maldito milagro! Desaparece, Victoria, o te juro en nombre de lo que sentí por ti que me negaré a cualquier cosa que tenga que ver con Demian. —De nuevo, el hombre vengativo estaba hablando por

él—.

Te juro que si te vuelves a acercar a mi hijo —empezó a caminar hacia la puerta—

haré los días de Demian aún más difíciles —su voz se endureció—. Tu hijo aún

necesita mi sangre, aún necesita de mi dinero, de mis influencias — sus brazos se

contraían con cada palabra—. Una sola palabra de mi parte, y Fraser se irá…

Jadeé completamente aterrada. No lo podía creer.

De mi rostro, miles de lágrimas bajaban sin control alguno. Dimitri era un

monstruo, un demonio. Mi corazón estaba sangrando, mi pecho se comprimía,

imposibilitándome respirar. Este era el papá de mi hijo. ¡Mi hijo! Mi bebé que,

aún sin nacer, estaba envuelto en una maraña de odios, rencores y violencia en la

cual no tenía porqué estar involucrado.

Corrí, no supe cómo tan rápido, pero corrí fuera de la casa. La puerta del auto

estaba abierta y me metí en el coche, cerrando y asegurándome de dejarlo

asegurado.

Dimitri llegó rápidamente, golpeando el vidrio de la ventana.

—¡Abre la puerta, Odette! —Sabía que estaba manipulando las manijas, podía

escuchar sus gritos desesperados—. ¡Abre la maldita puerta! No estás pensando

con claridad —golpeó el vidrio y yo grité, llevé mis manos a mis oídos y grité de

dolor, grité porque me había enamorado de un hombre con mil facetas

diferentes—. Bebé, déjame explicarte… —las llaves estaban en el encendido del

auto. No pensé, entre sus gritos amortiguados por la lluvia, sus golpes al vidrio, y

mi corazón roto, no pensé y simplemente actué.

Encendí el coche dando reversa mientras Dimitri gritaba mi nombre y

golpeaba el capót. Nada me importó, necesitaba alejarme de él, necesitaba

proteger a Declan, necesitaba lamer mis heridas, necesitaba llorar…

Conduje hasta la salida del pueblo sin siquiera saber cómo; llovía fuerte, era

casi media noche y tenía el corazón completamente destrozado.

Detuve el coche a un lado de la carretera, tan pronto llegué a la I95. No sabía

qué tan lejos estaba Bronxville de Nueva Jersey. Quería a Mike, él me protegería.

Activé el *GPS* recordando que había dejado olvidado mi celular, permiso de

conducir y documentos en la casa de Dimitri, pero no podía volver ahí; así que

encendí el coche de nuevo sin importar la lluvia, mis lágrimas, o que un policía

de carretera me detuviera.

El velocímetro mostraba 60 km/h, la lluvia se intensificaba cada vez más,

pero no podía detenerme, tenía que llegar a Mike, arroparme en sus brazos antes

que Dimitri me encontrara. Si algo había aprendido de Malinov era que no se

daba por vencido. Sabía que vendría por mí y tenía que ser cuando estuviera con

mi hermano.

Declan se removía en mi interior. Los rayos iluminaban el cielo oscuro. Sequé

mis lágrimas solo un minuto y lo siguiente que vi fue los faros de un vehículo que

venía hacia mí.

Cerré los ojos tirando del volante, las llantas chirriaron y sentí cómo el auto

era golpeado, desplazándome en la carretera.

Mi cabeza daba vueltas, palpitando lentamente. El airbag del vehículo y el

cinturón de seguridad me habían mantenido a salvo, pero el auto estaba

completamente a oscuras. Recosté mi espalda en el asiento mientras veía a lo

lejos las luces traseras del vehículo que me había golpeado.

La lluvia repiqueteaba sobre el vidrio delantero. Solté mi cinturón, empujando

el airbag. Cada minuto que estuviese detenida era un minuto más a favor de

Dimitri. Sentí cómo un líquido viscoso recorría mi frente y me miré por el

retrovisor el caminito de sangre que descendía por mi sien; no parecía ser una

herida profunda y tenía que llegar a Jersey. Pasé la manga de mi camisa por mi

frente, retirando la sangre. Giré la llave en el contacto, pero nada pasó nada.

—¡Maldición! —grité y golpeé el volante justo en el momento en que una corriente me hacía doblarme en el asiento y un líquido caliente mojaba mis piernas.

¡Mierda! Faltaban dos semanas. ¡Dos semanas!

La primera contracción llegó, haciendo que mi cuerpo se arqueara ante el dolor.

Capítulo 17

Apreté mis manos al volante mientras la contracción pasaba. Respiré como me habían indicado en las clases de yoga y preparto, esperando que mi cuerpo se relajara, y acaricié mi vientre, transmitiéndole bebé que todo estaría bien. Hacía

mucho tiempo había dejado el letrero de Bronxville atrás, pero esperaba que pasara algún auto y me socorriera.

Cuando todo vestigio de la contracción pasó, intenté encender el coche nuevamente, sin éxito.

La lluvia arremetía con fuerza y el frío empezaba a helarme los huesos. Acaricié mis brazos, recordando que solo tenía la camisa que Dimitri había usado en la tarde; no tenía zapatos y mis ojos y nariz estaban rojos. Pero poco me importaba mi aspecto, seguía afectada por los eventos previos. Algunas lágrimas aún se derramaban por mi rostro sin que pudiera hacer nada para

detenerlas. Siempre pensé que conocía a Dimitri, que podía ver a través de su mirada, acertar cada careta, pero el hombre que amenazaba a Victoria con apagar la vida de su hijo era uno que no había vislumbrado antes, ni siquiera cuando nos vimos en el Midtown.

Sentí un dolor agudo punzando mis caderas. Respiré profundamente mientras la contracción se apoderaba de mí.

«¡Diablos!. . Inhala…Exhala».

Me sostuve del tablero del auto, tratando de respirar… Esas malditas clases no

me habían servido de nada.

«Por favor, por favor, enciende».

Giré la llave y presioné el acelerador, pero el auto estaba muerto.

Nunca había sido una gran creyente, pero imploré al cielo por ayuda; no tenía mi teléfono celular y la carretera estaba completamente vacía.

Intentaba controlarme, no dejarme dominar por el miedo, pero, en cada contracción, el dolor y el temor se pronunciaban aún más.

Quería pujar, pero sabía que podría ser contraproducente, así que había mantenido las piernas cerradas por lo que había parecido mucho tiempo.

Una nueva contracción me golpeó, eran seguidas, pero aun así no podía descifrar cada cuánto tiempo se estaban dando. Conté hasta treinta mientras mis

dedos se retorcían.

«Por favor, por favor».

Necesitaba pujar…

Tomé el impermeable amarillo del asiento de copiloto –lo había visto cuando me subí al coche y lo había ignorado completamente–, cubrí mi cabeza y salí del coche hacia la lluvia helada. Abrí la puerta de atrás y tiré el impermeable, recostándome en los asientos y cerrando mis piernas en un vago intento por no ceder al instinto natural de pujar.

Mientras yacía ahí, recordé cómo había cambiado mi vida lo últimos nueve meses. Si tan solo no hubiese bebido tanto, si lo hubiese obligado a usar un preservativo…

Maldito Dimitri. Maldita Victoria, pero sobre todo, maldita yo por necesitarlo, aunque lo quería lejos.

Me sentía cansada, así que cada vez que las incómodas contracciones aparecían, me aferraba a la tapicería del auto con mucha fuerza. Estaba tan concentrada en mi propio dolor que no había notado que, desde el accidente, apenas había sentido a Declan moverse.

—Bichito. —Toqué mi vientre donde creía que podía estar ubicado. Presioné mi piel intentando que se deslizara en mi interior, pero nada sucedió, ningún movimiento. Un nudo se formó en mi garganta y el miedo invadió mi cuerpo.

Mis ojos empezaron a llenarse de lágrimas nuevamente. Cuando volví a presionar el lugar por donde, por lo general, sentía el peso de mi bebé, palpé cada parte de mi piel tensa, pero él no se movía. Un trueno resonó, cubriendo el cielo con un halo claro, mientras las lágrimas corrían sin cesar por mi rostro.

Estaba sola allí, acostada en la parte trasera del auto de Malinov, completamente inmóvil, sin sentir a mi bebé… Solo quería a Dimitri conmigo. Sin importar si me había engañado, utilizado, o lo que fuera, lo necesitaba para sentirme segura, lo necesitaba porque lo amaba y estaba asustada.

Cerré los ojos deseando dormir y despertar mañana sabiendo que todo esto era una pesadilla, que Dimitri y yo estábamos felices.

Quería que Declan naciera bien, sano, con el doctor Pietro recibiéndolo en sus manos, mientras la mía era apretada por Malinov.

«Por favor, por favor».

Cuando pensé que todo estaba perdido, la puerta del auto se abrió…

—¡Odette!

Dimitri estaba allí, tenía un impermeable azul con el que se cubría de la lluvia; en su mano, una linterna apuntaba directamente dentro del auto.

Una nueva contracción, mucho más fuerte que las anteriores, hizo contraer mi

cuerpo.

—¿Contracciones? —Hubiese querido decir algo sarcástico, incluso algo en mi

interior me hacía querer apartarlo, pero la verdad era que estaba

completamente feliz de que estuviera aquí.

Como las anteriores, la contracción duró poco. Volví a respirar, relajando mi

cuerpo.

—¿Cada cuánto las estás sintiendo? — Dimitri se había sentado en el asiento

del conductor, la lluvia mojaba sus piernas, pero a él parecía no importarle—.

¿Odette?

—¡No lo sé! —El verdadero miedo cubrió mi cuerpo—. No se mueve…

—sollocé—. Hace mucho tiempo no se mueve —acaricié mi vientre,

completamente asustada.

—Tranquila, bebé. —Metió su brazo entre los asientos delanteros y tomó mi

mano apretándola fuertemente. Miró su reloj de pulso y nos mantuvimos en

silencio un tiempo, que para mí fue eterno.

—Ya regreso…

—¡Por favor, no me dejes! —Llevó mis manos hasta sus labios.

—Cuando nuestro bebé este aquí, seré yo el que te implore que no me dejes,

amor. Necesito buscar mi maletín, está en el maletero del coche. —Besó mis

nudillos—. Si llega otra contracción, grita, Odette. ¿Entendido? Estarás bien,

estaremos bien.

Dimitri tomó las llaves del contacto y sentí sus pasos hasta abrir el maletero del coche. Rodeó el auto, abriendo la puerta, y arrodillándose hasta besar mi frente.

—Necesito explicarte… Sé que no es el momento y sé que te he fallado muchas veces, pero necesito que me prometas que me dejarás explicarte cuando Declan esté a salvo… Por favor, Odette.

Asentí en el momento en el que una nueva contracción me hacía gritar del dolor.

Él agarró mis manos mientras duró, con sus labios pegados a mi frente, mientras me repetía que era valiente y que me amaba. Revisó su reloj cuando aflojé mi amarre en su mano, dio un último beso en mi frente y cerró la puerta, rodeando el auto hasta aparecer del otro lado. Colocó el maletín abierto en el asiento del conductor y lo vi ponerse un par de guantes de látex antes de ubicarse frente a mí.

—Necesito revisar cuánto tienes de dilatación. Pon los pies planos contra el tapizado… Espera. —Corrió la silla del conductor hacia delante. —Demonios.

—Masculló entre dientes—. Abre las piernas, nena. —Quitó mis bragas e inhaló

profundamente mientras me examinaba.

—Llévame a un hospital —murmuré entre dientes.

Iba a decirle algo más cuando Dimitri limpiaba el guante con una toallita de papel, pero una nueva contracción me hizo morderme la lengua.

—¡Mierda! —masculló, agarrando mis rodillas, al tiempo que la contracción pasaba.

Cerré los ojos, completamente agotada.

—¿Puedes decirme hace cuánto empezaste con esto? —No dije nada—. ¡Odette!

—Cuando desperté, había mucosidad en mis bragas.

—¡¿Por qué no me lo dijiste?!

—¡Lo olvidé! Por favor, llévame al hospital.

—Saliste de casa hace dos horas, Odi. Tienes nueve centímetros de dilatación y

las contracciones son cada tres minutos. Llamé a la policía y pedí una ambulancia desde el auto en el que vine. El hospital está a unas diez millas de camino, no te voy a exponer.

—Dim, algo está mal con el bebé. Sé que no debería sentir sus movimientos regulares, pero está muy quieto, demasiado quieto. — Le dije muy asustada.

—Él estará bien, está ubicado, listo para nacer… Tú estarás bien. —Se movió al

asiento delantero y revisó su maletín.

—¡Diablos! Nada de lo que hay aquí puede ayudarte con el dolor.

—No me importa el dolor, quiero que mi bebé esté bien.

—Sé que te voy a pedir algo muy difícil, pero confía en mí. Nunca jugaría con tu

salud ni con la de mi hijo.

—Quiero pujar.

—Espera un poco más… —Quitó la capucha azul de su impermeable—. Necesito

que te recuestes sobre la puerta del coche y adoptes una posición semi sentada.

Dobla las piernas y déjalas abiertas, lo más que puedas, nena.

Hice lo que me pidió, apoyando mi pie derecho sobre el asiento del conductor.

Dimitri se arrodilló sobre el asfalto, colocando algunas cosas sobre el suelo del

coche.

—¿Crees que la ambulancia llegará antes del momento?

—No lo sé, has dilatado muy rápido para ser primeriza. —Pasó las manos por

su rostro—. No puedo monitorearte, no sé si él está sufriendo… —Deslizó una de

sus manos sobre su pelo—. Estoy a ciegas, Odette.

Temblé. Un sollozo abandonó mi boca a causa de su inseguridad y

nerviosismo.

Dimitri me miró y dijo, por tercera vez, no sabía si lo hacía para mí o para él, que todo estaría bien.

Otra contracción llegó. Apreté mi labio entre mis dientes mientras mi cuerpo le daba la bienvenida al dolor. Dimitri acarició mis piernas al momento que el espasmo que pasaba por mi cuerpo.

—No pienso volver a tener hijos —murmuré cuando el dolor cesó.

—Tengo la esperanza de que tengamos otro bebé.

—Solo dime de qué manera me querías usar.

—No es el momento, voy a revisarte. Respira profundo. —Inhalé con fuerza mientras él palpaba mi tracto vaginal—. Está coronado, creo que Declan nacerá aquí.

—¡No! Llama a la policía de nuevo.

—El pueblo está en problemas, Odette. La tormenta hizo muchos daños y el hospital estaba incomunicado cuando salía para acá. —Se levantó—. Al menos la tormenta ha cedido, solo espérame un momento.

Lo vi caminar hacia un auto beige –el auto de Victoria– y abrió la puerta, entrando al vehículo. Intenté enfocar mi vista en algún acompañante, pero el auto estaba solo. Cerré los ojos, negándome a gastar un solo pensamiento en

Victoria. En todo lo que podía pensar en este momento era en Declan.

—Estaremos bien, Bichito. —Acaricié mi piel tensa en el lugar abultado—. Solo

hazme saber que estás conmigo.

Grité cuando el ya familiar calambre de la contracción empezó de nuevo.

Dimitri llegó hasta mí rápidamente, arrojó su sudadera con capucha a mi

pecho. Podía ver que había dejado desnudo su torso, pero aún mantenía el

impermeable.

—Eso es, nena. —Tenía la mirada fija en el reloj—. Dos minutos. —Apretó mi

rodilla—. Eres fuerte, princesa, muy fuerte. Puedes hacerlo, Declan va a nacer.

Necesito que hagamos esto juntos. ¡Dios! Tiene cabello, Odette. Al parecer,

mucho cabello. —Besó mi pierna y recosté mi espalda en la puerta del coche—. En

la próxima contracción, respira profundo y luego puja con todas tus fuerzas,

nena.

Centré mis ojos en los suyos, asintiendo mientras sentía la leve presión de la

contracción.

—Ya viene —informé—. Daría mi vida porque esto no ocurriera de esta

manera, pero estoy aquí, bebé. Estoy contigo. —Grité cuando la contracción me

golpeó.

—Respira y puja, nena. —Inhalé profundamente y pujé, sintiendo cómo mi cuerpo se preparaba para dar paso a mi bebé.

—Vamos, Odette, puja. Siete, seis… vamos, tú puedes. Cinco, cuatro, tres, dos…

Descansa. —Dimitri limpió el sudor de su frente con el brazo—. Muy bien, preciosa, lo hiciste muy bien—. ¿Preparada? —asentí, él empezó a contar mientras yo pujaba con todas mis fuerzas—. Ya casi está, en la próxima deberemos ver la cabeza.

No sabía cuánto tiempo llevábamos, pero me sentía sin fuerzas.

—¡No puedo más!

Aún podía ver sus ojos enmarcados por la preocupación.

—Sé que estás cansada, nena, que esto no es fácil, pero tienes que pujar por Declan, Odette…

Asentí, respirando fuertemente, preparándome para una nueva contracción.

Y, cuando llegó, pujé fuertemente sintiendo como si colocaran brasas ardientes en mi parte íntima, como si me destrozaran desde adentro.

—Puedo ver la cabeza —decía Dimitri emocionado—. Estás haciéndolo muy bien, Odette. Solo una vez más… bueno, dos o tres, pero este es decisivo para sacar la cabeza, amor. Vamos, a la cuenta de tres.

—¡No puedo! —chillé—. Estoy agotada.

—¡Sí puedes!

—¡No!

—Odette, está ubicado. Solo una más, por favor.

—No puedo más. —Y era cierto, sentía como si mi cuerpo hubiese sido

golpeado en diferentes partes al mismo tiempo.

—Por favor, preciosa. Si no lo haces, podemos ahogarlo. Solo te pido un par de

pujos más, Odette. Demuéstrame que eres valiente, la mujer de la que me

enamoré, ¡la que tiene las agallas para torear a este demonio y para traer a

Declan a este jodido mundo! —gritó—. Puja a la cuenta de tres. Uno, dos y…

Pujé, pujé con todas las fuerzas de mi alma, de mi corazón, con el amor de

madre que no sabía que podía tener. Pujé porque Declan no iba a morir, él sería

el niño más feliz del jodido universo.

—Bien, preciosa, muy bien. Ya tengo la cabeza, no pujes ahora, solo respira

lentamente por la boca, amor. Tiene el cordón enredado en el cuello, voy a darle

la vuelta. —Lo sentí mover sus manos, pero mis ojos estaban fuertemente

cerrados. No sentía mis piernas y el mundo parecía haberse detenido para mí—.

Te amo, Odette. Sé que estás agotada, pero necesito sacar el resto del cuerpo. Un

pujo más, nena. El decisivo.

Me preparé para lo que sería mi último esfuerzo. Respiré profundamente y conté mentalmente con Dimitri antes de pujar tan fuerte como pude hasta sentir cómo mi bebé salía por completo.

Respiré aliviada al no sentir la quemazón en mi intimidad, y aguardé por el llanto de mi bebé, un llanto que, por más que esperaba, no escuchaba.

Dimitri se trasladó hasta el asiento delantero con Declan en brazos. Intenté incorporarme pero no tenía fuerzas. Vi por el espacio entre los asientos cómo Dimitri le hacía masajes a su pequeño pecho y susurraba cosas que, debido al cansancio, no entendía. Me asusté y puse todo de mi parte para que mis ojos no se cerraran, luchaba con mis párpados hasta que lo sentí, un suave gemido muy débil.

Pero estaba llorando.

¡Mi Bichito estaba llorando!

Dimitri dejó caer la frente en el pecho de Declan, sollozando entrecortado. El llanto del bebé era bajo, mucho más bajo que el de los bebés que había visto nacer cuando hice mi internado en urgencias. Malinov levantó su rostro, llenando de besos el pequeño cuerpo de nuestro bebé, sin importar la sangre o la fina capa de *v*érnix *caseosa* [14]que lo cubría. Lo tomó en sus brazos antes de

pasarlo sobre los asientos y dejarlo sobre mi pecho.

—Hace frío. —Su voz estaba cortada—. Envuélvelo en mi sudadera. Lo has

hecho muy bien, amor. Estoy muy, pero muy orgulloso de ti. —Volvió a situarse a

mis pies, hice lo que él me pidió, limpiando la carita pegajosa de Declan con la

tela—. Sé que estás cansada, pero necesito que expulses la placenta, solo un pujo

más. ¿Preparada? —Lo hice mientras sentía el corazón de mi Bichito latir en mi

pecho.

Sentí cómo Dimitri presionaba mi sexo, evitando una hemorragia después de

que expulsé la placenta.

—Usa la técnica canguro, nena, mantenlo caliente. —Solté los botones de mi

camisa colocándolo en mi pecho y cruzando los brazos sobre su diminuto

cuerpo—. ¿Está bien? ¿Está respirando?

Asentí, incapaz de decir una palabra, era como si ahora que Declan estaba

fuera de mí, me sintiera sin fuerzas, muy débil. Dimitri seguía presionando mi

intimidad, diciendo maldiciones entrecortadas. Tenía sueño, mucho sueño.

—No te duermas, Odette… —Su voz se escuchaba lejos—.

Nena, quédate conmigo. —Su voz era desesperada—. ¡Odette! — Quería

responderle—. Nena, por favor. —Sabía que decía algo más, pero se

escuchaba

lejos y no podía entenderle. También escuchaba sirenas. Una sombra llegó hasta

nosotros y Dimitri habló con ella.

"...Hemorragia..."

"...No había tiempo..."

"... ¡Ayúdenla!"

Cerré los ojos, incapaz de tenerlos mucho más tiempo abiertos.

Capítulo 18

Escuchaba murmullos, mis párpados no respondían… Volví a dormir.

Alguien dijo algo, una puerta se cerró, manos tocaron mi mejilla, labios

acariciaron mi frente. Intenté abrir los ojos de nuevo… No pude.

Desperté de golpe recordando todo: la visita de Victoria, mi huida, el auto que

golpeó el mío, Dimitri en medio de la lluvia y el llanto de Declan…

Miré a mí alrededor. Dante y Andrew estaban sobre el sofá completamente

dormidos. La puerta se abrió y Allegra entró junto con Mía.

—¡Está despierta! —Su grito hizo que los chicos despertaran sobresaltados.

Mía y ella se acercaron rápidamente.

—Declan es tan hermoso. —Mía hizo pucheros—. Dan ganas de comérselo

despacito. Tiene los ojos claros, el doctor Mancini dice que serán azules

Intenté incorporarme sola, pero Allegra me ayudó.

—Dimitri… ¿Dónde está Dimitri? —dije.

—Dimitri está con el bebé en la sala de neonatos —respondió Mía sentándose a

mi lado y colocando un mechón de mi cabello tras mi oreja.

—El imbécil no ha querido salir de esta habitación.

—Alle… —Mía abrazó a mi amiga—. No es el momento.

—Ve lo que le hizo, te lo dije… Te dije que…

—Amor —Andrew la atrajo a sus brazos—, todo pasó, el bebé está bien y Odi

también. ¿Cómo te sientes, guerrera?

—Como si me hubiese arrollado un camión o una estampida de elefantes.

—Felicidades, señorita. —Dante, coqueto como siempre. Se acercó a la cama

dejando un beso en mi mano.

Mía se inclinó besando su mejilla.

—¿Cómo está Declan? —Me impulsé con los brazos, quedando ligeramente

recostada.

—Lo han llevado a la incubadora, solo será por unos días, el doctor dice que es

fuerte y que tiene los pulmones más sanos que haya visto en su historia como

pediatra.

—Dimitri nos ha contado todo. —Allegra tomó mi mano—. Si no quieres que

esté aquí, solo tienes que decirlo. Gus está afuera, se encargará de sacar su culo a

patadas. Solo tienes que decirlo.

—Bebé…

—¡Bebé, no Andrew! —Se giró molesta—. El hijo de puta que tienes por amigo

casi hace que ella pierda a su bebé.

—Ese mismo hijo de puta fue quien lo ayudó a nacer —contraatacó Dante. —No

vamos a tomar partido por esto. Lo discutimos ya, Allegra. Así que corta el rollo,

mujer. Odette sabe qué decisión tiene que tomar y ya nosotros escuchamos a

Dimitri.

—¡Mía!

—Dante tiene razón. —Mía tomó mis manos—. Sabes que siempre vas a contar

conmigo, que respetaré tu decisión sea cual sea—miró a Allegra—. Los problemas

entre Dimitri y Odette son solo de ellos. —Extendió su mano hacia Alle y ella la

tomó vacilante—. Tú y yo somos las mejores amigas de Odi, nuestra única

función es consentir a Declan… Tú sabes, darle helados y chocolate a escondidas

cuando Odette quiera que coma calabacines, brócolis y demás cosas

horrorosas

que salen de la tierra —intentó reír—. Además de eso, apoyar a nuestra amiga no

ser un obstáculo en sus decisiones, ni inmiscuirnos en sus sentimientos.

Dante dejó un beso en la cabeza de Mía y susurró un «por eso te amo,

pequeña», antes de que ella se levantara, recostándose en su pecho.

La puerta se abrió y Dimitri entró a la habitación, eclipsando todo.

—Despertaste. —Estaba despeinado y las ojeras eran evidentes. Me pregunté

cuánto tiempo había estado dormida realmente; pero, antes de poder preguntar,

Allegra fue hasta donde él, empujándolo hacia la salida.

—¡Aléjate de ella!

—¡Joder, Allegra! —Andrew la tomó del brazo, ejerciendo una evidente

presión—. ¿Has escuchado algo de lo que ha dicho Mía? —Nunca había escuchado

a Andrew levantar la voz.

Dimitri tomó el brazo con el que Andrew sujetaba a Alle.

—Déjala, Drew. —Cerró la puerta—. Dante, ¿podrías avisar

a la enfermera que Odette está despierta?, quieren que ella intente darle

pecho al bebé, ya que lo han sacado de la incubadora.

Dante dio otro beso a Mía antes de palmear la espalda de Dimitri y salir de la

habitación.

—Hace un par de días te pedí —había dormido días— que cuando llegara el momento no me alejaras de ti y me dejaras darte una última explicación.

Negué con la cabeza, mientras cada palabra dicha por Victoria se colaba en mi mente causándome dolorosos recuerdos.

—Dijiste que lo harías.

No iba a llorar, no lo haría.

—Necesito hacer esto.

—Y ella necesita que…

—Déjennos solos —dije a Allegra, que parecía querer arrancar la cabeza de Malinov y luego bailar sobre sus restos.

—Odi… —Ella se giró rápidamente.

—Necesito hablar con él sobre Declan.

—Tú eres… —Mía se acercó a ella anudando sus brazos.

—Vamos, Alle, podemos tomarnos un café. ¿Vienes, Drew? —Andrew asintió y

los tres abandonaron la habitación, dejándonos solos.

Por segundos, solo nos quedamos ahí, viendo quien iba a decir la primera palabra, pero yo no podía, me sentía dolida, traicionada, rota. .

—Declan es un niño muy hermoso —dijo Dimitri después de un gran suspiro—.

Estuve tan asustado, como nunca antes. Cuando te desmayaste, había tanta

sangre que pensé que no podría controlarla a tiempo, y entonces, Odette, me di cuenta de que todos mis “te amo” habían sido vacíos, palabras planas que no salían de aquí. —Se acarició el pecho, justo sobre su corazón—. Me di cuenta de que no…

—Ahórrate las explicaciones, Dimitri. —Lo interrumpí—. Ya he escuchado suficiente.

—Prometiste escucharme.

—Estaba en trabajo de parto, atascada en una carretera por una tormenta. Iba a prometer cualquier cosa si eso garantizaba que mi hijo llegara bien a este mundo.

—Sé que te he lastimado y créeme lo…

La puerta se abrió y una enfermera entró con un bultito azul entre los brazos.

—Mamá ha despertado… has dormido mucho tiempo, mamita, hemos alimentado al caballerito con fórmula, pero lo mejor es la leche materna. —Me extendió a mi hijo y sonreí al verlo con mejor luz. Era cierto lo que decían, mi pequeño caballerito era simplemente hermoso.

—Hola, Declan. —Di un beso en su manito—. ¿Cómo está mi Bichito precioso?

—Mi bebé abrió la boca emitiendo un bostezo.

—Ya casi va siendo hora de su comida, despertaste justo a tiempo. Al parecer, fue un parto difícil… ¡qué bueno que papito sabía qué hacer! —sonrió hacia Dimitri y él le devolvió una sonrisa revienta bragas que hizo que ella se ruborizara—. Sabes lo que debes hacer, ¿verdad?

Asentí, había visto a muchas madres hacerlo.

—Si necesitas ayuda, solo tienes que apretar este botón y yo vendré inmediatamente. —Dimitri se sentó al final de la cama y esperó a que la amable enfermera se fuese.

—¿Necesitas ayuda? —Habló en voz baja.

Lo ignoré y cambié a Declan de brazo para poder desabotonar mi pijama.

Dimitri se acercó, apartó mi mano y terminó de soltar los botones. Me obligué a mí misma a no mirarlo.

Estaba cansada de las mentiras, cansada de las segundas oportunidades, quería irme lejos con mi bebé y olvidar absolutamente todo.

—Esta mañana autoricé el ingreso de Demian nuevamente en el hospital. El niño me odia.

No dije nada, me concentré en ubicar mi pezón sobre los labios de Declan y darle la bienvenida al dolor tras la primera succión. Afortunadamente, y gracias

a que Dimitri me había explicado, no tenía problemas con mi leche materna.

—No sé cómo empezar, me ayudaría que no me ignoraras.

—No quiero escucharte. Siempre que te escucho, o me amenazas o termino cediendo. Y esta vez no estoy dispuesta a ello.

Así que no arruines la primera comida entre Declan y yo.

—¡Necesito que escuches!

—No levantes la voz, Dimitri. El hecho de que grites no da por sentado que te escucharé.

—¡A la mierda! —Se levantó de mi lado y caminó en círculos—. Quieras o no, vas a escucharme. Cuando me enteré que Victoria había abortado debido a la cantidad de éxtasis y crack que consumía, más una dosis de un fuerte abortivo, me volví loco. —Se quitó el saco y lo arrojó al sofá—. Quería matarla. De hecho, casi lo hice, apreté su cuello tan fuerte que estuve a nada de partirlo. Pero volví en mí, la empujé y me fui porque estaba furioso y dolido. Victoria me había sacado el corazón del pecho y lo había estrujado entre sus manos, pero yo mismo le había abierto mi piel y permití que ella lo hiciera. Si hubiese sido menos egoísta, la había dejado en el centro de rehabilitación, pero yo la necesitaba. Si bien ya no consumía, aún era una persona de adicciones.

—No me interesa, Dimitri.

—Te conté mi infancia, mi vida no fue fácil…

—Nada de lo que te ha pasado te servirá de excusa. —Miré la carita de mi bebé

antes de levantar la vista hacia él—. Perdí a mis padres a los ocho años, estuve

escondida debajo de la cama mientras escuchaba los disparos y los sollozos de

mi madre, y nada de eso hizo que me convirtiera en una rebelde o cambiara mi

vida. Te fuiste por el camino fácil, y justificas tu crueldad por cómo transcurrió

tu pasado. Prefieres ser el pobre niño con una infancia de mierda y no el hombre

que cambió su vida cuando lo adoptaron por segunda vez. Tu vida mejoró, pero

preferiste alimentarte de odios y no de lo bueno.

—Solo escúchame…

—No quiero hablar de esto con Declan aquí.

—Está bien, esperaré. —Volvió a sentarse observándonos a ambos. Vi su

intención de acercarse, pero no lo hizo. Convirtió en un puño sus manos y se

mantuvo en la parte baja de la cama. Sacó su celular y empezó a escribir.

Me concentré en el pequeño pedacito de cielo que tenía entre mis brazos:

carita sonrosada, cinco dedos en cada mano, cabello rubio como el sol. Él no

era

hermoso…era perfecto.

Sentí el obturador de una cámara y vi a Dimitri antes que disparara otra toma

nuevamente hacia nosotros.

Por primera vez, se veía anhelante, indefenso. Sabía que estaba haciendo un

esfuerzo por no ser intimidante. Declan soltó mi pezón y lo giré, recostándolo

sobre mi pecho, dándole suaves golpes en la espalda para que no quedaran gases

en su cuerpecito.

—Habla —dije sin saber el porqué, quizá necesitaba a Declan para poder

escucharlo.

—Me odiarás.

—En estos momentos, ya te odio, Dimitri. Me involucraste en una venganza de

la que yo no era partícipe, pero, aún con todo el resentimiento que tengo hacia ti,

sabes que también te amo y solo por ese amor estoy dejándote hablar. Purga

todos tus demonios, Dimitri. Sé sincero por primera vez en tu vida. —Sabía que

estaba cavando mi propia tumba.

—Está bien.

—El que te escuche no quiere decir que esté dispuesta a fingir que nada

ocurrió.

—Estás en tu derecho.

«¿Quién es este hombre?».

—Tienes razón, soy un hombre de odios y rencores, Odette. Pude haber simplemente cambiado mi vida, pero no es tan fácil, no cuando quieres ver el mundo arder bajo tus pies… —Se levantó de la cama tomando una silla plástica y colocándola a mi lado. Luego, puso su mano en la espalda del bebé e inclinó su cabeza murmurando «lo siento, pequeño» antes de erguirse—. Durante cada día, después de que fui consciente de que mi vida había sido injusta, supe que tenía que acabar con las personas que me habían hecho daño.

Me preparé para escuchar una verdad, incluso más cruel y dolorosa, que todo lo que de él me había revelado Victoria.

—Primero tengo que aclarar que sí sabía que serías la estudiante que Derrick iba a elegir, por eso llegué esa noche a Alcatraz, pero nada de lo que pasó, después de que bailamos, fue planificado.

Las cosas simplemente se dieron a mi favor.

—¡Qué conveniente! —Satiricé.

—Demasiado conveniente para mí. Necesitaba un aliado, alguien cerca de

Tatcher, pero cuando pasó el día y no me llamaste, estuve inquieto.

—Se iba tu presa, el peón en tu tablero de ajedrez.

—Al principio, pensé que era eso, Miller, pero después de verte en el auditorio

supe que no podría usarte. Y, cuando me dijiste que estabas embarazada, saliste

completamente de mi plan. Lo digo en serio.

—Salí antes que empezara la partida, ¡qué lástima! —dije irónicamente,

cambiando de posición a Declan.

—Te quería para mí, te quiero para mí. Quiero envejecer a tu lado, me has

cambiado, Odette. Para bien o para mal, me has cambiado.

—No cambies el tema, Dimitri.

—Supe quién era mi padre cuando cumplí la mayoría de edad. Alexei acababa

de morir y su abogado me había dado un sinfín de carpetas, en todas ellas había

datos sobre el GEA, informes financieros, ciudades donde eran conocidos, socios

y enlaces de los que podía beneficiarme…, pero había una que no hablaba sobre

la empresa, hablaba de mí. Tenía una vieja foto de mi madre en blanco y negro,

testimonios de personas que la conocieron, un certificado de nacimiento y toda

la información necesaria sobre el donador de mi esperma, junto con una nota

de

Alexei.

“Una persona que quiere venganza, guarda sus heridas abiertas”.

»Así que abrí mis heridas, Odette. Me permití recordar las veces que ese

hombre fue a nuestro puesto de comidas; no recordaba su rostro, pero sí los

ojos llorosos de mi madre cuando él se iba. Recordé todas esas noches metido en

la jaula, las golpizas, todo… y empecé a planear mi venganza de una manera fría

y cínica.

Derrick Tatcher se había salido con la suya porque tenía dinero. Ahora yo

tenía dinero y me encargaría de que él perdiera hasta el último centavo.

—Negociando la vida de su hijo. —Él me ignoró.

—Hace un año, él leyó mi artículo para el *New York Times* y me buscó, Odette. No

para disculparse, no para intentar ser el padre que yo necesité de niño. Me buscó

porque necesitaba que salvara a su hijo, y eso es lo que he estado haciendo. Fue

una sorpresa para mí saber que Victoria era la madre de Demian. Desde la última

vez que la vi, en lo alto de las escaleras, cuando le dije que se fuera de mi vida, no

había vuelto a pensar en ella.

Apartó la silla como si no pudiera estar quieto, pasó la mano por su cabello,

despeinándolo aún más, y luego se recostó en la pared.

—Ahí estaban los dos, ambos sufriendo por un niño, cuando él había

condenado mi vida al infierno; ella había cubierto mis heridas con lava ardiente.

¿Y sabes qué, Odette? ¡Yo me regocijé en su dolor! Porque no vi más allá de lo

que mi rencor me dejaba ver, gocé su llanto, su tristeza.. Mi deseo de vengarme

fue imposible de aplacar.

—He escuchado suficiente.

—Aún no he terminado. —Se acercó—. Me pediste que purgara mis demonios,

al menos déjame terminar. Me vaya ahora o después, sé que ya tomaste tu

decisión.

—Le hiciste daño a un niño, a tu medio hermano, tu sangre, Dimitri. ¿En qué

infiernos estabas pensando cuando decidiste joder a un niño que necesitaba de

ti? ¿Cómo era, Dimitri? Le decías al doctor Tatcher: “Hoy haré una transfusión a

tu hijo, quiero tu carro a cambio.”

Negó con la cabeza, sonriendo apesadumbrado.

—Eso hubiese sido más fácil, pero no fue así. Derrick le concedió a mi abogado

una lista con todos sus bienes. El GEA tiene un banco de sangre bastante próspero y soy donante asiduo desde que cumplí veintitrés años; mi madre murió por falta de donadores, así que una vez estuve completamente limpio, empecé a donar. Fue mucha casualidad que Demian y yo compartiéramos el mismo tipo de sangre, el mismo RH; por lo que cuando mi sangre empezó a transferirse al cuerpo de Demian, Wills, mi abogado, seleccionaba una propiedad

al azar. Tatcher solo tenía que firmar y ese niño tendría un día más de vida…

Limpié la lágrima que descendía por mi mejilla.

—Al principio, estaba pletórico. El primer bien cedido me hizo sentir como si estuviera aplastando cucarachas. Una vez que Wills me informó que Tatcher había firmado, me senté al lado de su hijo mientras extraían mi sangre. Pensé que por esa oportunidad podría tenerla fresca y era mejor tenerla de mi propio brazo.

—¿Acaso te escuchas? Si tu padre no hubiese aceptado tu trato, no habrías ayudado a tu hermanastro ¿verdad?

—No lo sé, Odette

—Sí lo sabes, Dimitri.

—Al final lo hubiese hecho, pero sabía que no se negaría. En su rostro

mostraba el amor que sentía por Demian, un amor que yo nunca tuve.

—¿Sigues arruinando a su padre? —No dijo nada, pero su silencio lo dijo todo—. Tu venganza es ridícula y la forma cómo la has llevado a cabo me da náuseas, es repugnante… eres repugnante. Demian no violó a tu madre, no la mató, no fue quien te ignoró durante años…

—¡Mantuve al niño con vida! ¡Aún lo hago!

—¡¿A qué precio?! —grité, el llanto de Declan me hizo respi-

rar e intentar controlarme. Acaricié su cabecita y lo arrullé tranquilizándolo, calmándome. La habitación se sumió en un silencio denso—. Lo enviaste a casa,

sabías que tenía que estar en el hospital, pero lo enviaste a casa sin importarte su salud.

—¡Eso no fue así!

—Baja la voz o esta conversación se termina aquí y ahora. — sentencié con voz

firme.

La enfermera entró en la habitación, debió escuchar los gritos. Le di una sonrisa forzada y ella se acercó.

—Voy a llevarlo a los cuneros y lo traeré para la segunda toma.

No quería que se llevara a Declan, pero tampoco quería que estuviera aquí.

—¿Puedo sostenerlo un momento? —Ambas alzamos el rostro hacia Dimitri.

Todo mi ser gritaba que no lo hiciera, pero él era su padre y contra de eso no

podía hacer nada.

—Claro. —Di un último beso en la cabeza de mi bebé antes que la enfermera lo

trasladara a los brazos de Dimitri.

—Hola, Bichito. —susurró—. Lamento que hayas tenido que escuchar todo eso.

—Se alejó hasta la única ventana en la habitación—. Mira eso, Declan… Paz, la paz

que quiero para ti. No soy perfecto, pero intentaré serlo por ti. —No pude

evitarlo, las lágrimas recorrieron mi rostro libres, mientras veía a Dimitri besar

la cabeza de mi pequeño—. Nos volveremos a ver, campeón. No importa cuándo,

pero nos veremos de nuevo. —Entregó el bebé a la enfermera y ella salió de la

habitación dejándonos nuevamente solos.

Cuando alzó la mirada, sus ojos estaban rojos por las lágrimas sin derramar.

—Fraser me llamó hace tres días, los últimos examenes de Demian dan muy

pocas esperanzas. Aunque el donante apareciera hoy, no hay garantías de que el

niño se salve, su cuerpo es débil como una rosa marchita. —Volvió a sentarse en

la silla—. Luego recibí otra llamada, pensé que era Fraser nuevamente, pero

era

Demian, me contó cómo había robado el teléfono del doctor sin que él lo notara y

que los iPhone eran muy fáciles de usar cuando no tenían una contraseña.

También me dijo que no quería estar más en el hospital, que quería ir a casa a su

habitación.

—¿Aún tiene casa ese niño? —Negó—. Me lo supuse.

—Fue lo primero que le quité a Tatcher. —Para mi sorpresa, parecía

avergonzado—. Aun así, ordené abrir su casa e instalar en su cuarto todos los

equipos necesarios para que el niño estuviese bien. Fraser se trasladaría con él y

dos enfermeras cubrirían sus turnos. No soy tan hijo de puta como crees.

Simplemente le cumplía su última voluntad a un niño de seis años. —Peinó su

cabello hacia atrás—. Ahora lo he mandado de nuevo al hospital y él me ha

llamado para decirme que me odia.

—Al parecer, generas ese sentimiento en todos quienes te rodean.

—Lo sé, y aunque te suene cínico, me importa muy poco lo que la gente pueda

pensar de mí… La única que me interesa eres tu Odette.

—¿Qué piensas hacer?

Ahora que no tenía a Declan en mis brazos, se sentían vacíos, así que me

abracé a mí misma.

—No lo sé.

—¿Vas a seguir quitándole el dinero al doctor Tatcher?

—Tú no lo entiendes. —Volvió a levantarse—. ¿Acaso nunca quisiste vengarte de los malditos que mataron a tus padres?

—Sir Francis Bacon decía *:"vengándose uno iguala a su enemigo; perdonándolo, se muestra superior a él".*

—No quiero mostrarme superior a Tatcher, quiero que viva como yo viví, Odette.

—Entonces no tienes nada qué hacer aquí, Malinov. Ni Declan ni yo te necesitamos.

—¡¿Qué quieres de mí?!

—Devuelve al doctor Tatcher todo lo que le has quitado y olvídate de esa venganza irrisoria que has estado llevando a cabo.

—¿Qué obtendré a cambio?

—Paz…

—La paz no me importa, no cuando te quiero a ti.

—En este momento, Dimitri, solo quiero a Declan.

—Lo sé y no voy a presionarte, pero te quiero a ti. No hoy, no mañana, quizá no

el próximo mes…, pero te quiero a ti, Odette Miller. Quiero tu perdón, quiero tu

amor.

—Cállate.

—Dime qué tengo que hacer. —Se sentó en la cama y tomó mis manos. Ni

siquiera intenté apartarlas.

—Ya te lo dije… Demuéstrame que puedes cambiar, que repeles la oscuridad.

Devuélvele todos sus bienes al doctor Tatcher, dale vida a ese niño sin que se te

dé nada a cambio. Hazlo porque es tu hermano, porque no tiene nada que ver

con los odios y rencores que han regido tu vida…

—No puedo hacer eso.

—Entonces cierra la puerta cuando salgas y no vuelvas,

Dimitri. Declan no merece ser enlodado con tus partes oscuras. Él soltó mis

manos.

—¿Es tu última palabra?

—No quiero volver a verte si no recapacitas. Sin embargo, le hablaré a nuestro

hijo sobre ti, no le contaré lo despreciable y ruin que eres. Y cuando él tenga

dieciocho años, lo haré buscarte. Pero mientras mi bebé sea un niño, no te

acercarás a él para envenenarlo con tus odios

—Sabes que puedo obligarte…

—Ni siquiera termines esa oración. Vete ya.

—Me iré, pero no voy a esperar dieciocho años, Odette. Sé que en este

momento no podemos pensar más allá de lo que nos ha ocurrido, me desprecias,

lo veo en tus ojos. Yo soy un hombre violento, y si me quedo, si te fuerzo a hacer

lo que no deseas, solo lograré que me odies, y no quiero eso bajo ningún

concepto o circunstancia. —Sacó su celular del bolsillo y marcó—. Wills, reúne a

Tatcher y devuélvele todas sus propiedades. —Apretó mi mano cuando intenté

soltarla—. ¡No me importa cómo carajos piensas hacerlo, solo toma sus putas

propiedades y devuélveselas! —Enfocó su mirada en la mía—. Envíale toda la

documentación a Andrew, salgo del país esta noche —jadeé—. Mantente en

contacto.

—Dimitri.

—Te amo, Odette, nada ni nadie es más importante que tú para mí. Declan y tú

son todo lo que necesito en mi vida para ser feliz y estar en paz y voy a

demostrártelo.

Marcó nuevamente.

—Samuel, tengo que salir de la ciudad. Haz todo lo necesario para mantener a

Demian vivo; moveré mis influencias e intentaré conseguir un donante a la

brevedad, el banco de sangre del GEA es todo tuyo. Mantenme al tanto de cada

tratamiento nuevo. Inténtalo todo, Fraser. No importa lo que cueste.

Soltó mi mano y tomó mi rostro acercándose mucho más.

—Escúchame bien, Odette Miller. Voy a irme lejos, no sabrás de mí por mucho,

mucho tiempo porque necesito ese lapso para cambiar, para sanar, para cerrar

todas esas viejas heridas que me están matando lentamente. Me voy con la

promesa de voleer siendo una mejor persona para ti, para mi hijo, mi amor. —Su

pulgar acarició mi mejilla—. Espero que tu amor sea tan grande como para

perdonar mis errores y tan fuerte como para esperar el tiempo que sea

necesario. De verdad lo siento. —Dejó que sus labios cayeran sobre los míos,

voraces, húmedos y demandantes. Estaba tan confundida por todo, que le dejé

besarme hasta responder a su beso con el mismo ímpetu.

Después de todo, el amor es ciego y no entiende de razones, por más que las

coloques todas frente a tus ojos.

—Te amo — no respondí, no podía.

Bajó las manos de mi rostro y golpeó su pierna dos veces con el puño cerrado.

La primera lágrima cayó, haciendo un camino por su mejilla. Estiré mi mano

para limpiarla, pero él se levantó y, sin darme otra mirada, se fue.

Si yo creía que mi corazón estaba roto, ahora había estallado en diminutas partículas que se expandían por toda la habitación.

Capítulo 19

Mía y Allegra entraron minutos después. Y, sin decir nada, me arroparon entre sus brazos mientras yo lloraba. Debía estar enojada, odiándolo. Debía estar feliz porque iba a alejarse, pero, en vez de eso, el dolor en mi pecho me estaba ahogando. El sentimiento de pérdida era tan voraz que sentía que había dejado ir a la mitad de mi vida.

Mike llegó al día siguiente.

Dos días después, Declan y yo nos fuimos a casa.

¡Casa!

No podía llamarlo casa, demasiados recuerdos, tanto buenos como malos, y la ausencia de él, estaban acabando conmigo, destruyéndome desde dentro.

Cuando Mike preguntó por Dimitri, los chicos le dijeron que el problema en Londres no había podido esperar más y había tenido que solucionarlo él personalmente. Sin embargo, no sabían cuándo regresaría. Por más que mi hermano insistió con que debía irme con él a Jersey, me negué. Mike y Ashley

pronto serían padres y mi antigua habitación se había transformado en el cuarto

de las niñas.

Él insistía en renovar la casa, incluso Andrew y Dante se pusieron a su orden.

Los días pasaban rápidos, las noches me hacían acurrucarme en mi cama con

el pequeño cuerpo de mi hijo. Dicen que los niños pequeños no se parecen a

nadie en especial, pero Declan Stephan Malinov era una mini copia de su padre

en versión rubia.

No sabía nada de él, tal como lo había prometido. Las semanas pasaron sin

una sola llamada de su parte, haciendo que todo fuese más duro, a pesar de que,

para este punto de mi vida, debería estar acostumbrada a sus ausencias.

Después de un mes con el vacío y la desolación que solo llenaba el tener a mi

hijo en brazos, decidí que era hora de volver a mi antigua *yo*.

Recosté a Declan en su cuna después de alimentarlo y bajé las escaleras

escuchando el mismo murmullo de todas las mañanas; era el primer día de

clases de las chicas y, aunque sugirieron que no abandonara la universidad,

seguí con mis planes de aplazar mi último semestre. Abrí las puertas de roble y

todos los platos se detuvieron al tiempo.

—¡Odi! —Mía saltó de su silla dándome un gran abrazo y llevándome a mi

lugar. Miré con añoranza la silla vacía de Dimitri, pero me obligué a no llorar. No había tomado ninguna comida con ellos desde que había salido del hospital. De hecho, pasaba la mayor cantidad de tiempo en la planta de arriba, entre mi habitación y el mundo de Declan. Depresión post-parto lo había llamado el doctor Mancini. Para mí, simplemente eran los estragos de un corazón roto.

—¡Qué bien que decidiste desayunar con nosotros! —Andrew tomó un sorbo de café.

—Voy a irme. —No tenía que dilatar más el motivo de haber bajado.

—¿Vas a irte con Mike a Jersey? —Allegra no se levantó de su silla, habíamos tenido una discusión hacía unos días, simplemente porque no quise ir a ver una película de moda con ellas.

"¡Es un estúpido, no puedes seguir así! Te dejó, supéralo".

—Yo puedo llevarte si no quieres que Joshua lo haga.

—No voy a ir a Jersey. —Apreté el monitor de bebé en mis manos—. Voy a mudarme a mi antiguo departamento. Ya he hablado con el señor Thompson y mi renta aún no se ha vencido, por lo que puedo renovar el contrato si quiero.

—Odette. —Dante tomó mi mano sobre la mesa—. No puedo dejar que hagas eso.

—¡No te estoy pidiendo permiso! —Zafé mi mano de entre las suyas—. De

hecho, no le estoy pidiendo permiso a nadie. Esta casa me asfixia, los recuerdos

me ahogan, no quiero estar aquí.

—Podemos conseguirte un departamento cerca, Odi. Si no quieres vivir aquí

podemos…

—¡No entiendes nada! Andrew, quiero volver a mi antigua yo. Antes de que

todo esto empezara, antes de chocarme con él en Alcatraz… Quiero paz.

Todos mis amigos bajaron la cabeza ante mis lágrimas y el sonido

desesperado de mi voz.

—Voy a irme esta tarde, solo llevaré mi ropa, la de Declan y, por supuesto, a mi

gato. No necesito más nada. —Me levanté de la mesa, pero la voz de Dante me

detuvo.

—Yo te llevaré, además de tu ropa y la de Declan, te llevarás la cuna y giraré un

cheque mensual a tu nombre para que cubras tus gastos.

—¡No!

—¡No estoy negociando! —La energía en su voz me hizo recordar a Malinov—.

Dimitri me mataría si se enterara que te dejé volver a ese nido de ratas.

—¡Oye! —Mía golpeó su costado—. El edificio es viejo, sí, y no está en uno de los

mejores barrios de Nueva York, pero nuestros departamentos siempre

estuvieron limpios. Ferb mantuvo las ratas a raya.

—Como digas…—dijo a Mía—. Tú dices que no te entendemos, pero la verdad

es que Dimitri también está sufriendo, se siente indigno de ti y por ello no

regresa. Y tú estás hecha un desastre.

Pero si él se presentara mañana en tu puerta, ¿podrías perdonarlo?

La respuesta era no.

—Como si no estuviera en algún lugar del mundo con alguna mujerzuela

—replicó Allegra con desdén.

—Cállate, Allegra… Solo por una vez en tu vida, mantén tu boca cerrada —dijo

Dante entre dientes—. No hables de lo que no conoces.

—Si ella quiere irse, está en todo su derecho. —Andrew colocó los cubiertos

sobre el plato. Resoplé, nada de lo que dijeran iba a hacerme cambiar de

opinión—. Pero estas son las condiciones: Primero —Dante cruzó una mirada con

su amigo—, cubriremos todos tus gastos sin derecho a réplica. Declan es el hijo

de Dimitri Malinov y hasta ahora único heredero del GEA. No va a pasar

necesidades solo porque su madre es una caprichosa y su padre no está.

—¿Qué diji…?

—Segundo, nos reuniremos todos los domingos. —Se levantó de la silla—. Tu

hermano está lejos, eso nos deja en calidad de tíos. No pienso dejar de ver a mi

sobrino. ¿Tú lo harás, Dante? —Negó.

—Y tercero, Charlie se irá contigo.

—¿Se supone que debo aceptar?

—Solo si de verdad quieres irte. ¿Te llevo a la universidad, amor? —Su mirada

se dulcificó hacia Allegra.

—Me iré con Mía.

—Bien. Dante, te espero en la oficina.

—¿No piensas decir nada? —Mía colocó la mano en su cadera.

—Estoy de acuerdo.

Ambos abandonaron el comedor.

—Si lo piensas bien, no son tan malas condiciones. —Mía peinó mi cabello con

sus manos.

Si lo pensaba bien, Mía tenía razón, no eran malas condiciones.

NUEVE MESES DESPUÉS

Desperté al sentir un leve gorjeo. Bajé la mirada para ver a Declan comiéndose

su calcetín de dibujos de perritos.

—Buenos días, mi corazón —dije dándole un besito en la frente,

completamente aliviada cuando noté que no tenía temperatura. La aparición de

nuevos dientes había traído consigo fiebre y malestar. Aunque ya había pasado

por eso cuando brotaron los primeros, había sido una noche completamente

agotadora.

—¿Cómo amaneció el bichito de mamá? —Acaricié su cabello deslizando mis

dedos entre sus hebras—. Necesitas un corte… urgente, antes de que tus tíos

vengan el domingo.

Me dio una de sus brillantes sonrisas y no pude evitar atacarlo a besos.

Descubrí mi pecho y lo acerqué a mi pezón, observándolo mientras mamaba.

Entre más pasaba el tiempo, más se parecía a él, tenían la misma mirada, el

mismo color de ojos y la misma barbilla, lo único que Declan tenía de mí era el

tono rubio de su cabello. Le quité los calcetines y me dediqué a acariciar su

mejilla mientras lo veía mamar. Un par de minutos después, Ferb llamó su

atención, lo que lo hizo soltar mi pecho y mover su diminuta y regordeta mano

hasta nuestro gato.

Me levanté de la cama y caminé hacia la cocina, saqué la leche y los cereales

junto con la papilla de manzana, que había hecho para él la noche anterior.

Dejé a Declan en la silla y serví leche y cereal en un tazón para mí, mientras

calentaba la papilla en el microondas.

Estas eran mis mañanas.

Y las amaba.

Una vez el desayuno estuvo listo, nos dimos un baño y salimos rumbo a la

universidad, era hora de retomar mis estudios. No había sabido nada de Dimitri

en los últimos nueve meses, era como si la tierra se lo hubiese tragado.

Mía y Dante se habían casado hacía dos meses en las Vegas. Allegra les había

reñido, pero la verdad es que era algo que todos sospechábamos que podía

ocurrir en cualquier momento. Todo había sido diferente para Andrew y Allegra,

que habían terminado con su relación hacía tres meses. No obstante, todavía

esperábamos que arreglaran sus diferencias. Sabía que se amaban, así que lo

demás había que dejárselo al tiempo.

Mike, por su parte, se había convertido en el tío más consentidor de todo

Jersey. Tan solo un par de meses después del nacimiento de Declan, las gemelas

habían llegado al mundo y, aunque su vida era una completa locura, mi hermano

era feliz junto con Ashley y sus hijas.

Aparqué mi viejo Audi en el estacionamiento del campus, salí del auto y desabroché a Declan de su silla; se quedaría con George y Susan cuando estuviese en clases, pero mientras, quería mantenerlo junto a mí. Saqué la pañalera y verifiqué que los documentos que me habían solicitado en la facultad estuvieran todos.

Cerré la chaqueta de Declan y acomodé su gorro para el frío antes de darle un ligero golpe a la puerta con la cadera. Charlie salió de su auto recostándose en el capót, le hice un saludo militar con mi mano libre. Se había convertido en un amigo más que en una sombra, manteniéndose siempre a una distancia prudente.

Entré a la facultad apresuradamente. La señora Monroe, la secretaria, se quedó con Bichito mientras yo exponía mi caso ante el decano y varios docentes.

La sonrisa en el rostro de mi niño, cuando salí de la reunión, era casi igual de grande a la mía. Tenía el volante de matrícula para el próximo semestre y la vida empezaba a encauzarse, después de meses de depresión y cambios.

—¿Odette? —Alcé la mirada para encontrarme con el doctor Tatcher. Si bien su cuerpo se había recuperado, sus ojos aún lucían tristes. Demian había dado su

último suspiro hacía sólo cuatro meses. No importó la sangre de Dimitri, ni los

tratamientos experimentales, ni siquiera el nuevo trasplante. Su cuerpo,

extenuado, un día ya no pudo seguir combatiendo contra la terrible enfermedad

que le carcomía por dentro. Demian fue un niño valiente, inteligente y amado

por todos hasta el final.

—Doctor Tatcher. —Acomodé a Declan en mi cadera. El doctor Tatcher sonrió

cuando lo vio.

—¿Te importaría tomarte un café conmigo? —Miré mi reloj, tenía dos horas

antes de la cita con el pediatra.

—Claro. —Caminamos juntos hacia la cafetería. Una vez ahí, tomé un biberón

para alimentar a mi bebé—. Lamento mucho lo de Demian —dije cuando el doctor

Tatcher llegó con las tazas de café.

—Luchó como un guerrero. Sabíamos que iba a ocurrir, pero guardamos

esperanzas hasta el último momento.

—Lo sé.

—¿Has hablado con Dimitri?

—No, desde hace nueve meses. —Me concentré en darle de comer a mi hijo.

—Tengo fotos de Dimitri siendo un bebé. Siempre supe dónde estaban él y

Stephanie. —El doctor Tatcher tenía las manos en la taza de su café y sus ojos en

la tierna carita de Declan—. Nunca violé a Steph, la amaba, pero era un niño

pretendiendo ser grande. Y sí, me enojé un poco… bastante. La última vez que

estuve en su puesto de comida, estaba ebrio y ella no me quería, se había

enamorado de otro hombre. Yo había abandonado a mi familia y la había

buscado por todo Estados Unidos para encontrarla, pero cuando lo hice, ella ya

no me amaba.

—Dimitri tiene otros recuerdos del hecho.

—Mi hijo tenía cuatro años, Odette. Vio a su madre llorando y a un hombre que

la zarandeaba, un hombre que la golpeó. —Llevó la taza a su boca—. No me

enorgullezco de eso. La última vez que los vi, ellos se veían felices con ese

hombre; así que dejé Texas y me vine a Nueva York. Ese hombre adoptó a mi hijo

cuando tenía doce años.

—¿Alexei? —Él asintió.

—Dimitri necesita saber cómo sucedieron las cosas.

—Él me odia y no le culpo. Sin embargo, a pesar de que me dejó sin nada en un

comienzo, devolvió todo mi dinero, todas mis posesiones, e hizo todo lo posible

para mantener a mi hijo con vida. Incluso lo hizo reír en sus últimos días.

—¿Lo ha visto?

—Llamaba al doctor Fraser con frecuencia y él lo dejaba hablar con Demian unos minutos. Dos horas antes de que mi niño muriera, Dimitri lo hizo reír. Nunca lo olvidaré, Odette.

No quería preguntar, pero tenía que hacerlo.

—¿Victoria? ¿Cómo está ella?

—Sé lo que les hizo Vicky, pero tampoco puedes culparla. ¿No harías tú lo mismo por tu bebé? —Lo haría—. Conocí a Victoria una noche de lluvia cuando ella trató de venderme una pintura muy costosa, la llevé a casa y luego la convencí a tomar tratamiento para sus adicciones. La visité todos los días hasta que ella salió. Es veinte años menor que yo, pero la amé desde que nos encontramos esa noche. Nos casamos unos meses después de que ella estuvo fuera del centro de rehabilitación y, un año después, Demian llegó a nuestras vidas…

No se me pasó por alto que no había contestado a mi pregunta. A pesar de saber que Victoria lo había abandonado luego de la muerte del niño, sentía que el doctor Tatcher necesitaba hablar del tema. Sin embargo, no lo hizo. Entrecerró sus ojos sonriendo a mi niño y mostrándose fuerte. Eso me hizo

admirarlo mucho más. El hombre frente a mi había perdido a su pequeño, su

primogénito lo odiaba y su mujer había huido con la mitad de su dinero, cuando

lo que más necesitaban era permanecer juntos.

—¿Volverás a la escuela?

—Sí, el próximo semestre.

—¿Te gustaría ser mi aprendiz? Prometo esta vez sí darte la oportunidad que

mereces, la última vez mi cabeza estaba en otro lugar.

—No sé si quiero tomar cardiología como especialidad.

—Pero estabas muy convencida.

—Tener a Declan cambió mis intereses. —Aparté el biberón de su boca

sonrojada y empecé a sacar sus gases—. Quiero saber qué hacer cuando enferme,

quiero estar ahí siempre.

—Te entiendo, pero piénsalo… Serías un gran aporte a la especialidad. —Miró

su reloj—. Tengo que irme, Odette. Gracias por el café. —No hice evidente que

ninguno de los dos se terminó el café—. Pero antes… ¿Puedo sostenerlo un

momento?

No me negué. A la final, el doctor Tatcher era su abuelo.

— *Hijo de tigre…*—Acarició el mentón de mi niño, exactamente el mismo que

él

portaba—. Serás todo un dandi con las niñas cuando crezcas, pequeño. Eres

exactamente igual a él. —Asentí—. Dimitri no es un mal chico, Odette. Si bien no

lo conozco, vi la manera cómo trató a Demian, su esfuerzo por mantenerlo con

vida. Siento que nunca voy a poder llamarlo hijo, no me lo merezco, pero me

gustaría que este niño me llamara abuelo alguna vez.

No podía prometerle nada, así que callé y me limité a observar en silencio

cómo el doctor Tatcher sostenía a mi bebé.

Después de ese momento robado de nieto y abuelo, se despidió de mí con un

saludo y una sonrisa triste en sus labios.

Estaba saliendo de la facultad cuando Deborah Spinel y Sarah Wills se

acercaron. Sujeté bien el cuerpo somnoliento de mi niño sobre mi hombro y

caminé más a prisa hasta llegar al auto. Lo último que necesitaba era ser la

comidilla de la facultad.

—¿Sucede algo, Odette? —murmuró Charlie cuando se acercó a mí.

—Compañeras chismosas. Voy al pediatra y luego al supermercado por unas

cosas. —Él cerró la puerta del coche y arranqué antes de que pudiera subirse al

suyo.

No tenía idea de por qué había actuado así. Simplemente había sido un

instinto.

Llevé a Declan a consulta y, después de su revisión rutinaria, y la suscripción de medicamentos por si volvía la fiebre, salimos a hacer las compras semanales.

Sin embargo, luego del encuentro con las víboras, sentía como si todos me observaran. Me confortaba saber que Charlie reaccionaría si veía algo extraño.

Incluso, había alquilado el piso de Mía para poder cuidarme por las noches.

—¿Seguro que no te quedas a comer? —dije arrullando a Declan mientras Charlie colocaba las bolsas del mercado sobre la isla de la cocina.

—Si vuelvo a comer macarrones con queso, creo que le diré al jefe que necesito un aumento.

—¿Has hablado con él?

—Sabes que soy una tumba, me tengo que ir. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

—Come conmigo… —Coloqué mi mejor cara de borrego a punto de llorar.

—Ni en sueños… prefiero comer el estiércol de tu gato.

—¡Eres un bastardo! ¡La próxima vez, colocaré veneno para ratas en tus macarrones! —grité cuando ya se iba.

Escuché la risa de Charlie y observé a mi angelito dormido.

Arrullé a Declan antes de colocarlo en su cuna y corrí a la sala, colocando el

CD

de Ed Sheeran que Mía me había regalado por mi cumpleaños, graduando el volumen. Cuando el bebé dormía, intentaba hacer todas esas cosas que me eran

imposibles cuando él estaba despierto como: rasurar mis piernas, peinar mi cabello y hacer ejercicio.

Había recuperado mi peso después del embarazo, pero aún persistía una lonja en mi abdomen y estaba empeñada en hacerla desaparecer.

Necesitaba ejercitarme, pero estaba tan cansada que lo único que quería era un baño tibio en la bañera, así que entré al baño y gradué el agua hasta que estuvo tibia. Suspiré cuando el agua relajó mis adoloridos músculos, cargar a Bichito ya no era tan fácil como antes. Me relajé completamente y tarareé la melodía de Ed que se reproducía desde la sala. Estaba terminando de sacar el jabón de mi cuerpo cuando escuché el timbre.

« *Jódete, Charlie. No volverás a probar mis macarrones con queso*» .

Nuevamente se escuchó el timbre, seguido por el llanto de un bebé muy enojado.

« *Voy a matarlo*» .

Salí de la tina y tomé mi toalla, cubriendo mi cuerpo con ella. Fui por Declan y

lo cargué, intentando calmarlo. El timbre seguía sonando.

—¡Voy! —Arrullé a Declan, más cerca de mi pecho, y él buscó mi pezón con

desesperación—. Despachemos a la persona en la puerta, hombrecito, y tendrás

mis pechos solo para ti. —Di un beso en su coronilla—. Dios mío, Charlie. Vas a

tener que quedarte con Declan mientras termino de ducharme porque…—Abrí la

puerta sin mirar, esperaba encontrar a Charlie pidiendo perdón de rodillas para

que le diera de comer, esperaba a Mía llorando para contarme su primera crisis

matrimonial, incluso podía esperar a Mike con las niñas en cada brazo, llorando

como un bebé. Esperaba cualquier cosa, menos verlo a él, aquí, delante de mí.

Capítulo 20

Frente a mí, como un espejismo, estaba Dimitri Stephan Malinov.

—¡Oh, diablos! —Fue lo único que dijo después de que sus ojos vagaran por mi

cuerpo sin ningún reparo. El ramo de rosas que tenía en sus manos cayó al suelo

en un golpe sordo. Bajo el escrutinio de sus ojos, olvidé que solo una toalla

cubría mi cuerpo mojado. Lo siguiente que sentí fue cómo sus brazos rodeaban

mi cuerpo y cómo su olor característico a menta y yerbabuena inundaba mis

fosas nasales mientras mi rostro se enterraba en su pecho, sin importar las

protestas de nuestro hijo—. Sé que ha pasado mucho tiempo, sé que pensaste

que quizá ya no te amaba; pero, por favor, dime que has perdonado mis pecados

o, te juro por Dios, que voy a mandar la terapia al carajo.

—Volviste… —Mi voz sonó ahogada—. Eres tú. ¡Tardaste mucho tiempo,

cabrón!

Lo golpeé en el pecho y él volvió a abrazarme. No me di cuenta de cuánto lo

había extrañado hasta que mi brazo libre se envolvió alrededor de su cadera.

Alcé mi rostro encontrándome con los despejados ojos azules de Malinov, eran

como el mar tranquilo después de un día de tormenta. Él quitó un par de

cabellos de mi frente y yo acaricié su mejilla, ahora cubierta por una barba

descuidada. Volví a abrazarlo, enterrando mi cabeza en su pecho.

—Te extrañé tanto, Odette. Tomó todo de mí no salir del centro de

rehabilitación y venir a verlos a ambos. —Se separó un poco, enfocando toda su

atención en Declan, que seguía buscando mi pezón—. Todavía no entiendo por

qué no te quedaste en casa, pero estoy tan jodidamente feliz de estar aquí que no

me importa el motivo.

Trató de tomar a nuestro hijo de mis brazos, desatando un berrinche. La carita

de Declan se puso roja mientras su llanto se intensificaba fuertemente. Si en

algo

se destacaba mi hijo era por sus excelentes pulmones.

—No le gustan los desconocidos —mentí, no había llorado cuando Derrick lo

tomó en la tarde—. Además, lo despertaste de su sueño y tiene hambre. Pasa.
—Él

se agachó para tomar las flores y luego cerró suavemente la puerta tras

nosotros. —Voy a vestirme, ponte cómodo.

—Por mí puedes quedarte tal como estás. De hecho, la toalla estorba.
—Tendió

el ramo hacia mí y me dio su sonrisa ladeada, las piernas me temblaron

levemente.

Fui a la cocina dejando el ramo en agua.

—Ya regreso…—Dejé a un Declan completamente enojado en la cama
mientras

me colocaba unos shorts cortos y uno de los tops de deporte, antes de deslizar

una camisa de las anchas por mi torso. Cargué nuevamente a mi chiquitín,

arrullándolo para calmar su rabieta. Dimitri estaba sentado en la isleta de la

cocina junto a la silla de comer de bebé. Acomodé a mi hijo en mi cintura

mientras sacaba el agua para prepararle un biberón.

Tener a Bichito en medio de un berrinche, y a Dimitri observando cada uno de

mis movimientos, me tenía completamente nerviosa. Pero logré terminar el

biberón y sentarme en el sofá para dárselo. Obviamente, el niño de mamá no

quería un chupón sintético y palmeó mi pecho, mostrando claramente lo que

quería.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Se sentó en el sofá frente a mí.

—Está irritado y es mimado. —Un atisbo de sonrisa iluminó su rostro,

pequeñas arruguitas aparecieron en sus ojos—. Voy a la habitación a alimentarlo.

—No es la primera vez que te vería hacerlo. No me quites ese placer, por favor.

—Su voz era suave, pausada y tranquila. Estaba siendo estúpida. Quité mi camisa

y saqué mi pecho izquierdo. Declan colocó su mano sobre mi pecho antes de dar

un mordisco a mi pezón.

—¡Declan! —sonrió con el pezón en la boca—. Ni mil sonrisas te van a salvar de

una palmada si vuelves a hacer eso.

Escuché la suave sonrisa de Dimitri, pero me concentré en la carita de mi hijo.

—Odette.

—Sí.

—Mírame.

Alcé mi rostro al suyo.

—Gracias… —Me dediqué a observarlo un momento: tenía el cabello mucho

más largo que la última vez que lo vi, la barba lo hacía doblemente sexy. Intenté

buscar en mi interior algún resto de rabia, rencor u odio, pero todo lo que podía

encontrar era anhelo, euforia y deseo…

Ladeó su rostro, esperando que dijera algo.

—¿Por qué?

—Es un niño sano, feliz y mimado. —Como si supiera que hablaban de él, mi

hijo desvió sus ojos de mí hacia su padre y luego palmeó mi pecho.

—Como digas, pequeñín. —Alzó sus manos en señal de rendición—. Los pechos

son todos tuyos. —Deslizó su lengua entre sus labios y el sutil latigazo de la tan

familiar lujuria recorrió mi sexo.

¿Cómo demonios podía pensar en sexo?

—¿Por qué llamabas a Charlie cuando abriste la puerta? —Se recostó en el

sofá—. ¿Siempre lo recibes en toalla? —Su voz tranquila me hizo volver al

presente.

—Algunas veces, Charlie cena conmigo. ¿Algún problema?

—Ninguno… Es bueno que, más que tu guardaespaldas, sea tu amigo.

—¿Quién eres y qué hiciste con Dimitri Malinov? —Un gruñido por parte de

Declan me hizo volver a observarlo. No estaba comiendo sino simplemente jugando.

—¿Por qué no te quedaste en casa?

—Porque había muchos recuerdos. —Guardé mi pecho ante el mohín de mi hijo y lo cambié para el derecho; él volvió a apropiarse del pezón, dejando claro que eran suyos al colocar su manito sobre mi piel.

Dimitri solo sonrió.

—Además, tú no estabas y no me sentía bien en ese lugar.

—Ahora estoy, ¿volverás?

¿Estaba preguntando? ¿Dónde estaba el hombre autoritario y controlador?

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? —No me contestó, sus ojos estaban fijos en la forma en cómo mi pezón se marcaba en el top de deporte— ¿Dimitri?

—¿Eh? —Levantó su mirada a mis ojos. —Lo siento, no puedo simplemente hacer como si no estuvieran ahí.

—Te hice una pregunta.

—Yo también te hice una y no la contestaste.

Jaque Mate.

Nos quedamos en silencio y volví a volcar toda mi atención en los somnolientos ojos de mi hijo. Un par de minutos después, la mano de mi bebé

cayó y sus ojitos dejaron de batallar con el sueño. Habíamos tenido un día agitado, de un lado para otro, por lo que no me extrañaba que estuviera completamente agotado.

Me levanté del sofá y caminé hacia la habitación para dejarlo sobre la cuna. Estaba terminando de arroparlo cuando sentí las manos de Dimitri acariciar mi cintura, su suave presencia en mi espalda hizo que la sangre en mis venas corriese más deprisa, que mi corazón latiera al mismo ritmo que el de mil caballos a galope.

—Estos meses sin ti fueron una tortura. —Me giró, dejándome frente a él. Se veía incluso más guapo que en el pasado y, antes de que pudiera decir cualquier cosa, mis manos subieron hasta acariciar sus labios. El gemido que salió de Dimitri envió un chispazo de placer a mi entrepierna—. Devolví todo a Tatcher.

—Lo sé. ¿Dónde estuviste?

—Sé que soy indigno de ti nena, pero necesito saber si has perdonado lo que sucedió en el pasado. —Su voz era baja, ronca, y cada palabra hacía que la piel de mi cuerpo se erizara.

—Contesta mi pregunta.

—Te amo Odette Mackenzie Miller, por favor vuelve conmigo. —estábamos tan

cerca.

—¿Qué fue de ti todos estos meses? —Me incliné, deslizando mi otra mano en su pelo.

—Necesito besarte ahora. Me hice la promesa de no ser un animal contigo, pero te juro que me está matando el tenerte tan cerca y no poder besarte.

—Entonces contesta a mi pregunta y luego bésame. —Dejé mis labios a centímetros de los suyos.

—Mejor te beso y luego contesto todas tus preguntas.

No hubo más palabras después de esas. Dimitri apretó mi cuerpo contra el suyo y sus labios se apoderaron de los míos en el beso más exquisito que alguna vez hubiésemos compartido.

Había algo en su nueva forma de besarme, no podía decir exactamente qué era, pero era diferente, me hacía sentir distinta. Seguía siendo pasional y tierno, seguía encendiéndome desde mis cabellos hasta las puntas de los dedos de mis pies. Me estaba deseando solo con caricias sutiles de sus labios sobre los míos, haciendo que mi cuerpo respondiera entre los miles de telares que complementaban la lujuria.

Respiró hondo, rozando su nariz con mi mejilla, descendiendo hasta succionar

la piel en mi cuello mientras murmuraba algo de manera suave.

Nos desnudamos sin prisas. En silencio, me depositó en la cama con ternura y adoró cada parte de mi piel mientras volvíamos a conectar. Nuestros dedos se anudaron y sus ojos se enlazaron a los míos mientras entraba en mi interior, lento pero contundente.

—Demonios, te extrañé, amor. —Besó mis labios—. Cada maldito segundo, desde que dejé el hospital… Te extrañé.

—No fue fácil estar sin ti…

—Lamento haberte hecho pasar mal rato.

—Si no te mueves ahora, lo lamentarás aún mucho más, Malinov. —Su sonrisa caprichosa se asomó para mí, justo en el momento en el que sus caderas se apretaron contra las mías.

Me deje ir…

Dimitri marcó el ritmo de las embestidas, me amó con cada parte de su cuerpo mientras que yo lo amaba de la misma manera. Sus besos fueron suaves, fieros, apasionados y tiernos. Sus manos se sintieron como brasas quemando cualquier lugar que tocaba… Toda yo era un volcán amenazando con hacer erupción bajo su cuerpo y el clímax nos alcanzó incluso antes de lo esperado.

Tragué el nudo en mi garganta mientras lo veía levantarse de la cama.

Thinking Out Loud se escuchaba desde la sala.

Una vez que habíamos bajado de nuestro frenesí orgásmico, nos habíamos quedado completamente callados. Él me había recostado en su pecho mientras acariciaba mi espalda; aún teníamos mucho que conversar, pero no tenía ni idea de cómo comenzar a hablar de ello. Tampoco sabía cómo acabaría mi corazón una vez comenzáramos a hablar. Había fingido dormir hasta que lo sentí levantarse.

Su cuerpo había cambiado, había tonificado más sus músculos, pero no en exceso. Me deleité en sus abdominales hasta la "uve" que llevaba hacia el camino feliz, se estiró y caminó hasta la cuna de Declan.

—Eres completamente perfecto, tan hermoso como tu madre.

—Se parece más a ti. —No pude evitar levantarme de la cama y rodear su cuerpo con mis brazos, dejando mi mejilla sobre su espalda, sin importar mi desnudez.

—¿Dónde estuviste los últimos meses?

—Tengo hambre.

—Dimitri… —Tomó mis manos y se giró.—Contestaré lo que quieras. Primero,

dame de comer, mujer. —Tomó su pantalón del suelo y sacó su celular—.

¿Asiática o Italiana?

—¿Qué hay de la americana?

—¿Joshua puedes conseguirnos algo americano de comer? — Recogí su camisa

del suelo y me la coloqué.

Quince minutos más tarde, Joshua tocó mi puerta y entregó a Dimitri dos

bolsas de *McDonald's*.

—¿Suficientemente americano para ti?

—Sí. —Arrebaté mi bolsa y me senté en mi cama.

Comimos en silencio y, una vez terminé mi hamburguesa, Dimitri se recostó

contra el cabecero y me atrajo a su pecho.

—Cuando salí del hospital, tomé un avión a Londres, enfrenté a la junta

directiva y compré las acciones de Ivanka. No fue fácil, pero le di dinero como

para mantenerse por tres vidas. A los accionistas no les gustó mucho que yo

fuera su dueño, ya que, con las acciones de Ivanka tengo mucho más control que

antes, pero delegué cargos y contraté un director ejecutivo para que ocupara mi

lugar. Me tomó un mes poder dejar listo todo, pero una vez hecho, me fui a Rusia.

—¿Rusia? —Me levanté y giré para quedar sentada frente a él. En su cuna,

Declan se removió, pero no despertó.

—Te dije que había tomado una terapia, eso fue lo hice en Moscú. Cuando

Alexei me adoptó, en esa clínica me diagnosticaron TEI[15]. La terapia del doctor

Kozlovsky me ayudó a controlar mi ira en ese momento, pero dejé de tomar los

medicamentos y me introduje en la disciplina del BDSM; es por eso que, cuando

nos conocimos, no tenía control de mí mismo. Sabía que la única manera de

volver a ti y conseguir tu perdón era regresar al hospital del doctor Kozlovsky,

así que lo hice, lo necesitaba para sanar.

—¿Lo hiciste? ¿Sanaste?

—No lo sé, Odette. —Tomó mi mano—. No puedo cambiar mi vida en menos de

un año, mi pasado siempre va ser mi pasado, pero perdoné a mi madre, a Derrick

y a Victoria. Sobre todo, me perdoné yo. Volví hace un mes, pero no podía verte

todavía, necesitaba empezar mi terapia aquí, así que conseguí un terapista y sigo

con medicinas. Estoy intentándolo. Esta vez, estoy intentándolo de verdad.

Observó la cuna de Declan.

—No ha sido fácil, fueron meses difíciles; las terapias, reencontrarme con mi pasado… fue lo más doloroso que he tenido que atravesar. Me siento mucho mejor conmigo mismo, pero no puedo prometerte que nunca estallaré, ni que mi ira no va a sobrepasarme en ocasiones. Pero puedo prometerte intentar luchar, tomar mis medicinas e ir a terapia toda la vida, si es necesario. —Sus ojos, esos orbes que yo tanto amaba, se enfocaron con los míos; su mano dejó la mía para acariciar mi mejilla.

—No tenías esas cicatrices. —Acaricié su pecho y él tomó la mano que lo tocaba. Noté que sus nudillos estaban completamente llenos de cicatrices también.

—Heridas de guerra —dijo, cuando me vio detallar más sus manos —. Esperaba tu perdón la última vez que nos vimos, y sé que el hecho que hayamos hecho el amor no quiere decir que me has perdonado. Y yo no quiero obligarte a nada, Odette. Esta vez, quiero hacer las cosas bien. —Sus ojos se humedecieron—. Así que te pregunto: ¿podrás perdonar y amar a este hombre en vías de recuperación?

Tragué el nudo en mi garganta. No tenía nada que perdonarle. Respiré profundamente antes de responder.

—Sí.

Epílogo

NUEVE MESES MÁS TARDE…

Dimitri

—Cásate conmigo —murmuré mientras la embestía fuertemente, sus piernas atadas a mi cintura, su centro palpitando alrededor de mi miembro, su boca curvada en esa perfecta “O”…—. Cásate conmigo, preciosa.

—¡No! —La respuesta siempre era la misma. Me concentré en seguir embistiendo su cuerpo mientras mis labios se ocupaban de sus pechos. Tenía la leve idea de que, si se lo proponía mientras estaba absorta en el placer, me diría que sí. Pero esta era la quinta vez que lo intentaba y la respuesta seguía siendo la misma.

Estaba empezando a ser frustrante.

—Por el amor a Cristo, mujer. Juro que no te entiendo.

—Umm —dijo ella moviéndose al compás de mis caderas—. No hables —gimió—, te desconcentras… Pierdes el… Mierda, mierda… ritmo.

¿Ella me estaba dando clases?

¡¿A mí?!

—¡Joder! Por cosas como esas es que yo te amo, Miller. —Metí mi mano entre nuestros cuerpos para alcanzar su clítoris y darle la presión justa para hacerla

llegar en un maravilloso orgasmo, y luego, seguí embistiendo su cuerpo, buscando mi liberación, gimiendo su nombre mientras soportaba todo mi peso en mis brazos, cuando el clímax me golpeó.

Salí de su tibia humedad, recostándome a su lado.

Inmediatamente, ella se recostó sobre mi pecho. Di besos en su cabeza mientras Odette calmaba su corazón.

—No te entiendo, mi amor. —Acaricié con mi pulgar su hombro.

—¿Qué no entiendes? —Alzó su rostro, besándome suavemente. Sentí el leve tirón en mi miembro, pero lo ignoré.

—Te doy los mejores orgasmos de toda tu vida, vivimos juntos hace nueve meses, tenemos un hijo y… —Mimé su vientre hinchado—, pronto nacerá otro. Te amo más que a mi vida, me amas en igual proporción; me porto muy bien y tomo todas mis medicinas. Además, cumplo todos tus antojos sin importar la hora.

—Le di una significativa mirada al reloj y a la gelatina que estaba a medio acabar en la mesita de noche—. Me has vuelto tu jodida marioneta y, aun así, te resistes a ser mi esposa.

—Me veo como una mamá, pero no aún como una esposa…

Soy muy joven para eso, Malinov. Pero si te estás sintiendo viejito..

¿Viejito yo?

Subí rápidamente, separando sus piernas y mostrándole lo viejito que me sentía.

—Sí, sí, semental. No creo poder aguantar otro round. —Dio golpecitos en mi pecho y volví a caer a su lado—. Yo tampoco entiendo muchas cosas.

Se subió sobre mí, a horcajadas. Alcé una ceja en su dirección y relamí mis labios cuando fue ella quien me llevó a su cálido interior.

—¿No, que no? —Sonreí, colocando las palmas de mis manos en su vientre.

Había sido difícil ganarme la confianza de Declan, sobre todo porque no conocía nada acerca de mi hijo y él era muy parecido a mí.

—A mi ritmo —balanceó sus caderas suavemente.

—Como tú quieras, preciosa. Úsame como quieras.

—No me cambies el tema. ¿Por qué si has dejado al demonio Malinov atrás, no eres capaz de perdonar a tu padre?

—Sabes cómo mandar al infierno una erección.

—Está solo, Dimitri. Ella lo dejó.

—Él se lo buscó —gemí ante su cadencioso movimiento—. ¿Tenemos que hablar de Tatcher ahora?

—Tu cumpleaños se acerca y será bueno que Declan esté con su abuelo.

—Como tú quieras, pero deja la tortura o tendré que hacerme cargo.

—Será un placer, señor.

Descubrir que Odette estaba embarazada un mes después de mi regreso. Fue un jodido déjà vu, uno que a mi linda mujercita no le había gustado para nada; tenía planes y un nuevo embarazo la hacía volver a donde estaba.

Los primeros meses fueron duros. Con un niño que no me quería y una mujer completamente dominada por las hormonas, fue difícil mantener mi bipolaridad

en cause; pero estaba tomando medicinas, seguía asistiendo a terapia una vez por semana y, cuando no era suficiente, siempre había un saco de boxeo a mi disposición.

Ahora que no era el Director Ejecutivo de la compañía, me dedicaba a mi esposa, a mi hijo y a ejercer la obstetricia en el GEA.

Aún tenía suficientes heridas, pero bien decía el dicho que el tiempo las curaba todas y el amor, hacia menos visibles las cicatrices.

—Cásate conmigo —intenté una vez más al sentir cómo sus músculos internos empezaban a contraerse

—No —jadeó mi nombre cuando el éxtasis explotó en su interior. La giré rápidamente, dejándola a medio lado frente a mí, y la vi respirar fuertemente.

—Bebé.

—No insistas, no me voy casar contigo. —Su respiración acelerada la hacía

hablar entrecortadamente—. Te amo y te voy amar durante muchos años, pero no nos casaremos.

—Incluso Andrew logró convencer a Allegra para casarse.

—Yo soy más difícil de convencer.

—No tiene que ser una gran boda. Tu hermano, nuestros amigos tú y yo.

—La respuesta sigue siendo la misma. —Tomó mi mentón en sus manos—. No vuelvas a rasurarte completamente, no me gusta.

—Solo dime por qué.

Ella tomó el control, colocando el televisor en video y enfocando la habitación

de Declan. Habíamos decidido que el nuevo bebé –un nuevo niño al que llamaríamos Demian en honor a la memoria de mi hermano– dormiría junto a él.

Habíamos armado una nueva cuna en la mañana.

—No soy una posesión, ¿recuerdas? Si estoy contigo es porque quiero, porque lo deseo, y no por unos papeles o un anillo. Estamos bien así.

—¿Sabes que vivir conmigo sin el sagrado vínculo matrimonial te convierte en una pecadora?

—Pues, nos vemos en el infierno.

—¿No se supone que deberías ser tú la que quisiera casarse mientras yo me negaba en redondo?

—Bienvenido al siglo veintiuno, donde las mujeres no nos atamos. —bostezó.

—¿Cansada? —Aunque lo intenté, no pude evitar la sonrisa.

—Un poco. —Se acomodó entre mis brazos, enredando su pierna con la mía—.

Intenta usar un condón cuando ya no esté embarazada. Creo que podre rendir

más sin un balón aerostático en mi vientre.

Sonreí, usaría todos los malditos condones del mundo.

— ¿Entonces no te casas conmigo porque no quieres que te ate a mí?

—¡Bingo! Para ser tan inteligente, amor, eres bastante caído del zarzo. —Volvió

a bostezar.

—Estás atada a mí de por vida, Miller. —Toqué su vientre y con el control

enfoqué la carita de Declan. Ella no respondió nada—. Vamos, dime que sí, por

favor.

—Ya te dije, te amo, pero no hay boda, ni simbólica ni nada. No me interesa

que me llamen señora Malinov. —Acomodó su cabeza en mi pecho y dio otro

gran bostezo.

—Tú eres la señora Malinov, cariño, desde hace mucho tiempo.

—Sí, sí, como tú digas. ¿Me dejas dormir? —Hormonas, benditas hormonas.

—Está bien, duerme. Mañana, con la llegada de tu hermano, la casa estará llena

de niños de un año revoloteando por todos lados.

—Dimitri…

—¿Sí, amor?

—Duérmete ya ¿quieres? —Besó mi pecho.

Reí completamente loco, completamente enamorado.

—No tengo sueño, tú me despertaste ¿recuerdas?

—Cuenta ovejas, eso sirve.

—No ovejas no. Te juro que llenaría el patio y aún me mantendría despierto.

—Dimitri Malinov. —Mi nombre salió entre dientes.

—Está bien, tesoro. Buenas noches —murmuré, mordiendo el lóbulo de su oreja—. Voy a contar cuántas pecas tiene este maravilloso cuerpo.

—Haz lo que quieras, pero ya cállate —dijo, acurrucando su cuerpo en el mío.

—¿Sabes que me siento usado? Te levantas a media noche, me usas y te duermes, sin importarte lo que yo quiera.

—Mira cómo me interesa tu sufrimiento…

En menos de un parpadeo, estaba completamente dormida.

Dos años atrás, había llegado a Nueva York con un solo deseo: vengarme de todo aquel que me había hecho daño. Podría decir que lo hice, me vengué. Pero el odio, el rencor y las ganas de dañar, no me llenaban.

Era un hombre violento, aún lo soy en una parte interna de mí. La oscuridad

no puede destruir la oscuridad, únicamente, la luz puede hacerlo. El odio nunca

puede minimizar el odio, solo el amor puede hacerlo. Y Odette es todo eso, ella es

mi amor, mi luz…

¿Puede una noche de copas cambiar el rumbo de tu vida?

La respuesta es sí.

Sí, puede.

FIN

Agradecimientos

Quiero empezar agradeciendo a Dios, a mis padres, a mi familia y a todo aquel

que dio su voz de apoyó cuando le comenté sobre *Nueve Meses*.

Segundo, a cada persona que hizo que este libro fuese publicado. Cristina

Manzanares y Allegra Martin, al equipo de Sueños Ediciones, A Isa Quintin,

gracias por tenderme la mano cuando yo pensé que no podría hacerlo.

A mi amiga Isabel Acuña, por su tiempo, sus consejos y esa voz de apoyo que

ha sido en mi vida los últimos meses.

A Laura Castiblanco, quien fue la primera persona en apostar y creer en esta

historia.

A mis chicas de **LKZ**, (Soledad, Erika, Mayra, Ivana, Angélica, Shamara,

Alejandra, Michel, Angie, Paola, Sofi y Cat), ustedes hacen parte de esas personas

a las que uno conoce y llama Familia del Corazón. Gracias por no dejarme caer,

por siempre estar ahí, por ser las mejores amigas que una persona puede desear,

gracias por los chistes, las lágrimas y los consejos. Gracias por ser la familia que

escogí.

A mi mugre del corazón, Alexandra, gracias por todo.

A Salem Fabian, por tener siempre las palabras precisas en el momento

exacto.

A Mirni y Solangel por las buenas charlas.

A Juana y Anel, por compartirme su experiencia en Austin y Calexico cuando

recién llegaron a EEUU.

A mi Doc, Johanna W, perdón por todos los "¿Y si, Doc.. ?" todas las llamadas

de WhatsApp, los mensajes de texto. Gracias por compartir conmigo tus

conocimientos.

A las chicas del Team Enséñame (Argentina y Chile e internacional), tenerlas

en mi vida es una dicha, gracias por el esfuerzo, por el apoyo, por las anécdotas..

A El harem del Doctor Sex… creo que ya quedamos bautizadas así de por vida,

muchas gracias por sus comentarios, su apoyo incondicional hace que esta

servidora quiera seguir luchando por sus sueños.

A mi sis Ta por la canción entre Mike y Odette.

A Isa Quintin, por la preciosa portada.

A Vanessa Méndez por la oportunidad de llevar a mis niños a Argentina y

México.

A mis colegas, Martina Bennet, Marissa Maverick, Flor Urdaneta, May Lorentz,

por cada sugerencia para que esto brillara.

A mis locas compañeras de universidad Etty Rueda, Katia Defex, Yane Hera,

Eve Góngora y Elizabeth Ruiz. Qué mejor apoyo de que el de cuatro contadoras

públicas y una Administradora.

Gracias Odi, por que donde sea que estés, debes estar riendo que yo usara tu

nombre para esto. es mi manera de decir adiós cuando aún no me resigno a

decirlo.

Pero sobre todo, Gracias a TI. Sí, a TI que has llegado hasta aquí, que estás

leyendo esto, gracias por apoyar esta locura llamada Nueve Meses, Espero que

Dimitri y Odette se hayan hecho un huequito en tu corazón.

Gracias por apoyar mi obra y mi trabajo.

Sobre la Autora

Aryam Shields se define a sí misma como una escritora de corazón y

Contadora de profesión que le gusta pasar sus días entre números y sus noches

entre letras. Nació en Barranquilla, una ciudad costera de Colombia. Vive junto a

sus padres, su hermana y sus dos hijos de cuatro patas.

Es una apasionada por el cine y la repostería. Su gusto por la lectura afloró a

los doce años cuando, llevada por su maestra de español, se vio inmersa en el

mundo de los libros y las historias de fantasía, romance y acción; pero no fue

hasta hace cinco años que empezó a escribir en las plataformas virtuales con

pequeños Fanfiction.

Su primera obra publicada fue la Bilogía Enséñame "Entrégate y Quédate" con

la que logró ser *Best Seller* Mundial en Amazon, *Nueve Meses* es su tercera novela

y desde ya trabaja en lo que será su siguiente gran historia.

[1]La expresión procede de la serie televisiva mexicana "*El Chapulín Colorado*", en la que el protagonista es

un superhéroe algo torpe. En situaciones peligrosas o difíciles, solía aconsejar al resto diciendo "*Calma, calma, que no panda el cúnico*", revelando su propio temor con el cambio de sílabas de "*que no**cu**nda el**pá**nico*".

[2] Dedocracia: Sistema por el cual se elige a dedo a las personas que han de ocupar un cargo.

[3] Carros de Comida

[4] El amor, es un asco, te amarra y te vuelve un idiota.

[5]**El Rey Julien** es un lémur de cola anillada, personaje secundario en las películas de la franquicia Madagascar.

[6] Les doy lo que quieren

[7] La Venganza es un plato delicioso.

[8] Necesitarás buena suerte muchacha.

[9] Matilda es una película infantil estadounidense de 1996, dirigida por Danny DeVito

[10] Personaje Antagónico de la película Matilda

[11]GED o General Educational Development es una certificaciónparaelestudiantevalide que haya aprendido

los requisitos necesarios del nivel de escuela preparatoria.

[12] La Leucemia Mieloide Aguda es un tipo de cáncer producido en las células de la línea mieloide de los

leucocitos, caracterizado por la rápida proliferación de células anormales queseacumulanenlamédulaósea e

interfierenenlaproducciónde glóbulosrojos

[13] Las contracciones de Braxton Hicks, son Contracciones uterinas esporádicas, sirven para preparar al

útero para el posterior trabajo de parto.

[14] Es capa de grasa blancogrisácea, que presenta el recién nacido.

[15] El trastorno explosivo intermitente (abreviado TEI) es un trastorno del comportamiento caracterizado

por expresiones extremas de enfado, a menudo hasta el punto de rabia incontrolada, que son

desproporcionadas respecto a las circunstancias en que se producen